

Autora Best-seller por el *New York Times* y *USA Today*

CRIADO PARALEL AMOR



MARIE
FORCE



Criado para el Amor
Los McCarthys de Gansett Island
Libro 1
Por: Marie Force

Publicado por HTJB, Inc.
Copyright 2011. HTJB, Inc.
Portada por Kristina Brinton
ISBN: 978-1942295006

Este libro electrónico está disponible solo para su disfrute personal. Este libro electrónico no puede ser re-vendido ni regalado a otras personas. Si usted desea compartir este libro con otra persona, por favor, hágalo a través de los canales minoristas adecuados. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no fue comprado solo para su uso, por favor devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el trabajo de la autora. Para obtener el permiso para extraer fragmentos del texto, por favor póngase en contacto con la autora en marie@marieforce.com.

Todos los personajes de este libro son de ficción y producto de la imaginación de la autora.
www.marieforce.com

Table of Contents

Copyright

Nota de la Autora

Dedicación

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Extracto de Loco de Amor

Otros Romances Contemporáneos disponibles de Marie Force

Sobre la Autora

Serie Los McCarthys de Gansett Island

Libro 1: Criado para el Amor

Libro 2: Loco de Amor

Libro 3: Listo para el Amor

Libro 4: Cayendo en el Amor

Libro 5: Esperanzada por Amor

Libro 6: Temporada para el Amor

Libro 7: Anhelado de Amor

Libro 8: Esperando un Amor

Libro 9: Tiempo para el Amor

Libro 10: Destinada para el Amor

Libro 10.5: Oportunidad para el Amor, una Novela de Gansett Island

Libro 11: Gansett Después del Anochecer

Libro 12: Besos Después del Anochecer

Nota de la Autora

Mi lugar favorito en el mundo es de Block Island, situado a unos veinte kilómetros de la costa sur de Rhode Island. Un pequeño trozo de tierra con un gran estanque salado en el medio, Block Island es un lugar olvidado por el tiempo. No encontrarás ni un semáforo en la isla, ni un hospital. La conexión a Internet es, en el mejor de los casos, inexistente, y buena suerte para encontrar una habitación de hotel o un lugar para aparcar en verano si no has reservado con meses de antelación. Lo que allí encontrarás es paz y tranquilidad, playas y acantilados, y pintorescas tiendas y un ambiente relajado que alegra el alma.

La isla ha tenido un papel muy importante en mi vida desde que era una niña y la visitaba en barco con mis padres, a través de un romance de la universidad, y ahora como mi sitio preferido en el que pasar las vacaciones con mi familia. Nunca he estado en ningún otro lugar que me haya inspirado más. Block Island aparece a menudo en mis libros, así que supuse que era solo una cuestión de tiempo que hiciera una propia versión sobre la isla y ambientara una serie allí. Así es como nacieron Gansett Island y la Familia McCarthy. “Gansett” es un guiño a la bahía de Narragansett en Rhode Island, uno de mis lugares favoritos para pasar un día soleado.

Criado para el amor es el primer libro de la serie. *Loco de Amor* viene a continuación y luego *Listo para el Amor*, *Cayendo en el Amor*, *Esperanzada por Amor*, *Temporada para el Amor*, *Anhelo de Amor*, *Esperando un Amor* y *Tiempo para el Amor*, con mucho más de Gansett Island.

¡Me encantara saber de mis lectores! Ponte en contacto conmigo en marie@marieforce.com.

¡Bienvenido a Gansett Island! Espero que disfrutes de la historia de Mac y Maddie. No te pierdas al final del libro, el extracto de la historia de Joe y Janey, *Loco de Amor*.

xoxo

Marie

Para el fallecido Bob Broz, el “Mac Padre” de mi infancia.

Capítulo 1

Madeline Chester sacó a su hijo Thomas de nueve meses de la cuna y echó un vistazo a su reloj. Su turno de limpieza en el hotel empezaba dentro de quince minutos. Después de cambiarle el pañal, le entregó el biberón a su pequeño, quien gorgoteó agradecido por poder sujetarlo por sí solo.

El bebé dejó escapar un chillido de placer que dibujó una sonrisa en Maddie.

“Te gusta eso, ¿eh, colega?”

Sus piernas regordetas rebotaban a cada lado de sus caderas, y ella le abrazó con más fuerza a la vez que trataba de domar su pelo rubio. Cogió la bolsa de pañales, la bolsa que llevaba al trabajo, sacó la comida de la nevera, y se dirigió hacia la puerta. Al otro lado del patio, entró en la casa de su hermana a través de la puerta de tela metálica en el porche exterior.

“Buenos días,” dijo en voz alta.

“Estamos aquí,” contestó Tiffany desde el salón, donde estaba sentada en medio de tres bebés y una gran variedad de juguetes. Uno de los niños era su hija, Ashleigh, que había nacido justo un mes después que Thomas. Los otros dos eran parte de los pequeños a los que Tiffany atendía en la guardería que había montando en casa.

Maddie besó a Thomas, le susurró que le quería, y le dejó en la colchoneta con los demás. “Se me hace tarde, como de costumbre.”

“Vete. Estaremos bien.”

“Volveré a las tres.”

“Nos vemos entonces.”

Tiffany cuidaba de Thomas gratis durante el día, a cambio de que Maddie se hiciera cargo del centro infantil de tres a seis, mientras que Tiffany enseñaba clases de baile en su estudio bajo el apartamento que Maddie les había alquilado a Tiff y a su marido Jim. Era un trabajo que dejaba a Maddie agotada al final del día.

Se subió a su vieja y destartada bicicleta y se dirigió al McCarthy's Gansett Inn, al otro lado de la isla. Mirando su reloj una vez más, gimió al ver lo cerca que estaba de su toque de queda.

Desde su puesto de observación en el puente de mando del transbordador, Mac McCarthy vio los acantilados en la costa norte de isla, y sintió una gran presión en el pecho. Solo la visión de la isla donde Mac había crecido hacía que se sintiera confinado.

“Nunca pasa de moda, ¿no es verdad?” Era el mejor amigo de la infancia de Mac, el capitán Joe Cantrell, propietario y ejecutor del próspero negocio de transbordadores de Gansett.

“¿El qué?” Preguntó Mac.

“La primera vista de la isla, siempre me emociono al verla aparecer entre la niebla.”

“¿Incluso después de todas las veces que la has visto?”

“Todavía me encanta.”

Mac estudió a su viejo amigo, el tiempo había marcado algunas arrugas alrededor de los ojos color avellana de Joe, y su cabello rubio estaba ahora atravesado por vetas grises que Mac no recordaba haber visto en su último viaje a casa.

“¿Alguna vez desearías haber hecho otra cosa?” Preguntó Mac. “¿Haber salido un poco a conocer mundo?”

Joe dio una larga calada al característico cigarrillo de clavo, y echó las cenizas a través de la puerta abierta. “¿A dónde? ¿Hacer qué?”

“Esa cosa te va a matar,” dijo Mac, asintiendo hacia el cigarrillo.

“No más rápido que trabajar durante veinte horas al día.”

“Touché,” dijo Mac con una risita.

“¿Estás pensando en decirle a mamá osa que has pasado la noche en el hospital?”

“¡Por supuesto que no! Se volvería loca y no dejaría de controlarme. Es lo último que necesito.”

Joe se echó a reír. “¿Y qué importa si lo sabe?”

Mac le mostró lo que esperaba fuera, un ceño amenazador. “No te atreverás a decírselo.”

“Entonces, ¿qué pasó?”

“Los médicos dijeron que fue un ataque de ansiedad—la falta de sueño, el exceso de trabajo y el estrés. Me dijeron que tenía que tomarme al menos un mes de descanso y relajarme.”

“¿Cómo se tomaron tus socios esa noticia?”

“No muy bien. Estamos realmente ocupados pero podemos organizarlo todo hasta que vuelva.” Mac y sus socios eran propietarios de una empresa que reconfiguraba el espacio de oficinas de Miami para los nuevos inquilinos.

“¿Y tu novia? Roseanne, ¿verdad?”

“Mi *ex* novia. Hemos decidido dejarlo por un tiempo. Y luego me llegó el email de mi madre en el que me decía que mi padre iba a vender el

McCarthy's. . . Le dije a mi madre que les ayudaría a arreglar un poco el lugar.”

“Todavía no puedo creerlo.”

Mac se encogió de hombros. “Él no puede trabajar para siempre, y ninguno de nosotros queríamos encargarnos de ello.”

“¿Cómo está tu hermana? No la he visto en mucho tiempo.”

A pesar de su pretensión por parecer desinteresado, Mac sabía que no había nada de indiferente en los sentimientos de su amigo hacia Janey.

“¿Todavía sujetando esa antorcha?”

Joe se encogió de hombros. “Aún no he conocido a ninguna otra chica que me guste tanto.”

“Ella y David están prometidos, hombre. Podría ser el momento de seguir adelante.”

“Quizás.” Joe mostró la sonrisa que le había hecho tan popular entre las chicas de la escuela secundaria, no es que él se hubiese dado cuenta después de haberle entregado su joven corazón a Janey McCarthy. “Todavía no está casada.”

“Joe—”

“No voy a aparecer en la boda en un traje de gorila y llevármela de allí a rastras ni nada por el estilo.”

Mac estudió la expresión en el rostro de su amigo: una indiferencia mezclada con nostalgia. “Parece como si lo tuvieras todo demasiado bien planeado.”

“No te preocupes, no tengo ningún traje de gorila. *Sí* estoy pensando en tener un perro, sin embargo.”

Mac tuvo que reírse ante eso porque Janey trabajaba en el veterinario de la isla.

Joe dirigió el transbordador de diez metros más allá de la escollera del puerto South Harbor de la isla.

Mac vio la ciudad de Gansett salir a la luz—el bullicioso puerto, el emblemático Beachcomber Hotel, con su campanario y sus torres, el Victorian Portside Inn, las infinitas boutiques y tiendas de camisetas, el South Harbor Diner, la Pizzeria y la Heladería Parlor donde Mac le robó su primer beso a Nicki Peterson cuando estaba en octavo.

Los recuerdos que cruzaban su mente a toda velocidad casi hicieron que se cuestionase su plan por escapar. Una vez que finalmente logró marcharse, jamás miró atrás, a excepción de las visitas ocasionales que seguía

haciéndoles a sus padres. Cada vez que volvía a casa, contaba los minutos hasta el momento de volverse a ir. Esta sería su estadía más larga desde que cumplió los dieciocho y se fue a la universidad. Mac se preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de que volviera a ahogarse con la necesidad de marcharse.

El aire salado, el combustible diesel y las algas podridas—los aromas del hogar—llenaron los sentidos de Mac y le revolvieron el estómago. Odiaba el olor a algas podridas.

“Ven de nuevo conmigo,” dijo Joe.

En la popa del transbordador, Mac vio cómo Joe utilizaba una combinación de la potencia del motor y el movimiento de las hélices de proa para girar eficientemente el transbordador en el espacio más estrecho imaginable y de vuelta hacia el embarcadero. “Haces que eso parezca realmente fácil.”

“Es fácil—sobre todo cuando lo has hecho unas mil o dos mil veces.”

Una vez que el transbordador estuvo en el muelle, salieron a la plataforma y observaron la multitud de camiones, coches y turistas desembarcando del primer barco del día a Gansett.

“Todavía paso los viernes y sábados por la noche en la isla durante el verano,” dijo Joe mientras que Mac cogía sus cosas. “Pásate por el Beachcomber si tienes ganas de tomar una cerveza o un par de ellas.”

“Lo haré.” Mac estrechó la mano de Joe. “Me alegro de verte, hombre.”

“Ha pasado mucho tiempo.”

“Sí.” Pero mientras que Mac echaba un largo vistazo a la bulliciosa ciudad de Gansett, decidió que no lo suficiente.

Cargando con su pesada mochila, Mac se abrió paso entre la multitud en su camino hacia la Calle Principal. Se detuvo para que una familia en bicicleta pasara por delante de él y continuó hasta la colina, hipnotizado por la frenética actividad.

A su izquierda, en ordenadas filas, coches, furgonetas y camiones de pasajeros esperaban para montar en el ferry de las 9 de la mañana para el viaje de vuelta de cincuenta minutos a la parte continental de Rhode Island. Los empleados de Joe se movían a la velocidad de un equipo de mecánicos de NASCAR, descargando la carga del ferry que acababa de llegar y volviendo a cargar el barco siguiente. La isla dependía de los trasbordadores que ofrecían de todo, alimentos, como leche, pasando por cartas, hasta gasolina. Durante el verano, cuando la treintena de restaurantes y bares de la isla trabajaban a toda

máquina, cada transbordador traía nuevos envíos de cerveza, vino, licores, mariscos frescos, patatas, verduras y ropa de hogar.

Una carretilla elevadora que llevaba una paleta de refrescos estuvo a centímetros de golpear a Mac.

“¡Lo siento!” Gritó el operador con una sonrisa.

Mac le hizo señas al conductor. Una vez despejada la zona de carga, fijó su mirada en el Beachcomber, el edificio icónico que anclaba la ciudad. El graznido de la bocina pintada de amarillo de un Range Rover que parecía enteramente un pato—con pico y todo—llamó la atención de Mac. Riéndose de la matrícula del vehículo, JSTDKY, bajó de la acera hacia la Calle Principal.

Un dolor punzante atravesó su pierna izquierda, enviándole en expansión a la calle.

Mac se quedó allí por un momento, tratando de recuperar el aliento y reunir su ingenio. Una joven mujer yacía junto a él, y su bicicleta estaba a punto de ser atropellada por una camioneta que pasaría por encima de ella a continuación. Mac ignoró el dolor ardiente de su pantorrilla, y saltó para detener el camión a escasos centímetros de ella. Sin embargo, no fue lo suficientemente rápido para evitar que el vehículo destrozase su bicicleta.

Mac se agachó para ayudar a la mujer. Su camiseta se había subido por la caída, lo que hizo que pudiera ver sus extravagantes curvas y tuvo que recordarse a sí mismo que la mujer estaba herida. Ella estaba luchando por respirar, se debía haber quedado sin aire por el impacto. Él le bajó rápidamente la camiseta para cubrir sus grandes pechos.

“Calma,” dijo. “No te pongas nerviosa. Solo te pondrás peor.”

Unos frenéticos ojos color caramelo le miraron.

El impacto de su mirada le golpeó como una locomotora en el pecho. *¿Qué diablos ha sido eso?* Su largo pelo del mismo color de sus ojos caía en cascada, y unas profundas heridas en sus rodillas, codo y mano no paraban de sangrar. Mac hizo una mueca de dolor y deseó haber tenido un poco más de cuidado.

Los ojos de la chica se llenaron de lágrimas.

Mac se acercó para secárselas y sintió un hormigueo en los dedos cuando dejó que acariciasen su suave piel.

Los ojos de ella se abrieron como platos, a la vez que dejó de respirar por completo.

“Respira,” dijo él.

Ansioso por alejarla de las miradas indiscretas de la multitud que se había formado alrededor de ellos, Mac deslizó sus brazos por debajo de ella y la levantó del pavimento.

Ella dejó escapar un grito ahogado de sorpresa y luego un gemido cuando él pasó su brazo por su pierna lesionada. “¿Qué...qué estás haciendo?”

“Mi amiga Libby es la encargada del Beachcomber, trabaja como paramédico voluntaria en el Cuerpo de Bomberos Gansett. Será mejor que te eche un vistazo, ¿Te has golpeado la cabeza?”

“No, solo el brazo y la pierna.” Ella volvió la palma hacia arriba, “Y mi mano.”

El estómago de Mac se revolvió al ver su carnosa mano. “Dios, lo siento mucho.” Sin soltarla, cruzó la calle hasta el hotel, “No estaba mirando adónde iba.”

Ella luchó contra su firme agarre, “Tengo que ir a trabajar, así que si me puedes volver a poner en el suelo. Por favor. . .”

“No puedes ir a trabajar en estas condiciones, estás sangrando.”

“Tendré que ir o me despedirán.”

Sus pataleos en el aire y su manera de retorcerse en sus brazos hicieron que su redondo trasero fuese presionado contra su estómago, lo cual envió un espeluznante mensaje a la zona más viva de todo su cuerpo.

Él gimió. “¿Te importaría quedarte quieta?”

“Nadie te ha pedido que me cogieras en brazos,” replicó ella, al parecer malinterpretando su gemido.

“Mira, no puedo soltarte y dejar que te vayas cuando no paras de sangrar. Será mejor que alguien te eche un vistazo y vea exactamente lo que tienes.”

“Van a despedirme,” susurró ella con los ojos llenos de renovadas lágrimas.

“¿Dónde trabajas? Les llamaré y les diré que has tenido un accidente.”

“No te creerán, son unos imbéciles.”

“Puedo ser muy convincente.” Mac tomó los escalones que conducían al Beachcomber de dos en dos, ignorando el dolor punzante de su propia pierna lesionada. El porche estaba lleno de gente desayunando y la carga que llevaba en sus brazos volvió la cara hacia su pecho. Acercándose al maître del hotel, Mac preguntó por Libby y fue conducido hasta su oficina a través del vestíbulo.

“¡Mac!” Sonriendo, Libby se levantó de la silla de su escritorio. “¡No sabía que ibas a venir a casa!” Miró a la mujer en sus brazos cuya mata de pelo

hacia adelante tapaba su rostro. “Y has traído una amiga contigo. No me digas que te has marchado y te has casado por ahí.”

“No exactamente. Hemos tenido un pequeño accidente en la calle.”

Libby miró la pierna de la mujer, vio la sangre, y comenzó a comportarse como una paramédica. “Túmbala ahí.” Hizo un gesto hacia el sofá de su oficina.

“No quiero mancharte todo,” dijo la mujer herida.

Libby cogió unas toallas y las extendió.

Mientras que Mac dejaba a su pasajera en el sofá, su pecho rebotó contra su brazo, haciendo que otra explosión de lujuria le recorriese. Su figura de reloj de arena le recordaba a los viejos posters de chicas pin-up que su padre tenía en el garaje cuando era niño. Betty Boop no tendría nada que hacer al lado de esta mujer.

Con su mano sana, ella se apartó el pelo de su bonita cara.

“¡Maddie!” Gritó Libby. “¿Qué te ha pasado?”

Maddie hizo un gesto hacia Mac, “Uno que no estaba mirando a dónde iba y me ha tirado de mi bicicleta, que ahora está destartada.”

Libby se recogió su melena de pelo oscuro en una coleta y sacó un botiquín de primeros auxilios de debajo de su escritorio.

Mac deambulaba por la puerta de la pequeña oficina. “¿Quieres que llame a tu trabajo para hacerles saber que no vas a ir hoy?”

“Solo diles que voy a llegar tarde, no puedo dejar pasar todo un turno.”

De ninguna manera podía ir a trabajar en esas condiciones, pero Mac no iba a discutir con ella—todavía. “¿A dónde tengo que llamar?”

“Al McCarthy’s Gansett Inn, departamento de limpieza.”

Sonriendo para sí mismo, Mac cogió su móvil y marcó el número de memoria. Maddie le miró con una expresión de asombro en su rostro.

Con los ojos fijos en ella, él preguntó por el departamento de limpieza. “¿Ethel? Hola, soy Mac McCarthy.”

Maddie se quedó sin aliento por la doble sorpresa de escuchar su nombre a la vez que el antiséptico era aplicado en sus horribles cortes.

Le susurró a Maddie, “¿Cuál es tu apellido?”

“Chester,” contestó ella con los dientes apretados.

“Pequeño Mac McCarthy, eres un demonio,” dijo Ethel. “¿Cómo has estado?”

“Estoy muy bien, ¿cómo estás tú?”

“No me puedo quejar.”

“No he estado en la isla ni cinco minutos cuando me he chocado contra la bicicleta de una de tus amas de llaves.”

“Todavía causando problemas por lo que veo,” dijo Ethel con su característica carcajada. “¿Cuál de ellas?”

“Maddie Chester, ella está conmigo aquí en el Beachcomber, y está mal herida. Libby está tratando de curar las heridas en sus brazos, pero no creo que pueda ir hoy a trabajar.”

Maddie frunció el ceño.

Ethel lanzó un profundo suspiro, “Muy bien, si dices que no se encuentra en condiciones de venir, haré que alguien cubra su turno.”

“Gracias, Ethel. Me pasaré a saludaros, pero no le digas a mi madre que estoy aquí, aún no sabe que voy para allá.”

“Se pondrá loca de contenta, cariño. Me alegro de tenerte en casa.”

“Gracias.”

“Eso no es lo que te dije que dijeras,” soltó Maddie al segundo en que cortó la llamada.

“¿De verdad crees que puedes limpiar hoy con la mano hecha trizas? ¿Por no hablar de tu brazo y pierna?”

“Tiene razón, Maddie,” dijo Libby mientras cubría la horrible herida en su pierna con un gran trozo de gasa. “Tendrás un dolor insoportable en una hora.”

“Ya lo tengo,” dijo Maddie con una mueca de dolor.

Su rostro había perdido todo su color, su boca estaba retorcida, y Mac odiaba haberle causado tanto sufrimiento. A pesar de tener un cuerpo impresionante un aura de fragilidad la rodeaba con la notable excepción de sus manos, que eran ásperas y obviamente su herramienta principal de trabajo.

“Tendrás que tener mucho cuidado en esa mano durante una semana o dos,” continuó Libby. “Podrías coger una gran infección si algo te entra en las heridas abiertas.”

Maddie cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás en el sofá. “Oh Dios mío,” susurró, “¿Qué voy a hacer?”

Oh Dios mío, oh Dios mío, oh Dios mío, Maddie repetía la cantinela una y otra vez en su cabeza mientras ponderaba el profundo saco de mierda en el que se encontraba—o, más bien, el profundo saco de mierda al que Mac McCarthy *le había empujado*. Desde el instante en que le vio inclinado sobre ella en la calle, le había resultado familiar. Pero con sus heridas exigiendo su atención, había sido incapaz de ubicar su distintiva cara. Los casi veinte años que

habían pasado desde que él había dejado el Gansett High School para unirse al campeonato de béisbol del estado, le habían transformado de un chico guapo a un hombre impresionante.

Su pelo negro azabache se rizaba a la altura de su cuello, sus ojos eran azules y brillantes, tenía unos amplios hombros y unos pectorales bien definidos. . . Después de todas las miradas lascivas que ella le había lanzado durante el colegio, no podía creer que no le hubiese reconocido de inmediato. No, había tenido el tiempo justo para llamar a sus padres imbéciles antes de sumar dos más dos y darse cuenta de que era Mac McCarthy.

A excepción de las bolsas oscuras bajo sus ojos y el tono grisáceo de su tez, el hombre era la absoluta perfección. Sabía por la señora McCarthy, que se jactaba de sus cinco queridos hijos sin cesar, que Mac vivía en el sur de Florida. Nunca lo habría adivinado a primera vista.

Antes, cuando él había ido cinco cursos por delante de ella en la escuela, él ni siquiera se había dado cuenta de su existencia. Y ahora, la primera vez que la veía, la *había visto* de verdad, consiguiendo una perfecta visión de la pesadilla de su existencia—sus enormes senos. Maddie se quería morir solo de pensarlo. Deseó poder desaparecer, o bien encontrar una manera de hacer que Mac McCarthy y su gran y descomunal presencia, desaparecieran.

Abrió los ojos. Aún estaba allí, todavía deambulando, todavía guapísimo. “No tienes por qué quedarte aquí,” dijo ella. “Puedo seguir adelante desde aquí.”

“Quiero asegurarme de que llegas bien a casa.”

“Eso no será necesario.”

“Todo esto te ha pasado por mi culpa—”

“*Yo te golpeé.*”

“Porque me puse delante de ti.”

“¿Fuiste golpeado por la bicicleta, Mac?” Preguntó Libby, volviéndose hacia él. “Déjame ver.”

Mac giró la pierna para mostrar un enorme moretón que se estaba formando en su pantorrilla.

Las dos mujeres se quedaron sin aliento.

“No es nada.” Mac se volvió a erguir y se echó su gran mochila a la espalda. “Si estás lista,” le dijo a Maddie, “te llevaré a casa.”

“¿Y cómo planeas hacer eso?”

“Te llevaré en brazos.”

“¿Y si viviese al otro lado de la isla?”

“Pediría un taxi.”

“¡No necesito que seas mi canguro! Ya pensaré en algo por mí misma, como siempre hago.”

Mac se inclinó de modo que su cara estaba a escasos centímetros de la de ella. “Estás herida por mi culpa y voy a ayudarte. Ahora, podemos hacer esto por las buenas o por las malas. ¿Qué eliges?”

El aire crujía entre ellos mientras se miraban.

“Has heredado un montón de cualidades de tu madre, ¿eh?”

Él frunció el ceño, “Eso ha sido cruel.”

“Yo, ah, tengo que volver a trabajar,” dijo Libby. “Pásate a comer un día mientras que estés por aquí, Mac.”

“Lo haré. Gracias por tu ayuda, Lib,” dijo Mac, sin apartar la mirada de Maddie.

Cuando se quedaron a solas, Maddie dijo, “Crees que solo porque eres un poderoso McCarthy todo el mundo tiene que hacer lo que digas, ¿verdad?”

“No tengo ni idea de lo que ha hecho mi familia para cabrearte tanto, pero yo no he vivido aquí en más de veinte años. Ellos no tienen nada que ver conmigo.”

Maddie intentó cruzar los brazos con impaciencia, e hizo una mueca ante el dolor que irradiaba de su codo. Por un breve y repugnante segundo, se preguntó si se lo habría roto. Entonces, finalmente, se rindió y lo dejó caer lentamente. Todo en lo que podía pensar era en el dinero que estaría perdiendo por no ir hoy a trabajar, si no le costaba el puesto de trabajo en sí.

“¿Qué va a ser? Puedo quedarme aquí todo el día.” Se apoyó en el borde del escritorio de Libby. “Estoy de vacaciones.”

¡Oh! ¡Va de santo y no puede ser más exasperante! “¡Muy bien! Si tienes algún tipo de necesidad machista de ver lo horriblemente que va a terminar todo esto, puedes llevarme a casa, pero por el amor de Dios, sácame de aquí por la puerta trasera que no quiero volver a dar ningún otro espectáculo público.”

“De acuerdo.”

“De acuerdo.”

Mac la tomó en brazos y le dio un momento para que ella pudiera acomodar su brazo y pierna lesionados. “¿Lista?”

“Sí,” dijo respirando larga y profundamente.

Mientras que una vez más, Maddie se escondía en su camiseta amarilla descolorida, él llevó a través del vestíbulo y salió por la puerta de atrás. Olía

a desodorante y detergente de ropa deportiva, y el constante latido de su corazón se hizo eco en su oído. Lástima que fuera un McCarthy, de lo contrario, podría caer en la tentación y olvidarse de su política de no a los hombres.

Maddie le dirigió por varias calles detrás de los edificios que formaban el centro de Gansett.

“Yo solía jugar a policías y ladrones por esta zona.”

“Yo solía arrastrar bolsas de basura más pesadas que los contenedores cuando mi madre trabajaba en estos lugares.” Maddie dejó que su mirada viajase a lo largo de la fuerte columna de su cuello para centrarse en su mandíbula, que parecía tensa. Se preguntó cómo sería trazar un camino desde sus labios hasta su mentón salpicado de barba. . .

Mac miró hacia abajo justo para darse cuenta de que ella le estaba estudiando. “¿Qué?”

Sus mejillas se calentaron con vergüenza. “Nada.” Después de una larga pausa, dijo, “Te tiene que estar doliendo mucho la pierna, ¿Por qué no me sueltas? Puedo caminar.” Él la sorprendió cuando hizo lo que le había pedido. El repentino peso sobre su rodilla lesionada envió un dolor punzante a través de ella y Maddie gritó ante la inesperada molestia.

“¿Hemos comprobado ya que necesitas que te lleven?”

Una oleada de náuseas la dejó sin aliento. “Sí,” susurró. “Por favor.”

Mac apartó un mechón de pelo detrás de su oreja, sorprendiéndola de nuevo con el tierno gesto. “Siento mucho que haya pasado esto.”

Maddie se aventuró a subir los ojos hacia él y tragó saliva, atónita por su intensa mirada. “Sé que lo haces.”

“Te lo recompensaré.”

“No tienes que hacer nada, ha sido un accidente.”

“Un accidente que yo he provocado.” Él la levantó con cuidado y una vez más, le dio un minuto para que pudiera colocar sus lesionadas extremidades de forma que no le causasen más dolor antes de continuar.

Maddie le dirigió a su apartamento sobre el estudio de Tiffany.

“¿No es este el lugar Sturgil?” Preguntó Mac.

Ella asintió con la cabeza, “Mi hermana Tiffany está casada con Jim Sturgil.” Cuando llegaron al pie de las escaleras, Maddie se dio cuenta de que su bolso se había quedado colgando de la bicicleta. “¡Mi bolso! No tenía que haber dejado mi bicicleta ahí tirada. Mi cartera, las llaves—”

“Tranquila.” Él subió las escaleras con ella a cuestas hasta la puerta, “Yo

me encargaré de recuperar todas tus cosas.”

Maddie intentó recordar la cantidad de dinero que llevaba en la cartera. Veinte, quizá treinta dólares, pero necesitaba cada uno de ellos. “La puerta no está cerrada con llave,” le dijo.

De alguna manera, Mac se las arregló para llevarla en brazos, abrir la puerta y entrar en casa sin causarle ningún dolor adicional. Ella le vio escudriñar rápidamente el pequeño espacio y ella sintió que sus defensas se levantaban. Sin duda, él estaría acostumbrado a rodearse de cosas mucho mejores pero se negaba a sentir vergüenza de la casa en la que tanto había trabajado para construir un hogar para ella y su hijo.

Sus ojos se posaron en unos juguetes de bebé apilados en un rincón.

“¿Tienes un hijo?”

“Mi pequeño Thomas tiene nueve meses.”

Mac la bajó al andrajoso sofá que había comprado en un mercadillo.

“¿Dónde está?”

“Mi hermana lo cuida durante el día. Oh Dios, los niños.”

“¿Perdón?”

“Yo tomo el relevo de mi hermana en la guardería a las tres para que ella pueda irse a dar su clase de baile. Ella cuida a Thomas por mí, y esa es mi manera de pagarle.”

“Yo lo haré.”

“¿Qué?”

“Yo cuidaré de los niños por ti, no puede ser tan difícil.”

“¿Alguna vez has cambiado siquiera un pañal?”

“Seguro que sí, alguna vez.”

“Ya, claro. Mira, sé que probablemente eres una especie de Boy Scout—”

“En realidad, soy un Eagle Scout,” corrigió él con una orgullosa sonrisa.

“Por supuesto que sí, pero realmente tienes que irte. Tu familia te está esperando—”

“Ni siquiera saben que estoy aquí.”

Maddie quería gritar de frustración. *¿Por qué no puede simplemente captar el mensaje y dejarme en paz?* Entonces, una ola de enfermiza desesperación la golpeó. “Eso no va a pasar,” soltó ella.

“¿De qué estás hablando?”

“¡Fuera de mis armarios! *¿Qué está haciendo?*”

“Solo estoy buscando un par de analgésicos y un vaso.” Sacó un bote de medicinas y un vaso de agua y se lo ofreció.

“Gracias,” murmuró ella después de haberse tragado las pastillas. “Ahora, por favor, solo márchate, ¿quieres?”

Pero, por supuesto, él se sentó en la mesa de café y Maddie rezó para que el mueble aguantase sus noventa kilos de puro músculo. “¿Qué es lo que no va a pasar?”

“Sé lo que pretendes.” Maddie quería golpear la expresión divertida en su cara.

“¿Qué exactamente?”

“Crees que por ser amable conmigo vas a obtener algo a cambio.”

La diversión de Mac se transformó en desconcierto, “¿Cómo qué?”

“No seas obtuso. Sé que me has podido ver muy bien en la calle, y que estás dándole vueltas a la cabeza con la esperanza de poder poner tus manos—entre otras cosas—en los famosos senos de Maddie Chester.”

Él la miró fijamente durante un largo momento y se quedó sin aliento, “Eso no es verdad.”

“¿Acaso eres distinto a cualquier otro hombre vivo en este mundo?”

“Cuando te miro, lo primero que veo son esos magníficos ojos que me recuerdan a la manera en el que caramelo se derrite sobre el helado de vainilla. Son una combinación bastante interesante de marrón y oro. Tu boca, cuando no está retorcida con cinismo y amargura, es más exuberante y bonita que mis propias fantasías personales—si es que tuviera alguna fantasía contigo, quiero decir—sin ninguna duda se centraría en eso y no en lo que hay debajo de tu camiseta. Pese a lo espectacular que estoy seguro de que son, no soy un cacho de carne con ojos.”

Maddie nunca había estado más sorprendida en toda su vida—ni seducida por el poder de unas simples palabras.

“Ahora que ya hemos dejado ese tema claro, hablemos de dinero.”

Eso la devolvió a la realidad. “¿Qué?”

“Quiero pagarte el dinero que has perdido por no haber asistido hoy al trabajo.”

“Por supuesto que no.” Podría tener algún que otro apuro económico, pero todavía conservaba su orgullo y nadie—especialmente nadie llamado McCarthy—iba a arrebatárselo.

“Tienes que dejar que te ayude, Maddie. Sé que no puedes permitirte el lujo de faltar al trabajo.”

“¡Eso es lo de menos! Si me salto más de un turno, me sustituirán. Necesitan que el trabajo esté hecho, les da igual quien lo haga.”

“Creo que ya hemos aclarado que tengo cierta influencia en los dueños del hotel y puedo prevenir que eso ocurra.”

“Me alegro por ti pero eso no hace que mi trabajo se haga por sí solo y no me va ayudar a la hora de que decidan con quien quedarse en la temporada de invierno, se desharán de mí.”

“Entonces me encargaré de hacer tu trabajo hasta que puedas volver al puesto.”

Maddie se echó a reír a carcajadas, “Sí, claro.”

“¿Crees que no puedo hacerlo?”

Maddie se dio cuenta de que hablaba en serio. “Ni siquiera tienes ni idea de lo que implica. ¿Cómo puedes estar tan seguro de que puedes hacerlo?”

“Soy capaz de construir una estructura de treinta pisos. Creo que podré encargarme de la limpieza de unas pocas habitaciones de hotel.”

Maddie estudió su sumamente atractivo rostro. “Muy bien.” ¿Qué otra cosa podía hacer? No podía permitirse el lujo de perder su trabajo, por lo que no tenía más remedio que dejar que la ayudara. “Ya que pareces tan convencido de hacer mi trabajo, aceptaré.”

Mac esbozó una victoriosa sonrisa, “Excelente, ahora, ¿qué pasa con los niños? ¿Puedo ser tus brazos y piernas ahí también?”

“¿Alguna vez has cambiado un pañal? ¿En serio?”

“No,” confesó, “pero aprendo muy rápido. Si me dices qué es lo que tengo que hacer, lo haré.”

Él le estaría salvando la vida si la cubría en su puesto de trabajo, pero esperaría hasta que descubriera por sí mismo lo que los veraneantes eran capaces de hacer en una habitación de hotel. La simple idea de ver a un poderoso McCarthy rebajarse al nivel de un trabajador corriente en el hotel que dirigía su familia, trajo una gran sonrisa a su rostro. Maddie le ofreció su mano sana, “Trato hecho.”

La sorprendió de nuevo cuando tomó su mano y plantó un suave beso sobre el dorso de la misma. “Excelente, ahora, deja que vaya a recuperar tu bolso y traeré algo de comer.”

Capítulo 2

Mac dejó su mochila en el apartamento de Maddie y se dirigió a la ciudad en busca de su bolso. Pensó en la hora que había pasado con ella y el terrible golpe que había sufrido su ego. No es que se creyese un playboy ni nada por el estilo, pero por regla general, tendía a ser muy popular entre las mujeres. Nunca había conocido a alguien tan ansioso por librarse de él. ¿Qué podría tener en contra de sus padres? Ellos tenían un negocio decente y cuidaban de sus empleados—por lo menos, así creía.

Para ser honesto, no tenía ni idea de cómo el negocio—que había crecido exponencialmente desde que dejó la isla—se había estado desarrollando. Sin embargo, tenía la intención de averiguarlo, y si la opinión de Maddie al respecto no estaba muy lejos de ser verdad, podría no gustarle lo que fuese a descubrir.

Mac no se sorprendió al encontrar la destantalada bicicleta de Maddie apoyada contra una valla de madera frente a la tienda de bisutería Sand ‘n Sea. Alguien había utilizado los rosales que rodeaban la valla para camuflarla. Su bolso seguía aún en la cesta que colgaba de lo que una vez había sido el manillar. Mac abrió su vieja billetera para encontrar un billete de veinte, otro de cinco, y varios más doblados en el interior. Ver ese dinero sin tocar hizo que experimentase una extraña sensación de estar en casa. En Miami, el bolso, el dinero, y lo que quedaba de bicicleta, ya habrían desaparecido con toda seguridad.

Metiendo la cartera en el bolso pequeño, tiró la destrozada bicicleta en un contenedor de basura y decidió en ese momento que le compraría una nueva.

Veinte minutos más tarde, regresó a su apartamento con una bolsa que contenía hamburguesas de queso, patatas fritas y refrescos. Mientras subía las escaleras, se le ocurrió que tal vez ella sería vegetariana, como Roseanne. Mac suspiró. Estaba tan cansado de que las mujeres fueran tan difíciles de complacer. ¿Podría alguna vez encontrar alguna que comiese como un ser humano normal?

En la parte superior de las escaleras, se detuvo, sin saber si debía llamar o no, ya que ella estaba esperando su regreso. Luego, recordando lo quisquillosa que había estado antes, llamó a la puerta y entró en la sala para ver que el sofá estaba vacío.

“¿Maddie?” Escuchó durante un momento y se preocupó pensando que podría haber tratado de salir de casa por su cuenta. “¿Maddie?”

Un sonido sordo detrás de una puerta cerrada atrajo su atención. Dejó la

comida y el bolso en la mesa de la cocina y se dirigió a la puerta. Llamando suavemente dijo, “Maddie, ¿estás bien?”

“Por favor, ¿por qué no te marchas y me dejas en paz?”

“¿Por qué no sales y hablamos sobre lo que te molesta tanto?”

Nada.

“He traído algo de comer, sal de ahí, Maddie.”

Más silencio.

Esperó un minuto antes de volver a llamar.

La puerta se abrió, y ella le miró con los ojos enrojecidos por las lágrimas. Algo extraño y curioso le atravesó al ver su devastado rostro. En ese momento, se dio cuenta de que estas no iban a ser las vacaciones antiestrés que el doctor había prescrito.

“¿Te duele?” Preguntó, alarmado por su angustia.

“Algo menos desde que me tomé las pastillas.” Ella dio un paso hacia adelante e hizo una mueca.

“Deja que te ayude.”

Cada músculo de su cuerpo se tensó mientras él la levantaba. Una vez que ella estuvo de nuevo apoyada contra él, se relajó en sus brazos. Su cabello rozó su cara y él absorbió el encantador aroma a flores de verano.

“¿Qué...qué estás haciendo?”

“Nada. “ Saliendo de su trance, Mac la llevó hasta el sofá y se sentó junto a ella. “¿Qué tal si me dices lo que te tiene tan preocupada?—aparte de lo obvio, quiero decir.”

“¿Qué te importa?”

Buena pregunta. “Si yo no hubiera bajado del bordillo sin mirar, ya estarías en tu trabajo en lugar de estar llorando en tu apartamento.”

“Ha sido un accidente, nadie espera que te cargues con la responsabilidad de arreglarlo todo.”

“Creo que ya hemos acordado que voy a ayudarte hasta que puedas volver al trabajo, así que, ¿por qué no me cuentas simplemente qué te pasa?”

Como si fuese demasiado esfuerzo para ella mantener la cabeza erguida en estos momentos, Maddie se apoyó de nuevo en el sofá y soltó un largo suspiro. Su resignación hizo que Mac se sintiera mal y quisiera arreglar todos sus problemas—incluso los que él no había provocado. “No sé cómo voy a cuidar de Thomas así,” dijo en voz baja. “Desde que llegó a mi vida, he estado obsesivamente preocupada por perder mi trabajo y no ser capaz de cuidar de él. Nunca imaginé que estaría en tan malas condiciones como para—”

“Yo me encargaré de él. Sea cual sea lo que necesite, yo lo haré.”

Ella volvió la cabeza para poder ver su rostro y tal vez evaluar su sinceridad.

Sus ojos se encontraron y Mac sintió de nuevo un impacto en su interior, no podía apartar su mirada. Incapaz de resistir la abrumadora necesidad de tocarla, de ofrecerle consuelo, apartó el pelo de su cara llena de lágrimas y prolongó su coqueteo cuando hundió los dedos en sus sedosos y finos mechones.

“No quiero que te preocupes por nada.”

Confundida, ella frunció las cejas. “¿Por qué?”

Él peinó su pelo con los dedos, ya no por retirarlo de su cara, sino porque le gustaba su grosor y textura. “No lo sé,” respondió él, desconcertado por la innegable atracción.

Su declaración quedó suspendida en el aire entre ellos. Con cada célula de su cuerpo plenamente consciente de ella, Mac no podía recordar ninguna otra ocasión en su vida en la que se hubiera sentido tan poderosamente atraído hacia otro ser humano.

Ella se lamió los labios pero no apartó su mirada.

Fascinado por el roce de su lengua sobre su voluminoso labio inferior, Mac cambió de pose con la intención de ocultar su erección.

“Esto no va a suceder,” dijo ella.

“Eso ya lo has dicho.”

“No estoy interesada.”

Mac acarició su mejilla.

Una inhalación brusca la dejó por mentirosa.

“Está bien,” dijo él. Su rostro se cernía a un centímetro y medio del suyo.”
¿Maddie?”

Los labios de ella se abrieron, casi rogándole que tomase lo que él sabía que ella deseaba tanto como él hacía, aunque jamás lo admitiría, “La comida se enfría.”

Echando un vistazo a la bolsa sobre la mesa, Maddie rompió el hechizo.

Una punzada extraña de decepción se enfrentó a la sensación de alivio que recorrió a Mac. Mejor así, no era asunto suyo preguntarse cómo sería hundirse en la exuberante dulzura de su boca, o pasar su lengua por ese labio inferior tan sexy, o ver cómo sus ojos color caramelo se oscurecían de deseo. . .

La ayudó a sentarse cómodamente en el sofá y se levantó para encontrar los platos. “¿Ketchup?” Preguntó y miró hacia atrás justo a tiempo de verla

asentir. Era interesante que la misma mujer que no había podido apartar los ojos de él hacía solo un minuto, ahora no podía encontrarse con su mirada en absoluto. “Espero que comas carne.”

“Como de todo.”

Mac sonrió ante la ironía. Si no tenía cuidado, podía empezar a enamorarse de esta reservada, introvertida y supuestamente desinteresada mujer. “El aluminio ha mantenido caliente las hamburguesas, pero las patatas fritas están un poco revenidas.”

“No me importa.”

Él le entregó su plato y se sentó en una silla que no tenía nada que ver con el resto del mobiliario que se había quedado anticuada hacía diez años. Mientras comían en silencio, Mac estudió un poco más la destartalada habitación. Los muebles eran viejos y estaban rotos en su mayoría, pero todas las superficies estaban limpias. Aparte de unas cuantas fotos de un precioso bebé rubio que posaba con otro bebé de pelo más oscuro de aproximadamente la misma edad y los juguetes apilados en un rincón, la habitación no tenía más pistas que pudieran revelar cuál era el misterio de Maddie Chester. ¿Quién era? ¿Quién era el padre de su hijo? ¿Dónde estaba? ¿Le quería? ¿Le echaba de menos? ¿Le estaría ayudando económicamente?

Mac nunca había sido tan curioso respecto a una total desconocida. Bueno, ella ya no era una *total* desconocida. . . Desde que la había tenido entre sus brazos y la había llevado a su casa, habían progresado tal vez de extraños a conocidos. Tal vez para cuando ella estuviera recuperada, serían incluso amigos. Él la miró y vio el inexpresivo gesto de sus ojos fijos en la agrietada pared, bueno, quizás amigos era esperar demasiado.

“¿Quién es el otro bebé de las fotos?” Preguntó, eligiendo la pregunta más segura de su lista.

“Mi sobrina Ashleigh, es un mes mayor que Thomas.”

“Será bueno que se tengan el uno al otro mientras crecen.”

“Supongo. Si es que todavía seguimos aquí.”

“¿Piensas ir a alguna parte?”

“Me gustaría irme al continente.”

Mac le dio un mordisco a una patata fría. “¿Por qué no lo haces?”

“No puedo dejar a mi madre, tiene un montón de problemas, aunque sueño con salir de aquí. Encontrar un trabajo mejor, un nuevo comienzo, vivir en un lugar donde nadie me conozca.”

“¿Por qué quieres vivir a solas con tu hijo en un lugar donde nadie te

conozca?”

Ella le lanzó una mirada fulminante.

No tenía ni idea de lo que quería decir con ella. Se lo preguntaría a su hermana Janey. Ella sabía todo lo que pasaba en Gansett.

Un fuerte golpe en la puerta los sobresaltó.

“¿Maddie? ¿Estás en casa?”

Mac se levantó a contestar. Una hermosa mujer de cabello oscuro le miró con ojos acusadores. “Jim ha llegado a casa a la hora de la comida y ha dicho que ha visto a un hombre. . .” Sus cejas se fruncieron. “¿Quién eres tú y qué estás haciendo en el apartamento de mi hermana?”

“Pasa, Tiff,” gritó Maddie desde el interior.

Mac se hizo a un lado para dejarla pasar y decidió que Tiffany debía parecerse al otro padre, porque no podía ver nada de la rubia Maddie en ella. Y considerando que las curvas de Maddie eran extravagantes, su hermana tenía más bien la constitución ágil y delgada de una bailarina. Pero en estos momentos, parecía una pantera protectora a punto de saltar sobre su presa.

Tiffany vio a Maddie y dejó escapar un grito de asombro. “¿Qué te ha pasado?”

Mac le tendió la mano, “Mac McCarthy.”

Tiffany se limitó a mirarle y una vez más, Mac se preguntó por qué su nombre causaba una reacción tan extraña, casi hostil, en las hermanas Chester.

Dejó caer su mano a su costado. “Hemos tenido un accidente,” dijo, y posteriormente se lo explicó a Tiffany con todo lujo de detalles.

Ella se dirigió a su hermana para poder mirarla más de cerca. “Oh, Dios, Maddie.”

“Lo sé.”

“No te preocupes,” dijo Mac. “Yo estoy cuidando de ella.”

Tiffany giró la cabeza y le lanzó una mirada que podía haber cortado cristal. *¿A qué venía todo eso?* “Yo me encargaré de mi hermana a partir de ahora, puedes irte.”

“Eso ya lo he intentado yo,” dijo Maddie. “No es nada fácil deshacerse de él.”

Por un breve instante, Mac creyó ver el afecto en el rostro de la joven, pero desapareció antes de que Mac pudiera alegrarse por su pequeño avance.

“Es culpa mía que ella esté en esta situación, así que voy a cubrirla en el hotel y en la guardería hasta que pueda volver a trabajar,” dijo Mac.

Tiffany desvió su mirada de su hermana a Mac y de vuelta a Maddie, “No

puedes estar hablando en serio.”

“¿Qué otra cosa puedo hacer, Tiff? No puedo perder el trabajo en el hotel y tú tienes que dar tus clases de baile, necesitamos ayuda. Apenas me puedo mover y mucho menos hacerme cargo de cuatro bebés.”

“¿Cómo vas a cuidar de Thomas?”

“Justo estábamos hablando de eso antes de que llegaras,” dijo Mac.

“Te mudarás con nosotros hasta que te recuperes,” declaró Tiffany.

“Tiff,” dijo Maddie suavemente, “sabes que eso no es una buena idea. Tal y como están las cosas entre Jim y tú en este momento, lo menos que necesitáis es que Thomas y yo estemos invadiendo vuestro espacio.”

Tiffany parecía molesta porque su hermana hubiese mencionado sus problemas conyugales delante del “enemigo.”

Mac vio el expresivo rostro de Tiffany mientras corría a través de las diversas opciones que tenían y llegaba a la misma conclusión que ellos—Maddie le necesitaba y él iba a estar ahí para ella. El porqué estaba tan decidido a ayudarla era algo sobre lo que podría reflexionar después de arreglar el desastre que había causado en su vida.

“¿Qué sabe él sobre cuidar a un bebé?” Le preguntó Tiffany a su hermana.

“No mucho, pero yo estaré allí para guiarle.”

Tiffany se volvió hacia él. “Te espero abajo a las tres, si la fastidias o vuelves a lastimarla más de lo que ya has hecho, tendrás que rendirme cuentas a mí, ¿Ha quedado claro?”

Mac no quería dejarse intimidar por un pequeño comentario de la mujer, pero mentiría si no admitiera que le asustaba un poco. “Cristalino.”

“¿Necesitas algo?” Le preguntó a Maddie.

“No, gracias. Será mejor que vuelvas a casa para que Jim pueda marcharse.”

“Te veré más tarde.” Tiffany pasó junto a Mac y cerró la puerta.

“Simpática,” dijo él.

“Me cuida mucho.”

“¿Se puede saber qué os he hecho a las dos?”

“No es por ti. . . “

“Entonces, ¿por quién es?”

La expresión de Maddie se cerró de golpe más rápido que la misma puerta. “Nadie.”

A pesar de que se negaba a contárselo, Mac sabía que alguien en su familia había hecho que ella se sintiera mal y aunque fuera lo último que hiciera,

descubriría de quién se trataba. Tenía el mal presentimiento de que no le iba a gustar lo que fuera a descubrir.

“¿Estarás bien si te quedas un rato sola?” Le preguntó Mac un poco más tarde.

“Por supuesto.” Maddie se sentía como si pudiera dormir durante un año entero.

“Tengo que hacer un par de cosas, pero estaré de vuelta antes de las tres.”

“Está bien.”

“¿Necesitas que te traiga algo?”

“No, gracias.”

“Creo que te vendría bien echarte una siesta. ¿Quieres que te ayude a meterme en la cama?”

La cara de Maddie se calentó con vergüenza. “Yo, um, duermo aquí. El sofá se hace cama, Thomas duerme en el dormitorio.”

“¿Quieres que lo saque?”

“No, yo lo haré.”

“Muy bien, entonces. . .”

Mac parecía a la vez ansioso y reacio a irse. Maddie se preguntó si realmente volvería. Una vez que volviese a reunirse con su familia en la casa blanca, se olvidaría de su pequeño caso de caridad en la ciudad. La idea de no volver a verle nunca la entristecía y luego la enfurecía—¿Qué importaba si no regresaba?

“¿Estás segura de que estarás bien?”

“¡Sí! ¡Vete!”

“Eres muy buena para mi ego, ¿lo sabías? Nunca he tenido una mujer tan ansiosa por deshacerse de mí.”

“Una pequeña dosis de humildad puede ser justo lo que necesitas.”

Él le dirigió una sonrisa que Maddie estaba segura, haría que muchas mujeres se despojaran de sus bragas. La ola de calor que la atravesó, la sorprendió y luego la cabreó. Maddie no tenía ningún deseo de ser otra de las conquistas sexuales del hombre, entonces, ¿por qué se estaba preguntando cómo sería ser besada por él, o estar en entre sus brazos cuando él le estuviera ofreciendo algo más que apoyo?

“Hasta luego,” dijo él.

Al verle pasar, con esos hombros tan anchos, arrogancia engreída y seguro de sí mismo y de quien era en el mundo de la elegancia, ella debería haberle odiado. Había pasado la mayor parte de su vida envidiando—y odiando—a

los McCarthys.

Él había crecido con todo lo que ella siempre había soñado—un hogar seguro y fuerte, una gran y ruidosa familia, y dos padres que parecían completamente dedicados el uno al otro y a su panda de niños. Después de haber trabajado para sus padres durante los últimos ocho años, Maddie había descubierto que Mac Padre y Linda preservaban su amor y afecto para sus familiares, racionando mucho su cariño hacia sus empleados, especialmente hacia aquellos tan refunfuñones como ella.

Maddie permaneció allí sentada durante un largo tiempo, pensando cómo era posible que en realidad se sintiese atraída por un McCarthy de entre todas las personas en el mundo. La idea le disgustaba. “Me niego a ser como otra mujer que respire que caiga desmayada a los pies de los poderosos hermanos McCarthy,” dijo en voz alta, como si decir las palabras le fuera ayudar a reforzar su flaqueante resistencia.

Cuando él había estado sentado cerca de ella en el sofá, había podido sentir el calor de su piel y había querido alejarse de él tanto como hubiese podido. Solo un hombre como él, que pensaba que siempre podía salirse con la suya, se sentaba tan cerca de una mujer a la que acababa de conocer. Que se hubiese sentido tan segura y atendida en su presencia era una razón más para estar tan disgustada consigo misma. Él no se preocupaba en absoluto por ella y haría bien en recordarlo para no dejarse llevar por su irresistible atractivo.

Cuando ella apretó los dientes y trató de ponerse en una posición más cómoda en el sofá, decidió que las heridas causadas por la carretera le dolían mucho más que si se hubiera roto algún hueso. Ni siquiera cuando se rompió el tobillo en sexto, le había dolido de esta manera.

Girándose sobre su lado sano, finalmente encontró alivio del dolor pulsante en su brazo y pierna. Se dio cuenta de que Mac se había dejado su mochila en la cocina, para su consternación, eso también hizo que se sintiera aliviada.

Mac fue corriendo desde casa de Maddie hasta la calle principal de la ciudad en busca de un taxi. Cuando vio una destartada camioneta leñosa que venía hacia él, sonrió e hizo una señal para que se detuviese.

“¡Cáspita!” dijo Ned Saunders mientras aparca en la acera y saltaba fuera del vehículo para darle a Mac un gran abrazo de oso. “El pequeño Mac McCarthy. ¿Es que acaso los cerdos ya vuelan en el infierno y nadie me lo ha dicho?”

Mac se rio y le devolvió el abrazo al mejor amigo de su padre. Desde que

el espeso pelo blanco de Ned estaba tan alocado como siempre, Mac dedujo que el viejo no se había hecho aún con ningún peine. Su barba canosa y sonrisa amarilla por el tabaco, seguían tal como Mac recordaba, a pesar de que había oído que Ned había abandonado sus amados cigarrillos al año más o menos de que un cáncer le hubiera dado un gran susto. Llevaba una camiseta de Gansett que quizás alguna vez fue roja, unos pantalones cortos escoceses que probablemente se remontaban a la primera vez que estuvieron de moda y unas maltratadas chanclas.

“Te veo muy bien, Ned. No has envejecido nada desde la última vez que te vi.”

Su bronceado rostro se arrugó en las esquinas de sus pícaros ojos azules.

“Oh mierda, muchacho, siempre has sido un encanto, ¿lo sabías?”

“Es lo que siempre me dice mi mamá.”

“Hablando de esa madre tuya, ¿sabe ya que estás aquí?”

“Todavía no. Ahí es donde me dirijo ahora.”

“Viajas con muy poco equipaje, muchacho.”

“He dejado la mochila en casa de una amiga, iré por ella más tarde.”

Ned tiró varios vasos de café desechables, bolsas de papel y periódicos al suelo y dirigió una tímida sonrisa en su dirección mientras le hacía un gesto para que se uniera a él en el asiento delantero. “Me alegro mucho de verte, tu padre me ha estado dando mucho la tabarra últimamente, dice que va a vender el lugar y que va a retirarse.”

Mac deseaba saber por qué el hecho de que su padre fuera a vender el McCarthy's le entristecía tan profundamente. Su vida, su hogar, y su trabajo estaban a más de miles de kilómetros de distancia. ¿Qué debería importarle si sus padres vendían su negocio?

Mac y sus hermanos habían crecido en esos muelles, habían sido destetados con los famosos donuts de azúcar de su madre y el restaurante de mariscos New England en el puerto deportivo, que celebraba carreras de cangrejos en el embarcadero y era el lugar donde se solían ganar un dinerillo extra trabajando allí durante su adolescencia. El lugar estaba conectado directamente a su ADN, y el hecho de que otra persona fuera a ser ahora dueño de él parecía algo completamente erróneo.

“¿De verdad crees que va en serio?”

“El mismo ha encontrado un comprador que está interesado y todo, yo diría que va bastante en serio.”

Mac suspiró mientras que Ned conducía a través del centro de la bulliciosa

ciudad en el camino hacia North Harbor. Una vez se abrieron paso por la ciudad, la belleza bucólica de la isla se desplegó como una alfombra roja, dándole la bienvenida a Mac a casa. Ondulados campos verdes, muros de piedra, casitas de dos pisos con sus desgastadas calzadas, hileras de uvas esperando a ser cosechadas, rosales y jazmines. Mac bajó la ventanilla para dejar que el aroma a hogar se abriese paso hacia el coche.

“No hay lugar como el hogar,” dijo el anciano con una sonrisa de complicidad. “¿Nunca has pensado en volver?”

“De ninguna manera. Las cosas me van muy bien en Miami, el negocio está prosperando.”

“Hay muchas más cosas en la vida además del trabajo, muchacho. Tu padre te lo enseñó.”

Palabras más verdaderas jamás fueron dichas. De algún modo, Mac Padre había logrado dirigir un próspero negocio que exigía toda su atención cada verano sin sacrificar a su familia. Sus cinco hijos siempre supieron lo que significaban para él y que no había nada más importante para el hombre que su seguridad y felicidad.

Mientras Mac observaba cómo el camino a casa se desplegaba a su alrededor, una urgencia repentina y poderosa por recuperar la magia de su niñez le alcanzó. Quería volver a la época antes de que la isla se hubiese empezado a cernir sobre él como si fuera una prisión. Quería volver a esos días de verano sin fin de niebla, sol, barcos y personas. Darse cuenta de su deseo más profundo le sorprendió hasta la médula y envió su plan de vida por la ventana como una hoja de papel aspirada por la brisa suave de Gansett.

“¿Sabes?” dijo Ned, “si tan solo uno de vosotros mostrarais el más mínimo interés por el lugar, vuestro padre jamás lo vendería.”

Mac no tenía ni idea de cómo responder a eso, así que no dijo nada. Acercando a la laberíntica casa de sus padres en la parte superior de la colina, Mac pudo echar un primer vistazo a la acción que se desarrollaba delante de sus ojos: el McCarthy’s Gansett Inn, ubicado en una colina con vistas al puerto deportivo y al bullicioso muelle. Unas sillas de alforja salpicaban el césped del hotel y los barcos estaban amarrados en tres y cuatro filas en el muelle principal del puerto deportivo. Habían pasado cinco años y ni una sola cosa en el bloque de edificios blancos y en los muelles se veía diferente a ojos de Mac.

Se detuvieron en la entrada de su casa de la infancia y buscó su billetera.

“Ni se te ocurra,” gruñó Ned.

“Gracias por traerme.” Mac estrechó la mano de su viejo amigo. “Me ha alegrado mucho verte.”

“Lo mismo digo.” Ned tomó la mano de Mac más tiempo del necesario. “Ya sabes, a veces la vida te pone cosas en el camino para demostrarte dónde perteneces.” Ned fijó sus ojos en el puerto deportivo, “No te pierdas lo que está justo delante de ti.”

Mac tuvo una visión repentina de la encantadora pero implacable mujer que se había cruzado en su camino a primera hora de la mañana y sintió en su interior que algo descomunal estaba a punto de suceder.

Ned soltó la mano de Mac y le sonrió como si no acabara de poner su mundo patas arriba.

“Ya nos veremos por ahí,” dijo Ned.

“Sí,” dijo Mac. “Nos vemos.”

Abrió el pestillo de la puerta de la blanca casa colonial de dos pisos de sus padres. Al entrar en el jardín de rosas de su madre, se tomó un momento para apreciar las frágiles flores multicolores y su embriagador aroma antes de continuar por las escaleras al gran porche delantero.

Dado que ninguno de los propietarios creía en el poder de las cerraduras, Mac entró en casa sin más. “¿Hay alguien?”

El silencio y el aroma a popurrí le saludaron.

Caminando sobre los relucientes pisos de madera, pasó al lado de una pared llena de fotografías del colegio de los jóvenes hermanos McCarthy en su camino hacia la cocina recientemente modernizada que daba al puerto deportivo y al North Harbor. Mac recordaba las veces que había visto a su padre mirando por esa misma ventana, absorbiendo todos los matices que se desplegaban ante sus ojos. Los empleados a menudo bromeaban diciendo que Mac Padre les espiaba desde “La Casa Blanca.”

Corriendo la puerta mosquitera que daba a la amplia terraza trasera, Mac salió. Los McCarthys tenía una de las mejores vistas de todas las casas en la isla, que se extendía desde la playa de la ciudad, pasando por el McCarthy’s, hasta los dos puertos vecinos, Gansett Boat Works y North Harbor Yacht Club. Estos eran conocidos por ser mucho más caros y exclusivos que el McCarthy’s, que se enorgullecía de proporcionar un ambiente familiar. En el otro extremo del gran y circular puerto, una estación de guardacostas y el faro custodiaban la entrada por el oeste.

A pesar de que era mediados de junio, la brisa del mar aún arrastraba un poco que frío que era un alivio en el sofocante calor del sur de Florida. Mac

permaneció allí de pie durante mucho tiempo reflexionando sobre su llegada a la isla llena de acontecimientos y la extraña conversación que había mantenido con Ned. Se encogió al pensar en Maddie y en cuánto había deseado besarla. Ella le hacía sentirse ansioso, como si estuviera constantemente a punto de decir o hacer algo mal. Dado que no estaba acostumbrado a estar tan incómodo en torno a una mujer, intentaría pasar el menor tiempo posible con ella. No podía olvidarse de su plan de regresar a Miami tan pronto como fuera posible.

La puerta en la parte delantera de la casa se cerró de golpe. Mac se giró justo para ver a su hermana Janey corriendo hacia él a través de la puerta corredera de la terraza.

La joven dejó escapar un grito y se lanzó a los brazos de Mac.

Recibiendo el impacto de su abrazo, Mac dio un paso hacia atrás para mantener el equilibrio, sonriendo ante su entusiasta saludo. Tan rubia y blanca, y él moreno, Janey era siete años más pequeña que él, pero siempre habían estado muy unidos.

Mac la dejó en el suelo y tiró de su pelo liso recogido en una coleta.

“¿Cómo estás, mocosa?”

Ella le dio unos puñetazos en el estómago, “No me llames así. Ya soy una mujer adulta, ¿o has estado fuera tanto tiempo que te has olvidado?”

“Para mí siempre serás una niña de trece años con aparato. ¿Ya conduces?”

“Qué gracioso, incluso tengo relaciones sexuales, pero no se lo digas a mamá.”

Mac fingió un ataque al corazón. La idea de Janey teniendo sexo con algún hombre era *demasiado* para poder soportarlo, incluso si tenía veintiocho años y estaba prometida. “Ahórrate la parte gore, por favor.”

Janey sonrió. “Si piensas que es gore, tal vez no lo estés haciendo bien.”

“De *ninguna manera* voy a tener esta conversación contigo.”

Riendo, ella añadió, “tantas veces y tan a menudo como podamos.”

Mac se tapó las orejas. “Lalalala. ¿Cómo está el doctor David?”

“Sigue con su residencia en el Beth Israel,” dijo ella con un suspiro. “Aún le queda un año más.” Entonces golpeó a Mac en el hombro. “¿Por qué no nos dijiste que ibas a venir?”

“No quería que mamá se pusiera a limpiar y a cocinar como loca.”

“Desde luego que la mujer se vuelve loca cuando uno de los hijos pródigos vuelve a casa.”

“Eso es porque somos especiales.”

“Hablando de especiales, ¿qué es eso que he oído hablar que vas llevando a Maddie Chester en brazos por toda la ciudad?”

A Mac no le sorprendió que Janey ya lo supiera. “La tiré de su bicicleta y resultó herida. Solo la ayudé a volver a casa.”

“Ahh, eres tan bueno. La chica ha debido pensar que ha muerto y ha ido al cielo cuando el tío bueno de McCarthy ha venido a su rescate.”

“En realidad, estaba ansiosa por deshacerse de mí.”

Janey se echó a reír—a carcajadas. “Apuesto que eso no te sucede muy a menudo.” Ella se secó las lágrimas de sus ojos. “Tú y Maddie Colchón—Mamá va a estar saltando de alegría.”

Impresionado, Mac dio un paso atrás, como si la realidad le hubiera golpeado en ese preciso instante, “¿Cómo la has llamado?”

“¿Nunca lo habías oído antes?” Janey parecía dolida.

“No me acuerdo de ella en absoluto, era más joven que yo.”

“Cinco años, estaba en la clase de Evan.” Janey hizo una mueca. “Siento habértelo soltado así de golpe. Pensé que lo habrías escuchado antes.”

“¿Por qué la llaman así?”

Ella volteó los ojos hacia arriba. “Vamos Mac, usa un poco tu imaginación. Se rumorea que estuvo muy “ocupada” durante la escuela secundaria. Supuestamente, los jugadores del equipo de fútbol le tenían mucho cariño.”

Una sensación de asombro despertó en su interior y trepó en espiral dentro de él hasta fijar un dolor en su pecho. “Yo no lo creo,” dijo en voz baja. Nada en su breve intercambio con ella había hecho que tuviera la impresión de que la chica fuese un poco suelta o facilona. De hecho, había sido exactamente todo lo contrario y Mac no creía que fuese solo a causa de su apellido. No, había algo más que eso.

“Ahora que lo pienso, no he escuchado que haya estado con *ningún* tipo desde la escuela. Pero cuando Evan y yo estábamos en secundaria, todos los chicos estaban locos por Maddie Colchón y sus espectaculares tetas.”

Mac volvió a estudiar el puerto mientras procesaba toda la información.

“No me digas que no te has dado cuenta de ‘las chicas’,” bromeó su hermana. “Saltan a la vista.”

Se volvió hacia ella y trató de mantener su ira bajo control. No le importaba en estos momentos por qué estaba tan decidido a defender a Maddie. “Hay mucho más en ella que todo eso.”

“Debes ser el único hombre sobre la faz de la tierra que ha debido decir eso después de conocerla. Veo que tus tendencias honorables no se han visto

aplacadas ni un ápice por los años que has vivido en Miami.”

“¿Qué hay de malo en ser honorable?”

“Nada en absoluto, además, tienes problemas mucho mayores. Mamá va a alucinar cuando se entere de que estás aquí. Va a tratar emparejarte con cada bimbo disponible en la ciudad.”

“¿Qué? ¿Por qué?”

“Su reloj biológico de abuela está corriendo como una bomba atómica desde que Janet ha provisto a la tía Joan con gemelos. Mamá está desesperada y no se quedará a gusto hasta que los cuatro estéis casados y dándole un montón de nietos.”

La simple idea hizo que la piel de Mac se erizara, pero pese a lo inquietante que era, no podía dejar de sentir una abrumadora tristeza al pensar por lo que Maddie debía haber pasado. No era de extrañar que estuviera tan ansiosa por mudarse a un lugar donde nadie la conociera.

“¿Cómo es que tú te libras de darle nietos?” Preguntó Mac.

“Mamá sabe que David y yo estamos a años luz de eso.”

“¿Dónde está ella de todos modos?”

“Redactando las nóminas en el hotel. No tardará en llegar a casa, o puedes ir a verla allí, si lo prefieres.”

“Hablando de bebés, ¿qué es lo que sabes sobre el padre del hijo de Maddie?”

“No mucho, ella se negó a decir quién era. Las habladurías decían que se trataba del Royal Atkinson.”

“¿Y la gente *cree* eso? ¿Tú crees eso?”

Janey tuvo la decencia de parecer disgustada. “Bueno, cuando una persona tiene una cierta reputación—”

“Se la haya ganado o no.”

“Cuando dijo que no quería decir quién era el padre de su bebé, la gente empezó a especular. Ella trabajó limpiando en la casa Royal durante años.” Janey se estaba refiriendo a uno de los concejales más veteranos. “De repente, dejó de hacerlo, y unos meses más tarde, empezó a mostrar la barriga. La gente comenzó a hablar.”

Mac se estremeció ante la idea de la pequeña y preciosa Maddie intimando con el rechoncho hombre y sus pomposos mofletes, “No puede ser.”

“Tú has preguntado, yo solo te estoy contando lo que dice la gente.”

“La gente tiene que comprarse una vida y dejar de meterse en los asuntos de los demás. ¿Cómo puedes soportarlo? ¿Nunca te cansas de ello?”

“No me perturba. Mientras que no hablen de mí, ¿qué me importa?”

“Pobre Maddie.” Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera detenerlas.

Janey le miró fijamente. “Te gusta, ¿no es así? Y ahora te estás preguntando cómo sería—”

“No me estoy preguntando nada. Solo quería conocer su historia.”

“Probablemente sea mejor que mantengas las distancias, Mac. Ella ha tenido un montón de problemas en su vida. Su madre lleva tres meses en prisión por escribir cheques sin fondos y su padre las abandonó hace años. Su hermana era otra chica salvaje, no son nuestro tipo de gente.”

“Eso ha sonado muy clasista. No puede evitar quiénes son sus padres más que nosotros hacemos.”

“Tenemos mucha más suerte que ella.”

“¿Y solo por eso tenemos que tirarle piedras?”

Janey se puso de puntillas y le besó en la mejilla. “Eres demasiado bueno, solo ten cuidado.”

Él ya se había aconsejado lo mismo, aunque por razones muy distintas. Sin embargo, muy a su pesar, después de lo que sabía ahora, se sentía mucho más intrigado por ella que antes.

“Te mereces algo mejor que alguien que tiene demasiada experiencia en determinados aspectos de la vida.”

“Ni siquiera la conoces.”

Janey levantó una ceja. “¿Y tú sí?”

Mientras que Mac no podía rebatir tal cosa, su instinto le decía que Janey estaba equivocada respecto a Maddie.

“¿Te quedarás a cenar?” Preguntó Janey.

“Tengo algunas cosas que hacer.”

“Pásate por mi casa a tomar una cerveza, si estás en la ciudad.”

“Lo haré.”

Ella le abrazó de nuevo, “Me alegro de tenerte en casa. Tengo que regresar a la clínica.”

“Nos vemos, mocosa.”

“¡No me llames así!” Gritó por encima del hombro mientras se dirigía al interior de la casa.

Mac apoyó las manos en la barandilla y clavó su mirada en el puerto. Cuando se había despertado en el hotel del aeropuerto esa misma mañana, no había oído hablar jamás de Maddie Chester. ¿Cómo era posible que tan solo

unas horas más tarde ella era todo en lo que podía pensar?

Capítulo 3

Si en la casa mandaba su madre, Mac Padre gobernaba sobre el garaje con forma de granero. Linda se refería a él como “las arenas movedizas,” porque nada de lo que entraba en él volvía a ser visto.

Mac se abrió camino a través del caos, apartando las telas de araña mientras se dirigía a una de las esquinas traseras. Su corazón bombeó con entusiasmo cuando vio la sábana blanca, tal como la había dejado. Un par de viejas bicicletas le bloquearon el paso y Mac les echó un rápido vistazo para ver si alguna podría ser un buen reemplazo para la bici destartada de Maddie.

Descartando ambas dijo, “Le compraré una nueva. Eso hará que se ponga como loca.” No podía decir por qué la idea de hacerla enfadar le resultaba tan atractiva, pero le gustaba la chispa de vida que iluminaba sus ojos color caramelo cada vez que la desafiaba.

Apartando la sábana, dejó al descubierto su primer amor—una moto Honda 250 naranja que le había comprado a Ned dos meses después de haberse sacado el permiso de conducir. Su madre se había puesto como una moto—y lo había pagado con Ned—pero Mac Padre le había dicho a Linda que “dejara vivir al chico un poco.”

La moto ya estaba anticuada cuando Mac la compró, pero con la ayuda de su padre, la había restaurado con mucho amor. Pasó la mano por encima del tanque de gasolina y la dejó reposar sobre el asiento de cuero. “¿Qué dices, chica? ¿Aún tienes algo de vida en tu interior?”

Mac sacó la motocicleta del garaje hasta el camino de entrada de conchas trituradas y estaba revisando el aceite de cuclillas cuando su madre se acercó por detrás y dejó escapar un grito que estuvo a punto de hacer que su corazón se detuviese.

“¡Por Dios, mamá!” Mac se incorporó y la abrazó. La mujer era menuda y tenía el mismo color de pelo que Janey había heredado. “Por poco haces que sufra un infarto.”

“Oh,” dijo ella, “mírate.”

“No te pongas sentimental.”

“Estás más guapo cada vez que te veo.” Ella acarició su mejilla mientras que sus penetrantes ojos azules le escudriñaban. “Pero, ¿por qué estás tan cansado y delgado?”

Mac sonrió para sí mismo. Sus hermanos no llamaban a su madre mamá vudú por nada. “Demasiado trabajo y apenas tiempo para divertirme.”

“Tendremos que hacer algo al respecto mientras que estés en casa. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte?”

“Un poco,” fue su intencionada e imprecisa respuesta. Los chicos McCarthy habían aprendido hace mucho tiempo a no revelar más de lo necesario.

“No me digas que vas a dar un paseo con este viejo cubo de óxido.” Ella se estremeció. “Y sabes que no me gusta esta cosa. Siempre tuve el presentimiento de que te matarías con ella.”

Mac mostró su sonrisa más encantadora. “No hay ni una sola ralladura de óxido en esta cosa como tú dices y tengo que desplazarme de alguna manera.”

“Coge mi coche, acabo de llegar de la tienda. Puedo ir caminando hasta el hotel o tomar un taxi, no lo necesito.”

Mac miró hacia el escarabajo VW descapotable de color amarillo en el camino de la entrada, “Ni en esta ni en otra vida, madre.”

“¡Oh, vamos! No sería tan malo.”

“Um, sí, lo sería.”

Ella dejó escapar un grito de asombro. “¡Por el amor de Dios, ¿qué te ha pasado en la pierna?!”

“He tenido un pequeño accidente en la ciudad.” Mac le contó sobre su encuentro con Maddie. “Así que me voy a instalar con ella para ayudarle a cuidar de su bebé y cubriré sus turnos en el hotel hasta que ella pueda volver al trabajo.”

“¡No puedes trabajar como una limpiadora de habitaciones! ¿Qué diría la gente? ¡Eres un McCarthy!”

¿Alguna vez se había dado Mac cuenta de que toda su familia pensaba que eran mejores que el resto de las personas en la isla? ¿Se habría dado cuenta Maddie de ello también? ¿Sería por eso por lo que mostraba tanta reticencia hacia sus padres? “¿Y qué? No puede permitirse el lujo de perder su puesto de trabajo y está herida por mi culpa.”

“Ella no va a perder su trabajo, haremos que alguien la cubra.”

“Eso no es lo que quiere. Yo me encargaré de hacer su trabajo.”

“Ningún hijo mío—”

Mac levantó la mano para detenerla. “El hecho de que seamos los dueños del lugar no significa que seamos mejores que nadie. Voy a sustituirla en el trabajo y no hay más que hablar. ¿Aún tenemos esos viejos sacos de dormir entre las cosas de camping?” Dejando a su madre echando humo por las orejas, Mac volvió de nuevo al garaje y encontró los sacos de dormir justo donde esperaba que estuvieran, metidos en dos grandes bolsas de plástico de

cremallera para protegerlos del moho.

“¿Qué vas a hacer con eso?”

“Me voy a quedar en el piso de Maddie durante un par de noches para poder ayudarla con el bebé.”

“Eso es una locura, Mac. ¿Qué dirá la gente? Ella tiene una hermana—”

“Que tiene su propia familia a la que cuidar. No te preocupes, tendrás tiempo de sobra para seguir preocupándote por mí mientras que estoy en casa.”

Ató el saco de dormir a la parte trasera de la moto mientras que su madre le observaba. Fingiendo no darse cuenta de su fría mirada, comprobó rápidamente las bujías y las conexiones antes de subirse al vehículo y ponerlo en marcha. El motor arrancó y se calentó. Mac trató de hacerlo rugir un par de veces más a la vida con un ruido ensordecedor.

Estaba deseoso por recorrer con su moto las sinuosas carreteras de la isla, al igual que hacía antes.

“¿A dónde vas?” Gritó su madre por encima del rugido.

“A ver a mi padre y luego de vuelta a casa de Maddie, volveré mañana.”

“¡Mac! ¡*Espera!* ¡Tenemos que hablar!”

Mac dio la vuelta y pisó el acelerador mientras pedazos de conchas trituradas salían volando detrás de él.

“¡Olvidas el casco!”

Esbozando una sonrisa por encima de su hombro, fingió no haberla oído. Igual que en los viejos tiempos.

Cuando Mac se deslizó por la larga y sinuosa colina que conducía al puerto deportivo, se alegró de no haberse molestado en cortarse el pelo antes de salir de Miami. El viento que soplaba a través de él le llevó de vuelta a la escuela secundaria y la explosión salvaje de libertad hizo que recordara un tiempo antes de que la vida se volviera tan complicada.

Inevitablemente, sus pensamientos se dirigieron a Maddie y a lo que Janey había dicho sobre ella. Habían crecido a pocos kilómetros de distancia, pero distanciados a años luz. Mientras que él había sido el héroe en su ciudad natal, ella había sido ridiculizada y había tenido que soportar muchas burlas y solo Dios sabía qué más porque no tuvo modo de evitarlo ni de cambiar la opinión de la gente.

“No es de tu incumbencia arreglar todo eso,” murmuró para sí mismo. Pero por alguna razón, eso era precisamente lo que quería hacer. Algo primario se

había agitado en él y había tocado una parte en su interior que ni siquiera sabía que existía. La noción le emocionaba y le incomodaba al mismo tiempo.

A pesar de que estaba decidido a mantener las distancias, sabía que no podría hacerlo. De hecho, tan pronto como saludara a su padre, volvería derecho a ella. Seguramente la reacción que había tenido anteriormente era el resultado del accidente y de la explosión de adrenalina. Una vez que la viese de nuevo, todo volvería a la normalidad o al menos eso esperaba.

Mac entró por el puerto deportivo y aparcó junto a uno de los contenedores de basura.

Gracias a su metro ochenta y cinco, el pelo gris y pajoso de Mac Padre destacaba por encima del caos del muelle principal. Dado que la palabra protección solar no era, ni nunca había sido, parte de su vocabulario, el hombre estaba negro como un tizón, como la mayoría de los veraneantes al final de la temporada. Vestía una camiseta azul con una serigrafía desvanecida, unos pantalones vaqueros blanquecinos y anchos, y unos náuticos de marca.

Mac vio cómo su padre interactuaba con los niños, los clientes y sus empleados mientras daba órdenes a gritos y hacía señales con la mano para dirigir hábilmente a los navegantes entrantes a la par que se defendía por sí solo con la llegada de otro barco. Mac Padre coreografiaba la escena con la delicadeza de un despachador y la autoridad de un sargento de instrucción.

Divertido, Mac esperó a que su padre terminase de atar el barco recién llegado. Más abajo en el muelle principal, el segundo al mando del puerto deportivo, Luke Harris, forcejeaba con un navegante cabreado que había puesto la velocidad por delante de su habilidad y seguridad.

Luke, un compañero de clase de la escuela secundaria de Mac, había trabajado en el McCarthy's durante más veranos de los que Mac podía recordar. Mac le vio acorrallar el barco fuera de control sin que causase ningún daño a los de su alrededor. La multitud en el muelle le dio a Luke un aplauso que hizo que el capitán del barco frunciera el ceño.

Mac Padre había vuelto su atención a un grupo de niños a los que sin duda, había reclutado de los barcos para desvainar un bushel de maíz para el restaurante. Les dijo algo que hizo que los pequeños se echaran a reír. Sacando un matamoscas de su bolsillo trasero, Mac Padre se hizo cargo de las abejas de principios de temporada que estaban molestando a los pequeños y regresó el artilugio a su pantalón.

Mientras que acariciaba la cabeza de uno de los niños, Mac Padre se giró y notó que su hijo estaba de pie esperando a ser visto. El rostro del hombre se

iluminó de alegría. Mac sintió cómo su garganta se contraía mientras que su padre se dirigía al otro lado del muelle. Él no quería a nadie más que al hombre gigante que le había criado con una mano suave pero firme. Su padre se detuvo, le miró de arriba a abajo y luego sacudió la cabeza como si no pudiera creer lo que estaba viendo. Detrás de las gafas de sol oscuras, Mac sospechaba que habría alguna que otra lágrima.

“¡Qué agradable sorpresa!” Dijo Mac Padre en voz baja mientras enmarcaba el rostro de su hijo con sus callosas y rugosas manos tan grandes como platos. El efusivo amor de su padre había mortificado una vez a sus hijos, pero hacía tiempo que Mac había superado su aversión. “¿Qué te ha pasado?”

Mac se echó a reír, sin sorprenderse de que con un solo vistazo su padre supiera que algo no iba bien. “Aparentemente, he estado trabajando demasiados días seguidos sin descansar.”

“No me extraña entonces que tengas tan mal aspecto.” El hombre echó un grueso brazo por los hombros de Mac. “¿Puedo invitarte a almorzar?”

“Gracias, pero ya he comido, de hecho, tengo que volver a la ciudad.” Le hizo a su padre un resumen rápido de lo que había pasado con Maddie.

“No puedes estar hablando en serio acerca de cubrir su puesto de trabajo en el hotel.”

“Ella no podrá trabajar en unos cuantos días y está petrificada por la idea de perder el trabajo.”

“Podemos encargarnos de que eso no suceda, hijo, no somos unos ogros.”

“Es una cuestión de orgullo, además, ¿qué duro puede llegar a ser limpiar un par de habitaciones?”

Mac Padre se rio, “Mucho más duro de lo que crees, a mamá no le va a hacer gracia en absoluto.”

“Créeme, ya he recibido un rapapolvo por su parte.”

El Mac Padre asintió hacia la moto, “Has sacado a la niña de entre las telarañas, ¿eh?”

“Corre muy bien.”

“Sí, yo me la llevo a dar una vuelta de vez en cuando para mantenerla lubricada y lista. Solo por si acaso.”

“¿Por si acaso qué?”

“Por si acaso vuelves a casa.”

La simplicidad de la declaración de su padre tiró del corazón de Mac. “Siento que haya pasado tanto tiempo.”

“No importa, ahora estás aquí. ¿Cuánto tiempo te vas a quedar?”

Mac echó un largo vistazo alrededor del puerto deportivo, desde la pintura desconchada, pasando por el techo hundido del edificio que albergaba la oficina y el restaurante, hasta el cristal de una ventana rota en la tienda de regalos. Ver a su padre hizo que Mac olvidase todo acerca de su promesa de marcharse de la isla lo más rápido posible.

“Todo el que sea necesario.”

Maddie estaba durmiendo más profundamente de lo que había hecho en años. Estaba soñando con Mac McCarthy. Estaban en un barco de vela y él estaba al mando del timón. El sol brillaba sobre ellos y el calor era enfriado por la brisa del mar que alimentaba el elegante barco de madera. Mac solo llevaba un bañador atado a sus estrechas caderas. Una ligera capa de vello oscuro cubría su musculoso pecho y sus tonificados abdominales, formando un tentador sendero que se escondía bajo su traje.

Ella se dio cuenta de que la estaba mirando y sonrió a su deslumbrante y bello rostro y sus brillantes ojos. Que él—Mac McCarthy, el héroe local y el chico de oro—pareciese tan feliz de estar con ella era nada menos que un milagro.

Una voz en el fondo de su mente la advirtió que tuviera cuidado. Sin duda, un hombre que podría tener a cualquier mujer que quisiera, no estaría realmente interesado en ella. Pero no había nadie más en este momento. Mientras que él eligiera quedarse, era solo de ella y ella le deseaba más de lo que había deseado nada más en toda su vida. Sabiendo que él tenía el poder de hacerla pedazos no hizo nada para calmar su ola de nostalgia. Como si se hubiera separado de su cuerpo y estuviera viendo la acción desde fuera, Maddie se puso de pie en la espaciosa cabina del barco y caminó hacia él.

Él pasó un brazo por sus hombros y la atrajo contra su cuerpo. Su mano acaricia su piel calentada por el sol.

Maddie le miró, el anhelo, sin duda, era evidente en su rostro.

Él la estudió durante un largo momento antes de bajar la cabeza y rozar los labios con los suyos en tentativo beso mientras que la miraba a los ojos.

Maddie pasó el brazo alrededor de su cuello y tiró de él más cerca.

Su boca abierta descendió sobre la de ella como si se hubiera estado muriendo por besarla desde siempre. Trazó el contorno de su boca antes de profundizar el beso y participar en un feroz duelo de lenguas.

Maddie le correspondió caricia por caricia.

Sin renunciar a su boca, él soltó el timón y la envolvió entre sus brazos para poco después apretarla contra su instantánea erección. Las velas que habían dejado de ser supervisadas, se agitaban en la brisa mientras el barco se iba a pique.

El deseo era tan intenso, que ni siquiera le importaba que sus pechos estaban ahora presionados contra su pecho.

Un gemido escapó de sus labios unidos y Maddie no supo si provenía de él o de ella. ¿Qué más daba?

Desde fuera de la puerta de mosquitera, Mac oyó un gemido y se precipitó en el interior para encontrarla durmiendo—y claramente soñando. Su cabello formaba un salvaje halo alrededor de su cara, sus labios estaban apretados y se movían.

Paralizado por la vista ante sus ojos, Mac dejó caer el saco de dormir y los vendajes adicionales que había comprado de camino junto a la puerta y se dirigió a ella. Maddie gimió de nuevo y Mac se preguntó si le dolería algo. Cuando sus piernas se abrieron y sus caderas empujaron hacia arriba, Mac se puso duro como una piedra.

“Dios,” murmuró, preocupado de que pudiese volver a abrirse sus heridas si seguía agitándose de esa manera. Mac se sentó a su lado en el sofá y puso las manos sobre sus hombros para mantenerla quieta, “Maddie, despierta. Estás soñando.”

“Mmm.”

Tiene la boca más sensual que he visto nunca. Antes de que pudiera disfrutar de su propia fantasía sobre cómo sería presionar la boca contra sus regordetes y rosados labios, ella levantó sus caderas de nuevo.

“Maddie.”

Ella le sorprendió cuando enganchó su brazo sano alrededor de su cuello y tiró de él. Lo que había sido una breve fantasía solo un segundo antes, rápidamente se convirtió en realidad cuando los labios de Maddie se abrieron bajo su empuje y metió la lengua dentro de su boca con salvaje abandono.

Mac sabía que debía detenerla—eso era, si podía pensar con claridad lo suficiente como para hacer otra cosa que no fuera dejarse llevar por el momento. Además, si la empujaba lejos, se arriesgaba a hacerle daño y ya le había hecho lo suficiente. Ahuecó su suave mejilla y su lengua se encontró con sus ardientes caricias mientras disfrutaba del festín de su dulce sabor.

Parecía que el tiempo se le estaba escapando de las manos mientras cedía a la atracción que se había fraguado desde el segundo que puso sus ojos en ella

por primera vez. Inmerso en el perfume a flores de verano que derivaba de su pelo, no tenía ni idea de si la había estado besando cinco minutos o una hora. Todo lo que sabía era que no quería que terminara—nunca.

Mac supo el momento exacto en el que ella despertó y se dio cuenta de que ya no estaba soñando. Su cuerpo se puso tenso y rígido y su ardiente boca se detuvo.

Mac se apartó para mirarla, sorprendido por el beso, la emoción y el deseo, apartando el pelo de su frente Mac pudo ver sorpresa, vergüenza, ira y deseo danzando a través de su cara. Su propio anhelo le cogió por sorpresa y le llenó de una especie de renovado deseo—un deseo por darle todo lo que ella quisiera.

“¿Qué estás haciendo?” Preguntó Maddie finalmente.

Mac se aclaró la garganta. “Yo...estaba tratando de despertarte y me besaste.”

“¡Yo no te he besado!” Pero luego Maddie pareció darse cuenta de que su brazo estaba todavía enganchado a su cuello, con su rostro ruborizado, le soltó.

“Ah, sí, lo hiciste.” Él se inclinó de nuevo hasta que sus labios estaban a escasos centímetros de ella, “¿Y sabes qué más? Te gustó.”

“Eso no lo sabes.”

“Me doy cuenta cuando la mujer a la que estoy besando está disfrutando de ello.”

Su bonita boca se torció en una mueca de repugnancia, “Oh, tú y toda tu experiencia, *por supuesto* que lo sabes.”

Mac continuó flotando por encima de ella mientras se divertía con su desdén. ¿Por qué le gustaba tanto sacarla de quicio?

Maddie puso la mano en su pecho para evitar que se acercara más, “¿Podrías retirarte? Tengo que levantarme.”

“¿A dónde vas?”

“Al cuarto de baño, si quieres saberlo.”

En vez de levantarse, Mac deslizó un brazo por debajo de sus piernas y la levantó.

“¡Suéltame!” Ella hizo una mueca de dolor cuando flexionó su rodilla sobre su brazo. “Puedo ir yo solita.”

“Pero no tienes que hacerlo.” La llevó hasta la puerta y esperó a que recuperase su equilibrio cuando la dejó sobre sus pies. La mirada de agonía que cruzó su rostro hizo que le doliera el corazón.

“Saldré en un minuto, vete cuando te dé la gana.” Apoyándose con su mano sana, ella usó la pared como una muleta improvisada.

Mac cerró la puerta y esperó fuera mientras apoyaba la cabeza contra la pared en un fallido intento de calmar su acalorado cuerpo mientras revivía el beso que le había dejado sin respiración. Esto en cuanto a su plan para mantener las distancias y no involucrarse. Con un solo beso, ya estaba más involucrado con ella de lo que había estado con ninguna otra mujer.

La puerta del baño se abrió, “Tengo que ir a casa de mi hermana.”

“Lo sé.”

Los ojos de Maddie se posaron en el saco de dormir que Mac había dejado junto a la puerta. “¿Qué es eso?”

“Un saco de dormir.”

Ella le miró. “Dime que es una broma.”

“Es posible que necesites ayuda con el bebé durante la noche.”

“No puedes quedarte aquí, de ninguna manera.”

“No voy a dejar que te ocupes de ti y de Thomas con una sola mano.”

“¡No te corresponde a ti ocuparte de ese problema! No sé quién te crees que eres, pero no vas a bombardear mi vida dándome órdenes—”

“No voy a asumir la responsabilidad de que dejes caer a tu hijo sin querer, o alguna otra cosa, por culpa de mi torpeza.”

“¡No es tu responsabilidad! Es mía. Yo me encargaré de Thomas de la manera que siempre he hecho—sola. Lo último que necesito es que todos en el pueblo sepan que vas a quedarte aquí.”

Mac encontraba muy divertida la expresión de su cara y al parecer, no hizo mucho esfuerzo por ocultarlo.

“¿Qué es tan gracioso?”

“Tú cuando te pones. . .” Hizo un gesto con la mano. “Alterada.”

Sus ojos escupieron fuego contra él. “No estoy alterada. ¡Estoy cabreada!”

“Ya lo veo, este es el trato, o encuentras un lugar en el que pueda dejar mi bolsa de dormir o dormiré en la entrada para que todas esas “personas” que tanto te preocupan, sepan que no me estoy alojando en tu casa, exactamente. Créeme, he dormido en sitios peores que bajo las estrellas de Gansett.”

“Quiero que vuelvas al lugar de dondequiera que vengas y me dejes en paz.”

La enfática declaración le dolió más de lo que debería haber hecho. “Tan pronto como seas capaz de cuidar de ti misma y de Thomas, así lo haré.”

“¿Siempre eres tan arrogante y prepotente?”

Mac se quedó pensando en la pregunta por unos segundos, “Sí, supongo que sí.”

“Eso puede que te funcione con otras personas, pero no lo hará conmigo.”

“Tomo nota.”

“Ahora te estás burlando de mí.”

“No, no es verdad.” Él miró su reloj. “Tenemos que irnos, no necesito que ninguna otra Chester me grite. Con una es suficiente.”

“Ugh, eres insoportable.”

“Eso me han dicho, es posible que desees ponerte una camiseta limpia. Tienes manchas de sangre.”

Disparándole una mirada asesina, ella cojeó hasta su dormitorio.

“¿Necesitas ayuda?”

“¡No!” La puerta se cerró de golpe.

Podría haberle gustado besarle, pero aun así, no le quería en su vida.

Maddie se apoyó contra la puerta cerrada de su dormitorio. *Oh, Dios mío.* Su mente se aceleró a una velocidad frenética. *He tenido un sueño erótico con Mac McCarthy, y luego me he lanzado a él. Si ha oído lo que la gente va diciendo sobre mí, ahora lo creerá sin ninguna duda.*

Por supuesto que lo creería. ¿Por qué no iba a hacerlo? *Mejor aún, ¿por qué me debe importar lo que crea? No es como si se esté planeando quedarse en mi vida después de que me haya recuperado. Volverá a su vida en Miami y yo me quedaré aquí, trabajando para sus padres y viviendo mi vida, él no es nadie para mí.*

Excepto porque, pensó mientras forcejeaba dolorosamente para ponerse una camiseta limpia, *me ha dado la sensación de que parecía estar disfrutando de mi beso.* Ella había resultado igualmente afectada. No había podido pasar por alto el impresionante bulto en sus pantalones cortos, ni la ardiente mirada en sus ojos. Al pasarse los dedos por el pelo, percibió un toque a su colonia y se llevó la mano a la nariz para inhalar el picante aroma que ahora siempre le recordaba a él.

“¡Basta!” Se dijo entre dientes a su demacrado reflejo. “La última vez que te dejaste llevar por las promesas vacías de un hombre, acabaste siendo madre soltera. No vuelvas a ser tan estúpida. Él hará todo lo que pueda para aprovecharse de ti y después se largará, como hacen todos, no es nada diferente ni especial.”

Sin embargo, mientras decía tales palabras, sabía que no eran del todo

ciertas. Ya había demostrado ser diferente cuando se había ofrecido a ayudarla hasta que se recuperara. Y respecto a lo de especial...tendría que esperar y ver, pero no debía—*no podía*—permitirse esperar nada de él.

Maddie se negaba a volver a arriesgar su corazón entregárselo a cualquier hombre, sobre todo a uno que tendría el poder de pisotearlo solo para después seguir adelante con su propia vida como si ella no hubiera existido jamás.

Nunca más.

Horas más tarde, Mac llevaba a Maddie y a un divertido e inquieto Thomas en brazos de nuevo hacia su apartamento. A pesar de que el pequeño le había hecho pis y le había vomitado encima, Mac había hecho un trabajo admirable —con la ayuda verbal de Maddie—cuidando de cuatro bebés de entre nueve y doce meses. Para no haber cambiado un pañal en su vida, parecía tener un innato don y parecía que Thomas se había enamorado instantáneamente de él.

Maddie sostuvo a Thomas con su brazo sano mientras que Mac subía las escaleras y le daba mordisquitos a los dedos que el pequeño llevaba hasta su boca. Los dos adultos apenas habían hecho contacto visual toda la tarde. ¿Sería solo por el beso o por algo más? ¿Se habría enterado de lo que la gente iba diciendo por ahí de ella?

Le dolía el estómago y sus manos estaban empapadas de sudor. Tenía ganas de ser solo una chica normal, sin que nada la hiciera diferente, sin la maleta llena de problemas que arrastraba tras de sí. Suspirando, deseó perder esa carga en algún momento de su vida.

“¿Por qué suspiras?” Preguntó Mac mientras les depositaba suavemente en el sofá.

Maddie aventuró una mirada hacia él para darse cuenta de que él tenía los ojos clavados en ella.

“¿Te duele algo?”

El corazón, mi estómago, la rodilla. “No.”

Mac cogió a Thomas en brazos como si lo hubiera hecho toda la vida.

“¿Qué viene primero? ¿La cena o el baño?”

“Yo puedo encargarme a partir de ahora. ¿Por qué no vas a ver a tus padres?”

“¿Vas a seguir con esto toda la noche?”

“Solo hasta que pilles el mensaje de que no te quiero aquí.”

“¿No lo sabías? Estoy en shock y muy abatido.”

“Cállate.”

Mac hizo un gesto como si quisiera proteger a Thomas, “No hables así delante del niño.”

La mirada que ella le envió podría haber cortado cristal.

“Voy a repetirte la pregunta, ¿qué va primero, la cena o el baño?”

Con los dientes apretados, ella dijo, “La cena o tendrás que bañarle dos veces.”

“Entendido.” Mac vio las manchas en su camiseta. “Probablemente debería cambiarme primero, creo que apesto.”

Maddie no podía dejar de notar lo bien que Mac sostenía a Thomas, apoyándolo en su cadera con un fuerte brazo protector alrededor de él. “Tú, eh, tal vez quieras esperar hasta después de la cena y el baño, vas a ponerte perdido.”

“Esta cosa de bebés no es apta para los débiles de corazón, ¿verdad?” Preguntó en broma con el ceño fruncido hacia Thomas, quien empezó a dar palmadas.

“Es por eso por lo que no deberías involucrarte.”

“Demasiado tarde.” Él esbozó una gran y encantadora sonrisa que la hizo cabrear de nuevo, “Bueno, colega, vamos a ello.”

Siguiendo las instrucciones de Maddie, Mac mantuvo un constante flujo de animada charla que cautivó al pequeño mientras lo sentaba en su silla alta. Mac hacía varias voces distintas y gestos con las manos para atraer la atención de Thomas mientras abría un frasco de batata que acompañase a los pequeños trocitos de pollo.

“Deja el pollo en la bandeja,” dijo ella. “Él sabe comérselo con los dedos, pero tendrás que ayudarlo con el puré.”

“Eso no parece tan complicado,” dijo Mac mientras le hacía una cara divertida a Thomas.

Ver la intensa concentración de Mac a su tarea de meter cucharaditas de comida de bebé naranja en la boca de Thomas, hizo que Maddie se preguntara si pondría el mismo nivel de atención a todo lo que hiciera. La idea hizo que un hormiguelo la recorriese de los pies a la cabeza.

Él la miró. “¿Qué? ¿Estoy haciendo algo mal?”

Ella se aclaró la garganta y dijo, “No, no, lo estás haciendo bien.”

Thomas aprovechó el despiste momentáneo de Mac para agarrar la cuchara y lanzar un pegote naranja, que aterrizó en la mejilla de Mac.

Maddie se echó a reír a carcajadas.

Thomas hizo lo mismo mientras que Mac pretendió fingir estar fulminándole con la mirada.

“Crees que eso es muy gracioso, ¿verdad?” Preguntó mientras restregaba un poco de los restos de las patatas dulces por la naricita de Thomas.

El bebé se echó a reír y el corazón de Maddie se contrajo ante una sensación extraña, ajena, y totalmente incómoda. Fue entonces cuando se dio cuenta de que podría advertirse a sí misma que tuviera cuidado con este hombre hasta el fin de los tiempos y aún así, le seguiría encontrando irresistible, sobre todo cuando mostraba tal tierna bondad hacia su hijo.

“Creo que tiene más comida *en* él que dentro de él,” dijo Mac cuando el frasco estaba finalmente vacío. El suelo y la pared alrededor de la silla alta parecían más bien una zona de combate y los dos “hombres” estaban cubiertos de barro color naranja.

“Ya veo por qué el baño va después de la cena y no antes.”

“Tu mamá es muy sabia,” le dijo Mac a Thomas mientras le sacaba de la silla. “Pero tú ya sabías eso, ¿verdad? Vamos a hacerle una visita a la bañera, hombrecito.”

Irritada por no poder bañar a su hijo ella misma, Maddie dijo, “Ten cuidado, es como una anguila resbaladiza una vez que está mojado.”

“Estaremos bien.”

“No dejes que el agua se caliente demasiado.”

“No lo haré, no te preocupes.”

“Las toallas están en el armario.”

“Las encontraremos.”

Maddie deseó poder ver cómo se estaba manejando. En cambio, escuchó la voz grave de Mac mientras hablaba con Thomas, quien dejaba escapar un chillido o un grito ocasional. La hora del baño era su parte favorita del día y ella sonrió al imaginarse el lío que Mac tendría que limpiar una vez hubieran terminado.

A pesar de estar gravemente herida, Maddie había sonreído más ese día que lo que había hecho en años. Era difícil mantenerse adusto con la alegre y optimista personalidad de Mac alrededor.

La puerta mosquitera se abrió y Tiffany asomó la cabeza, “Solo quería ver si necesitabas algo.”

Thomas escogió ese momento para gritar.

Tiffany miró hacia el cuarto de baño, “¿Qué está pasando?”

“Le está dando un baño a Thomas.”

Los ojos de su hermana se agrandaron, “¿En serio?”

“Escucha,” dijo Maddie.

El murmullo distintivo de la voz de Mac se mezclaba con el gorgoteo de Thomas y algunas salpicaduras de agua.

“Bueno,” dijo Tiffany con tristeza, “eso es muy amable por su parte.”

“Sí, sí que lo es.” Maddie no estaba segura de por qué se sentía obligada a defender a Mac.

“Espero que no te estés. . .” Tiffany agitó la mano, “involucrando demasiado.”

“Guárdate tus consejos de hermana, ya tienes bastantes con tus problemas. No te metas en los míos.”

“Acuérdate de lo que te digo, Maddie. Ese tipo implica problemas.” En un susurro sibilante, agregó, “¿Ya no recuerdas lo que te hizo el amigo de Evan McCarthy? Evan sabía que te estaba mintiendo y no hizo nada al respecto. Es su hermano el que está ahí dentro. Su *hermano*. ¡Y lo que su madre le hizo a mamá!”

“¡Para! Él no tiene nada que ver con eso.” El corazón de Maddie se aceleró al recordar una época hace mucho tiempo en la que no quería volver a pensar. “Ahora, por favor. . .márchate.”

Después de que Tiffany hubiese salido por la puerta, Maddie respiró hondo varias veces para calmarse. Sus manos temblaban mientras los recuerdos de ese horrible año de secundaria se agolparon de pronto en su cabeza.

Cuando Mac salió del baño, chorreando agua y con Thomas en sus brazos, envuelto en la toalla del Señor Ranita, Maddie se olvidó por completo del pasado y le devolvió una sonrisa a la mueca gingival de su hijo. Mientras que Thomas había ganado claramente la batalla en la bañera, Mac parecía muy satisfecho de sí mismo, incluso mientras que el pelo goteaba de su cara y empapaba su sucia camiseta.

Mientras le veía balancear a Thomas arriba y abajo contra su cadera, Maddie decidió que Tiffany tenía razón en una cosa: Mac McCarthy implicaba problemas. Grandes y serios problemas.

Capítulo 4

Maddie le indicó a Mac cómo tenía que vestir a Thomas y cómo tenía que hacer su biberón de la noche, pero insistió en que podría sostener al pequeño mientras se lo bebía.

Tomando una de sus regordetas manos, Mac la frotó suavemente contra su propio rostro. “Ten mucho cuidadito, mamá tiene muchas pupitas, pórtate bien.”

Thomas frunció sus diminutas cejas rubias a medida que prestaba atención y escuchaba las instrucciones de Mac. Cuando Mac soltó su mano, Thomas imitó la suave caricia en su mejilla.

La mirada de Mac se suavizó y sus labios se curvaron con diversión, “Buen chico.” Dejó al pequeño en brazos de su mamá y la ayudó a encontrar una posición cómoda antes de entregarle el biberón.

“Gracias.” Maddie sintió de repente que el corazón se le iba a salir del pecho, su piel era demasiado estrecha para su cuerpo, y sus pulmones se contrajeron por el esfuerzo de extraer aire. Y pensar que hacía solo diez horas, él no tenía ni idea de su existencia y ahora había dado a comer y había bañado a su hijo con el mismo cuidado y cariño que le hubiera procesado sin duda, a un hijo propio. Maddie no podía terminar de creérselo.

Mientras que ella sostenía a Thomas, Mac limpió la suciedad alrededor de la silla alta, y restauró el orden de la cocina. A pesar de que era alto y ancho de hombros, se movía fluidamente y con mucha gracia. Sus músculos ondeaban bajo una camiseta ajustada que hizo que Maddie se lamiera los labios y recordase lo que había sentido cuando le había besado. Se agachó para limpiar la bandeja de la silla y su short se ajustó alrededor de su firme trasero. Cuando otra ola de calor hizo que su piel ardiera de deseo, Maddie miró hacia otro lado.

“Tengo que hacer una llamada telefónica,” dijo él cuando terminó. “Y darme una ducha. ¿Estás segura de que te encuentras bien?”

Maddie posó sus labios en el suave y húmedo cabello de Thomas. “Estamos bien.”

Mac sacó el móvil de su bolsillo. “Enseguida vuelvo.”

Ella imaginaba que probablemente tendría una novia en Miami que estaría esperando recibir noticias de él. Ese pensamiento la llenó de un montón de celos irracionales. Entonces recordó la advertencia de Tiffany. Antes de que pudiera enfadarse demasiado consigo misma por ser estúpida y celosa, Mac regresó y volvió a meterse el teléfono en su bolsillo. Se acercó a ellos y miró

a Thomas, que estaba empezando a quedarse dormido. “Es un niño precioso,” susurró mientras alisaba su pelo rubio. “Y muy bueno.”

“La verdad es que sí.” Nerviosa por el susurro íntimo y la natural y suave caricia que le había otorgado a su hijo, Maddie mantuvo sus ojos en Thomas. “Si estaba destinada a estar sola, definitivamente me ha tocado el bebé más perfecto.”

“¿Por qué lo estás? Quiero decir, sola...”

Después de una larga e incómoda pausa, ella finalmente aventuró una mirada en su dirección para encontrar sus fríos ojos azules fijos en ella. “Eso es, um, una historia muy larga.”

Mac esbozó esa sonrisa irresistible. “Bueno, tenemos toda la noche por delante. Puedes hablar conmigo a través de la ventana mientras que yo duermo en el porche.”

Antes de que Maddie pudiera decirle que ella no hablaba con el padre de su bebé—con nadie—Mac agarró su mochila y cerró la puerta del baño detrás de él.

Maddie cerró los ojos y trató de calmar su acelerado corazón y su mente. No le convenía acostumbrarse a estar en su presencia. La atención de Mac hacia ellos era algo temporal, y no estaría de más recordarlo. No podía permitir que Thomas se encariñara de un hombre que solo iba a estar en sus vidas un par de días más. El biberón cayó de los flojos labios de Thomas y se acurrucó más profundamente. Normalmente, Maddie le habría llevado hasta su cuna llegados a este punto, pero temía poder dejarle caer. Odiaba admitir que Mac podría tener razón.

Mientras esperaba a que pudiera ayudarla, cerró los ojos y le escuchó mientras cantaba una de las canciones de Sinatra en la ducha. Sonriendo por enésima vez en el mismo día, ella flotó en una inusual nube, contenta de tener a su bebé dormido en sus brazos, y a un chico muy sexy cantando bajo su ducha.

Mac abrió la botella de champú y aspiró el aroma a flores de verano que capturaba su atención cada vez que estaba cerca de Maddie. Inmerso en el perfume, se la imaginó reclinada en un campo de flores silvestres con una margarita detrás de su oreja y una sonrisa insinuante dirigida a él. En su escenario de fantasía, ella era una chica relajada y sin preocupaciones. No le miraba con la misma amargura que de costumbre. Así era cómo le gustaría verla siempre—sin preocupaciones, feliz, contenta.

Solo de pensar en ello sintió una oleada de deseo que le recorrió y se

estableció en su entrepierna. “¿Por qué ella?” Susurró con urgencia en el flujo constante de la ducha. “¿Por qué ahora?” Nada en su historia pasada con las mujeres le había preparado para el día en el que sintiera que quería apartarse de su rutina habitual, y explorar otra posibilidad totalmente distinta y nueva para él con alguna otra mujer.

Tal vez era porque las mujeres con las que salía normalmente, siempre querían algo de él. Cuando se enteraban de que nunca había estado casado y que disfrutaba de una vida profesional de éxito, se sentían doblemente atraídas hacia él. Roseanne había sido la última de una larga serie de mujeres que le habían utilizado. Ellas le usaban, él las usaba a ellas y nadie salía herido. Los acuerdos que no implicaban ningún tipo de atadura emocional, siempre le habían funcionado muy bien.

Ahora había encontrado a alguien que necesitaba todo, pero no quería saber nada de él. Sin embargo, quería más de ella, sobre todo ahora que había experimentado la suave dulzura de sus besos. Quería hacer cosas por ella, porque ella nunca esperaría nada de él, tal como las demás mujeres hacían. Cuanto más cosas le diera a Maddie, más protestaría, y la idea de pelear con ella le llenaba de anticipación y no del temor habitual de los desafortunados enfrentamientos que terminaban siempre con sus arreglos temporales con las mujeres.

Cuando lo pensaba con frialdad, ella ni siquiera era su tipo. Tendía sentirse atraído por las mujeres que estaban seguras de su sexualidad, que sabían que eran buenas en la cama, y que luego desaparecían cuando todo había terminado sin pretender haberse enamorado. Ninguna de esas cualidades era aplicable a Maddie. Gracias a su notable figura, sin duda, había pasado por momentos difíciles con los hombres y el sexo, y si Janey estaba en cierto, los chicos se había aprovechado de ella y luego habían ido alardeando por ahí al respecto.

La idea de lo que Maddie debía haber soportado, inundó a Mac de una rabia al rojo vivo que debería haberle asustado si no hubiera sido un hombre en su sano juicio. Por culpa del cansancio y la fatiga que llevaba encima, estaba claro que no estaba pensando con claridad. Mac McCarthy jamás se “involucraba.” La palabra ni siquiera estaba en su vocabulario. Entonces, ¿qué estaba haciendo en su ducha? ¿O bañando a su hijo? ¿O inclinándose ante cada una de sus necesidades? ¿Qué demonios le estaba pasando?

Sé realista. El sexo con ella sin duda no será una relación sin ataduras a la que estás acostumbrado. Darse cuenta de ello hizo que su excitación creciente se marchitase y lo sacó de su estado de ensueño en el que le había

metido el aromático champú. Devolvió la botella a la repisa y se pasó una cuchilla por la cara antes de salir de la ducha. Cuando oyó un fuerte golpe en la puerta delantera, se ató una toalla a la cintura y salió a abrir.

Echando un vistazo al sofá, se dio cuenta de que Maddie se había dormido con Thomas entre sus brazos. La vista de ellos tiró de su corazón y le hizo olvidar por un momento que estaba en su camino hacia la puerta de entrada. El segundo golpe aún más fuerte que el anterior, le trajo de nuevo al presente.

“¿Señor McCarthy?”

“Sí, así es. Entre.” Mac abrió la puerta para dejar pasar al repartidor del Beachcomber que les traía la cena que él había pedido antes de meterse en la ducha. “Voy a dejarla sobre la mesa.” Mac encontró su cartera, cogió cuatro billetes de veinte, y le entregó el dinero en efectivo. “Quédate con el cambio.”

“Wow, gracias.”

Mac vio que el chico se quedó mirando a Maddie y a Thomas en el sofá, y luego le miró de arriba abajo antes de volverse.

“¿De verdad que has contestado a mi puerta llevando solo una toalla?” Preguntó Maddie con su somnolienta voz.

“Sí, ¿y qué?”

“Oh, Dios mío.” Ella forcejeó para sentarse con cuidado de no despertar al bebé. “En menos de una hora todo el mundo en la ciudad va a pensar que me estoy tirando a Mac McCarthy. Justo lo que necesito.”

Mac quería darse una patada a sí mismo por ser tan estúpido. Tomándose un segundo para encontrar la manera de manejar este último desafío, se inclinó y tomó a Thomas de ella. A pesar de que tuvo cuidado, rozó su pecho con los dedos, lo que hizo que ella se retirara bruscamente.

“Lo siento.” Llevó a Thomas hasta su cuna y puso una liviana manta sobre él. Antes de salir de la habitación, pasó los dedos por el cabello del bebé. “No tengas ninguna prisa por crecer, colega. No todo es tan bueno como parece.”

Preparándose para la pelea que se avecinaba, Mac regresó a la sala de estar y se detuvo en seco. “Lo siento,” dijo, conmovido por sus lágrimas. “No estaba pensando con claridad.”

“¿Por qué ibas a hacerlo? Nadie en esta ciudad piensa jamás en los demás.”

“Me aseguraré de que la gente sepa lo que está pasando exactamente aquí.” Su carcajada le sorprendió. “Vaya, gracias. Eso hará que *todo* vaya mucho

mejor.”

Mac se sentó a su lado en el sofá. “Lo siento mucho. Nunca se me ocurrió pensar que—”

“Lo hecho, hecho está. Pensé que ya estaría acostumbrada a ello a estas alturas.”

Mac no tenía ni idea de qué decir ante eso, así que pensó que sería mejor guardar silencio.

“Alguien te lo ha contado, ¿verdad?”

El tono suave y cansado de su voz fue directo a su corazón. “No me lo creo.”

Cuando ella le miró con sus ojos color caramelo, todavía humedecidos por las lágrimas, la necesidad de ofrecerle su apoyo superó a su mejor juicio. Pasó un brazo alrededor de ella y tiró de su cabeza para que descansara sobre su hombro.

Al principio, ella se resistió, pero él lo intentó de nuevo. “No me creo ni una sola palabra,” dijo con más fuerza esta vez a la par que enterraba los dedos en su suave y grueso cabello como para dirigir su cabeza directamente a dónde quería tenerla.

“¿Por qué? ¿Porque no me he rendido a los pies del todopoderoso Mac McCarthy en la primera oportunidad que he tenido y no le he rogado que tenga sexo conmigo?”

“¿Y te parece poco?”

El comentario burlón hizo que ella estallara en carcajadas, cuyo sonido fue tan sexy y tan atractivo que a Mac le dio la sensación de que su aliento se había quedado atorado en su camino hacia los pulmones.

“Así que he pisoteado tu ego, ¿eh?”

“Mucho,” respondió él seriamente mientras pasaba los dedos por su pelo. Esperaba que ella le fuera a decir de un momento a otro que parase, pero no lo hizo.

“Te pido disculpas si no estaba en lo cierto sobre que una pequeña dosis de humildad sería buena para ti.”

Así que la amarga, y harta de todo el mundo, Madeline Chester también podía ser bastante ingeniosa. Ese descubrimiento, por encima de todos los demás, hizo que su corazón se acelerara. “Yo diría que lo menos que puedes hacer para compensármelo es cenar conmigo.” Mac hizo un gesto hacia las bolsas sobre la mesa. “¿Qué te parece?”

“¿Qué hay en el menú?”

“Tenía antojo de langosta, así que le pedí a Libby que enviara un par de ellas.”

Maddie se puso rígida contra su cuerpo.

“¿Qué?”

“Ahora está corriendo por toda la ciudad de Nueva York la noticia de que Mac McCarthy está medio desnudo en mi apartamento y comprándome langosta. Ya estarán especulando sobre lo que va a recibir a cambio.”

“Maddie. . . “

“Vamos a comer.” La risa de hacía solo un momento fue reemplazada por el dolor. “Van a decir lo que quieran, no importa lo que haga. La verdad nunca ha sido una consideración en la que a mí respecta.”

Con el dedo en su barbilla, él la instó a mirarle. “Nunca he querido causarte ningún problema.”

“Lo hiciste desde el primer segundo que te lanzaste delante de mi bici.”

“La única parte que lamento de eso es que resultases herida.”

“No te vayas. Acabarás lamentando mucho más que eso.”

“¿Es eso una invitación?”

Ella retrocedió, horrorizada por el lío en el que acababa de meterse ella misma. “¡No!”

“A mí me lo ha parecido,” dijo él en un tono juguetón mientras se inclinaba para cerrar la distancia entre ellos. Mac ya no podía luchar contra su atracción magnética como evitar respirar.

La expresión de Maddie cambió de cautela a miedo. “No lo hagas.”

“¿Por qué no?” Susurró él.

“Porque no vas a conseguir nada de ello.”

“Eso tú no lo sabes.”

“Sí, sí que lo sé.”

“Haces que me dan ganas de demostrarte lo equivocada que estás.” Rozó sus labios sobre los de ella, gratificado por el gemido que escapó de su boca. “Bésame como lo has hecho antes.”

“Yo es-estaba dormida. Eso no cuenta.”

Su tartamudeo dibujó una pequeña sonrisa en él. “Tienes razón. No cuenta. Pero esto, sí.” Haciendo caso omiso de la mano de ella contra su pecho, así como de la forma en que sus ojos se abrieron en estado de shock y consternación, Mac plantó su boca sobre la de ella y se hundió en su satinada suavidad. Dejó que su mano se deslizara por la longitud de su brazo hasta detenerse en su mejilla sin apartar los labios de ella. Él ya había hecho el

primer movimiento. Ahora le tocaba a ella.

Mac pensó que se volvería loco mientras esperaba un signo, una señal, cualquier cosa que le indicara que ella quería más. Justo cuando estaba a punto de renunciar, sintió la mano de ella tocar su cuello y la primera tentativa caricia de su lengua contra su labio inferior.

Luz verde.

Mac la devoró empujando la lengua en las dulces profundidades de su boca, inmerso en su adictivo sabor. Al principio, ella parecía demasiado sorprendida por su ardor para responder, pero cuando su lengua finalmente se enredó con la suya, y le correspondió caricia por caricia, Mac luchó contra la urgente necesidad de tener más de ella.

Muchos minutos más tarde, él se apartó, respirando con dificultad, sintiéndose más satisfecho por su sensual beso de lo que normalmente se sentía tras el acto completo. Al abrir los ojos, se encontró con los de ella fijos en él. Sin poder procesar todo lo que vio en ellos, tomó el camino propio de un cobarde y se dirigió a la suave columna de su cuello donde plantó apasionados besos con la boca abierta en su caliente piel.

“Mac.” Maddie parecía estar tan sin aliento como él.

“¿Hmm?” En la base de su cuello, se encontró con un sensible tendón y lo capturó entre sus dientes.

Ella gritó.

“Lo siento.” Avergonzado por su abrumadora reacción, apoyó la cabeza en su hombro y trató de recuperar el control.

Ella pasó los dedos por su pelo en una suave caricia que hizo que él sintiera ganas de quedarse así para siempre.

“No me ha dolido,” dijo ella después de un momento cargado de silencio.

“¿No?”

Maddie sacudió la cabeza, y su fragante cabello rozó su rostro, lo que envió una nueva oleada de sangre caliente a su regazo.

Envalentonado, Mac pasó la lengua suavemente sobre el mismo punto de su cuello.

Un escalofrío la recorrió. “No quiero ser lo que tú esperas que sea,” dijo ella en voz baja.

Él levantó la cabeza y se encontró con sus ojos en la invasora oscuridad.

“¿Y qué es eso?”

“Una chica fácil.” Su serena dignidad le tocó en lugares que normalmente Mac mantenía cerrados e inalcanzables. “Vulgar.”

Mac eligió cuidadosamente sus palabras. “Cariño, ya he tenido fácil y vulgar, y créeme, tú no eres ninguna de las dos cosas.”

Incrédula, ella le miró fijamente. “¿Cómo sabes eso?”

“Instinto masculino.”

“¿Y tu instinto nunca se equivoca?”

“No, no lo ha hecho todavía.”

“La gente de la ciudad hablará mal de ti si te involucras conmigo.”

“Maddie, nunca me ha importado una mierda lo que la gente piense sobre mí, y no va a empezar a importarme ahora.”

“Eso es fácil de decir cuando has sido amado y adorado toda tu vida. No tienes ni idea de lo despiadada que puede llegar a ser la gente.”

Mac dejó caer otro leve beso en sus hinchados labios. “Si eso significa que tengo la oportunidad de pasar más tiempo contigo, estaría más que dispuesto a averiguarlo.”

“Eso lo dices ahora. . . “

“¿Qué tal si le metemos mano a la langosta?”

Ella levantó su lesionada mano. “Puede que necesite algo de ayuda.”

“Cuenta con ello.” Él la levantó en brazos y la llevó hasta la mesa.

“Después de la cena, te cambiaré los vendajes y te pondré un poco más de ungüento en los cortes.”

“Oh, chachi. No puedo esperar.”

Él sonrió mientras disfrutaba de su cortante ingenio. “Dame un segundo para que me ponga algo de ropa.” Cuando regresó un minuto después con unos pantalones cortos limpios y una camiseta de los Miami Dolphins, Mac se inclinó para poner la cara cerca de la suya. “Quiero que sepas que no estoy aquí porque sienta que tengo que hacerlo.”

Sus bonitos labios formaron una sorprendida O. “¿No?”

Mac negó con la cabeza. “Hoy lo he pasado muy bien—no en la parte en la que te he lesionado, sino en todo lo que ha venido después.”

“Es evidente que no sales lo suficiente.”

Moviendo las cejas hacia ella, Mac descorchó una botella de vino blanco y sirvió un poco de líquido en las dos copas idénticas que había encontrado en uno de sus gabinetes. Le entregó una a Maddie y levantó la suya para hacer un brindis. “Por... salir más.”

Maddie le hizo esperar durante un incierto y emocionante momento antes de chocar la copa con la suya.

Celebrando su pequeña victoria, Mac comenzó a pelar las langostas.

Linda McCarthy no podía dejar de dar vueltas por su amplio porche trasero, sin ni siquiera pararse a apreciar la espectacular puesta de sol. Había logrado haber traído a su hijo de vuelta a la isla, pero nada más estaba saliendo de acuerdo a su plan. Si no encontraba la manera de conseguir que volviera a casa, todo el pueblo comenzaría a cuchichear sobre la posibilidad de que *su hijo* estuviera liado con. . . ¡esa mujer!

No le había dado siquiera a su madre una hora de su tan valioso tiempo, y sin embargo, tenía todo el tiempo del mundo para estar con una mujer que la mayoría de la gente consideraba la vagabunda de la ciudad. No era que Linda tuviera nada en contra de Maddie. Era una buena trabajadora del hotel y en su casa una tarde a la semana. Sin embargo, no era el tipo de persona con la que quería que se involucrara ninguno de sus hijos, especialmente Mac.

Linda sabía que una madre quería a todos sus hijos por igual, pero Mac siempre había sido muy especial, un hijo del que cualquier madre estaría muy orgullosa. Verle lanzar a su equipo al campeonato estatal en su último año, era uno de sus mejores recuerdos. Cuando sufrió la lesión que acabó con sus aspiraciones profesionales como jugador de béisbol, su corazón se rompió casi tanto como el de su hijo.

Y entonces se levantó por sí solo, se centró en sus estudios, y se graduó con un título de ingeniero que hizo que llegara a ser co-propietario de un próspero negocio. A lo largo del camino, ella esperaba y rezaba porque encontrase una mujer que le complementara y le apoyase mientras seguía adelante con su exitosa trayectoria.

Eso ciertamente no iba a suceder una vez que la mujer que Linda tenía en mente para su hijo supiera que había pasado la noche con Maddie Chester. Mac estaba haciendo que el plan de su madre por encontrarle una esposa adecuada fuera mucho más difícil de lo que ya habría sido de por sí en otras circunstancias.

Sonó el teléfono en la cocina. Con la esperanza de que pudiera ser Mac, Linda se precipitó en el interior y gimió al oír la voz de su hermana. “Hola, Joan.”

“¿Por qué no me dijiste que Mac iba a volver a casa?”

“Porque no estaba segura de qué día iba a llegar.” De ninguna manera iba a admitir que su hijo no se había tomado la molestia de compartir sus planes con ella. A Joan le causaría mucho placer escuchar eso.

“Teensy acaba de llamar. Su nieto acaba de hacerle entrega a Mac de unas langostas en el apartamento de Maddie Chester.”

Linda reprimió un gemido. De pronto se encontró hirviendo en su interior, “Teensy” era la mayor cotilla en toda la isla. Si la mujer sabía que Mac estaba conviviendo con Maddie, el resto del mundo ya lo sabría también a estas alturas.

“Y no te pierdas esto,” dijo Joan, claramente disfrutando de su primicia, “¡Mac abrió la puerta llevando *nada más que una toalla!*”

Linda iba a matarle. “Él la tiró de su bicicleta y la chica resultó malherida. La está ayudando hasta que se recupere. No hay nada más que eso.”

“Teensy dijo que parecían estar *extremadamente* a gusto.”

Cuando terminara con Mac, Joan sería la siguiente en su lista de víctimas. “Honestamente, ha estado en la ciudad durante apenas ocho horas. ¿Qué crees que puede estar pasando cuando ella está magullada y sangrando a causa de su accidente?”

La risa de Joan enfureció a Linda. “Usa tu imaginación. Él es un hombre de sangre roja, y ella está siempre dispuesta. Unos cuantos rasguños no van a detenerla.”

“Eso es muy desagradable, Joan, y muy por debajo de ti.” En realidad no, pero Linda no tenía ganas de empezar la Tercera Guerra Mundial con su hermana. “Mac está haciendo algo honorable por ayudarla. No me parece nada bien que quieras convertirlo en algo sucio.”

“No te pongas borde conmigo. Yo no soy quien ha contestado la puerta llevando solo una toalla.”

“Me tengo que ir. Mac Padre acaba de llegar a casa y tiene hambre.”

“Antes de que salgas huyendo tengo que decirte que Josh me ha llamado hoy. ¡Ellen está otra vez embarazada! Estamos teniendo nuestro propio baby boom en la familia.”

Linda se preguntó si una cabeza realmente podría explotar. “Enhorabuena. Eso es maravilloso. Sin duda se mantienen muy ocupados, ¿no es así?”

“Por suerte para mí. Hasta pronto.”

Linda colgó el teléfono con ganas de soltar una palabrota que raramente salía de su boca.

“Bueno, buenas noches a ti también, mi amor.” Mac Padre la besó en la frente. “¿Qué os tiene tan enardecidos a todos?”

“¡*Tu* hijo! *Esa* mujer y Teensy.” Linda se movió alrededor de la cocina para servirle a su marido un plato de espaguetis y albóndigas que ella ya había comido antes. “¿Cómo se le ocurre abrir la puerta con solo una toalla?”

Mac Padre conectó su móvil al cargador y se volvió hacia ella. “¿Qué es lo

que acabas de decir? ¿Que Teensy abrió la puerta llevando solo una toalla?”
Él hizo una mueca de supremo disgusto. “Acabo de perder el apetito.”

“¡No *Teensy*! Presta atención, ¿quieres? ¡*Tu* hijo ha abierto la puerta del apartamento de *Maddie Chester* vestido solo con una toalla! ¡Y le está comprando *langosta*!”

“Dios mío, qué sinvergüenza. ¿Qué hemos hecho mal con él?”

“¡*No lo entiendes*! ¡Mañana toda la ciudad irá diciendo por ahí que está durmiendo con ella! Entonces, ¿quién le va a querer?”

“Cualquier mujer sería muy afortunada de acabar con él.”

“Nadie va a querer a un chico que ha estado con la chica más fácil de toda la ciudad.”

“Lin,” dijo él en un tono de desaprobación. “Es una buena chica.”

“Con una reputación que haría sonrojar a un actor porno.” Linda dejó caer su plato en la mesa. “Tengo que arreglar esto. Y rápido.”

“Linda. . . Ya sabes cómo funcionan estas cosas. ¿Recuerdas cuando quisiste juntar al primo de Sophie con Grant cuando estuvo de visita en Los Angeles?”

Linda le miró, incrédula. “¿Qué culpa tuve yo de eso? Sophie no mencionó en ningún momento que su primo pequeño acabara de salir de un psiquiátrico.”

“Luego estuvo la sobrina de Debbie, a quien azuzaste a Adam. . . “

“Cuando le dije que lo pasaran bien por Nueva York, no quise decir que pasaran toda la semana sin salir de la habitación de su hotel. Y si *ella* no sabía que tenía clamidias, ¿cómo iba a saberlo *yo*?”

“Y por supuesto, la hermana compositora de Tina no era la indicada para Evan.”

“Tina nunca me dijo que su hermana estaba más interesada en recorrerse todo Nashville borracha que en escribir canciones. Menos mal que Evan se dio cuenta.”

“No antes de que ella vomitase en su nuevo camión.”

Linda frunció el ceño. “¿Se puede saber de qué parte estás?”

“De la tuya, mi amor. Siempre.”

“Pues podrías mostrarlo un poco mejor.”

“Estas albóndigas están deliciosas.”

“No vayas a usar ese encanto McCarthy conmigo. Conozco todos tus trucos.”

“Bueno, hacer de casamentera no es lo tuyo, pero tienes muchos otros

talentos. Como hacer albóndigas que se deshacen en la boca.”

“Mac necesita una esposa. No va a tener ningún hijo hasta que tenga cuarenta años a este ritmo.”

“Tal vez si hubieras sido un poco más cariñosa con su amiga Roseanne cuando estuvimos en Miami este invierno, no estaría dando un giro radical a su vida esta noche.”

Con las manos en las caderas, Linda se enfrentó con él.

“¿Qué? Solo estoy diciendo. . . “

“*Ella no* es la adecuada para él. La calé desde el principio. Él ahora está hipnotizado por su físico, pero muy pronto se dará cuenta de cómo es—si no lo ha hecho ya.”

“Seamos realistas, nena. Ninguna mujer ha cumplido, ni cumplirá nunca, con los estándares que tú buscas para esos muchachos.”

“¡Eso no es cierto! Solo quiero que sean felices. Quiero que tengan lo que nosotros hemos tenido todos estos años. ¿Qué hay de malo en eso?”

“Ah, cariño, no hay nada de malo en eso.” Él tomó su mano y la puso en su regazo. “Pero tienes que dejar que actúen como crean conveniente y cuando crean conveniente.”

“Eso ya lo he intentado, y ahora tengo cuatro hijos en sus treinta años que no tienen ninguna intención de sentar la cabeza ni de tener sus propias familias. Lo *lamentarán* más tarde, Mac. Lo sabes tan bien como yo. “

“Tal vez sea así, pero serán *sus* lamentaciones.”

“No quiero que no sepan lo que es el amor.” Solo de pensarlo, se le rompía el corazón. “¿Dónde estarías tú ahora mismo si yo no hubiera aparecido y te hubiera salvado?”

Su gran carcajada resonó en la cocina. “Solo Dios lo sabe.”

“¿Ves? Eso es todo lo que quiero para ellos.”

“Prométeme que dejarás a Mac tranquilo mientras que esté en casa.”

Linda vaciló por un momento. ¿Cómo podía prometer tal cosa?

Se apartó de ella para poder mirarla a la cara. “Linda. . . “

“¡De acuerdo! Le dejaré en paz.” Linda no usó intencionalmente la palabra “promesa,” y se aseguró de que su marido no pudiera vez los dedos cruzados en su espalda.

Mac cogió la bolsa de basura llena de conchas de langosta, y siguió las indicaciones de Maddie para llegar hasta los cubos de basura. Arrojó la bolsa en el contenedor y se giró para volver a subir las escaleras hacia la casa

cuando el resplandor de un cigarrillo en la oscuridad iluminó la cara de Tiffany.

“¿Qué haces merodeando por aquí?” Preguntó ella.

“Solo estoy tratando de ayudar a tu hermana.”

“Yo puedo ayudarla. ¿Por qué no vuelves a donde perteneces?”

“¿Y dónde es eso?”

“En tu gran casa blanca con vistas a tu reino de Norte Harbor.”

“No es mi reino.”

“Lo que tú digas.”

“¿Qué es lo que os he hecho a ti o a tu hermana?”

“Ni una maldita cosa.”

“Entonces, ¿cuál es tu problema conmigo?”

“No tengo ningún problema contigo. Tengo problemas con la gente *como* tú que presume entre sus amigos de habérselo hecho con una de las vulgares hermanas Chester.”

“Ese no es mi estilo.”

“¿Qué no es tu estilo? ¿Acostarse con una chica vulgar o alardear de ello?”

“Maddie no es una chica vulgar.” Mac no podía evitar sentir cada vez más rechazo hacia esta amarga e infeliz mujer a cada segundo que pasaba. “¿Por qué dices eso de tu propia hermana?”

“No soy yo quien lo dice. ¿Te ha contado dónde está nuestra madre en este momento?”

“Me lo ha dicho mi hermana.”

“Seguro que le causó mucha satisfacción poder darte la exclusiva. ¿Te ha contado también cómo llegó hasta allí?”

“No.”

“Pregúntale a *tu* madre.”

“¿Qué tiene que ver mi madre con todo eso?”

“Pregúntaselo.” Tiffany se llevó el walkie del bebé al oído. “La niña está hablando en sueños.”

“¿Dónde está tu marido?” Mac había conocido a Jim Sturgil en la escuela secundaria, pero no demasiado.

“Otra buena pregunta.”

“Mira, no sé por qué estás tan enfadada conmigo—”

“Y no lo harás, pero como metas la pata con mi hermana, tendrás que vértelas conmigo.”

Mac nunca había conocido a dos mujeres más hastiadas. “Yo solo quiero

verla de nuevo sobre sus pies.”

“Muy noble por tu parte. Qué encanto.”

“¿Qué quieres que haga? ¿Marcharme y dejar que se valga por sí misma después de haberle causado todas esas heridas?”

Tiffany pisoteó su cigarrillo. “Te estaré mirando de cerca.”

“Gracias por la advertencia.”

Le dejó de pie en la oscuridad. Él la vio entrar en su casa a través de la puerta corredera del porche trasero y se tomó un momento para recomponerse antes de regresar al apartamento de Maddie.

“¿Has tenido problemas para encontrar los contenedores de basura?” Le preguntó.

“No.” Mac se pasó los dedos por su pelo todavía húmedo de la ducha. “Me he topado con tu hermana.”

“¿Qué te ha dicho?”

Mac se encogió de hombros. “Nada que merezca la pena repetir.” Se debatió durante unos segundos, pero tenía que saberlo. “¿Qué hizo mi madre para que la tuya acabara en la cárcel?”

Maddie se quedó sin aliento. “¿Te ha *contado* eso?”

“¿Es cierto? ¿Tiene mi madre algo que ver con ello?”

Maddie pareció sopesar cuidadosamente sus palabras. “Fue una combinación de varias cosas.”

Él se sentó en la mesa de café y la obligó a mirarle. “Cuéntamelo.”

“Mi madre entregó un cheque sin fondos en el bar del hotel, así que tu madre la denunció.”

“¿Por una primera infracción?”

“Tercera.” Los ojos de Maddie cayeron a su regazo, y sus mejillas se ruborizaron de vergüenza. “Tu madre no tuvo otra opción.”

Mac cubrió la mano de Maddie con la suya y apretó. “Lo siento.”

“Ella se había estado codeando con más y más desastres durante años. Tenía que pasar en algún momento.”

“Y por eso has puesto todo tu empeño en no cometer los mismos errores.”

“Por todo el daño que me han hecho, he tratado de cuidarme muy bien las espaldas. Siempre intento estar un paso por delante de los desastres.”

Entrelazó sus dedos con los de ella, y se alegró cuando ella no intentó retirarse. “Me siento muy atraído por ti, Maddie.”

Su rostro se enrojeció de nuevo. “No digas esas cosas. No lo dices en serio.”

“Sí que lo digo en serio.”

Llevándose sus manos unidas a sus labios, besó el dorso de las de ella y decidió no insistir en el tema. Tenía la sensación de que mucho en poco tiempo *no* era la manera de conquistar a esta obstinada mujer. “¿Qué te parece si limpiamos esos cortes?”

“Tenía la esperanza de que te hubieras olvidado.”

“No ha habido suerte.”

“Me encantaría poder darme una ducha. Me siento asquerosa.”

Mac metió un mechón de su cabello por detrás de su oreja. “No estás asquerosa. A decir verdad, estás preciosa.”

“No es necesario que me digas esas cosas. No te van a llevar a ninguna parte.”

“¿Y dónde crees que quiero llegar?”

Ella le respondió con la mirada mordaz a la que él ya había cogido cariño tras pasar su día juntos.

“¿Por qué no hablamos directamente de esta cosa que te preocupa tanto?”

“¿De qué estás hablando?”

“Crees que solo estoy haciendo todo esto para irme a la cama contigo, ¿verdad?”

Ella tuvo la decencia de parecer avergonzada por su franca valoración. “Se me ha pasado por la mente, sí.”

“Entonces deja que tranquilice a tu mente—no vamos a acostarnos hasta que me digas que quieres hacerlo.” Cuando ella comenzó a protestar, él apoyó sus dedos sobre sus labios. “Hasta que me digas estas palabras: ‘Mac, hazme el amor,’ te juro que no va a suceder. No puedo prometer que no vaya a tratar de besarte de nuevo, porque me gustó mucho besarte. Pero si quieres que pase algo más que eso, dependerá de ti.”

“¿Puedo hablar ahora?” Preguntó ella.

Mac sonrió y retiró los dedos de su boca.

“No estoy acostumbrada a que la gente haga cosas por los demás sin un motivo ulterior.”

“Siento que te hayan humillado en el pasado, pero no todos los hombres somos unos cerdos asquerosos.”

Ella le miró con unos ojos totalmente carentes de astucia, que hizo que el corazón de Mac vibrase en su pecho. “¿No lo sois?”

Sin romper el intenso contacto visual, Mac negó con la cabeza. Tendió la mano, la acarició su mejilla, y se inclinó para besarla suavemente. “No puedo

resistirme.”

“Tendrás que esforzarte un poco más.”

“No quieres que lo haga.”

“¿Cómo lo sabes?”

“Bueno, tú eres la que comenzaste con la ronda de besos en nuestra relación.”

“¡Estaba dormida! Y esto no es una relación.”

La sonrisa de Mac se propagó por todo su rostro. “¿Cómo lo llamarías entonces?”

“Una molestia.”

Él se echó a reír—a carcajadas, lo que pareció enfurecer más a Maddie. “Será mejor que pospongamos el debate por el momento y te curemos esas heridas.”

“¿Tenemos que hacerlo?”

“Sí. ¿Lista para un viaje al cuarto de baño?”

“Supongo.”

Mac se movió con cuidado para levantarla del sofá y llevarla hasta el servicio. “¿Cómo quieres hacerlo?”

“Sola.”

La siguió hasta el baño, “Podrías caerte.”

Ella se volvió y pareció sorprendida de encontrarle justo detrás de ella. Colocando una mano sobre su pecho, evitó que diera un solo paso más. “*De ninguna manera vas a verme desnuda, así que ya puedes darte la vuelta e irte.*”

Mac puso cara de puchero, “No eres nada divertida.”

“Eso me han dicho.”

Mac cerró la tapa del inodoro, “¿Por qué no te sientas y dejas que te quite las vendas?”

Mirándole con recelo ella dijo, “Muy bien, pero en cuanto las hayas quitado, te largas de aquí.”

“Sí, señora.” Mac la ayudó a sentarse y luego se arrodilló delante de ella para desenvolver las gasas. Al descubrir la furiosa herida de su rodilla en carne viva, hizo una mueca y su estómago se revolvió, “Dios, Maddie.” Levantó la vista hacia su pálido rostro. “No mires.”

“De acuerdo.”

Le quitó las vendas del codo y las manos, y se sorprendió por su estoica valentía cuando la joven tenía que estar sufriendo unos dolores terribles,

“Siento mucho haberte causado todo esto.”

Con los dedos de la mano buena, Maddie apartó el pelo de su frente.

Estupefacto por su suave caricia, Mac levantó la vista.

“No eres nada como esperaba.”

“¿No?” Él mantuvo un tono ligero, pero sintió quedarse sin oxígeno en el minúsculo cuarto de baño.

“Por las historias que cuenta tu madre, te imaginaba como un auténtico playboy. Una mujer diferente por día.”

Mac se encogió ante la, de algún modo, acertada descripción. “He de admitir que eso me ha descrito en algún momento de mi vida, pero ya no.”

“¿Y cuándo se produjo ese milagroso cambio?”

Mac pretendió pensar significativamente en la pregunta durante un par de segundos, “Sobre las nueve de esta mañana.”

Capítulo 5

Al salir del baño, Maddie quería creer que el interés de Mac por ella era genuino, pero todavía estaba convencido de que en el momento en que estuviera completamente curada, se olvidaría de ella y saldría corriendo de nuevo a su vida normal. ¿Cómo iba a creer cualquier otra cosa? Todos los hombres con los que había estado la habían decepcionado. ¿Por qué iba a ser este diferente? *No estás siendo justa*, dijo el ángel sentado en su hombro derecho. *No ha sido más que un encanto contigo y Thomas durante todo el día.*

Sí, pero es probable que solo esté preocupado porque vayas a demandarle después de todo el año que te ha hecho, contrarrestó el diablo en su hombro izquierdo.

“Basta,” murmuró Maddie. Apoyándose en el lavabo, se puso de pie lentamente y sopló mientras un terrible dolor se apoderaba de ella. Se las arregló para quitarse los pantalones cortos, su camiseta y ropa interior, pero tenía problemas para desabrocharse el sujetador. Su mano herida no cooperaba y no podía soltar los cuatro ganchos apretados. Sus ojos se llenaron de lágrimas por el dolor en su mano, cogió una toalla y se la envolvió alrededor. “¿Mac?”

“¿Qué necesitas, amor?”

La palabra cariñosa hizo que casi se desmayara de deseo. Cómo deseaba poder ser su amor, pero eso no iba a suceder. Tener sentimientos hacia un hombre que vivía a miles de kilómetros de distancia era estúpido y muy arriesgado. “Yo, um, necesito un poco de ayuda.” La simple idea de que la viera en su viejo sujetador la hizo sentir barata.

“¿Quieres que entre?”

Tragando saliva, ella dijo, “Por favor.”

La puerta se abrió y Mac se quedó en blanco cuando vio a Maddie solo en una toalla.

“¿Podrías hacer el favor de dejar de comerme con los ojos?”

“¿Quién te está comiendo con los ojos?”

“Tú.”

A Mac parecía costarle mucho centrarse en su cara.

“¿Podrías, um, desabrocharme el sujetador? ¿Por favor?” Ella vio cómo su nuez se sacudía de arriba a abajo en la fuerte columna de su garganta.

“Claro,” dijo él en un tono estrangulado.

Maddie se volvió y dejó caer la toalla justo lo suficiente para darle acceso.

Los dedos de Mac rozaron su espalda y ella se quedó sin aliento.

“Lo siento.”

“No pasa nada.” Ella contuvo el aliento mientras él trabajaba con los ganchos.

“Todo listo.”

“Gracias.”

Maddie esperó a que se fuera, pero en cambio, apartó una de las tiras de la prenda.

“Te ha dejado marcas en los hombros.”

“Sí.” Mac pasó los labios por su hombro derecho y ella se puso rígida por la sorpresa, “¿Qu-qué estás haciendo?”

“No tengo ni idea.”

Un hormiguelo la recorrió por todo el cuerpo y la hizo temblar. “Mac—”

Besó las marcas en el hombro izquierdo sin dejar de masajear el otro.

“¿Puedo hacerte una pregunta?”

“Si digo que sí, ¿saldrás de aquí para que pueda bañarme?”

“Uh-huh.”

“¿Cuál es la pregunta?”

“Dado que las odias tanto, ¿alguna vez piensas en operarte para reducir las?”

Maddie se volvió y le miró fijamente. “¿*En serio?* ¿*Esa* es tu pregunta?”

“Lo siento, no es de mi incumbencia. No debería—”

“¡Todos los días desde el sexto grado! ¡Las odio! ¡Han arruinado todos los días de mi vida!”

“Lo sé, ¿por qué entonces no. . .ya sabes. . .”

“No tengo ningún seguro médico, ni millones de dólares.”

“No he querido molestarte.”

“Es lo que es.” Mirando hacia él, dijo, “¿Puedo darme ahora una ducha?”

“Sí, claro.” Mac se volvió para irse. “Estaré aquí, por si me necesitas de nuevo.”

Una vez que la puerta se cerró, Maddie dejó caer la toalla y se miró en el espejo de cuerpo entero fijo en la parte posterior de la puerta. Sus pechos parecían dos mini melones, sus caderas eran demasiado redondas y anchas, y su vientre no estaba tan plano como lo había estado antes de tener a Thomas. A pesar de los dolores de espalda, espasmos en los hombros y una variedad de problemas de piel, había aprendido a vivir con esos pechos que se habían desarrollado demasiado pronto y que les había dado a todos los adolescentes

de su clase un motivo para obsesionarse. Algunos días deseaba poder agitar una varita mágica y despertar con unos pechos de tamaño normal. Entonces tal vez todos los hombres se centrarían en su cara y no en sus pechos. Una chica podía soñar.

Maddie se metió en la ducha y se quedó sin aliento cuando el agua golpeó sus cortes. Sus lágrimas eran solo causadas parcialmente por el dolor. Solo una vez, *una sola vez*, le gustaría sentirse como una mujer normal que tuviera una oportunidad de estar con un hombre como Mac.

Solo una vez. . .

Mac quería darse una patada a sí mismo por haberle preguntado tal cosa y haberla molestado, pero su deseo por saber todo de ella había triunfado sobre su mejor juicio. Suspiró cuando pensó en esos surcos tan profundos y enrojecidos que los tirantes del sujetador habían dejado en sus delgados hombros. Quería darle dinero. Lo necesitaba. Lo tenía. Si solo fuera así de simple.

Que él quisiera darle a esta mujer que había conocido en ese mismo día miles de dólares sin dudarle y no esperar nada a cambio, debería haberle asustado como el infierno. Más bien, le complacía saber que podría ser capaz de hacer algo así para hacerla feliz. Si ella le dejara, claro y eso era una posibilidad muy improbable.

Thomas gimió y Mac fue a ver cómo estaba. Se encontró al bebé durmiendo con su culote en pompa, la cara pegada al colchón y la boca abierta y en movimiento. Mac cogió la manta que estaba enredada entre sus minúsculas piernas y lo tapó de nuevo. Durante mucho tiempo, se quedó allí mirando al pequeño antes de ofrecerle uno de sus dedos.

Thomas apretó su pequeña mano alrededor del dedo de Mac. La confianza implícita del acto llegó al corazón de Mac y su garganta se apretó por la emoción. “Me gustaría poder convencer a tu mamá de que puede confiar en mí,” susurró.

“¿Se ha despertado?” Dijo Maddie detrás de Mac, sobresaltándole.

El aroma floral de su champú y del gel llenó sus sentidos y sintió cómo otra oleada de lujuria la atravesaba, “Solo estaba hablando un poco con él.”

“Sueña igual que yo.”

Recordando su sueño anterior, Mac desprendió el dedo de la mano de Thomas y se volvió hacia ella. Vestía una bata y su cabello estaba cubierto con una toalla. Él estudió su bonita cara, deseando poder tomarla en sus brazos y

besarla de nuevo tal como había estado anhelando dese la última vez.

“Me estás mirando,” dijo ella sin aliento después de un largo momento.

“Eres bonita, muy, muy bonita.”

“Me gustaría que dejaras de decir esas cosas.”

“¿Por qué?”

“Porque me hacen sentir incómoda.”

“¿Por qué no te las crees?”

“Porque tengo miedo a creerlas.”

Mac enmarcó su cara con las manos y pasó sus pulgares suavemente sobre su rostro.

Sus labios formaron la sorprendida O de la que Mac se estaba encariñando.

“Yo nunca te haría daño.”

“Estoy segura de que tú mismo te crees eso.”

“¿Nunca nadie ha sido amable contigo, Maddie?”

Ella pensó por un momento, “Mi abuela, pero murió cuando yo tenía siete años.”

Mac se acercó más; sus labios flotaban justo por encima de los de ella.

“Haces que me den ganas de hacerlo todo por ti, ¿Sabes por qué?”

Ella negó con la cabeza, pero no apartó su mirada.

“Porque jamás me lo pedirías.”

“¿Y las demás lo hacen?”

“Siempre.”

“¿Incluso las que has amado?”

“Nunca he amado a ninguna de ellas.”

Sus expresivos ojos se abrieron con sorpresa. “¿A ninguna?”

A Mac le encantaba escandalizarla. “Nunca ha sido algo que quisiera o necesitara.” *Hasta ahora*, quería añadir, pero no se atrevió. “Parece que estás un poco mejor.”

“El agua me ha ayudado bastante.”

“Será mejor que te cambiemos el vendaje.”

“Yo solo, eh, tengo que vestirme primero.”

Mac la oyó, pero no se atrevía a mirar hacia otro lado ni a salir de la habitación.

“Mac.”

“Oh, claro, te esperare ahí fuera.”

“Gracias.”

Mac salió de la habitación y se tiró en el sofá mientras que sus hormonas trabajaban a toda marcha. Nunca había reaccionado a ninguna otra mujer de esta manera, y menos a una que no quería tener nada que ver con él. Soltó una pequeña carcajada, maravillándose ante la ironía. *Por fin* había encontrado una mujer que despertaba algo más que su libido y ella no quería saber nada de él.

Bueno, solo tenía que hacerle cambiar de opinión. No iba a ser nada fácil, pero no podía dejar que se le escapase entre los dedos sin saber lo que posiblemente podrían tener juntos.

Maddie se puso una camiseta ajustada que sujetaba un poco sus pechos y una camiseta adicional y muy amplia, sobre la otra. Había aprendido a restar importancia a sus considerables activos. Sus pensamientos se desviaron hacia el hombre que la esperaba en la otra habitación. Sus ojos azules acerados parecían hacerle anhelar algo que ella nunca había querido antes. Él la miraba como si quisiera devorarla y los sentimientos que eso generaba en ella eran más grandes y más peligrosos que cualquier otro que hubiera conocido jamás. Le daban un miedo atroz, si tan solo pudiera convencerle de que la dejara en paz.

Maddie se aventuró a salir a la sala de estar donde Mac estaba sentado con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados. Maddie estudió su fuerte mandíbula, la suave piel de su cuello, sus anchos hombros, su musculoso pecho y el bulto de su sexo. Impresionada por su propia curiosidad, rápidamente se fijó en cómo su pelo caía sobre sus ojos, y en sus perfectos y besables labios. . . Vaya un pack. Ella suspiró, con la esperanza de reunir las fuerzas suficientes para pedirle una vez más que se fuera.

“¿Ves algo que te gusta?”

Ella saltó, asustada por el estruendo de su voz, “Por supuesto que no.”

“Ouch. Los golpes a mi ego siguen llegando.” Mac se levantó a su plena estatura de un metro, ochenta y cinco, más o menos.

A su lado, Maddie se sentía muy pequeña. “Si no puedes recibir los golpes, ahí está la puerta.”

Sus ojos se endurecieron con desagrado, “Vamos a curar esos cortes.”

Ahora él no la había hecho sentir solo pequeña, sino miserable. Maddie se sentó en el sofá, “Lo siento.”

“¿El qué?” Le preguntó él sin mirarla.

“Estar siendo tan desagradable contigo.”

Él se encogió de hombros, “Puedo soportarlo.”

“Pero no te lo mereces. No después de todo lo que has hecho hoy.”

Mac desenrolló la gasa y la dejó en la mesita junto a la pomada. “Estoy obligado a pagar por lo que todos los tíos te han hecho en el pasado. Lo entiendo.” Apoyando la pierna lesionada en su rodilla, la miró, “¿Estás lista para esto?”

Maddie se mordió el labio y asintió. A pesar de que Mac era muy tierno, ella gritó el segundo en el que el ungüento tocó su devastada piel. “Oh, Dios,” se quedó sin aliento. “¡Duele muchísimo!”

Él apretó el agarre en su pierna. “Lo sé, cariño, solo aguanta un minuto más.”

Para cuando terminó de curarle la rodilla, Maddie estaba sudorosa, nauseabunda y al borde de las lágrimas.

Mac echó los brazos hacia ella.

Ella apoyó la cabeza en su hombro y se centró en su ya familiar dolor.

Él pasó la mano por su pelo y murmuró suaves palabras de consuelo.

“¿Estás mejor?” Preguntó varios minutos después.

Ella asintió con la cabeza pero no la levantó de su hombro.

“¿Lista para que repitamos la misma operación con el codo?”

“No,” susurró ella en su cuello mientras se aferraba a su camisa con la mano buena.

Un temblor recorrió su figura. “Maddie,” dijo él con voz ronca. “Cariño, me estás volviendo loco, recuerda que soy humano.”

¿Alguna vez había vuelto ella a algún hombre loco? No que pudiera recordar. Le gustaba la sensación de poder que se apoderó de ella. Como si tuviera mente propia, su mano viajó desde el pecho de Mac a la curva de su cuello. Volviendo la cara hacia él muy suavemente, se encontró con su dispuesta y cálida boca.

Cuando sus grandes manos tomaron su cara y su lengua se deslizó entre sus labios, su cerebro se apagó y todas las razones por las que esto no debería estar pasando, dejaron de importar.

El móvil de Mac interrumpió el carnal beso.

Maddie se apartó de él.

Él gimió y apretó su agarre sobre ella, “Deja que suene.”

“Podría ser algo importante.”

“Confía en mí, no lo es.” Trató de besarla de nuevo, “Esto es importante.”

Ella se separó. “Será mejor que lo cojas.”

Aún gimiendo, Mac se arrastró hacia su mochila para recuperar el teléfono.
“¿Qué?”

“¿Mac? ¿Qué tipo de forma es esa de contestar el teléfono?”

“Estoy ocupado, mamá.” Miró a Maddie, quien rápidamente desvió la mirada. Fabuloso. Un paso hacia adelante, dos pasos hacia atrás. “¿Qué quieres?”

“Se dice por toda la ciudad que estas abriendo la puerta de esa chica llevando solo una toalla y le estás comprando langosta.”

“¿Y qué?”

“¿Por qué te interesas tanto por ella? Ni siquiera vives aquí.”

“¿Existe algún motivo para la presente llamada, madre?”

“Me gustaría saber cuándo vas a venir a casa—aquí, me refiero.”

Mac aventuró otra mirada a Maddie, que estaba haciendo su mejor esfuerzo para no mirarle de vuelta. “Llevaré a Maddie y a su hijo Thomas a cenar mañana.”

“¿Qué?” Dijeron su madre y Maddie en estereo.

“¿Las seis y media te parece bien? Tengo que trabajar, así que necesito algo de tiempo para venir a ducharme y recogerlos.”

Su madre no dijo nada durante tanto tiempo que Mac pensó que habría colgado. No hubo tanta suerte. “Las seis y media está bien,” dijo ella con frialdad.

“Nos vemos entonces, ¿Podrías hacer tu famosa carne asada? La echo mucho de menos.”

“¿Algo más?”

“Bueno, ya sabes que me encanta tu pastel de chocolate.”

“Tú y yo vamos a tener una conversación muy larga, jovencito. ¿Me has escuchado?”

“¿Tú también notas todas esas interferencias? Me tengo que ir. Nos vemos mañana.” Riéndose, Mac terminó la llamada, imaginando la escena en casa de sus padres. Sentía un poco de lástima por su padre.

“De ninguna manera voy a cenar allí.”

“Va a ser genial. Se volverán locos con Thomas.”

“No me puedes pedir esto, Mac. Yo *limpio* esa casa.”

“¿Y solo porque la limpias no puedes comer allí?”

“No tienes ni idea de cómo funcionan las cosas por aquí.”

“No me importa y a ti tampoco debería importante. Bueno, ¿dónde

estábamos antes de que fuéramos tan groseramente interrumpidos?”

Ella le dirigió una pícaro sonrisa. “Estabas a punto de ponerme la medicina en el codo.”

“No es así como yo lo recuerdo.”

Con un suave empujón en su pecho, ella volvió su brazo herido hacia él para que pudiera tener acceso.

“Si quieres que la cosa sea así. . . “

“Sí, eso es lo que quiero.”

Mac aplicó ungüento y vendas en el codo y la mano.

“No puedes venir aquí, poner mi mundo patas arriba y luego marcharte,” dijo ella después de un largo silencio mientras que él curaba sus heridas.

Sus suaves palabras y la valentía detrás de ellas le llegaron al corazón, “No voy a ir a ninguna parte.”

“Volverás a Miami.”

“No por un tiempo.”

“¿No tienes un negocio que atender?”

“Me estoy tomando unas vacaciones.”

“¿Durante cuánto tiempo?”

“Uno o dos meses.”

“Esas son unas vacaciones terriblemente largas.”

Mac levantó la vista hacia ella. “¿Puedes guardar un secreto? ¿Uno que haría que mi madre perdiera el juicio?”

“¿Has dejado preñada a una fulana en Florida y ahora ella va detrás de la fortuna de la familia?”

“Muy graciosa. En realidad eres cómica en tus ratos libres, ¿no es así?”

Su inesperada risa le dejó el aliento, “Deberías hacerlo más a menudo.”

“¿Qué? ¿Meterme contigo?”

“Reírte. Suena muy bien. Entonces, ¿quieres saber mi secreto?”

Maddie se acomodó en el sofá, con el rostro todavía pálido por el dolor de sus heridas, “Sí, quiero oír tu sucio secreto.”

“Nunca he dicho que sea sucio.” Mac se sentó junto a ella y subió sus pies sobre su regazo. “Sufrí un ataque de ansiedad la semana pasada, me asusté como nunca. Pensé que estaba teniendo un ataque al corazón.”

La preocupación irradiaba de ella, “¿A qué se debió?”

“Demasiado estrés, pocas horas de sueño, saltarme las comidas...”

“¿Así que estás en una especie de vacaciones forzadas?”

“Supongo que las podrías llamar así, pero también quería ver a mi padre y

averiguar si realmente ha decidido vender el McCarthy's."

"Has oído hablar de eso, ¿eh?"

"Sí, me da mucha tristeza pensar que el lugar va a pertenecer a un extraño."

"Bueno, tu padre no puede trabajar para siempre."

"Lo sé." Mac comenzó a masajear sus pies. Hablar con ella era casi tan divertido como besarla y parecía que no podía estar cerca de ella y no querer tocarla. "Tienes una piel muy suave."

Maddie trató de quitar sus pies de su regazo, pero él no la soltó. "No puedo hacer esto, Mac. Nunca tomo este tipo de riesgos, no funcionan para mí."

"¿Me darás una oportunidad? Eso es todo lo que pido."

"Tengo que pensar en Thomas."

"Sé de sobra que él es parte del pack."

"No puedo pensar mientras que absorbes todo el espacio a nuestro alrededor."

Él le dirigió una sonrisa de auto-suficiencia.

"Sabía que se te iba a ir directamente a la cabeza," murmuró ella.

"No puedo desaprovechar la oportunidad de recibir un elogio por tu parte. Suelen ser más bien perversa conmigo." Mac la vio ahogar un bostezo, "Será mejor que te llevemos a la cama." Después de ayudarla a sentarse en la silla al otro lado de la habitación, Mac desdobló su cama y bajó las sábanas.

"Entonces, ¿quieres que duerma en el porche?"

Maddie se quedó pensando unos segundos. "A estas alturas, toda la ciudad debe saber que te gusta contestar mi puerta llevando solo una toalla y que me has comprado langosta, así que supongo que el daño ya está hecho."

"¿Estás segura? No quiero causarte más problemas de los que ya tienes."

"Sí, sí quieres."

Mac no pudo evitar sonreír ante su descaro mientras la ayudaba a meterse en la cama

"Puedes usar los cojines del sofá para hacerte una cama en el suelo." Ella le dirigió a un armario en el pasillo para que cogiera una almohada y después de comprobar que Thomas dormía plácidamente por última vez, Mac se acomodó en su saco de dormir en el suelo. Una brisa suave sacudió los visillos de las ventanas y la luna llena vertió un resplandor en la habitación.

"¿Cómo va el dolor?"

"Va bien."

"¿Quieres alguna pastilla más para el dolor?"

"No, gracias."

“¿A qué hora tengo que estar en el trabajo mañana?”

“A las nueve y media.”

“Tal vez deberías decirme lo que tengo que hacer una vez llegue allí, si no estás muy cansada.”

“Lo primero que tienes que hacer es dirigirte al departamento de limpieza en el sótano y fichar.”

Mac la escuchó hablar sobre lo locos que eran los domingos y cómo preparar las cestas con las toallas, las sábanas limpias, los artículos de tocador, el papel higiénico y los productos de limpieza. Arrullado por su suave voz, tuvo que obligarse a prestar atención y no quedarse dormido.

“¿Me estás escuchando?”

“Por supuesto. Que me cerciore de no dejar ni una huella de ADN.”

“He dicho mucho más que eso.”

“Pero el asunto el ADN es fundamental para Ethel.”

“Ella se muere de asco si encuentra cualquier signo del anterior huésped y me refiero a cualquier señal.”

Mac se rio entre dientes, “¿Hay que pasearse entonces por las habitaciones con una luz negra después de que hayan sido limpiadas?”

“Mejor eso que dejarlas a su suerte.”

“¿De cuánto ADN estamos hablando?”

“Eso me corresponde a mí saberlo y a ti averiguarlo.”

“Ewww, qué asco.”

“Exacto.”

“Voy a sufrir otro amago de infarto antes de llegar.”

Su brusca inhalación hizo que se arrepintiera automáticamente de su broma.

“¿En serio?”

“Estoy bien, pero agradezco tu preocupación.”

Maddie le lanzó un cojín del sofá que le golpeó en plena cara.

“Uf,” dijo Mac, riendo. “Buen tiro.”

“No bromees con eso, me has asustado.”

“¡Vaya! Creo que podrías estar empezando a preocuparte por mí.”

“No, es solo que no necesito el escándalo de verte estirar la pata en mi casa.”

“Eso duele, Maddie.”

“Sobrevivirás.”

“¿Quieres que nos morreemos?”

“¡No!”

Mac sonrió cuando vio la expresión de su cara. “Sí, sí que quieres.”

“Será mejor que nos durmamos.”

“Háblame un poco más.”

“¿Sobre qué?”

“Lo que sea.”

“Mi vida es un poco aburrida.”

“¿Siempre habéis sido solo Tiffany y tú?”

“Y mi madre.”

“¿Dónde estaba tu padre?”

Maddie hizo una pausa por un largo tiempo, “Se fue a la parte continental un día y nunca más volvió.”

Mac hizo una mueca. “¿No lo volviste a ver?”

“No. Le envió una carta a mi madre un par de semanas más tarde en la que le decía que no aguantaba la vida en la ciudad por más tiempo.”

Mac podía entender eso, pero mantuvo ese pensamiento para sí mismo.

“Fue lo último que supe de él.”

“¿Qué edad tenías?”

“Cinco años, Tiff tenía tres. Ella no se acuerda de él en absoluto.”

“Pero tú sí.”

“Vividamente, solía tirarme encima de su cabeza, y me gustaba gritar y reír con él.”

“Debes haberle echado muchísimo de menos.”

“Podíamos ver los transbordadores que llegaban al Galley desde nuestro apartamento.” Se refería a un restaurante de la ciudad. “Durante semanas, me fijaba en todas las personas que se bajaban de cada barco. Realmente pensé que cambiaría de idea.”

El corazón de Mac se rompió en mil pedazos. La vida podía ser muy injusta a veces. Ahora tenía una mejor idea de la cuesta tan empinada que tendría que subir para conseguir que ella confiara en él, “Lo siento.”

“Fue hace mucho tiempo.”

Mac no sabía si era prudente continuar indagando, pero tenía demasiadas preguntas. “Debe haber sido difícil para vuestra madre criaros sola.”

“Siempre estábamos luchando. Ella siempre ha tenido problemas de dinero, gracias a los cuales terminó finalmente en la cárcel.” Maddie soltó una risa nerviosa. “De todos modos, no querrás escuchar el culebrón que ha sido mi vida.”

“Quiero oírlo todo.”

“¿Incluso la forma en que los otros chicos me atormentaron desde sexto grado porque fui la primera en desarrollarme?”

“Si me lo quieres contar.”

Mac esperó, esperando que ella confiara sus más profundos secretos en él. Entonces, finalmente, empezó a hablar.

Capítulo 6

“Comencé a tener dolores en el pecho cuando tenía diez años. Tenía demasiado miedo de decírselo a alguien porque pensé que me podría estar muriendo o algo así. Llevaba una copa B de sujetador a los once años y los chicos de la escuela me empezaron a llamar Pechugona Chester. Mi madre me compró un bikini en el verano entre sexto y séptimo grado. Esa fue la primera vez que me di cuenta de que los chicos y los hombres adultos solo se fijaban en mis pechos y mi figura. Ahí fue también cuando comenzó mi etapa de las camisetas anchas.” Maddie hizo una pausa y soltó otra carcajada nerviosa. “Por Dios, ¿qué has hecho conmigo? Yo *nunca* hablo de estas cosas.”

“No tienes que hacerlo si no quieres.”

“No me importa. Ya es agua pasada de todos modos.”

Pero no lo era. Mac dudaba de que ella pudiera escuchar el dolor que resonaba incluso mientras intentaba frivolar.

“En la escuela secundaria, los chicos empezaron a tirar de la tira de mi sujetador en la cola del almuerzo. Se convirtió en un concurso ver quién podía tirar de ella el mayor número de veces al día. Empecé a llevar mis libros en una pesada mochila a mi espalda para que no tuvieran acceso a mi sujetador.”

“¿Eso no se considera asalto?”

“Reportarles solo hubiera empeorado las cosas para mí.”

“Eso no está nada bien.”

“Pensé que no podría ser peor, pero me bajó la regla cuando estaba en octavo y en seis meses, era una D. De repente, *todos* los niños en la escuela querían salir con Maddie Chester y sus enormes senos.”

“¿Saliste con alguno de ellos?”

“Había un chico. . . John.” Su voz era suave y llevaba un tono melancólico. “Era muy amable conmigo. Durante meses me acompañó a casa y llevaba mi mochila. No dejaba que los demás chicos se acercaran a mi sujetador, pensé que era diferente.”

A Mac le empezó a doler el estómago, no quería escuchar esto. Con cada historia que Maddie compartía con él, la montaña ante él parecía ser un poco más pronunciada, y la potencial caída, mucho más dura. “¿Pero no lo era?”

“Resultó que todo ese tiempo que fingía ser mi amigo, estaba realmente esperando el momento en que pudiera poner sus manos en mis pechos. La primera vez que dejé que me besara, fue derecho a segunda base. Fue muy rápido y antes de que yo pudiera reaccionar, tenía las manos debajo de mi sujetador y me estaba sobando por todas partes. Estoy bastante segura de que,

ya sabes. . . en sus pantalones.”

Mac lanzó una palabrota en voz baja. Si ese tipo entrara por la habitación en ese mismo momento, Mac le patearía hasta hacerle polvo.

“Fue el primero que me besó y lo fue contando todo al día siguiente. Todos sabían en la escuela al día siguiente, que había sido el primero en amasar los famosos pechos de Maddie Chester. Después de eso, fingí estar enferma durante toda una semana, para que no tuviera que hacer frente a mis compañeros.”

“Pero con el tiempo tuviste que volver.”

“Uh huh, y todo el mundo me miraba de otra manera. Ahí fue cuando la gente empezó a pensar que era una chica fácil.”

“Qué injusto,” dijo él, dolido por la indefensa chica que había sido traicionada por alguien a quien consideraba un amigo.

“Desde entonces nunca he sabido si un hombre estaba interesado en mí o en *ellas*, ¿sabes?”

“Me lo puedo imaginar.”

“Todo empeoró en secundaria. Todos los chicos querían tener algo conmigo y las otras chicas me odiaban por ser tan popular entre ellos.”

“Parece como si hubieras estado muy sola.”

“Así fue. Después de un tiempo, me cansé de estar sola todo el tiempo y decidí empezar a salir con uno de ellos.”

“¿Cómo fue?”

“Tal como esperaba—él constantemente tratando de ponerme las manos encima y yo constantemente tratando de quitármelo de encima. Después de un tiempo, se enfadó mucho conmigo. Me dijo que me había tratado muy bien y que ya era hora de que le devolviera el favor.”

“¿Qué diablos quería decir eso?”

“Me exigió que tuviera relaciones sexuales con él.”

“¿Qué edad tenías?”

“Quince.”

“Jesús,” susurró. “¿Y qué hiciste?”

“Me negué, porque simplemente estar cerca de él me hacía sentir muy mal. Se puso como loco. Durante unos minutos, pensé que me iba a golpear o algo así.”

“Dime que no—”

“No, pero habría sido mejor que lo hubiera hecho. En cambio, fue a la escuela al día siguiente y le dijo a todo el mundo que me lo había hecho con él

y todos sus amigos la noche anterior en la playa y así fue cómo nació el apodo de Maddie Colchón.”

Mac quería llorar, “¿Y ninguno de los otros chicos intervino para decir que no era cierto? ¿*Nadie?*”

“Ellos no se habrían atrevido a contradecirle.”

“¿Quién era él?” El pecho de Mac se contrajo con un dolor familiar, pero esa era la menor de sus preocupaciones en este momento.

“Estoy segura de que no le conoces. . .”

“¿*Quién era?*” Mac hizo un esfuerzo por no alzar la voz cuando en el fondo quería gritar.

“Darren Tuttle.”

Un agudo dolor le dejó sin aliento, “Era amigo de mi hermano Evan.”

“Sí.”

La mano de Mac se cerró en un puño. “¿Mencionó el nombre de mi hermano como uno de los chicos que estuvieron allí esa noche?”

El silencio de Maddie respondió por ella.

“¿*Y él no lo negó?*”

“Ninguno de ellos lo hizo.”

“Le mataré.”

“Mac, en realidad, fue hace mucho tiempo. Ahora ya no sirve de nada.”

“¡No importa! Esos rumores arruinaron tu vida.”

“Fue mi culpa por seguir aquí después de la secundaria. Debería haberme ido a otro lugar tan pronto como tuve la edad suficiente para hacerlo, pero el dinero fue siempre un problema y no podía dejar a mi madre sola. Lo creas o no, ella quiere seguir viviendo aquí, con la esperanza de que mi padre regrese algún día.”

“Nada de esto es tu culpa, Maddie. Nada.”

“Se supone que debes relajarte, no molestarte.”

Mac sentía mucho más que malestar, ni siquiera sabía cómo denominarlo.

“¿Quién es el padre de Thomas?”

Casi podía oírla pensar y decidir si debería contárselo.

“Dímelo.”

Después de otra larga pausa, ella dijo, “Fue un huésped que tuvimos en el hotel hace dos inviernos que estaba escribiendo un libro. Nos hicimos amigos, una cosa llevó a la otra y. . .”

“¿Fue tu primer, ya sabes. . .”

“Primero y único.”

Mac lanzó una respiración larga y profunda. ¿Cómo podría ella decir que lo que Darren Tuttle y sus amigos le habían hecho no había arruinado su vida? Tenía veintiocho años la primera vez que había tenido relaciones sexuales. “¿Qué pasó con él?”

“Era diez años mayor que yo. Me dijo que se había hecho la vasectomía hacía años porque no quería tener niños. Estúpidamente, me lo creí y me enamoré, pensando que teníamos algo especial.”

Mac quería taparse los oídos para no tener que oír hablar de otra terrible decepción.

“Estuvimos juntos dos veces antes de que me enviara un mensaje para decirme que tenía que volver a la parte continental para hacerse cargo de algunos negocios, pero que le había gustado mucho conocerme. Había estado fuera tres semanas cuando me di cuenta de que estaba embarazada.”

“Menudo hijo de puta.”

“No me arrepiento de ello, Thomas es lo mejor que me ha pasado en la vida. Le quiero más que a nada en el mundo.”

“Su padre te debería estar ayudando. Económicamente, por lo menos.”

“No quiero que lo sepa. ¿Qué pasa si se entera y trata de quitarme a Thomas? Nunca se lo diré.”

Así que la mujer a la que todo el mundo consideraba, la fulana de la ciudad, había tenido exactamente, dos relaciones sexuales en toda su vida. Mac rabiaba en su interior por las cosas que le gustaría poder decir y la ira de saber que no podía. Quería encontrar a todos esos hombres que la habían herido, empezando por su incumplidor padre y patearles hasta hacerles el mismo daño que ellos le habían hecho a ella. Ni siquiera eso sería suficiente. Sería la mitad de lo que en realidad se merecían.

“¿Qué estás pensando?” Le preguntó ella tentativamente. “Estás muy callado.”

Mac hizo un esfuerzo por ocultar la furia de su voz. Eso no era lo que ella necesitaba de él después de haber compartido unos secretos, que Mac estaba seguro, muy probablemente no habría compartido con nadie más que su hermana. “Eres una de las personas más valientes que he conocido jamás y me siento honrado de que me hayas contado todo esto.”

“Yo no soy lo que ellos piensan que soy.”

Su tranquila forma de defender su dignidad le afectó más que cualquier otra cosa. “Yo ya sabía eso.”

“No quería que me gustaras, eres el hermano de Evan McCarthy y el hijo de

Linda. Pero tú no eres como ellos. Eres mucho mejor.”

“Gracias, cariño,” dijo con la voz ronca por la emoción que nunca había sentido tan fuertemente antes. Que ella le hubiera confiado sus secretos más profundos era uno de los mejores regalos que jamás había recibido. Tomó su mano y entrelazó los dedos con los suyos. “Me gustaría poder tener una gran escoba mágica que pudiera barrer todas tus penas.”

“Eso es muy dulce por tu parte.”

“Realmente me gustaría poder hacerlo.”

“Nunca nadie ha querido hacer nada así por mí antes.”

“Eso no está bien, mereces ser feliz.”

Ella le apretó la mano. “Ya te he contado todas mis cosas, ahora tienes que compartir las tuyas conmigo.”

En un esfuerzo por aligerar el ambiente, Mac la hizo reír con historias divertidas de su niñez con tres hermanos y una hermana y juró haberla visto llorar cuando le contó acerca de la lesión que acabó con sus aspiraciones profesionales como jugador de béisbol. A medida que continuó sosteniendo su mano, ella le preguntó acerca de las mujeres con las que había salido y él se lo contó. Después de todo lo que ella había compartido con él, ocultarle sus secretos—o alguno siquiera—parecía una tontería. En el momento en que se quedaron sin conversación, los primeros indicios de la luz del día se estaban abriendo paso a escondidas a través de las ventanas y a Mac se le había dormido el brazo hacía horas, pero aun así, se negaba a soltar su mano.

Nunca se había sentido más energizado por una noche de insomnio.

Maddie no podía encontrar a Thomas. No estaba en su cuna ni en casa de Tiffany. Corrió por el patio pidiendo ayuda a gritos mientras las lágrimas corrían por su rostro. Alguien se lo había quitado, la única persona a la que realmente quería. Maddie gritaba y gritaba su nombre y forcejeaba contra las manos que trataban de impedir que siguiera avanzando por la calle.

“Maddie, cariño, estás soñando. ¡Despiértate!”

Mac. De repente, ella estaba completamente despierta con un dolor nauseabundo que irradiaba de su rodilla y su brazo. Se sentó en el borde de su cama y se apartó el pelo de la cara.

“Thomas,” dijo con voz ronca por el sueño y el miedo.

“Está durmiendo en su cuna.”

“¿Podrías asegurarte? ¿Por favor?”

“Por supuesto.”

Durante su ausencia, Maddie intentó calmar su acelerado corazón y sus temblorosas manos. *Es solo un sueño. Es solo un sueño.*

“Está bien,” le informó Mac. “Dormidito.” Mac se sentó al lado de ella en la cama. “¿Estás bien?”

“Sí, solo ha sido un sueño muy intenso.”

“Parece que tienes un montón.”

“Siempre, algunos son mejores que otros.” Maddie recordó el sueño que había tenido la tarde anterior. Ese sí que había sido bueno.

Mac la tomó de la mano, “Estás temblando.”

“Ha sido aterrador.”

“¿Quieres hablar de ello?”

“No. Gracias.”

“Échate a un lado.”

“¿Perdona?”

“Ya me has oído.” Él le dio un codazo a su cadera. “Vamos.”

Ella se movió hacia el lado opuesto de la cama y luego se quedó sin aliento cuando sintió que él se estaba sumergiendo bajo su cuerpo. “¿Qu-qué estás haciendo?”

“Esto.” Mac deslizó su brazo con cuidado por debajo de ella y la sostuvo entre sus brazos, asegurándose de que acomodara su brazo y pierna lesionados. Cuando por fin se detuvieron, la cara de ella estaba presionada contra su pecho y la estaba sujetando firmemente contra él. Maddie no podía respirar por su cercanía y no tenía otro lugar para poner su mano salvo su firme vientre.

Mac plantó un beso en su frente y dijo, “Vuélvete a dormir.”

Um, sí. Claro. Con sus sentidos abrumados por su deportivo aroma, el tacto del blando vello de su pecho bajo su mejilla y su mano acariciando su espalda—¿cómo esperaba que pudiera *dormir*?

“Todo está bien, Maddie. Nada os va a pasar ni a ti ni a Thomas mientras que yo esté aquí. Te lo prometo.”

¿Cómo sabía lo que ella necesitaba oír exactamente en cada momento? ¿Que nada de lo que podría haber dicho habría significado más para ella? Las lágrimas se filtraron a través de sus ojos cerrados. Estaba muy cansada—y no solo de su noche sin dormir. El gran peso de la responsabilidad que descansaba sobre sus frágiles hombros era suficiente para que a veces sus rodillas se doblasen. Ahora, aquí estaba este hombre que quería mejorar todos los aspectos de su vida—aunque fuera solo durante un rato—y era muy

tentador dejar que lo hiciera. Mañana volvería a intentar decirle que se fuera. Por ahora, se sentía demasiado bien en sus brazos para pensar en la idea de volver a luchar contra él. Maddie se hundió en el abrazo de Mac y absorbió el consuelo que le ofrecía tan voluntariamente.

Mac no se atrevía a moverse. No tenía ni idea de lo abrumador que sería abrazar a Maddie de este modo, con su suave y fragante pelo rozando su rostro y con la confianza con la que su cuerpo se había relajado contra el suyo, y sí, con sus pechos presionados contra su costado. . . Si ella se movía, aunque fuera en lo más mínimo, sería capaz de sentir lo que su cercanía había hecho. Mac se concentró para respirar tal como el médico le había enseñado—cogiendo aire por la nariz y soltándolo por la boca.

“¿Te duele el pecho?” Su aliento abanicó su caliente piel e hizo que el problema en su entrepierna creciera aún más.

“No.”

“¿Por qué respiras de ese manera? ¿Te duele alguna otra cosa?”

Mac se rio entre dientes. Era tan linda, “Nada que vaya a matarme.”

Tras una larga pausa, Maddie entendió lo que Mac había querido decir. Jadeando, comenzó a alejarse de él.

Él apretó su agarre sobre ella. “Quédate, por favor. Me encanta abrazarte así, pero eso no evita que tenerte tan cerca me afecte.”

“Oh.”

En la oscuridad menguante, Mac no pudo evitar sonreír. La forma tan inocente que ella tenía siempre de decir esa palabra era adorable—como si fuera una gran sorpresa para ella saber que le excitaba. Maddie no tenía ni idea del poder que tenía sobre él, pero al parecer, tenía la intención de averiguarlo. Su mano herida pasó de su vientre a su rostro y sus dedos acariciaron su mandíbula. Mac juró que su corazón se detuvo mientras esperaba a ver qué iba a hacer a continuación. “Maddie. . . “

“¿Hmm?”

“¿Qué estás haciendo?”

“Tocarte.”

Jesús, mátame ya. Nunca había estado más dolorosamente erecto en toda su vida. “Cariño, vas a estar muy cansada mañana—o supongo que debería decir hoy.”

“No importa. Tengo a alguien que me va a cubrir en el trabajo.”

Él se echó a reír. “Pobre imbécil.”

“Mmm.” Sus dedos se movieron a su boca y alisaron el labio inferior en una suave caricia que hizo que su corazón se detuviera una vez más.

Soltando un gemido, la abrazó más fuerte siendo consciente de sus heridas. No parecían estarle doliendo en este momento.

“Eres tan guapo,” susurró ella.

Sorprendido por el inesperado cumplido, Mac se aclaró la garganta. “¿Ah sí?”

“Claro,” dijo ella riendo. “¡Como si no lo supieras!”

“No tenía ni idea hasta este mismo instante.”

Ella le clavó el codo entre las costillas, haciendo que se sobresaltase y que luego se echara a reír de nuevo, “Eres un creído.”

Plantando un suave beso en sus labios, Mac estudió su cara durante mucho tiempo. “Eres la mujer más bonita que he conocido jamás.”

“Eso no puede ser verdad.”

Él impidió que apartara su mirada y la obligó a mirarle a los ojos. “Es absolutamente cierto.”

Los dedos de Maddie rozaron su pecho hasta su vientre, que se estremeció bajo su tentativo tacto. Mac respiró hondo mientras extendía la mano para detener la errante mano de Maddie. “Duerme.” Echando un vistazo a su reloj, se dio cuenta de que eran más de las cinco. Durante mucho tiempo, él se quedó allí escuchando el balido de una sirena de niebla y el graznido de las gaviotas antes de que finalmente cayera en un profundo sueño.

El walkie de Thomas despertó a Mac a las seis y media. Sus ojos estaban arenosos por la falta de sueño, pero al recordar la noche que había pasado con Maddie, se sintió lleno de energía y de un renovado compromiso por cuidar de ella y de Thomas. Se movió lentamente para liberarse de su abrazo sin despertarla. Presionando un beso en su frente, la cubrió con las sábanas y fue a buscar al bebé que estaba dando saltitos en su cuna.

Thomas dejó escapar un chillido de felicidad cuando vio a Mac.

“Ey, colega,” susurró Mac. “Te has despertado muy temprano.” Mac le levantó y le llevó al cambiador, donde le quitó lo que parecía un pañal de tres kilos. Le resultaba increíble pensar que hasta el día anterior, jamás había cambiado un pañal y ahora manejaba al bebé como si fuera todo un experto—y no le importaba hacerlo. Esa era la parte más extraña. Él, Mac McCarthy, el extraordinario soltero con fobia al compromiso, estaba cuidando de un bebé y le estaba *gustando*.

“Tú y tu madre me habéis calado hondo, míster,” le dijo al bebé.

Thomas le recompensó con una sonrisa llena de nuevos dientes de leche y una buena dosis de baba. Qué preciosidad.

Mac le puso un baby nuevo que se abrochaba entre sus piernecitas y le cogió en brazos.

Thomas cogió un puñado de pelo de su pecho y tiró de él con fuerza, lo que hizo que los ojos de Mac se llenaran de lágrimas. “¡Ay!” dijo. “No, no. Eso duele.”

La sonrisa pícara de Thomas hizo que Mac se echara a reír. “Eres un pequeño diablillo, ¿no es así? ¿Qué te parece si dejamos que mamá duerma un poco más y vamos a dar un paseo?”

Cuando el bebé pareció aprobar el plan, Mac lo puso de nuevo en la cuna durante unos minutos para poder prepararse. Ambos se escabulleron del apartamento un poco más tarde. Mac se debatió entre llevarse la silla de paseo que estaba debajo de las escaleras o llevarle en brazos, pero decidió que prefería llevarle él.

En la ciudad, los trabajadores recorrían las aceras frente a los distintos establecimientos. Los tenderos ofrecían muestras de sus productos en las calles y abrían los toldos de sus tiendas. Mac y Thomas vagaron hasta el muelle de los transbordadores donde el capitán Joe estaba supervisando la carga de un camión de combustible en uno de los ferries más pequeños.

“Whoa, amigo,” dijo Joe cuando vio a Mac con un bebé en brazos. “¡Los haces muy rápido!”

“Muy gracioso.”

Joe jugó con el regordete pie de Thomas, lo que hizo que el bebé gritase. “¿A quién tenemos aquí?”

“Este es Thomas, el bebé de mi amiga Maddie.”

“¿Y desde cuándo, exactamente, es Maddie tu ‘amiga’?”

“Desde que la tiré de su bicicleta aproximadamente diez minutos después de llegar ayer.”

“Awww, y ahora ya tienes tu propia pequeña familia. ¿No es tierno?”

“No es eso.” Pero, ¿acaso no lo era? “No exactamente.”

Joe soltó una carcajada y sacó un cigarrillo del bolsillo de su camisa.

“No puedes fumar delante del bebé,” dijo Mac.

“Wow, mírate, todo paternal. Nunca pensé que vería ese día.”

“Si ya has terminado, Thomas y yo vamos a tomar un café. ¿Te apuntas?”

“Es un poco joven para beber café, ¿no?”

Mac le lanzó una mirada fulminante.

Joe miró su reloj. “Sí, tengo un poco de tiempo. No empiezo mi primer turno hasta las ocho.” Joe gritó a alguien para que le cubriera en su ausencia y caminó con Mac y Thomas por la cuesta hacia el South Harbor Diner. Cuando Mac entró con Thomas en sus brazos, todo se detuvo en el pequeño restaurante y todos los ojos en la sala cayeron sobre él.

“Buenos días a todos,” dijo Mac.

Después de los saludos, unos ensordecedores susurros siguieron a Mac y a Joe mientras se sentaban en un reservado.

“Por Dios, hombre, tienes a toda la ciudad pendiente de ti,” dijo Joe.

“Sí, eso parece.”

Mac le contó a Joe acerca de lo que había pasado desde el día anterior mientras que le daba a Thomas pellizcos de muffin. Si los saltitos del bebé en su regazo eran una indicación, el pequeño se había enamorado del dulce. En poco tiempo, el muffin se convirtió en un desastre de migajas que Mac se apresuró a limpiar.

“Sabes lo que la gente dice acerca de ella, ¿no?” Preguntó Joe casualmente después de haber escuchado la historia de Mac.

“No es verdad, Joe.” Darren Tuttle le dijo a los otros muchachos, que él y sus amigos, entre ellos Evan, se lo habían hecho con ella.

Joe juró por lo bajo. “Dios mío, eso es horrible.” El hombre fijó la mirada en Mac a través de la mesa. “¿Qué vas a hacer al respecto?”

Mac apreciaba que su viejo amigo le conociera tan bien. “Todavía no lo he decidido. Pero tengo la intención de hablar muy seriamente con mi hermano. Y pronto.”

“Tuttle es propietario de un body shop en Sunflower Road.”

“Es bueno saberlo.”

“Sigue siendo tan imbécil como en la escuela.”

“Eso también es bueno saberlo.”

“Es un bebé precioso,” dijo Joe con un poco de nostalgia.

“La verdad es que sí.”

“Te estás involucrando demasiado, ¿no es así?”

“Tal vez.” Mac todavía estaba sorprendido por todo lo que había ocurrido en las últimas veinticuatro horas. “Hay algo en ella que me atrapa, No puedo explicarlo.”

Joe se encogió de hombros, “Siempre nos sucede a los mejores.”

Mac sabía que se refería a sus sentimientos por Janey. Después de pasar tiempo con Maddie, sabía lo horrible que tenía que ser no ser correspondido

por alguien a quien amas. Ese pensamiento tocó la fibra sensible de Mac y de repente, sintió la necesidad de volver a ella. Tenía que verla, tranquilizarse a sí mismo al asegurarse de que lo que habían compartido durante esa larga noche había sido el comienzo de un camino hacia algo importante.

“Tengo que llevar de nuevo a Thomas con su madre,” dijo Mac mientras lanzaba unos billetes sobre la mesa. “Lláname cuando tengas algo de tiempo libre.”

Joe levantó una ceja mientras sus labios se arqueaban con diversión. “Así que piensas quedarte por un tiempo, ¿eh?”

Mac miró a Thomas y luego otra vez a Joe, “Eso parece.”

Maddie se despertó con un hormigueo en sus pechos. Girando sobre su otro costado, gimió cuando su rodilla y el codo protestaron. Sus heridas le dolían más esta mañana que el día anterior, si eso era posible. Haciendo caso omiso de la fuerte explosión de dolor en su rodilla, se levantó demasiado rápido y cojeando, entró en la habitación de Thomas. La cuna estaba vacía.

Maddie se quedó sin aliento. ¿Dónde estaban? ¿Dónde había llevado a su hijo? Su corazón se aceleró y su garganta se cerró. Trató de no pensar en su aterrador sueño mientras se dirigía hacia la puerta de salida y miraba hacia el patio de Tiffany, ni rastro de ellos.

“Oh, por favor,” susurró. “Por favor, vuelve, tráeme a mi bebé.”

En realidad, no le conoces en absoluto, dijo el diablo en su hombro izquierdo. *Por supuesto que sí,* dijo el ángel en el otro hombro. *Le conoces mejor de lo que conocías al padre del bebé. A lo que el diablo dijo, podría estar en cualquier lugar en estos momentos.* El pánico de Maddie creció aún más mientras observaba cómo el primer ferry del día rompía las olas en su camino hacia el continente. El ángel venció al diablo. *Volverá. Ya lo verás.*

Como si hubiera ondeado una varita mágica, un minuto o dos más tarde, Mac llegó por la calzada de Tiffany con Thomas en brazos. Llevaba una bolsa blanca en la otra mano y no paraba de hablar con el bebé. A pesar de que estaba furiosa con él por haberse llevado a Thomas sin su permiso, no podía dejar de notar lo completamente centrado que estaba en su hijo.

“Ahí está mamá,” le dijo a Thomas en el camino por las escaleras.

Entraron por la puerta y ella hizo ademán de coger al bebé.

“Ey, espera,” dijo Mac. “Espera un minuto, siéntate para que pueda dártelo.”

“Voy a cogerlo ahora mismo.”

“Pero tu mano—”

“Por favor, dame a mi hijo.”

Sorprendido por su tono agudo, él hizo lo que le pidió. “Uh oh, colega. Creo que mamá está enfadada con nosotros.”

“Con él no estoy enfadada.” Maddie volvió al sofá-cama y dolorosamente logró posicionar a Thomas de forma que su camisa cubría aún su pecho y suspiró con alivio cuando el pequeño se agarró a la única comida de la que ella proveía al pequeño cada día. Sintióse expuesta, cogió la sábana y tiró de ella por encima de ellos.

Mac dejó caer la bolsa que llevaba en la mesa de la cocina. “Te he traído un muffin y un poco de café.” Se volvió hacia ella. “No sé cómo te gusta. ¿Estás . . . “

“¿Dándole de comer? Sí.”

“Oh.” Mac no parecía saber dónde mirar.

“No vuelvas a llevártelo sin decírmelo.”

“Lo siento, queríamos dejarte dormir un rato. Estuviste despierta hasta tarde.” Sus ojos finalmente se encontraron con los suyos. Mac estaba marcando el territorio con su mirada, como si estuviera mirando algo que le pertenecía. Sin saber si sentirse halagada o temerosa, Maddie miró hacia otro lado.

“No me ha gustado nada no saber dónde estaba.”

“Lo siento,” dijo de nuevo. “Debería haberte dejado una nota.”

“Deberías haberme dicho que te lo ibas a llevar.”

“Eso hubiera requerido despertarte, lo que habría arruinado a propósito nuestra misión de ‘dejarte dormir’.”

“¿Alguna vez has tenido alguna discusión que no hayas ganado?”

“Hmm, no que yo pueda recordar.”

Maddie gruñó con frustración, lo que sorprendió a Thomas, que soltó el pezón. Ella volvió a colocarle y palmeó su trasero para tranquilizarle. Aventurándose a echar un vistazo a Mac, se encontró con que él la estaba mirando con un hambre apenas disimulado que la recorrió como una corriente eléctrica y se acomodó en forma de latido entre sus piernas.

Como si supiera exactamente el efecto que tenía en ella con solo mirarla de esa manera, Mac se sentó en el borde de la cama.

Maddie deseó poder huir, pero el bebé de nueve kilos contra su pecho la mantenía anclada al sofá y la herida en su rodilla le impedía moverse.

Thomas lanzó un grito para hacerle saber que estaba listo para cambiar de

pecho.

“¿Podrías. . . apartarte?” Preguntó ella.

“¿Tengo que hacerlo?”

“¡Sí!”

De mala gana, Mac se volvió de espaldas a ella. “Eso es lo más sexy que he visto en mi vida,” dijo en un tono estrangulado.

“No puedes verlo todo.”

“Tengo una imaginación muy viva. ¿Ya puedo volverme?”

“Si no hay otro remedio.”

Él no solo se dio la vuelta, sino que se llevó manos a ambos lados de sus caderas y se inclinó para que su rostro estuviera a escasos centímetros de ella.

“Dame un beso.”

“No,” dijo ella, alejándose de él.

Él lo tomó como una invitación para inclinarse sobre Thomas y acariciar su cuello.

Ella se sacudió hacia atrás. “¡Mac! ¡Para!”

“No hasta que me beses.”

“Ni siquiera me he lavado los dientes,” murmuró ella.

“No me importa.” Buscando su cara, frotó sus labios sobre los de ella. “Me vuelves loco, Maddie. Nunca he deseado a nadie como te deseo a ti.”

“Me gustaría que dejaras de decir esas cosas. Lo que quiera que pienses que está pasando aquí, no quiero que ocurra.”

“No te creo,” le susurró contra su cuello, lo que envió un escalofrío fugaz a través de ella.

Un golpe en la puerta interrumpió el intenso momento.

“Terminaremos esto más tarde,” susurró cuando le dio un último beso en los labios.

“No, no lo haremos.”

“¿Quieres apostar?”

¡Oh, esa arrogante sonrisa la ponía furiosa! Él siempre obtenía lo que quería, lo cual era una razón más para resistirse a él. Maddie vio cómo abría la puerta.

“Hola,” dijo. “Pasa.”

Su amiga Libby entró en la habitación. “Hola, Maddie. ¿Cómo te sientes?”

“Como si hubiera sido tirada de mi bicicleta por un imbécil que no miraba por dónde iba,” dijo Maddie con el ceño fruncido.

“Qué mona,” dijo Mac mientras mostraba su sonrisa más irresistible.

Libby se echó a reír con su intercambio, “Me alegro mucho de poder ayudar.”

“¿Qué quieres decir?” Preguntó Maddie.

“Oh,” dijo Mac. “Sobre eso. . .se me ha olvidado decirte. . .”

“¿Decirme qué?”

“Que Libby ha aceptado pasar el día contigo y Thomas mientras que estoy en el hotel trabajando.”

“Pero yo no le he pedido—”

“Lo hice yo.”

Maddie estaba recorriendo una línea muy fina entre el deseo de gritarle y el no querer ser grosera con Libby, que no había hecho nada más que estar de acuerdo con el erróneo plan de su amigo.

“Eso no será necesario,” dijo Maddie. “Estaremos bien solos.”

“Pero, mi amor, tu mano—”

“¡No me llames así! ¡Yo no soy tu amor! Y no es de tu incumbencia contratar a una niña para mí.”

“Te dije que iba a ayudarte.”

Maddie quería gritar, pero mantuvo la voz firme cuando dijo, “Ya me *has* ayudado, pero esto es demasiado. No puedo pedirle a Libby que—”

“Oh, no hay problema. ¡Me encantan los bebés! Mis hijos son ya adolescentes y están pasando el día con sus amigos en la playa. Me encantaría poder ayudarte con Thomas.”

“¿No tienes un hotel del que encargarte?” preguntó Maddie, consciente de que estaba siendo ingrata y grosera.

“Hoy es mi día libre.”

“Fabuloso.” Maddie lanzó lo que esperaba que fuera una mirada de odio hacia Mac.

Él solo sonrió, “Muy bien, entonces todo resuelto. No puedo llegar tarde mi primer día de trabajo, así que me marchó.” Inclinandose, intentó besarla, pero Maddie se dio la vuelta. “Volveré justo a tiempo de llevarte a cenar por ahí, así que estate lista para las seis.”

“No voy a ir a cenar a ninguna parte.”

“Nos vemos entonces.” Él pellizcó el pie de Thomas y besó a Libby en la mejilla en el camino hacia la puerta. “Pasadlo bien, chicas.”

“Oh, lo haremos,” le aseguró Libby. “No te preocupes por nada.”

Las dos oyeron cuando Mac arrancó la moto y se dirigió por el camino de entrada hacia la carretera principal.

“¡Ugh!” Dijo Maddie. “¡Es la persona más irritante que he conocido jamás!”

Libby levantó una ceja. “¿De veras?”

“Es mandón y avasallador, y—”

“Está completamente enamorado de ti,” dijo Libby con una sonrisa de suficiencia.

“¿Qué?”

“Ya me has oído, está loco por ti.”

“No es verdad.”

“Le conozco desde hace mucho tiempo, Maddie. Nunca le he visto mirar a ninguna otra mujer de la forma que te mira a ti.”

Sin ser capaz de procesar ese chisme, así como la otra gran cantidad de emociones que la asaltaron, Maddie puso a Thomas sobre su hombro y le dio unas palmaditas en la espalda para hacerle eructar.

Libby se sentó en el extremo de la cama. “Es uno de los mejores hombres que conozco. Serías una chica muy afortunada de acabar con él.”

“Eso no va a suceder nunca.” ¿Por qué iba a molestarse siquiera en mantener esta conversación? Pensar en una posible “relación” con Mac era algo que no tenía sentido alguno. “Linda McCarthy nunca permitiría que su chico de oro acabara con alguien como yo.”

Libby se rio. “Los hermanos McCarthy son conocidos por desafiar sangrantemente a su madre desde que eran jóvenes. Si ella no te quiere, eso te hará incluso más atractiva para él.”

“Muy bien, eso es justo lo que necesito—un tipo que solo me quiere porque su madre me odia.”

“Esa no es la única razón por la que te quiere.”

“Cierto, quiere lo mismo que todos los demás.”

“Le estás subestimando mucho si piensas tan poco de él, Maddie. Mira todo lo que ha hecho hoy por ti. ¿Crees que *cualquier* chico haría algo así?”

Maddie odiaba admitir que Libby tenía razón, pero no iba a convencer a una de sus viejas amigas de que sus intenciones podían ser no del todo honorables. “No tienes por qué quedarte si tienes más cosas que hacer.”

Libby cogió a Thomas, “No hay nada que prefiera hacer en estos momentos.”

Mac no podía creer que finalmente le hubiera sucedido, pero sospechaba que probablemente se había enamorado de Maddie en algún momento a lo

largo de las últimas veinticuatro horas. Como nunca había estado enamorado antes, no podía saberlo con seguridad. Pero ninguna vez había sentido nada ni siquiera cerca de lo que le ocurría cuando ella le miraba con esos ojos caramelo que delataban cada una de sus emociones, sobre todo aquellas que no quería que él viera.

Dado que nunca había pensado mucho en la posibilidad de ser padre, había acabado asumiendo que, al igual que otras personas vivían ese único amor como la mejor cosa que les podía haber pasado, eso no le iba a pasar a él y no le había importado especialmente. Pero ahora se imaginaba jugando al béisbol con Thomas, enseñándole a pescar, conducir un barco y lanzar una pelota de fútbol. ¿Cómo podía haber sucedido tan rápido? Esa era la parte que no llegaba a comprender.

Después de casi treinta y cinco años libre de enredos, aquí estaba envuelto en una red tan fuerte que ya debería haberle estrangulado. En su lugar, mientras conducía la moto hacia North Harbor, lo único que sentía era alegría y determinación por hacer todo lo que fuera necesario para hacer que esto funcionase. Ella le había dicho que no quería nada de esto—que no le quería a él—por lo que tendría que demostrarle lo equivocada que estaba. Él sabía que ella sentía lo mismo por él, lo *sabía*. Ahora solo tenía que encontrar una manera de convencerla de que sus intenciones eran sinceras.

Una punzada de miedo casi le tiró fuera de la moto. ¿Y si no podía hacerlo? ¿Y si ella estaba demasiado llena de cicatrices de las heridas del pasado para poder darle una oportunidad? ¿Y si hubiera esperado todo este tiempo para encontrarla solo para perderla antes de que ni siquiera fuera suya? Eso no podría suceder. No iba a dejar que sucediera.

Sacudiéndose de esos desagradables pensamientos, giró a la derecha hacia el parking del hotel.

En el amplio porche, decorado con muebles de mimbre blanco y macetas que explotaban con coloridas y fragantes flores, los huéspedes disfrutaban del café de la mañana y una vista prístina de North Harbor. Al entrar en el hotel, fue como si hubiera dado un paso atrás en el tiempo: paneles oscuros en las paredes y el techo, palmeras en maceteros, muebles de la época victoriana y una alfombra muy gastada. Grandes ventiladores de techo mantenían la brisa del puerto en constante movimiento a través del vestíbulo, comedor y la sala de estar que componían el amplio primer piso.

Una gran escalera conducía al segundo piso y desde su rellano, una tercera escalerilla iba hasta el tercer piso. Sin ascensor, sin aire acondicionado y ni

un solo televisor o teléfono. La madre de Mac, que dirigía el hotel, creía en proveer un lugar en el que los huéspedes realmente pudieran escapar de los rigores de la vida moderna de hoy en día.

Mac bajó las escaleras hacia el departamento de limpieza. El olor a detergente para la ropa y el zumbido de las lavadoras y secadoras le dieron la bienvenida mientras se dirigía a la oficina de Ethel al final del largo pasillo.

Ella estaba tal como la recordaba—flacuchenta, con la cara llena de arrugas, una hilera de pinchos que recubrían su oreja y el pelo teñido de rojo que parecía que había sido electrocutado. Mac y sus hermanos solían especular interminablemente sobre su sexualidad. Grant estaba convencido de que era lesbiana, pero Adam juró que una vez la había visto besándose con un chico en la playa de la ciudad. Ethel se levantó pesadamente para darle la bienvenida con un fuerte abrazo. Como siempre, apestaba a humo de cigarrillo y a perfume barato. “¿Acaso no eres un regalo para la vista?” Le preguntó con esa voz de fumadora ronca que Evan imitaba tan bien.

“¿Cómo estás, Ethel?”

“Oh, ya sabes, con artritis y estreñimiento. Nada nuevo.”

Mac hizo una mueca ante la excesiva información.

“¿Qué te trae hasta estas entrañas?”

Interesante elección de palabras, pensó, reprimiendo una inapropiada risa. “Voy a cubrir a Maddie Chester esta noche.” Miró el reloj de pared por encima del hombro de Ethel, “Tengo que fichar para poder entrar con su tarjeta.”

Ethel le miró como si hubiera perdido la cabeza. “No puedes estar hablando en serio.”

“Desde luego que sí. La tiré de su bicicleta ayer, tiene algunas heridas muy serias y no puede trabajar. Está muy preocupada por perder su trabajo, así que le dije que iba a cubrirla hasta que pudiera volver.”

“Pero, tú. . . ¡No puedes hacer eso! Tu familia es dueña de este lugar. ¿Qué dirá la gente?”

“¿Qué me importa?”

“A tu madre le importará.”

“Ese es su problema.” Mac rodeó a Ethel, encontró la tarjeta de Maddie y fichó con ella. “Bueno, ¿dónde se supone que debo estar ahora?”

Ambos participaron en un enfrentamiento visual, pero Mac se negó a parpadear.

Finalmente, Ethel dijo, “Tendré que cambiar algunas cosas por aquí.”

“Lo que Maddie haga normalmente estará bien. No quiero recibir ningún trato especial.”

Mac no podía creer que Ethel realmente pareciese sentirse culpable y se preguntó a qué vendría todo eso. Se unió a las otras amas de casa, que estaban llenando cestas gigantes en un almacén lleno de gente. Conoció a Betty, Sylvia, Patty, Sarah, Maude y Daisy, todas las cuales vestían uniformes amarillos y delantales blancos. Maddie estaría muy atractiva en ese atuendo, pensó antes de empujar esa imagen mental a un lado y centrarse en rellenar las cestas. Mac se preguntó cómo algunas de ellas se las ingeniarían para llevar esa pesada carga por tres tramos de escaleras. Se preguntó cómo lo haría Maddie.

Ethel repartió las tareas y mientras que Mac examinaba la larga lista, de repente se le ocurrió que esto no iba a ser tan fácil como había pensado en un principio.

“Este es Mac,” dijo Ethel a regañadientes. Mac se dio cuenta de que no había dicho su apellido, lo cual le pareció bien. “Va a reemplazar a Maddie, que va a estar fuera un par de días.”

Las otras mujeres, cuyas edades estaban comprendidas entre los veinte y los sesenta años, le miraron de arriba abajo con una mezcla de curiosidad y evidente interés.

Una joven rubia se acercó a él. “¿Qué pasa con Maddie?” Susurró mientras que Ethel seguía ladrando órdenes y recordatorios sobre los cambios de turno del domingo y el ADN.

En voz baja, Mac le dio la versión abreviada de la historia.

“¿Así que estás tomando su lugar? Eso es muy bonito.” Ella bajó aún más su voz. “Nunca nadie es amable con Maddie, me pone muy furiosa. Es una chica muy dulce.”

“Sí, sí que lo es,” dijo Mac, tocado por la lealtad de la pequeña mujer hacia Maddie. Le hizo sentir bien saber que al menos tenía una amiga en la isla.

“¡Daisy!” Gritó Ethel. “¿Estás escuchando?”

Daisy se estremeció en sus zapatillas de deporte, “Sí, señora.”

“Quédate con la habitación 303 de la lista de Mac,” dijo Ethel.

“Tiene que ser una muy mala,” le susurró Daisy. “Maddie siempre se queda con las habitaciones más asquerosas.”

Mac se enfureció cuando se enteró de tal cosa. Las cosas iban a cambiar por aquí después de hoy. “Eso no es necesario, Ethel,” dijo. “Yo me ocuparé de ella.”

Daisy le miró con una expresión de asombro y miedo. Al parecer, nadie se atrevía a llevarle la contraria a la poderosa Ethel. Al diablo con eso, sus padres eran los dueños del lugar. Nadie podía intimidarle.

“Quiero que Daisy se encargue.”

“Lo haré yo.”

Otro enfrentamiento visual. Una vez más, Mac se negó a parpadear.

“Bien,” dijo Ethel con un gesto desdeñoso de la mano. “Quédate con la habitación. A trabajar, todo el mundo.”

Daisy se apiadó de él y le ayudó a abastecer su cesta. En el momento en que tuvo todo lo que necesitaba para limpiar las diez habitaciones de su lista, apenas podía levantar la cesta. Observó con asombro cómo Daisy levantaba la suya, la apoyaba en su hombro y se dirigía a las escaleras con ella a cuestas.

En el momento en que llegó al tercer piso, Mac sentía que su espalda iba a romperse y las gotas de sudor rodaban por su frente. *¿Cómo hace esto Maddie?* El pasillo era sofocante y la falta de aire acondicionado auguraba un día largo e insoportable. Mac decidió comenzar con la que prometía ser la peor habitación de su lista—la 303. Buscando en el gran llavero que le habían entregado, encontró la que necesitaba, respiró hondo y abrió las puertas del infierno.

El olor le golpeó en la cara haciendo que sintiera ganas de vomitar. Alguien había vomitado sobre una de las dos camas; botellas y latas cubrían el suelo y el piso del baño estaba inundado. “Maldito ADN,” murmuró mientras se llevaba la mano a la boca y la nariz y corría a abrir las ventanas. Cuando le vino de nuevo otra arcada, su pie resbaló con algo. Bajó la vista hacia un condón usado en el suelo, “Oh, Dios mío.”

Mac se volvió para encontrar a Daisy de pie en la puerta con una mirada compasiva. “Maddie siempre se encarga de estas habitaciones.”

“Ya nunca más.”

Daisy miró por encima del hombro como si tuviera miedo de que Ethel pudiera aparecer en cualquier momento, “Te ayudaré.”

“No tienes por qué hacerlo. Tienes tus propias habitaciones de las que encargarte.”

“Ninguna de las de mi lista se acercan a esto. Maddie es mi amiga y tú le estás haciendo un favor, así que déjame ayudarte.”

Dado que Mac no tenía ni idea de por dónde empezar, le envió una sonrisa de agradecimiento. “Gracias, te debo una.”

Capítulo 7

En el momento en que Mac abrió la puerta de su décimo y último cuarto, se podía decir con seguridad que nunca había trabajado más duro en toda su vida. Incluso con la ayuda de la Daisy, la habitación 303 le había llevado dos horas y todas sus habilidades de limpieza para devolverla a su estado original. Daisy le dijo que aquellos que dejaban tanta suciedad eran echados del hotel de forma permanente. Por desgracia, había un montón de otros como ellos en busca de un lugar para dar rienda suelta a su locura todos los fines de semana.

Cuando no vio nada demasiado grave ni fuera de lo normal en el último cuarto, dio un suspiro de alivio. Mac ya había tenido suficiente contacto con ADN desconocido por el resto de su vida. Cuando despojó la cama de su ropa y rápidamente la volvió a hacer, decidió que era deplorable la manera en que Maddie era tratada aquí. ¡No era de extrañar que hubiera llamado bastardos a sus padres. ¡Lo eran!

“¿Te diviertes, cariño?”

Hablando del diablo. Su madre se apoyó en el marco de la puerta, “Oh, me lo estoy pasando en grande.”

“Esto es totalmente inapropiado, pero por supuesto, tú ya lo sabes.”

“¿Por qué es inapropiado querer ayudar a una amiga?”

“¡Ella no es tu amiga! La conociste ayer, por el amor de Dios.”

“Cuidado, madre. Ya no soy un niño, no necesito que definas la palabra amistad para mí.”

“Es solo que no lo entiendo, Mac. ¿Por qué querrías rebajarte a” —ella agitó su mano alrededor— “esto. . . solo para desafiarme?”

Él dejó de hacer lo que estaba haciendo para mirarla, incrédulo. “¡Esto no tiene nada que ver contigo! ¡Dios, eres increíble! Crees que todo gira a tu alrededor.”

“Yo no creo tal cosa.”

“Lo que sí quiero saber es por qué a Maddie le tocan siempre las peores habitaciones. ¿Es una decisión tuya o depende de Ethel?” La miró a tiempo para darse cuenta de la expresión de culpabilidad en su rostro. “Eso termina hoy. ¿Me has escuchado?”

“No puedes venir aquí y empezar a dar órdenes.”

“¿Quieres que te ayude con el puerto deportivo?”

Ella tuvo la decencia de al menos retorcerse un poco, “Sabes de sobra que sí.”

“Entonces, te asegurarás de tratarla justamente de aquí en adelante, o te juro

por Dios que no levantaré ni un solo martillo.” Mac no tenía ni la más mínima intención de hacer realidad esa amenaza, ya que planeaba ayudar a su padre sin importar qué. Pero podía dejar que su madre pensara que no iba a ayudarles en absoluto si eso significaba que la situación de Maddie mejoraría.

“No puedo ni imaginarme qué te ha poseído para que me hables así.”

“He obtenido una imagen muy clara hoy sobre cómo tratas a una de tus empleadas, y me preocupo por ella.”

“Te tiene entre sus redes, ¿verdad?”

Mac soltó una breve carcajada mientras que pasaba el plumero sobre las mesas y el tocador. “Ya me gustaría.”

“¿Qué significa eso?”

“Ella no parece estar interesada en mí.”

Linda expulsó lo que sonó como un suspiro de alivio. “Oh, bueno, eso está bien, supongo.”

Mac se dio la vuelta para mirarla. “No, no lo está. Me gusta, me gusta *mucho*.”

“No seas ridículo. Podrías tener a cualquier mujer que desases. Esta misma mañana, he estado hablando con Doro Chase, está deseando conocerte.”

“¿De qué hablas?”

“Le dije que estabas de vuelta en casa y la chica tiene ganas de conocerte. Le dije que yo me encargaría de todo.”

“Eso no va a suceder. No necesito que mi madre me enrede en ninguna cita a ciegas.”

“Sí lo necesitas, porque esa mujer con la que estás conviviendo no es buena para ti.”

“Esa mujer con la que estoy conviviendo, como dices, es adecuada para mí.” Mac disfrutó viendo a su madre palidecer. “De hecho, es más adecuada para mí que cualquier otra mujer que he conocido jamás.”

“No puedes estar hablando en serio.”

Decidiendo que ya había dicho suficiente por ahora, Mac agarró la última de las toallas de su canasta y se dirigió hacia el cuarto de baño. “Nos vemos en la cena.” Asomó la cabeza por la puerta e hizo contacto visual con su madre. “Sé amable con ella, o te juro que no me volveréis a ver en mucho, mucho tiempo.”

“Sinceramente, no tengo ni idea de qué te ha pasado.”

“Créeme, no lo quieras saber.” Se había enamorado de una mujer por la que su madre solo sentía desprecio. Cualquier duda sobre sus sentimientos hacia

ella había desaparecido a lo largo de su día de trabajo en el hotel. La quería, la deseaba. Estaba ansioso por volver a verla de nuevo. Haría cualquier cosa para estar con ella.

¿Y si a su madre no le gustaba? Bueno, mala suerte.

Mac salió cojeando del hotel a las tres y media. La larga noche sin dormir, el interminable día, sin ni siquiera un descanso de diez minutos y la batalla con su madre, le habían dejado tocado y hundido. Quería ir directamente a casa de Maddie y dormir hasta la cena. Pero primero tenía que ver a su padre, por lo que arrancó la moto y se dirigió hacia el puerto deportivo.

El aroma de la comida frita y la gasolina se mezcló con el filtro solar, los peces muertos y algo que se estaba cocinando en una parrilla. Un grupo de niños estaba haciendo una carrera de cangrejos en la rampa hacia el agua y sus gritos llenaban el aire. En lo alto, una bandada de gaviotas observaba la acción a bordo de uno de los grandes barcos desde el que se estaba retirando la pesca del día. Un día más de verano en el McCarthy's.

Mac Padre estaba sentado en una de las mesas de picnic fuera del restaurante, rodeado por una multitud que escuchaba embobada sus palabras mientras que él relataba la historia de cuando cazó un tiburón en Long Island Sound—por lo que tenía que ser la diez milésima vez desde que el hecho ocurrió veinte años atrás.

“No me digas que estás contando la vieja historia de ese pescado,” intervino Mac.

El rostro de su padre se iluminó de alegría. “¡Ey! ¡Mirad quién es! Amigos, este es mi hijo mayor, el Pequeño Mac.”

“Solo Mac será suficiente.” Dio la mano a los demás hombres, “Dejé la parte de pequeño hace muchos años.” Mirando a su padre, dijo, “¿Tienes tiempo para una cerveza?”

“Hmm, muchachos, ¿qué decís? ¿Tengo tiempo para tomarme una cerveza con mi hijo?”

“Tú eres el dueño del lugar,” dijo graciosamente uno de ellos.

“Eso es verdad. ¡Luke!”

Luke apareció por detrás del edificio principal. “¿Sí?”

“Me voy a ausentar un rato, te quedas al mando.”

“De acuerdo.”

“¿Qué pasó con el tiburón?” Preguntó uno de los chicos mientras que Mac Padre se levantaba.

“Se escapó,” dijo Mac.

“Gracias a Dios.”

“Y que lo digas,” dijo Mac Padre con esa sonrisa de ganador suya. “Nos vemos, muchachos. Necesito pasar algo de tiempo con mi hijo.” Pasó su brazo alrededor de Mac y le condujo hasta el Tiki Bar al final del muelle principal.

Se detuvieron cuando llegaron a los taburetes al final de la barra cuya implantación había sido idea de Mac Padre. El bar al aire libre se había incorporado hacía dos veranos y por lo que Mac había oído, estaba funcionando bastante bien.

“Carol Ann, este de aquí es mi chico, Mac. Puede beber todo lo que quiera a cuenta de la casa mientras que esté aquí.”

“Sí, señor McCarthy,” contestó la guapa y joven camarera.

Mientras que la chica les traía las cervezas, Mac se inclinó y le susurró a su padre. “¿Te acaba de llamar *señor* McCarthy?”

“Ella respeta a sus mayores, ¿Qué quieres que diga?”

Carol Ann puso dos botellas heladas en frente de ellos.

“Gracias, cariño,” dijo Mac Padre sin una pizca de malicia. Solo en Gansett Island un empleador podría salirse con la suya llamando a una empleada, “cariño.”

“El placer es mío,” dijo ella con una sonrisa llena de dientes y Mac pudo ver a qué venía todo esto. Todo el mundo quería a su padre. Era imposible pasar diez minutos en su órbita y no dejarse atrapar por la amabilidad que el hombre derrochaba con la gente a su alrededor. Era el corazón y el alma del lugar y Mac no podía imaginarlo sin él.

Carol Ann se mudó al otro extremo de la barra para darles algo de privacidad.

Mac Padre chocó la botella con la de Mac y luego tomó un largo trago.

“¿De verdad vas a vender el lugar, papá?”

“Creo que es el momento,” contestó Mac Padre, pero Mac percibió la tristeza en su voz y la vio también en su rostro. “Tu madre quiere viajar, salir un poco de esta isla. Se oyen cosas sobre gente que espera mucho para retirarse y luego uno de los dos miembros de la pareja cae enfermo. . .” Se encogió de hombros mientras tiraba de la etiqueta de su botella.

“No me puedo imaginar a ninguna otra persona siendo dueña ni llevando este negocio.”

“Créeme, yo tampoco, pero yo no voy a vivir para siempre, ya lo sabes.”

“No digas eso.”

Mac Padre se echó a reír. “Está bien, no lo haré.”

Cayendo en un silencio contemplativo, ambos miraron hacia el bullicioso estanque. No había tanta gente como de costumbre, como siempre sucedía en las tardes de domingo.

“Me encanta esta hora del día por aquí,” dijo Mac Padre. “Gente que viene y se marcha. La mayor parte del trabajo diario ya está hecho. La gente viene a pasar el rato. Parece como si no fuera un día de trabajo.”

Mac sabía que los veraneantes regresaban año tras año para ver a su padre, para ponerse al día de las cosas que habían estado aconteciendo en la isla. Su padre tenía una manera de hacer que cada uno de sus huéspedes se sintiera especial, como si hubiera estado esperando toda la temporada para recibirles. Mac pensó entonces, que ninguna otra persona podría sustituirlo.

Observaron cómo Luke guiaba a un recién llegado para que se posicionara al lado de otro barco. El capitán hizo un buen trabajo maniobrando su gran yate en el apretado espacio. Después de que el vehículo estuviera amarrado, Luke y el capitán intercambiaron algunas palabras. El capitán sacó su billetera, puso un fajo de billetes en la mano de Luke y asintió a algo que este le dijo. Luke se guardó el dinero en su bolsillo e hizo su camino de regreso al muelle principal.

Mac vio el intercambio con creciente consternación, “Dime que ese dinero acabará en la caja.” Miró por encima del duro e ilegible rostro de su padre.

“Con el tiempo, estoy seguro.”

“¿Pero no lo sabes con seguridad?”

“Espero que sí.”

“¡Papá! ¿Te está robando?”

“No, le pago muy bien, no necesitaría hacer eso.”

Mac quería montar una escena, pero sabía que a su padre no le haría ninguna gracia. Sin duda, vigilaría a Luke de cerca mientras trabajaban en la reforma.

“¿Sabes, hijo?” Dijo Mac Padre tentativamente, “si tuvieras el más mínimo interés por el lugar, todo lo que tendrías que hacer es decirlo. Jamás lo vendería si tú lo quisieras.”

Mac lo sabía, pero escuchar esas palabras, lo hizo de alguna manera, más real. “Ya lo sé, papá.”

“No te quiero presionar en absoluto, no me gustaría que te sintieras obligado. La vida en la isla no es para todos. Dios sabe que tú y tus hermanos elegisteis vuestros propios caminos en el mismo minuto que tuvisteis edad

para ello.”

“No sé por qué, pero esta vez lo veo un poco diferente.” Las palabras salieron de su boca antes de que Mac pudiera reflexionar sobre las consecuencias.

“¿De veras?”

“Sí.”

“¿A qué crees que se debe tal cosa?”

“No estoy seguro, tal vez he estado fuera demasiado tiempo. Tal vez porque las cosas en Miami me han estado volviendo un poco loco últimamente, o tal vez es porque he conocido a alguien a quien no me puedo quitar de la cabeza.”

“Ahhh,” dijo Mac Padre con una sonrisa de satisfacción, “Ahora estamos llegando al meollo de la cuestión.”

Mac sonrió, “¿Te acuerdas cuando te pregunté cómo iba a saberlo cuando apareciera la correcta que me dijiste, ‘Lo sabrás, hijo. Lo sabrás?’”

“Suenas como algo que yo diría.”

“Bueno. . .”

Mac vio despertar la conciencia en el rostro de su padre. “¿Me lo estás diciendo en serio?”

Mac se encogió de hombros.

Los ojos de su padre brillaban. “Ya era hora,” dijo en voz baja. “Wow, ¿así de fácil?”

“La miré por primera vez y eso fue todo lo que necesité.”

“Y estamos hablando de Maddie, la chica que limpia en el hotel, ¿verdad?”

“Sí,” dijo Mac, todavía impresionado por la maravilla de todo lo que había sucedido en las últimas horas. Hacía dos días que estaba en Miami, hacía dos días, ni siquiera sabía de su existencia. Y ahora, cada uno de sus esperanzas y sueños tenían que ver de alguna manera, con ella y su hijo.

“No la conozco muy bien, pero parece un amor de chica,” dijo Mac Padre. “Sin duda se nota que ha tenido que saltar algunos obstáculos un poco complicados.”

“Sí, eso es verdad y debido a eso, parece un poco. . . asustadiza.”

“Realmente no puedo culparla. Su padre. . .Nadie podía creerlo cuando abandonó a su esposa e hijas. Eso es lo que pasa con este lugar—cualquiera puede saltar en un ferry y huir de todo.”

“Creo que ella nunca se recuperó de su pérdida.”

“¿Quién lo haría?”

Mac decidió ponerse al mismo nivel que su padre, “Estoy entrando en un

territorio un poco desconocido para mí.”

“¿Cómo es eso?”

“Te vas a reír. . . “

Su padre soltó una gran carcajada. “¡Escúpelo, chico!”

“Es solo que por lo general cuando me gusta alguien, esa persona tiende a . . .” Mac se pasó los dedos con impaciencia por el pelo mientras buscaba las palabras. “¿Cómo puedo decirlo sin parecer un idiota total?”

Esta vez Mac Padre le interrumpió. “¿Caer a tus pies en señal de gratitud porque Mac McCarthy haya optado por pasar las horas de su día con ella?”

“¡Eso *no* es lo que iba a decir!”

Su padre continuó riéndose de su propia broma. “¿Caliente?”

“Más o menos,” dijo Mac a regañadientes.

Eso hizo que su padre volviera a estallar de nuevo en carcajadas.

“Me alegro de que te lo estés pasando tan bien con todo esto.”

Mac Padre se secó las lágrimas de sus ojos. “Lo siento mucho, pero creo que es estupendo que hayas encontrado alguien que por una vez te esté dando tantos quebraderos de cabeza y que no beba las aguas por ti desde el principio.”

“Bueno,” dijo Mac, pensando en sus apasionados besos, “Yo no diría *eso*, no exactamente. Pero no parece estar dando saltos de alegría porque esté interesada en ella.”

Mac Padre tuvo la decencia esta vez de al menos tratar de ocultar su sonrisa. “Probablemente solo esté un poco abrumada. Es normal que un chico guapo, seguro de sí mismo, asuste a alguien que no ha sido tratada correctamente por los hombres.”

“Ninguna de las cosas que dicen sobre ella es cierto, papá.” Pensó en su hermano Evan y en la conversación que tenía que tener con él—pronto. “Nada de lo que dicen.”

“¿De veras? Interesante.”

“¿Qué hago? Si dejo que lo hagamos a su manera, me mandará a hacer el equipaje y no volveré a verla.”

Mac Padre se pasó la mano por la barba blanca en su mandíbula. “Tienes que seguir al pie del cañón, demostrarle que eres distinto de todos los hombres que la han defraudado.”

“¿Quieres que me convierta en un pesado?”

“Si es necesario, sí.”

“Puedo hacer eso,” dijo Mac mientras se acomodaba a la idea. Había hecho

un buen trabajo hasta ahora.

“Por supuesto que puedes, pero no te humilles, hijo. Cualquiera mujer se sentiría afortunada de tenerte, acuérdate siempre de eso.”

Mac sonrió. Sabía que siempre podía contar con su padre. “Entonces, ¿estaría bien si, mientras le estoy dando la tabarra, considero la posibilidad de quedarme en este lugar por un tiempo? Sin promesas ni nada.”

Mac Padre apretó el antebrazo de su hijo. “Me parece más que bien.”

“No le digas nada a mamá de lo que te he dicho sobre Maddie. Por alguna razón, tiene algo en contra de ella.”

“No diré ni una palabra.”

Mac le dio el último trago a su cerveza. “¿Te importa si tomo prestado tu camión por la noche? Voy a traer a Maddie y a su hijo a la cena.”

Mac Padre sacó las llaves del bolsillo de sus pantalones cortos. “Aquí tienes.”

Mac le dio a su padre las llaves de la moto. En un movimiento impulsivo, se inclinó y le besó en la mejilla, “Te quiero.”

Mac Padre le abrazó durante un largo rato.

Mac se dio cuenta de que había dejado a su padre sin palabras. “Gracias por la cerveza, nos vemos en la cena.”

Mac estacionó el camión en el camino de entrada de la casa de Maddie y subió las escaleras hasta la pequeña terraza donde Libby estaba tendida en un sillón, leyendo un libro.

“Hola,” dijo ella. “¿Ya has vuelto?”

“¿Cómo ha ido?”

“Ha sido genial. Los dos están durmiendo como troncos en este momento.”

“Muchas gracias por haber pasado el día con ellos, te lo agradezco mucho.”

“Lo pasé muy bien. Ella es realmente encantadora, me da pena no haber tenido tiempo suficiente hasta ahora para conocerla mejor.”

Mac miró hacia la puerta. “No le vendría nada mal tener un par de amigas en la ciudad.”

Libby se guardó su libro de bolsillo y se levantó para darle a Mac un beso en la mejilla. “Ella no lo sabe todavía, pero es muy afortunada de tenerte en su vida.”

Golpeado por una inusual explosión de inseguridad, Mac se mordió el labio inferior. “Si lo hiciéramos a su manera, nunca la volvería a ver.”

“No creo que tarde mucho en cambiar de idea. Ya sabes lo que tienes que hacer.”

“Sí.” Mac pensó en lo que le dijo a su padre acerca de demostrarle que él nunca la dejaría tirada. “Gracias de nuevo, Lib.” Mac le dio un abrazo y la miró mientras caminaba por el camino de entrada hacia la suite donde ella vivía en el Beachcomber con su esposo y sus dos hijos.

Respirando profundamente, Mac abrió la puerta mosquitera y entró. Maddie estaba en la cama con su brazo ileso por encima de la cabeza y tapada con las sábanas hasta los hombros. Era la primera vez, se dio cuenta, que la veía tan desprotegida. Moviéndose con cuidado para no despertarla, se fue al baño, se duchó rápidamente para quitarse la mugre de la larga jornada y solo con un par de calzoncillos, se metió en la cama junto a ella con la intención de dormir por lo menos una hora y media de las dos horas que tenían antes de ir a casa de sus padres.

Maddie se volvió hacia él, pasó un brazo alrededor de su cintura y le atrajo cerca de ella.

Inmerso en su aroma y suavidad, Mac estuvo de repente despierto y totalmente erecto. No tenía ni idea de si ella estaba despierta o estaba teniendo otro de sus vívidos sueños. Curioso por lo que fuera a hacer, pasó un brazo alrededor de ella y la trajo tan cerca de él como se atrevió.

Su respiración se deslizó sobre su pecho, lo que le agitó aún más.

Con el corazón latiendo en un rápido staccato, Mac no podía moverse ni respirar. *Esto es amor.* Finalmente lo entendió. Esto era lo que volvía locos a los hombres cuerdos. Mac pasó la mano por su pelo y espalda.

Ella lanzó un suspiro de satisfacción y se acurrucó más cerca, hasta que sus labios estuvieron presionados contra su pecho desnudo.

Mac no había sido más feliz en toda su vida.

En su sueño, Maddie estaba cayendo. No sabía de dónde o de qué, pero la sensación de caída le hizo aferrarse más a él. Se despertó de repente para encontrar su rostro apretado contra un firme pecho masculino. Su olor ya familiar se abrió camino a través de la niebla soñolienta en su cerebro.

Mac.

¿De dónde había salido? Estudió su fuerte y hermoso rostro, bañado por el sueño y quiso besarlo por todas partes. ¿Había sentido alguna vez algo así por un hombre? No. Nunca. Él era muy grande y fuerte y la abrazaba muy bien. Ni siquiera podía pensar en el dolor que irradiaba de su brazo y pierna cuando

estaba tan envuelta entre sus brazos. Pero entonces recordó todas las razones por las que esto era una mala idea y comenzó a retirarse.

Sus brazos se apretaron alrededor de ella. “Quédate,” murmuró él con una voz sexy y aturdida por el sueño.

“No puedo.”

“Shhh.” Él mantuvo los ojos cerrados mientras pasaba los dedos por su pelo. Dios, a Maddie le encantaba cuando hacía eso. “Quédate conmigo, te necesito.”

Ella dejó de forcejear cuando escuchó esas palabras. Nunca nadie la había necesitado antes. Solo Thomas y tan maravilloso como era eso, no era lo mismo que ser necesitada por Mac McCarthy.

Maddie no se relajó con exactitud, pero dejó de tratar de alejarse de él.

Después de un largo silencio durante el cual ella se deleitó con la sensación de sus dedos enrollándose y desenrollándose en su cabello, dijo, “¿Qué tal tu día?”

“Muy instructivo.”

“¿Qué quieres decir?”

“Ahora entiendo por qué crees que son unos bastardos.”

Maddie se estremeció. “Mac, cuando dije eso, no sabía que—”

“No pasa nada, cariño. Te estaban tratando como una mierda, pero eso va a cambiar a partir de ahora.”

“¿Qué va a cambiar?” Le preguntó, nerviosa por lo que quiera que hubiese hecho.

“Ya no te van a tocar las peores habitaciones nunca más.”

“¿Qué has hecho?”

“Tuve una pequeña charla con mi madre, todo está arreglado.”

“Vas a hacer que me despidan.”

“No se atreverán. No te preocupes por eso.”

“Libby me ha dicho algo sobre un trabajo hoy.” Maddie ni siquiera se había permitido pensar en la posibilidad. . .

Mac se echó hacia atrás para poder ver su rostro. “¿Qué clase de trabajo?”

“Como jefa del servicio de limpieza en el Beachcomber.”

“¿En serio? ¡Eso es genial, cariño!”

Maddie quería recordarle una vez más que ella no era su cariño, pero ya que estaban tumbados en la misma cama, no parecía el momento más adecuado para hablar de ello. “La jefa actual se jubila esta temporada. Cuando Libby se enteró de que yo había estado trabajando en el McCarthy’s durante ocho años,

me ofreció el trabajo. Es a tiempo completo, todo el año con beneficios.”

“Wow. ¿Qué has dicho?”

“Le he dicho que me lo tenía que pensar.”

“¿Qué hay que pensar? El trabajo se haría cargo de muchas de tus preocupaciones.”

“Solo me lo ha ofrecido por ti.”

“Eso no es verdad, Libby ha cambiado mucho el lugar. ¿Recuerdas cómo se encontraba al borde de la quiebra hace diez años más o menos?”

Maddie asintió.

“Libby lo trajo de vuelta a la vida. De hecho, no mucha gente sabe esto, pero los dueños la hicieron socia hace un par de años.”

“Me alegro por ella.”

Mac entrelazó sus dedos con los de ella, con cuidado, como siempre, de no tocar la herida en su palma. “Y alégrate también por ti. Si te ha ofrecido el trabajo, es porque piensa que eres la persona idónea para él.”

“¿De verdad lo crees?”

“Por supuesto que sí. Hoy me he hecho una clara idea de lo duro que es tu trabajo. ¿No sería estupendo ganar algo más de dinero y no tener que trabajar tanto?”

“Sería diferente, eso seguro.”

“Entonces, ¿lo harás?”

“Tengo amigos en el McCarthy’s. Gente con la que he trabajado durante años.”

“Nadie ha dicho que no puedas contratarlos para que trabajen contigo en el Beachcomber.”

Maddie sonrió, “Entonces tu madre me odiará aún más.”

“Ella no te odia.” Mac soltó su mano y enrolló un dedo en uno de sus rizos. “Simplemente no te conoce bien todavía.”

“No me vas a obligar a ir esta noche a cenar con ellos, ¿verdad?”

“Será divertido.”

“Será una tortura.”

“Estaré allí contigo todo el tiempo.”

“¿Me lo prometes?”

Maddie no podía acostumbrarse a la forma en que él la miraba, como si ella fuera todo lo que siempre había deseado. ¿Cómo era posible? La calidez que vio en sus fríos ojos azules hizo que su corazón aleteara de deseo. Si se trataba de uno de sus sueños locos, esperaba no despertar nunca.

“Lo prometo.” Él acarició su cara durante un largo rato antes de inclinarse para plantar un tentativo beso en sus labios.

Incluso sabiendo que podía estar cometiendo el mayor error de su vida, Maddie tiró de él. Aun sabiendo que él podía dejarla igual que los demás habían hecho y que nunca podría recuperarse de ello, le besó. Incluso sabiendo que tenía un poder sobre ella que nunca le había concedido a nadie, acarició su lengua con la suya y le encantó el gemido que escapó de sus labios.

Mac se puso encima de ella y luego se quedó inmóvil. “Oh, vaya. Lo siento. Me he dejado llevar y me he olvidado por un momento de tus heridas.”

“No pasa nada.” Ella hundió los dedos en su pelo y llevó su boca de nuevo a la de él. De repente, Maddie estaba hambrienta por experimentar más de lo que él le hacía sentir. Deslizó su pierna sana por fuera de las sábanas y la enganchó alrededor de la suya.

“Maddie,” susurró él mientras sus labios flotaban justo por encima de ella. “Dios, me vuelves loco.” Balanceándose contra ella, le arrancó una gemido y volvió a capturar su boca en el beso más carnal y sensual que había dado en toda su vida. Usó todo su arsenal—lengua, labios y dientes—para devorarla. Ella se aferró a él, segura de que si le soltaba, se precipitaría al vacío. Justo cuando pensaba que no podía soportar la intensidad del deseo que había agitado en ella por un segundo más, Mac suavizó el beso y la destruyó con ternura.

Sus labios se hundieron en los de ella antes de recorrer su cara, nariz, párpados y cuello.

Maddie se estremeció mientras era abrumada por una sensación tras otra, acomodándose en un latido de deseo entre sus piernas. Le deseaba tanto como él a ella, pero todavía el miedo superaba al deseo.

“Podría besarte sin parar” susurró él, “y nunca tendría suficiente.”

“Me asustas,” respondió ella en el mismo tono suave.

Todo el cuerpo de Mac se tensó. La boca que había estado jugando tan deliciosamente con su oído se quedó inmóvil. Levantó la cabeza para mirarla a los ojos. “¿De verdad?”

Cuando Maddie le detuvo para que dejara de alejarse de ella, se dio cuenta de que él había pensado que quería decir físicamente. Si solo fuera así de simple. “Me haces querer cosas que decidí hace mucho tiempo que no saldrían jamás en mis cartas.”

Mac se dio cuenta de lo que quería decir y se relajó un poco. “Tal vez la vida ha barajado y te ha dado una nueva mano. Una mejor mano, ¿No es

posible?”

“He aprendido a no jugar. La suerte nunca ha estado de mi parte.”

“Me gustaría que hubiera algo que pudiera decir o hacer para convencerte de que puedes confiar en mí.”

“A mí también.”

“Me estás haciendo pagar por cosas que te hicieron otros.”

“Lo sé.”

“No es justo.”

Incapaz de resistir la tentación de tocarle, Maddie apartó el pelo de su frente, deleitándose con su sedoso tacto, “También lo sé.”

“Te lo demostraré.” Mac se apartó de encima y se acostó a su lado, pero mantuvo un firme control sobre su mano.

Mirando hacia abajo, Maddie se dio cuenta de su aún impresionante erección y rápidamente, le miró a la cara. Tenía que reconocer que a diferencia de la mayoría de los hombres que había conocido en el pasado, Mac no parecía estar impulsado únicamente por los caprichos de su pequeño cerebro. “¿Demostrarme qué?”

“Que yo soy diferente, que puedes confiar en mí.”

“No quiero que pienses que no aprecio—”

“No tengo ningún interés por tu aprecio.” Volvió la cabeza para poder mirarla. “Quiero mucho más que eso.”

Maddie estudió la cara a la que se había aficionado a mirar tan rápidamente. Ya era más familiar para ella que la gente que había conocido en toda su vida. “¿Por qué yo?”

Su boca se curvó en las esquinas. “Porque sí.”

“¿Eso es todo lo que tienes?”

Encogiéndose de hombros, Mac dijo, “Si te dijera todas las razones, saldrías corriendo en estampida.”

“Ponme a prueba, dame una buena razón.”

Mac se frotó la barba mientras pensaba durante un par de segundos. Luego volvió esos formidables ojos azules sobre ella, que hicieron que la sangre se calentara en sus venas. “¿Me prometes que no vas a salir corriendo?”

Maddie señaló el vendaje de su pierna. “Lo prometo.”

Mac trajo sus manos unidas a sus labios y dio un beso en la palma. “Estar cerca de ti me hace sentir sin aliento, y necesitado, y caliente como el infierno, pero eso es solo el principio. Me haces querer ser un hombre mejor para que os merezca a ti y a Thomas.”

Maddie le miró fijamente, nadie le había dicho nunca nada igual.

“¿Qué tal?” Le preguntó él después de un largo momento de silencio.

Maddie deseó tener algo que decir similar a lo que él le había dicho, pero su cerebro se había convertido en puré, al igual que el resto de ella. Se aclaró la garganta y dijo, “Bastante bien.”

Mac hizo una mueca. “¿Solo bastante bien? Bueno, al menos no has salido huyendo y gritando.” Él miró su reloj y gimió, “Tenemos que prepararnos o llegaremos tarde.”

Maddie quería convencerle de quedarse en casa, donde todo se sentía seguro y extrañamente mágico. Temía que su burbuja pudiera estallar en el momento en que dejara a los demás entrar en ella. “Debes estar muy cansado.”

“Dormiré bien esta noche a menos que decidas darme la tabarra de nuevo toda la noche.”

Maddie se rio mientras le daba un golpe en el hombro. “¡No puedo creer que hayas dicho eso!” Ella se sentó lenta y dolorosamente.

“Será mejor que revisemos tus heridas.”

“Libby lo hizo antes, cuando salí de la ducha. Me dijo que el corte del codo tenía pinta de estar infectado.”

“Déjame verlo.”

“Más tarde. Tengo que levantar a Thomas ahora o estará despierto toda la noche.”

Mac saltó de la cama y se dirigió a la habitación del pequeño. “Yo lo haré, tú tómatelo con calma.”

Maddie se quedó sentada durante un rato después de que él hubiera salido de la habitación, pensando en lo que le había dicho y deseando poder creer que en realidad podía existir una oportunidad para ellos.

Capítulo 8

Maddie no dijo ni una palabra durante todo el viaje a North Harbor. Con Thomas en su silla de seguridad entre ellos, Mac trató de entablar conversación con ella, lo cual no llegó a ninguna parte. En cambio, ella se limitó a mirar por la ventana del lado del pasajero y él se preguntaba si habría cometido un gran error al insistirle en que se uniera con él para cenar con sus padres esta noche. Había estado más de media hora dando vueltas y probándose miles de modelitos distintos y finalmente había optado por una camiseta rosa palo y una minifalda vaquera que dejaba ver sus largas y tonificadas piernas. Libby debía haberle pintado las uñas de los pies, porque Mac no recordaba haber visto el sexy esmalte de color rosa el día anterior—y estaba bastante seguro de que se había fijado en cada centímetro de su cuerpo.

A medio kilómetro de casa de sus padres, Mac aparcó el camión a un lado de la carretera.

“¿Qué estás haciendo?”

“¿De verdad no quieres ir? Podemos volver a tu casa, pedir un poco de pizza de Mario’s, alquilar una película—”

Ella le sorprendió gratamente cuando de repente se inclinó hacia él y aplastó sus labios en su boca cerrada. “Después de todo el tiempo que he malgastado averiguando qué quería ponerme, vamos a ir a casa de tu madre. Ahora, conduce.”

Mac sonrió ante su valentía. No tenía ninguna duda de que ella preferiría la pizza y la película. “Sí, señora.”

Su bravuconería se había desvanecido de nuevo en el momento en que él se detuvo frente a la gran casa blanca. Mac sacó a Thomas de su silla y lo llevó hasta el otro lado del coche para ayudar a Maddie. “Tómate tu tiempo,” dijo cuando vio el destello de dolor que cruzó su rostro mientras que ella salía de la cabina.

Maddie se aferró a su brazo. “Quédate cerca, ¿de acuerdo?”

“Lo haré.” Antes de que llegaran al porche de la casa, él la detuvo, levantó su cara poniendo un dedo bajo su barbilla y la besó. “Estás aquí porque quiero que sepan que eres importante para mí. Si alguien te hace sentir incómoda, nos iremos, ¿de acuerdo?”

“No quiero causar ningún problema entre tú y tu familia.”

“No lo harás.”

“Si tú lo dices,” dijo ella mientras se dirigían hacia la puerta.

“Sí, así es.”

Mac Padre abrió entonces la puerta de la entrada, “Adelante, adelante.”

Saludó a Maddie con un beso en la mejilla y le hizo cosquillas a Thomas en el pie, lo que provocó una carcajada profunda del bebé.

“Te queda muy bien, hijo,” dijo Mac Padre con un guiño hacia el bebé que descansaba en la cadera de Mac.

“Es un chiquitín impresionante.” Mac sintió una oleada de orgullo mientras mostraba al bebé. “Siempre feliz.”

“No estaba seguro de lo que te gustaría beber, Maddie.” Mac Padre les hizo pasar a la sala formal que Linda reservaba para cuando tenían compañía. Mac y Maddie se sentaron juntos en el sofá. “Tengo tres tipos de vino y tres tipos de cerveza,” dijo contando con los dedos.

Mac se dio cuenta de que Maddie estaba emocionada por la atención que estaba recibiendo por parte de su padre. Era extraño ser tratado como un invitado en la casa donde se había criado, Mac apreciaba la buena acogida que su padre les estaba dando.

Maddie volvió esos grandes ojos grandes color caramelo hacia él y su estómago se agitó cuando se dio cuenta de que estaba esperando a que le echara un cable. “¿Qué quieres tomar?”

“Una cerveza sin alcohol.”

“Yo también me apunto.”

“Dos cervezas sin alcohol, marchando,” dijo Mac Padre. “¿El bebé necesita algo?”

“No,” dijo ella, “Muchas gracias.”

Cuando se quedaron solos, Mac le apretó la mano. “¿Cómo te sientes por ahora?”

“Tu padre es un encanto. Nunca había hablado con él antes, nunca está aquí cuando vengo a limpiar.”

“Es el mejor hombre que conozco.”

Janey irrumpió por la puerta principal. “¡Hola! Siento llegar tarde.” Ella se detuvo en seco cuando vio a Mac, Maddie y Thomas en el sofá. “Oh, bueno. Tenemos compañía por lo que veo, hermano mayor.”

“Eso parece.” Mac se levantó para besar a su hermana. “Este es Thomas.”

“¡Wow, es un muñeco!” Janey extendió un dedo y Thomas envolvió su minúscula mano alrededor de él mientras estudiaba a la chica con la seria expresión que solía darle a todo el mundo nuevo que conocía.

“Creo que no conoces a Maddie,” dijo Mac.

“Nos conocimos hace años en el colegio,” dijo Janey. “Me alegro de

verte.”

“Lo mismo digo. Enhorabuena por tu compromiso.”

Janey esbozó una sonrisa. “Gracias, es el compromiso más largo de la historia.”

“El gran día estará aquí antes de que te des cuenta, mocosa,” dijo Mac.

“Hasta entonces, tengo que conformarme con un meneo sexual una vez al mes,” dijo con un largo suspiro de sufrimiento.

Mac se encogió de hombros. “No entiendo *por qué* tienes que decirme esas cosas.”

“Porque sé que te vuelven loco,” dijo Janey, riendo.

Mac miró a Maddie, quien le envió una sonrisa comprensiva. “Mi hermanita *pequeña*,” gruñó cuando se reunió con ella en el sofá.

“Espeluznante.”

Mac Padre volvió a entrar en la habitación con tres botellas de cerveza y le entregó una a Mac y otra a Maddie. “Hola, cariño,” dijo, besando a Janey.

“Supongo que querrás mi cerveza.”

Ella arrancó la botella de su mano, “Por supuesto.”

Mac Padre sacudió la cabeza y miró a Maddie. “¿Has visto lo que tengo que soportar todos los días?”

Maddie respondió con una risita de niña y Mac podía decir que su padre ya se la había metido en el bolsillo.

Mac Padre salió de la habitación murmurando algo sobre un hombre que no es capaz de tomarse una cerveza en su propia casa y regresó un minuto después con Linda, que parecía estar siendo empujada hacia adelante para que entrara en la habitación.

“Ahí estás,” dijo Linda mientras le daba un beso a Mac. “Y Maddie, hola, ¿Cómo te sientes?”

“Un poco mejor, señora McCarthy. Gracias por invitarme.”

La sonrisa de Linda era frágil, pero Mac estaba seguro de que solo la familia se podía dar cuenta de que era cualquier cosa menos genuina. “Es un placer. Este debe ser Thomas, del que tanto he oído hablar.”

Mientras empujaba al bebé en los brazos de su madre, Mac esperaba que no se estuviera refiriendo a la especulación alrededor de la identidad del padre del bebé.

“Oh,” farfulló Linda. “Vaya, vaya. Eres un pequeñajo muy lindo, ¿no es así?”

Thomas escogió ese momento para llenar audiblemente su pañal.

Janey no pudo contener la risa.

Maddie se quedó sin aliento, trató de levantarse rápidamente e hizo una mueca cuando sus lesionadas extremidades se negaron a cooperar.

Mac la ayudó a sentarse de nuevo, “Déjame a mí.”

“No querrás tener que encargarte de esto.”

“Créeme, es lo menos de lo que me he tenido que ocupar hoy. “ Él tomó al bebé de su madre y cogió la bolsa de los pañales. “Vamos, colega, vamos a limpiarte.” Antes de que saliera de la habitación, se dio cuenta de que su padre y su hermana le miraban divertido, mientras que su madre parecía furiosa. Mac se debatía entre la necesidad de atender al bebé y no querer dejar sola a Maddie.

“Cuidaremos bien de ella,” dijo Mac Padre.

“Gracias, papá.” En el camino por las escaleras, Mac llamó la atención de Maddie y le guiñó un ojo. “No tardaré nada.”

Ella le envió una sonrisa de agradecimiento que calentó sus entrañas.

Durante la cena de carne asada que Mac le había pedido a su madre, Maddie permaneció callada mientras que escuchaba las bromas de la familia. Era obvio que Mac adoraba a su padre y a su hermana, así como a sus tres hermanos. Le pareció interesante que solía contestar a su madre con monosílabos, mientras que actuaba de forma mucho más natural con su padre y Janey. Mantuvo a Thomas en su regazo y se las arregló para comer con una mano con una soltura que se adquiriría después de meses—en vez de días—de práctica.

Maddie se preguntaba si alguien más se habría dado cuenta de que Linda la estaba ignorando completamente cuando se las arregló para meter la lista de las mujeres más elegibles de toda la ciudad en la conversación. Maddie podía ver definitivamente a Mac con alguien como Doro Chase, u otra de las famosas mujeres que Linda había mencionado. Por lo menos, con Doro estaría al mismo nivel social y no sería carne de cañón de los cotilleos como le sucedería con ella. La idea de que él acabara con cualquier otra persona le entristecía, lo cual era ridículo. No era como si él le perteneciera ni nada por el estilo. ¿Qué estaba haciendo aquí, sentada a la mesa con la gente que la había contratado como criada?

La mano de Mac aterrizó sobre su muslo.

Conmovida por su toque—como siempre—ella le miró.

“¿Está todo bien?”

“Por supuesto,” acertó a decir, pero se dio cuenta de que él no la había creído.

“Mamá,” dijo Janey, “tal vez deberías dejar tus conjeturas sobre el posible futuro social de Mac para esta noche. Él está aquí con una cita y no creo que ella quiera oír hablar de otras mujeres.”

Mac le envió a su hermana una sonrisa de agradecimiento.

“Nadie me dijo que esto era una cita.” La helada mirada de Linda se saltó a Maddie y aterrizó directamente sobre su hijo. “Pensé que solo estábamos cenando.”

“Creo que fui muy claro cuando hablamos antes,” dijo Mac cuando se dio cuenta de la fría mirada que le dirigió su madre.

A Maddie le empezó a doler el estómago.

“¿Qué has hecho de postre, Lin?” Preguntó Mac Padre con una cálida sonrisa hacia Maddie.

“El pastel de chocolate que Mac me pidió.”

“Thomas está cansado,” dijo Mac. “No vamos a quedarnos al postre.”

Thomas estaba bien, pero Maddie apreciaba que de algún modo, se hubiera dado cuenta de que ella no lo estaba.

“No os podéis ir aún,” dijo Linda. “Acabáis de llegar.”

“Tenemos que llevar al bebé a casa y Maddie tiene que recuperarse de sus heridas.”

“Yo la veo bastante bien.”

Mac se levantó y la ayudó a salir de su silla. “No está bien. No debería haber sugerido que saliéramos esta noche de casa.” Miró a su hermana y dijo, “¿Ayudarás a mamá a limpiar?”

“Sip.” Janey se levantó y le dio un beso de despedida. Volviéndose hacia Maddie, dijo, “Si alguna vez necesitas una niñera que cuide de esta preciosidad, llámame.”

“Eso es muy amable de tu parte,” dijo Maddie mientras que Janey y su padre comenzaban a limpiar la mesa.

Mac escoltó a Maddie hasta la sala principal. “Acabo de darme cuenta de que me he olvidado la bolsa de pañales arriba. Vuelvo enseguida.” Sin soltar a Thomas, Mac subió las escaleras corriendo. Mientras le veía alejarse, Maddie se dio cuenta de que la contusión en su pierna desde el accidente se había oscurecido y tenía muy mal aspecto.

“Te estás engañando a ti misma,” dijo Linda en un susurro exagerado.

Sobresaltada, Maddie se volvió hacia ella. “¿Disculpe?”

“Él se puede estar divirtiendo jugando a mamás y a papás ahora, pero nunca vas a conseguir que se quede.”

En shock, Maddie no sabía qué decir y se sintió aliviada al escuchar los pesados pasos de Mac por las escaleras. Tenía que salir de allí, ahora mismo. A pesar de que necesitaba desesperadamente el dinero, decidió que jamás iba a volver a limpiar esta casa.

“¿Lista?” Dijo Mac mientras apoyaba su mano en la parte baja de su espalda.

“Gracias por la cena,” dijo Maddie en su camino hacia la puerta.

Mac le dio un beso a su madre en la mejilla, “Gracias, mamá.”

En el camino de regreso a la ciudad, el corazón de Maddie latía con conmoción y consternación. Una parte de ella quería llegar a casa y enfrentarse a él por haberle hecho pasar por una situación tan desagradable. Si supiera que no estaría arriesgando su protegido corazón, lo haría en este mismo instante. Aventuró una mirada hacia él. Sus ojos estaban fijos en la carretera y su mandíbula, apretada en tensión.

“Ha sido un error,” dijo él.

“No pasa nada.”

“Sí, sí que pasa.” Mac pasó su mano por encima de la sillita de Thomas para cogerle de la mano. “No me juzgues por lo que ha pasado con mi madre. Ella no tiene poder sobre mí en absoluto y no puede soportarlo.”

Maddie no sabía qué decir. Claro, era un hombre totalmente independiente y su madre no podía decirle qué hacer. Pero Linda podría hacerles la vida miserable si así quisiese y Mac era la clase de hijo que siempre quería complacer a sus padres, no ponerles en su contra. Maddie no tenía ningún deseo de ser responsable de ninguna tirantez ni alejamiento entre él y su madre, lo cual era una razón más de peso para no dejar que las cosas con él se descontrolasen.

“¿Qué estás pensando?” Preguntó él.

“Que estoy cansada y me duele.” Él no tenía por qué saber que el dolor venía en su mayor parte, de su interior.

Él hizo una mueca. “Lo siento. Llegaremos a casa enseguida y podrás meterte en la cama. No debería haberte arrastrado fuera esta noche. Prometo escucharte la próxima vez.”

No habrá una próxima vez, pensó Maddie, llena de tristeza. Sabía que darle una oportunidad a una relación con él no era lo correcto para ninguno de los dos. Deseaba al menos, que no le doliera tanto pensar que no volvería a

verle de nuevo después de que se fuera.

Mac no podía dejar de reprenderse mentalmente mientras se dirigían a casa. *¿Qué demonios estaba pensando? Qué gran, gran error.*

Volviendo a Maddie, Mac la ayudó a bajar de la camioneta y se dio cuenta de que ella se movía con aún más dificultad que antes. *Deberíamos habernos quedado en casa y haber comido pizza. ¡Maldita sea!*

Mientras subía lentamente las escaleras con Thomas en sus brazos seguido por Maddie, Mac trató de pensar cómo podría solucionar el daño que esta noche había causado a su incipiente relación. ¿Qué podía decir? ¿Qué debía hacer? Poco acostumbrado a sentirse tan inseguro alrededor de una mujer, no tenía ni idea de cuál era el siguiente paso que debía dar.

“Le daré un baño rápido y le prepararé para la cena,” ofreció él.

“Gracias.”

La noche anterior, ella habría discutido con él. Mac acababa de descubrir que prefería cuando ella le llevaba la contraria a esta sumisa e indiferente aceptación. Mac se puso en marcha rápidamente para hacerse cargo de Thomas y le entregó al pequeño y el último biberón del día a Maddie. Mac quería tumbarse a su lado en el sofá-cama y abrazarla mientras que ella alimentaba al bebé, pero en su lugar, organizó un poco el apartamento y la creciente pila de ropa que los tres habían generado.

“Mañana cuando me pase por el puerto deportivo me encargaré de hacer la colada.”

“No tienes que preocuparte por la nuestra—”

Mac se tragó una explosión de mal genio. “No me supone ningún problema.” Cuando ella no disparó de nuevo, él supo que era algo malo. Cualquiera que fuera el progreso que habían hecho, se había desvanecido tras un par de horas con su madre.

Ella estaba callada todo el rato, dócil, incluso. No tenía nada que ver con la Maddie cuyos desafíos había disfrutado tanto en el último par de días. Descubrió que no le gustaba que ella se comportara así, incluso si era mucho más fácil de tratar. Quería que la Maddie bocazas le retara.

Después de que hubiera dejado a Thomas en su cuna, Mac regresó a la sala y vio que Maddie se había quitado las vendas. La herida en el codo se había infectado y estaba mucho más roja e hinchada que la última vez que la vio.

“Probablemente deberíamos ir a que un médico le echara un vistazo a eso.”

“Libby me dio un poco de ungüento antibiótico para que me lo pusiera en

él.”

Mac cogió el tubo, “Yo lo haré.”

Ella lo tomó de él, “No puedo soportar la idea de que alguien me toque.”

¿Porque le dolía o porque era él? Frustrado, la observó mientras se echaba la pomada sobre la enfurecida erupción. Luego hizo lo mismo con la rodilla y la mano.

“Libby me dijo que sería mejor que dejara las heridas al descubierto esta noche para que se fueran secando.”

“Ella sabe de lo que está hablando. Tiene muchos conocimientos médicos.” Mac se puso de pie, se quitó la camiseta y la arrojó al montón de ropa. Se volvió y llamó a Maddie con una hambrienta y necesitada mirada en su rostro. Dio un paso hacia ella. “Maddie—”

Su expresión cambió de inmediato a esa cosa impasible, inalcanzable que ella hacía tan bien. “¿Te importaría mucho dormir en el suelo esta noche? No quiero ni que la sábana me roce.”

La tensión se alojó en el pecho de Mac. “Por supuesto que no.” Él tiró los cojines del sofá al suelo y desenrolló su saco de dormir. Cuando ya estaban instalados, él extendió la mano y apagó la luz. A diferencia de la noche anterior, no hubo ninguna conversación. Ese mismo día por la mañana, Mac había sido el hombre más feliz sobre la faz de la tierra. Ahora, a pesar de que estaba más cansado de lo que había estado en años, permaneció despierto, sintiéndose nervioso y desesperado—como si se las hubiera arreglado de alguna manera para perder algo que realmente, nunca había tenido.

Los próximos tres días pasaron en una misma rutina que comenzaba con Mac llevando a Thomas a dar un paseo por la mañana, tomar un café y un desayuno en compañía del pequeño. Después de que Maddie hubiera amamantado al bebé, Mac se lo entregaba a Tiffany, se encargaba de limpiar las habitaciones de Maddie en el hotel y pasaba tanto tiempo como pudiera en el puerto deportivo midiendo y delineando las reparaciones necesarias. Tenía previsto iniciar el tejado del edificio principal y contaba con cuatro filas de hombres para empezar a trabajar en ello el lunes siguiente. A las tres de la tarde de cada día, estaba de vuelta en casa de Maddie para ayudar en la guardería de Tiffany.

Las noches las pasaba en el piso de Maddie, deseando, de alguna manera, poder volver a donde habían estado antes de que hubiera cometido el error de su vida de haberla sometido a su madre. El miércoles por la noche, después de

que terminaran su jornada en la guardería, Mac le había sugerido que se acercaran a Mario's a tomar una pizza. Dado que Maddie finalmente podía moverse mucho mejor, estuvo de acuerdo.

Llegados a este punto, la gente de la ciudad se había acostumbrado a verlos juntos, y mientras que todavía atraían algunas miradas, Mac había aprendido a hacer caso omiso de la atención no deseada. No estaba seguro de que Maddie fuera capaz de ignorarla, pero ella no le había vuelto a mencionar nada al respecto. A decir verdad, no le había dicho nada en absoluto en los últimos tres días. Parecía estar esperando el momento oportuno para poder librarse de él, y cada día que pasaba, la desesperación de Mac se volvía más intensa.

Había tratado de darle un poco de espacio para que se acostumbrara a él y a la idea de que estaba interesado en ella. Pero al igual que la desastrosa cena en casa de sus padres, esto también se había vuelto contra él. Cuanto más espacio le daba, ella se volvía más y más distante, hasta que Mac estuvo seguro de que iba a explotar si algo no cambiaba—pronto.

“Mañana es tu día de descanso en el hotel, ¿verdad?” Le preguntó.

“Sí, y de la guardería. Tiffany no da clases de baile los jueves. Es cuando suelo ir a limpiar a casa de tu madre.”

“Tengo que ir a la parte continental para recoger algunos materiales de construcción. Pensé que tal vez a ti y a Thomas os gustaría venir conmigo. Podríamos ir a cualquier lugar que desees mientras estamos allí.”

Mac observó el debate en su cara—nostalgia, anhelo, nerviosismo y, finalmente, resignación.

“Gracias, pero creo que me quedaré aquí con Thomas. Me siento mucho mejor. Realmente no hay necesidad de que sigas cuidando de nosotros.”

Mac nunca había experimentado un dolor tan insoportable. Alcanzando su mano buena, entrelazó sus dedos con los de ella, y la vio mirar nerviosamente hacia toda la gente alrededor del restaurante. “Ven conmigo. Será divertido. Podemos comprar una bicicleta nueva y ropa de chico grande a Thomas. Y una pelota de baloncesto. Necesita una pelota de baloncesto. Me he dado cuenta de que no tiene ninguna.”

Eso dibujó una tentativa sonrisa en su cara. “Ni siquiera puede caminar todavía.”

“Ya no quedará mucho hasta que empiece a dar sus primeros pasos.”

“No sé,” dijo ella con una mirada de preocupación hacia el bebé, que estaba sentado sobre el regazo de Mac como si perteneciera allí.

Mac le apretó la mano. “Ven conmigo. Te vendrá bien salir de la isla por un

día.” Conociendo la mayor parte de sus expresiones por ahora, Mac podía decir que Maddie estaba tentada. Él mostró su sonrisa más encantadora.

“*Vamos. . .*”

“¡Muy bien! De acuerdo. Iremos. ¡Dios, eres implacable!”

Inundado de alivio, Mac se reclinó de nuevo contra el reservado, pero no soltó su mano. “Bien.” No era un gran avance, exactamente, pero al menos, era un día más juntos. Por ahora, estaba más que contento con eso.

Gracias a sus conexiones con Joe, Mac fue capaz de conseguir que la camioneta de su padre saliera en el primer barco de la isla a las ocho de la mañana siguiente. Joe les invitó a unirse a él en la cámara del timonel, pero Mac quería pasar tanto tiempo a solas con Maddie como fuera posible, así que rechazó la oferta.

“¿Qué vas a hacer allí, amigo?” Joe le preguntó a Mac con una sonrisa mientras que este compraba los billetes.

“Espero que la cosa más importante que voy a hacer en toda mi vida.”

Los ojos de Joe casi se salieron completamente de sus órbitas. “No puede ser.”

Mac miró a Maddie, que estaba observando las gaviotas con Thomas mientras esperaba a que Mac condujera el camión en el barco. “Sí puede ser.”

Una vez a bordo, se quedaron en la proa del barco, donde un chorro de luz les golpeaba cada vez que el barco surcaba una ola. A Thomas le encantaba el aire, el agua, y el movimiento del ferry. Mac mantuvo un firme control sobre él mientras se asomaban sobre la barandilla.

“Esto es muy agradable,” dijo Maddie más tranquila de lo que él jamás la había visto mientras observaba el extremo norte de la isla desaparecer entre la niebla de la mañana. Sabía que salir de la isla también sería bueno para ella. También esperaba que fuera bueno para *ellos*.

“¿Cuándo fue la última vez que saliste de la isla?”

Maddie se quedó pensando en su pregunta. “Como un año antes de que Thomas naciera.”

“¡Yo me hubiera vuelto loco! ¿Nunca te sientes atrapada?”

Ella se encogió de hombros. “Me he acostumbrado a ello.”

“Sabes, es gracioso, cuando yo vivía aquí de niño, no podía dejar de sentirme confinado. Fue totalmente diferente cuando crecí. Podía marcharme siempre que me daba la gana.” Mac se rio de la tan importante revelación. “No me había dado cuenta nunca de ello hasta este mismo segundo.”

Maddie le dedicó una triste sonrisa. “El confinamiento solía desquiciarme, especialmente cuando quería ir a la universidad. No tenía dinero para la matrícula ni para vivir allí de todas formas, y no era como si pudiera viajar.”

“Nunca he pensado en eso antes.” Por supuesto que no. Él había ido a la universidad con una beca completa de atletismo y nunca se había tenido que preocupar por pagar por ello. “¿Qué habrías estudiado?”

“Tal vez Oceanografía o Biología. Algo que tuviera que ver con el agua. Siempre he estado obsesionada por cualquier cosa que implicara el océano.”

Fascinado por esta nueva visión, Mac estudió su rostro mientras miraba hacia el agua, perdida en sus pensamientos. “Hay cursos online que podrías tomar.”

“Estaba a mitad de uno de ellos cuando me quedé embarazada.” Ella tomó la mano de Thomas y sonrió cálidamente al bebé, lo que hizo que Mac se sintiera celoso. “Ahora tengo otras prioridades.”

Mac deseaba que ella también le dirigiera esa deslumbrante sonrisa. Lo daría todo por solo una sonrisa genuina, que implicase a sus ojos, y toda su plena y sexy boca. “Tal vez puedas retomarlo y acabar algún día.”

“Tal vez.”

Atracaron justo después de las nueve en la aldea de pescadores de Galilee en la costa sur de Rhode Island. Con Thomas en su cochecito y Maddie cargada con su equipaje, Mac condujo el camión fuera del ferry y hacia el puerto lleno de gente.

“¿Qué tal si desayunamos algo y después hacemos lo que tú quieras?” Sugirió Mac.

“Claro, eso suena muy bien.”

Sobre un desayuno de huevos fritos y tostadas grasientas, Mac le preguntó adónde quería ir.

Ella vaciló, pero solo por un momento. “Al centro comercial,” dijo con una encantadora sonrisa de niña.

Emocionado de ver su lado juguetón reemerger, después de tres días, Mac McCarthy—un hombre que jamás había puesto un pie de buen grado en ningún centro comercial—llevó a su señorita al más grande, más luminoso, más activo centro comercial de todo el estado de Rhode Island.

Maddie quedó fascinada por la emoción y la elegancia del centro comercial Providence Place. Como si de una compradora compulsiva se tratara, recorrió todos los pasillos y bastidores de todas las tiendas de ropa para niños y

encontró algunas buenas ofertas de ropa de verano para Thomas. Preocupada como siempre por el dinero, no se compró nada para ella.

Empujando a Thomas en el cochecito que habían traído de la isla, Mac la siguió alrededor con una inquebrantable paciencia. No tenía ninguna prisa y no mostró ni la más mínima pizca de disgusto, pero ella sabía que tenía que estar odiando cada minuto de ello. Consciente de que Mac tenía cosas que hacer, ella le miró. “Ya estoy lista, si quieres que nos marchemos.”

Sus cejas se estrecharon sobre esos ojos azules de acero. “Acabamos de llegar. Todavía no has mirado nada para ti.”

“Yo no necesito nada.”

“Thomas y yo iremos a dar un paseo. Nos encontraremos de nuevo aquí en una hora.”

“¿Qué vas a hacer durante todo ese tiempo?”

“Compraré algunas cosas que Janey me ha pedido.”

Maddie le estudió mientras se mordisqueaba la uña de su dedo pulgar. “¿Estás seguro?”

Él se inclinó y la besó en la mejilla. “Ve. Diviértete. Gasta un poco de dinero. Para eso están las tarjetas de crédito.”

Riendo, a Maddie ni siquiera le importó que la sensación de su beso la hubiera recorrido de la cabeza a los pies como un cable de alta tensión. “Eres una mala influencia.”

“Gracias. Ahora ve.”

¡Una hora más para ella sola en un centro comercial! Revoloteando de tienda en tienda, compró un par de tops nuevos y varios pantalones vaqueros. Durante una hora, pudo dejar de preocuparse por el dinero, y se abasteció de ropa interior, sujetadores y medias. Fuera de Victoria Secret, ella se quedó mirando con nostalgia a través del escaparate, un camisón de seda negro azabache que se vería ridículo en ella. Aún así, era divertido mirarlo y poder imaginar. . .

Cuando se reencontró con Mac en el lugar designado, descubrió que él también había aprovechado su hora. La pelota de baloncesto bajo el cochecito de Thomas estaba acompañada de un montón de bolsas rebosantes. Maddie vio un bate de béisbol que sobresalía de la parte superior de una de ellas. Cuando ella levantó una ceja, él respondió con un encogimiento de hombros y una sonrisa adorablemente tímida. Mezclada con las otras, una bolsa a rayas de color rosa le llamó la atención. “¿Has comprado algo para Janey en Victoria Secret?”

“No es para Janey,” respondió él con una secreta sonrisa.

Las rodillas de Maddie se debilitaron. ¿Qué había hecho? No tenía ni idea, pero no iba a preguntarle. Había aprendido a no alentar a su extravagante comportamiento.

“¿Lista para irnos?” Le preguntó mientras deslizaba un brazo alrededor de sus hombros.

“Sí,” Mientras caminaban hacia el parking, Maddie le miró. “Gracias.”

Él la besó en la parte superior de la cabeza. “El placer es mío, cariño.”

Mac tomó el camino largo de vuelta al ferry, pasando por Newport para detenerse en los carruseles de First Beach. A Thomas le encantaba montarse en los cacharritos, y Mac le montó en ellos cinco veces seguidas antes de que Maddie le recordara la hora. Tenían que coger un ferry.

“Le mimas demasiado,” dijo ella mientras pasaban por el puente de Newport hacia el lugar de suministros de madera para la construcción. *Ya mí,* quiso añadir, pero no lo hizo.

“¿Y?”

“No me gustaría que se acostumbrara a ello. En una semana, volverá a su aburrida vida, y se preguntará dónde ha ido su papaíto.” En el instante en que las palabras salieron de su boca, Maddie se arrepintió. Hacer referencia a Mac como el padre de Thomas, incluso en broma, era tan erróneo como injusto. Ella podía ver que Mac se estaba apegando mucho a su hijo, y viceversa.

“No voy a irme a ninguna parte,” dijo él mientras apretaba las manos alrededor del volante.

“Volverás a Miami.”

“Por ahora, no.”

Maddie no quería sentirse aliviada, pero cuanto más tiempo pasaba con él, más deseaba que pudiera quedarse para siempre. Nunca había conocido a ningún otro hombre tan atento, cariñoso y sincero. Eso se agregaba a sexy como el infierno, y se convertía en un pack irresistible. Durante su hermoso día juntos, ella había empezado a sentirse estúpida por estarse resistiendo a él. Tal vez debería ceder y tener un tórrido affair con él. Total, todo el pueblo pensaba que ya lo estaban teniendo, entonces, ¿por qué no ir a por ello? Por lo menos, después de que él volviera a su casa en Miami, ella tendría sus recuerdos a los que aferrarse. Pero, ¿a qué se aferraría su corazón cuando ella le diera un pedazo de él?

Demasiado tarde, dijo el demonio en su hombro izquierdo. *Ya lo has*

hecho.

Capítulo 9

Metido en su cochecito, Thomas dormía en el ferry de vuelta a Gansett. Somnolienta después del día más bonito que había tenido en años, Maddie dejó caer la cabeza sobre el hombro de Mac. Él pasó su brazo alrededor de ella y tiró de ella contra su pecho. Maddie estaba dejando que sus ojos finalmente se cerrasen cuando conectaron con una cara familiar al otro lado del ferry.

Él sonrió.

Maddie se tensó.

“¿Qué pasa, cariño?” Preguntó Mac.

“Oh Dios mío,” susurró. “El padre de Thomas.” Automáticamente, ella tiró de la silla de su hijo.

A medida que el hombre alto, de cabello oscuro se acercaba a ellos, Maddie se enderezó, y su corazón empezó a galopar en su pecho. Se dio cuenta de que tenía más canas en el pelo que la última vez que le había visto, pero por lo demás, no había cambiado demasiado.

Mac apretó su brazo alrededor de ella.

“Vaya, no estaba seguro de si eras tú, Maddie. ¿Cómo estás?”

Momentáneamente paralizada, Maddie no podía formar un pensamiento racional. “Yo estoy. . . eh. . . Estoy bien.”

Miró a Mac, y Maddie recordó sus modales. “Tom Wilkinson, este es, un ___”

Mac extendió su mano derecha. “Mac McCarthy, el marido de Maddie.” Hizo un gesto hacia la silla de paseo. “Nuestro hijo, Garrett. Encantado de conocerte.”

Girando la cabeza, Mac miró a Maddie, pero solo le dedicó una suave mirada que decía, “Sígueme la corriente.”

“Te has casado,” dijo Tom con una encantadora sonrisa. La misma sonrisa que la había convencido de que partiese con su virginidad—no es que él se hubiera dado cuenta de ello. “Vaya, qué pena.”

“¿Disculpa?” Preguntó Maddie en un estrangulado tono.

“Me dirigía a verte.”

“Oh.”

“Qué mala suerte,” dijo con lo que pareció un genuino pesar. “Supongo que he esperado demasiado tiempo.”

“Maddie no es el tipo de chica que uno se pueda permitir el lujo de dejar escapar,” dijo Mac.

El aliento de Maddie quedó atrapado en su garganta cuando Tom se inclinó para mirar a Thomas.

“Un bebé precioso.”

“Gracias,” dijo Mac. “Nos cae muy bien.”

Buena respuesta, pensó Maddie, agradecida de que él pudiera hablar, ya que ella era incapaz por el momento. Su corazón latía tan rápido que Maddie se preguntó si explotaría en su pecho.

“Eres un hombre afortunado,” le dijo Tom a Mac.

“Créeme, lo sé.”

“Me alegro de verte, Maddie.”

Ella se aclaró la garganta y metió sus temblorosas manos entre las rodillas. “Sí, yo también me alegro de haberte visto.”

“Buena suerte a los dos.”

“Lo mismo para ti.”

Tom se alejó, y Maddie se dejó caer con alivio. Ella había imaginado este momento un millón de veces, esperando que él echara un vistazo a su hijo y simplemente lo *supiera*. Pero no lo había hecho, porque Mac había actuado muy rápido solo para decir lo correcto, por lo que Tom no lo había considerado como una posibilidad.

Mac la abrazó con fuerza contra él. “Respira, nena,” le susurró al oído, lo que hizo que su piel se erizara de repente. “Ya ha pasado todo. Respira tranquila.”

Maddie hizo lo que le dijo, y eso ayudó a que su galopante corazón se calmara un poco.

“Le diste el nombre de su padre.”

“Solo quería que tuviera algo. . .”

“Lo entiendo.”

Ella le miró y el contacto con sus hermosos ojos la llenó de una abrumadora conciencia de su presencia, de lo que parecía sentir por ella, y de lo que ella estaba empezando a sentir por él. “Te lo he estado diciendo mucho últimamente, pero gracias. Lo que has hecho—”

Él levantó su barbilla y plantó un suave y húmedo beso en sus labios. “También un placer.”

Después de que Mac metiera a Thomas en su cuna para que pudiera terminar de dormir su siesta, se volvió a Maddie, quien le había seguido hasta el dormitorio. “Sal conmigo esta noche.”

Ella se mordió el labio inferior. “¿Quieres decir como en una cita?”

Él dio un paso hacia ella. “Uh huh. Una cita de verdad.”

“Hemos estado fuera todo el día, y no puedo dejar a Thomas.”

Otro paso adelante. “Mi hermana cuidará de él. Le va a encantar la idea.”

Al diablo con darle espacio. Quería tenerla en sus brazos. Ahora mismo. Mac dio un paso definitivo para cerrar la distancia entre ellos y apoyó las manos en sus caderas, atrayéndola hacia él. “Quiero salir contigo. Comprarte una buena cena. Cortejarte.”

El rostro de Maddie se sonrojó. “Ya has hecho mucho. . .”

“No he hecho lo suficiente.” Se inclinó, rozó sus labios sobre los de ella, y se deleitó con su brusca inhalación. Envalentonado, se atrevió a más. Mientras la besaba, sus manos viajaron por su espalda hasta su trasero. Cuando los brazos de ella rodearon su cuello, Mac la levantó y gimió en su boca mientras sus piernas se cerraban alrededor de sus caderas. Preocupado por molestar al bebé, él salió con ella en brazos hasta el pasillo donde la apretó contra la pared y la besó como si hubiera estado hambriento de ella, lo cual, por supuesto, era cierto.

Los dedos de ella se enredaron en su pelo, manteniendo su boca anclada a la suya. Moviéndose contra él, Maddie hizo que sus piernas se debilitasen y que las estrellas bailaran en sus ojos.

Mac la besó hasta que no tuvo más remedio que parar para coger aire. Hundió la cara en su fragante pelo y aspiró ese olor que reconocería en cualquier parte. “Ahora que ya nos hemos dado un beso de buenas noches, ¿qué dices? ¿Quieres salir conmigo?”

Ella sonrió. “¿Está seguro de que a Janey no le importará?”

“Estoy seguro.”

“Entonces sí, me gustaría salir contigo.”

“¿Te he dicho últimamente,” dijo él mientras dejaba una ristra de besos por su cuello y cara, “lo mucho que me gusta estar casado contigo?”

Eso provocó una genuina carcajada, del tipo que él había llegado a adorar, y fue lo único que Mac pudo hacer para no pronunciar las palabras en ese preciso instante. *Te quiero. Te amo tanto que me duele.*

Ella le acarició la cara. “¿Qué estás pensando? ¿Ahora mismo?”

Tomado por sorpresa, Mac no sabía que decir. “No te lo puedo decir.”

“¿Por qué no?”

Él la besó suavemente mientras luchaba por controlar sus deseos y sus emociones. “Porque te asustaría.”

“Oh, vamos. Dímelo.”

“Hagamos un trato: si todavía quieres saber lo que estoy pensando después de nuestra cita, te lo diré.”

“¿Me lo dirás de verdad?”

“Por supuesto.” Él la besó de nuevo antes de soltarla de mala gana de nuevo sobre sus pies. “Tengo que ir a dejar la madera y otras cosas en el puerto deportivo, y devolverle el camión a mi padre. ¿Estarás bien si te quedas sola un rato?”

“Sí, estaré bien. No es necesario que estés sobre mí como una mamá gallina nunca más.”

Dándole un beso en la nariz y luego en los labios por última vez, dijo, “Me encanta hacer de mamá gallina contigo. Volveré para recogerte en una hora.”

“¿Y llamarás a Janey?”

“Eso puedes darlo por descontado.”

“Estás terriblemente seguro de ti mismo, ¿no es así?”

“Soy una persona positiva. Eso es todo.” Enmarcando su rostro, la besó una vez más. “Volveré enseguida.”

Mac estaba descargando la madera de la parte posterior de la camioneta en una pila en el estacionamiento. Sudando bajo el sol de la tarde, se quitó la camiseta y cogió otra hoja de madera contrachapada. Estaba a punto de terminar cuando una esbelta rubia se acercó a él desde el Tiki Bar con una copa de vino en la mano. Lucía un oscuro bronceado y llevaba un top de tubo blanco sobre unos pantalones cortos rosas.

“Tú debes ser Mac,” ronroneó con una voz que sonó puramente sexual. “He oído hablar mucho de ti.”

Mac usó su antebrazo para secarse el sudor de la frente. “Me temo que estoy en una situación de desventaja.”

Ella se echó a reír. “¿Dónde me he dejado mis modales? Soy Doro Chase.”

Mac recordaba haber oído ese nombre en la cena la otra noche—la cena que ahora quería olvidar. “Ah, sí, eres amiga de mi madre. Encantado de conocerte.”

La mirada de la joven recorrió de arriba a abajo su torso en obvia aprobación. “El placer es *todo* mío.”

¡Dios, era tan *ridícula*! ¿De veras le había gustado alguna vez ese tipo de mujer? Bueno, sí, pero eso era entonces, y esto era ahora. Pensó en la dulce mujer, sin pretensiones, que le esperaba en la ciudad, y lo único que quería era

volver a ella lo más rápido posible.

“Tu madre me ha dicho que vas a quedarte algún tiempo por aquí,” dijo Doro.

“Eso es correcto.”

“Deberíamos quedar en algún momento.”

“Voy a estar muy ocupado.” Cuando él se puso su camiseta de nuevo, juró que pudo ver la decepción en sus ojos azules. Mac hizo un gesto hacia el techo hundido del edificio principal. “Hay mucho trabajo que hacer.”

Ella hizo el puchero que las mujeres necias como ella hacían tan bien, pero no tuvo ningún efecto sobre él. “No puedes trabajar *todo* el tiempo.”

“Tienes toda la razón.” Echando un vistazo a su reloj, dijo, “De hecho, tengo que irme. Que tengas una buena noche.”

A medida que el camión se alejaba, Mac miró por el espejo retrovisor para encontrarla todavía de pie, donde la había dejado, mientras probablemente la chica trataba de averiguar cómo le había podido dejar escapar. Sospechaba que no le sucedería muy a menudo a la buena de Doro.

En la parte superior de la colina, Mac se detuvo en la calzada de sus padres, donde su motocicleta le esperaba. Aparcó el camión y se dirigió al garaje para coger su casco. Soplando el polvo, lo ató a la parte trasera de la moto y le echó un rápido vistazo a la casa. Tenía ganas de ver a su padre, pero no quería encontrarse con su madre y tener que contestar cincuenta preguntas. Mientras sopesaba los pros y los contras, ella apareció en la puerta. Mac reprimió un gemido.

“Hola, extraño.”

“Hola, mamá. Estaba dejando la camioneta.”

“Ya veo.”

“¿Está papá por aquí?”

“En la ducha.” Abrió la puerta mosquitera y salió al porche. “¿Quieres entrar? ¿Te apetece una cerveza?”

“Me están esperando.”

“Por supuesto que sí.”

“Mira, mamá—”

“No sé qué tipo de poder tiene esa mujer sobre los hombres de esta ciudad, pero al parecer es bastante formidable.”

Luchando por controlar su temperamento, Mac alzó la vista hacia el cielo en busca de paciencia. “No tienes ni idea de lo que estás hablando, y una vez más, te voy a recordar que tengas cuidado.”

“¿O qué?”

“O volveré con ella y su hijo a Miami mañana. Soy demasiado mayor para tener que estarle dando explicaciones a mi madre.”

“Oh, Mac. ¡Podrías tener algo mucho mejor!”

Mac soltó una risa amarga. “¿Como tu buena amiga Doro Chase?”

“Por ejemplo.”

“Acabo de tener el placer de conocerla, y solo me recuerda a un centenar de mujeres a las que ya he conocido. Nada en ella me interesa.”

“¿Y has deducido eso después de qué? ¿Cinco minutos?”

“En realidad, solo me han hecho falta treinta segundos.”

Antes de que Linda pudiera responder a eso, Mac Padre salió al porche.

“Hola, colega. ¿Cómo fue la estancia en el continente?”

Mac sonrió, aliviado al ver a su padre. “Fue un gran día. Tengo todo lo que necesito para ponerme manos a la obra el lunes.”

“Me parece muy bien. Te lo agradezco.”

“Me alegro de poder ayudarte.” Mac caminó por la acera para entregarle a su padre las llaves del camión.

“Las tuyas están en la moto.”

“Gracias. Te veré mañana.”

Mac Padre pasó el brazo alrededor de su esposa. “Que pases buena noche, hijo.”

“Vosotros también.”

Linda no dijo nada mientras que Mac arrancaba la moto y se marchaba con una sonrisa.

Aún teniendo cuidado de su lesionada mano, Maddie dio de comer a Thomas, le bañó, y le dejó en su cuna con algunos juguetes mientras que ella se daba una ducha rápida. No era que estuviera esperando que sucediera algo, pero se afeitó las piernas. Solo por si acaso. ¡Oh, ¿a quién quería engañar?! ¡Por supuesto que quería que sucediera algo!

Cuando Mac se hizo pasar por su marido y el padre de Thomas, se había ganado el último reacio pedazo de su corazón. Maddie estaba perdida. ¿Cómo podía resistirse a un hombre que no solo era capaz de actuar tan rápidamente, sino que también tenía un afán de protección de un kilómetro de ancho? Eso no quería decir que no estuviera todavía preocupada por muchas cosas. Pero esta noche no iba a pensar en ninguna de ellas. Esta noche iba a disfrutar de la primera cita de verdad que tenía en años con un hombre maravilloso y

atractivo que parecía estar loco por ella.

Al mirar la costra y las contusiones de mal aspecto en su pierna, Maddie hizo una mueca. Justo lo que necesitaba en una noche en la que esperaba un poco de romance. Se secó el pelo hasta que cayó espeso y brillante sobre sus hombros. Después de pasar una loción perfumada por todo su cuerpo, se puso un poco de maquillaje y la ropa interior que había comprado antes. Era agradable llevar un sujetador femenino por una vez, aunque no la hiciera sentir igual de segura. Esta noche no le importaba. Cortó las etiquetas de un nuevo top blanco más apretado de los que normalmente llevaba, y se deslizó en una minifalda negra que le llegaba a mitad del muslo. En la parte posterior de su armario, Maddie encontró un par de sandalias negras de tacón alto.

Se sentía preparada. Se sentía sexy. Se sentía más nerviosa que nunca. Echándose una toalla al hombro para proteger su blusa, levantó a Thomas de la cuna y se lo llevó a la sala de estar para acurrucarse con él. Si alguien podría calmar sus nervios, ese era su pequeño.

“Hemos visto a tu padre hoy, colega.”

El rostro del pequeño se arrugó con una expresión adorablemente seria. A veces Maddie pensaba que podía entender cada palabra. Estaba deseando poder tener una conversación real con él.

“Sé que piensas que está mal que no le haya dicho nada sobre ti, pero necesito guardarme cierta información importante para mí. No creo que sea el hombre que necesitamos en nuestras vidas si miente con tanta facilidad, ¿sabes lo que quiero decir?”

Thomas la agarró del pelo y dio un suave tirón.

“¿Está guapa mamá? Quiero estar guapa esta noche. Déjame preguntarte algo—¿qué piensas sobre Mac? Dime la verdad.”

El bebé soltó un gorjeo y esbozó una sonrisa gingival llena de nuevos dientes.

“Me lo figuraba. Todos los hombres permanecéis siempre unidos.” Maddie dejó al pequeño en el suelo para que pudiera mantener el equilibrio sobre sus regordetas piernas. “Es bastante impresionante, ¿no te parece? A él también le gustas mucho.”

Thomas saltaba sobre sus temblorosas piernas mientras que una gota de baba corría por su barbilla.

Maddie le secó la cara. “Su hermana Janey va a venir a jugar contigo un rato antes de irte a dormir. ¿Vas a ser bueno con ella para que mamá pueda pasar un rato divertido esta noche?”

Más gorgoteo.

“Gracias, colega. Te lo agradezco.”

Cuando Maddie escuchó la moto de Mac en el camino de entrada, su corazón se disparó a toda marcha. “Aquí viene,” susurró.

Thomas soltó un emocionado chillido, y Maddie estaba segura de que el pequeño ya podía reconocer el ruido de su motocicleta. Su hijo estaba muy apegado a su nuevo amigo, lo cual le agradaba y le daba miedo al mismo tiempo.

Mac llegó corriendo escaleras arriba como si no viera hora de llegar a ellos. “Ey,” dijo mientras entraba por la puerta. “¿Estás listo para irte a la cama, grandullón?” Se inclinó para besar la húmeda mejilla del bebé y luego miró a Maddie. Sus ojos se abrieron como platos. “Wow. Estás preciosa.”

“Gracias,” dijo ella mientras sentía cómo su cara se calentaba.

Él parecía tener problemas para apartar los ojos de ella. “Solo tengo que darme una ducha rápida. Janey no tardará en llegar.”

“Estoy lista cuando tú lo estés.” Todo era tan hogareño, pensó Maddie, mientras le veía desaparecer por el cuarto de baño. Ella en casa con el bebé esperando a que papá llegara del trabajo. Una fantasía muy agradable, eso era seguro, y una que nunca había imaginado que sería para ella hasta que un chico sexy, atento, y decente la tirase de su bicicleta. Maddie se preguntaba si ese “accidente” podría llegar a ser lo mejor que le había pasado en la vida.

“¿Qué piensas?” Le preguntó a Thomas.

“¿Alguna vez te contesta?” Preguntó Janey desde fuera de la puerta mosquitera.

Maddie se rio y le hizo un gesto para que entrara. “Todavía no, pero espero que lo haga muy pronto.”

“Hola, hombrecito,” dijo Janey mientras le echaba los brazos al bebé.

Thomas hizo ademán de irse con ella, pero mantuvo un ojo cauteloso sobre su madre.

“Mira lo que me he encontrado de camino aquí.” Janey sacó un corderito de peluche y lo sostuvo en alto para que Thomas lo pudiera ver.

El pequeño estudió el juguete con la seria expresión que ponía siempre que veía algo o a alguien nuevo.

Entonces Janey tiró de un cordel unido al muñeco, y el bebé sonrió cuando la canción “Mary tenía un corderito” empezó a sonar.

“Eso es adorable, Janey,” dijo Maddie. “¿Dónde has conseguido esto?”

“Mi amigo es dueño del Ático de Abby.”

“¡Oh, me encanta esa tienda!”

Mac salió del baño con una toalla alrededor de su cintura. “He olvidado mi ropa,” dijo con una tímida sonrisa. “Ey, Janey.”

Su hermana se protegió los ojos. “Puuaj, ¿sería mucho pedir que te pusieras algo?” Miró a Maddie y dijo, “¿Ves con lo que he tenido que crecer? Era como vivir en un maldito vestuario todo el tiempo.”

La mirada de Maddie vagó por la muscular constitución de Mac. “Mmm,” dijo ella mientras se lamía los labios. “Debe haber sido una terrible adversidad.”

Cogiendo un puñado de ropa limpia, Mac le dedicó esa incontenible sonrisa y volvió a entrar en el cuarto de baño para vestirse.

“Vaya,” dijo Janey, riendo. “Os ha afectado más de lo que pensaba, ¿eh?”

“Eso parece.” Maddie suspiró. “Probablemente estoy destinada al desastre, pero creo que no puedo evitarlo.”

“Él es el mejor, Maddie. Y no lo digo solo porque sea mi hermano mayor.”

“¿Entonces no te importaría si nosotros, ya sabes. . .”

“Podría haberme importado antes de conocerte, pero ahora creo que eres justo lo que Mac necesita.”

Emocionada, Maddie miró a la hermana de Mac con un nuevo aprecio. “Es una pena que tu madre no lo crea así.”

“No dejes que eso te afecte. Nosotros siempre la ignoramos cuando se pone imposible.”

Maddie sonrió. Por segunda vez esta semana, parecía estar haciendo una nueva amiga, y en ambas ocasiones, había sido todo gracias a Mac.

“¿Estáis hablando de mí, señoritas?” Preguntó Mac cuando salió del baño con un polo azul marino y unos pantalones cortos color caqui.

“No seas tan creído,” dijo su hermana. “Tenemos muchas mejores cosas de las que hablar que sobre ti.”

Mac le sacó la lengua y cogió al bebé en brazos. “Necesito un minuto con mi pequeño amigo antes de irnos.” Empezó a darle vueltas y más vueltas en el aire lo que hizo que el bebé chillara con deleite.

“No le vuelvas loco,” dijo Maddie. “Mientras que ellos juegan, deja que te muestre dónde está todo.”

“Me parece bien.”

Cuando la pareja dejó la casa minutos más tarde, Thomas comenzó a llorar.

Mac pasó su brazo alrededor de Maddie en el camino por las escaleras.

“Va a estar bien.”

“¿Y si no lo está? ¿Y si desquicia a tu hermana?”

“Llamaremos para comprobar qué tal va todo dentro de un rato. Si algo no va bien, volveremos a casa.”

Maddie le miró. “¿No te importa?”

“Por supuesto que no.” Él la besó suavemente. “Lo que sea necesario para que pases una buena noche.” Mac tomó la chaqueta vaquera que le había pedido a Maddie que cogiera antes de salir y la puso sobre sus hombros. “Vas a necesitarla.” Tomando su mano, la condujo a la moto y cogió el casco.

“¿Vamos a ir en *esto*?”

“¿Te parece bien?”

Maddie le miró con temor mientras pensaba en las heridas que aún se estaban curando.

“Vas a estar perfectamente segura. Te lo prometo.”

“Llevo minifalda.”

“Está oscuro. Nadie va a ver nada—a excepción de mí quizás, y no me importaría en absoluto, a decir verdad.”

Sonriendo a su irreverencia, Maddie dijo, “Nunca he montado en moto.”

“Entonces estás de enhorabuena.” Él la ayudó a ponerse el casco. “Te va a encantar.”

“Me alegro de haberme molestado en peinarme,” dijo ella secamente.

“Tu pelo no se verá afectado.” Inclinando la cabeza, Mac la besó en el cuello. “Estás increíble, y hueles aun mejor.” Mac ajustó la correa bajo su barbilla y la ayudó a subirse a la moto. Deslizándose delante de ella, dijo, “Sujétate tan fuerte como puedas.”

Maddie se rio y le echó los brazos al cuello. “Puedo ver a lo que estás tramando, McCarthy.”

“Más fuerte,” dijo él con una sonrisa.

Cuando ella apoyó las manos contra sus firmes abdominales, descubrió que no había ni un gramo de grasa en él. Con las piernas apretadas contra sus caderas y las manos planas contra su vientre, Maddie quería ronronear de alegría.

Mac arrancó la moto y se dirigió por el camino de entrada.

Mirando hacia la cubierta de Tiffany, ella notó el resplandor de un cigarrillo que encendía el rostro de su hermana e iluminaba su desaprobación. Maddie se dio la vuelta. Se negaba a permitir que alguien arruinase su noche.

Capítulo 10

Tomaron el camino más largo por el lado sur de la isla en su camino a Dominic's, un restaurante italiano situado en la calle principal. A Maddie le encantaba estar en la moto, y quedó impresionada por la habilidad de Mac sobre ella. Ambos se tumbaban en las curvas como si hubieran estado viajando juntos durante años, y cuando Mac finalmente aparcó, Maddie se quitó el casco y se sacudió el pelo.

“¿Y bien?” Le preguntó él. “¿Qué te ha parecido?”

“Me ha encantado.”

“A mí también.”

Ella le miró perpleja. “Tú lo haces todo el tiempo.”

“No contigo presionada contra mi cuerpo. Este ha sido el mejor viaje de toda mi vida.”

¡Maddie no podía creer las cosas que le decía!

Antes de ir más lejos, Mac llamó a Janey y confirmó que Thomas estaba bien.

“Qué alivio,” dijo Maddie. “Gracias por comprobarlo.”

“Sin problemas. Este solía ser uno de mis restaurantes favoritos. ¿Te parece bien?”

“He oído que es muy caro.”

“No te preocupes por eso.”

“Tú ni siquiera estás trabajando en estos momentos. ¿Cómo puede no importarte?”

“Cariño, soy uno de los socios del negocio. Me pagan trabajo o no.”

“Eso debe ser genial.”

“No está mal.”

Maddie se rio, y él pasó su brazo alrededor de sus hombros para llevarla dentro. “¿Está bien mi pelo?”

“Estás preciosa. Cada hombre en la sala van a ser la envidia de mí.”

¿Podría ser algo más exagerado? “Sí, claro.”

En el interior, fueron conducidos a una mesa en el medio del gran ocupado comedor. Mac sostuvo la silla para ella y luego se sentó a su izquierda en lugar de al otro lado de la mesa. A Maddie le complacía que quisiera sentarse tan cerca de ella, pero podía sentir los ojos de todos los allí presentes fijos en ella, hasta que un calor se deslizó por su cuello hasta instalarse en su rostro.

“¿Qué pasa?” Preguntó Mac.

“Todo el mundo nos está mirando.”

“Se están preguntando cómo me las he arreglado para convencer a una mujer tan hermosa de que cene conmigo.”

Maddie le lanzó una mirada fulminante. “Por supuesto.” Ella tomó un trago de su vaso de agua helada. “¿Quieres saber lo que realmente están pensando?”

Le tomó la mano y entrelazó sus dedos con los de ella, enviando un claro mensaje a cualquiera que estuviera mirando. “No podría importarme menos.”

Y así de fácil, él eliminó parte de su angustia. ¿Por qué tenía que importarle? “Debe ser agradable ir por la vida sin preocuparte de lo que la gente pueda pensar sobre ti.”

“Lo he tenido un poco más fácil que tú en ese aspecto.”

Cuando el camarero volvió a la mesa, Mac examinó la carta de vinos y pidió una botella de vino rojo. “¿Hay algo que te gustaría más?” Le preguntó a Maddie.

“No, vino está bien. Gracias.”

“Muy bien,” dijo el camarero. “Volveré en un momento para tomar su pedido.”

Maddie escaneó el menú y no vio ni un solo plato por menos de treinta dólares.

“¿Qué te apetece, cariño?” Preguntó Mac.

“En verdad, no tengo tanta hambre. Probablemente pida la sopa.”

“Oh, vamos. Seguro que te apetece algo mucho mejor.”

“En realidad, es todo lo que quiero.”

Él soltó su menú en la mesa y se inclinó hacia ella. “¿Qué te pasa, Maddie?”

Su cara se calentó de vergüenza, una vez más. Se había ruborizado más veces desde que Mac había aparecido que en toda su vida. “Los precios son absurdos,” susurró.

“Maddie, cariño, por favor. Toma lo que quieras.”

“Yo podría vivir durante dos semanas con lo que va a costar esta comida.”

“¿Prefieres ir a otro lugar?” Mac llevó su mano a los labios. “Solo quiero que lo pases bien esta noche. No me importa a dónde vayamos.”

“Lo siento. Estás tratando de hacer algo dulce por mí, y yo lo estoy estropeando.”

“Estás siendo práctica, y yo estoy siendo frívolo.”

“No puedo evitarlo. Nunca he tenido mucha oportunidad de ser frívola.”

“¿Qué tal si dejas que te mime un poco? ¿Solo por esta noche? Elige algo fabuloso que haga que tu boca se haga agua solo con leerlo—y no mires lo que

cuesta.”

“No sé si podré hacer eso.”

“Entonces yo lo haré por ti.” Mac abrió el menú. “Me has dicho que te encantan las gambas. ¿Qué tal los camarones rebozados?”

Ella arrugó la nariz. “Demasiado ajo.”

“¿Y si los pido yo también? Entonces los dos apestaremos cuando nos besemos más adelante.”

Maddie se rio mientras que sus palabras la llenaban de una nerviosa expectativa. “¿Cuáles son mis otras opciones?”

“Mariscos fra diavolo.”

“¿Qué lleva eso?”

Mac leyó la descripción del plato de pasta picante que incluía almejas, mejillones, vieiras y camarones.

“Eso suena muy bien. ¿Vale menos de cincuenta dólares?”

Cuando él levantó una ceja, pasó de sexy a libertino. “No estamos teniendo eso en cuenta, ¿recuerdas?”

Mac tenía una manera de hacer que todo fuera divertido, incluso sus temores sobre el dinero. “No sé cómo lo haces,” dijo ella con un suspiro.

“¿Hacer qué?”

“Quitarme todas las preocupaciones sin hacer ningún esfuerzo.”

“Solo quiero que seas feliz. No me importa lo que tenga que hacer para que eso suceda.”

“De verdad no te importa, ¿verdad?”

Sin apartar los ojos de los de ella, él negó con la cabeza. “Lo que tú quieras, cuando tú quieras.”

“Todavía no puedo creer que te sientas así hacia mí. Me resulta difícil acostumbrarme a ello.”

“Bueno, pues acostúmbrate, porque es un sentimiento que está aquí para quedarse.”

“¿Cómo puedes saber eso después de tan solo unos días?”

“Ya te lo dije. Lo supe después de unos minutos.”

Su camarero volvió con el vino que Mac había pedido, y pasó por el ritual de descorchar la botella y darle una muestra a Mac. Maddie le miró mientras lo probaba, asintió con la cabeza al camarero, y pidió la cena para dos. Estaba claro que lo había hecho unas cuantas veces antes.

“La comida aquí es increíble,” dijo Mac cuando les sirvieron un aperitivo de calamares.

“Tiene que serlo con estos precios,” murmuró ella.

Él se rio y le dio de comer una anilla frita de calamar. “Bueno, estaba pensando. . .”

Maddie le miró con cautela. “¿Qué?”

“En Tom.”

“¿Qué pasa con él?”

“Me dijiste que el padre de Thomas era escritor. No dijiste que era Tom Wilkinson, el autor best seller.”

“¿Me olvidé de mencionar eso?”

“Sabes que sí. Pero lo que no entiendo es por qué quieres que se salga con la suya respecto a lo que hizo cuando podría hacer que la vida fuera mucho más fácil para ti y Thomas.”

“Porque nunca he querido arriesgarme a que pudiera llevarse a Thomas lejos de mí. ¿Y si decidiera un día que no puede vivir sin su hijo? ¿Cómo podría luchar contra un hombre que tiene tantos recursos?”

“No sé mucho sobre ser autor, pero supongo que él no querrá que sus lectores sepan que mintió acerca de tener una vasectomía hecha, y luego te dejara sola y embarazada mandándote un mensaje de texto de despedida. Si yo me enterara de algo así, jamás volvería a comprar sus libros, eso seguro.”

¿Tenía alguna idea Mac de lo adorable que era cuando se mostraba tan indignado por ella?

“¿Qué?” Resopló él. “¿Qué es tan gracioso?”

“Tú.”

“¡Lo digo en serio, Maddie! Es ridículo que estás preocupada por el dinero cuando él podría mantener a tu hijo a lo grande.”

“No necesitamos nada a lo grande. Nos ha ido muy bien hasta ahora.”

“No está bien.”

“Tal vez no, pero jamás me arriesgaría a perder a Thomas. Además, él ahora cree que soy una madre felizmente casada. No quiero oír hablar más de él.”

Mac jugó con el pie de su copa de vino. “¿Cómo te sentiste?” Sus ojos se encontraron con los suyos. “¿Al verlo de nuevo?”

“Todo en lo que podía pensar cuando estábamos en el ferry, era que echaría un vistazo a Thomas y sabría que era su hijo.” Esta vez ella tomó su mano y disfrutó de la expresión de sorpresa que iluminó su rostro. “Pero gracias a lo que hiciste, no tendré que preocuparme por ello nunca más.”

“¿Crees que se lo tragó?”

Ella le apretó la mano. “Sé que lo hizo. Puede que no seas consciente de ello, pero me has salvado de una de mis mayores preocupaciones. Solía tener miedo todo el tiempo pensando que él aparecería en mi puerta algún día y se daría cuenta de todo el entuerto. Pero gracias a que te he conocido—gracias a que me tiraste de mi bicicleta e insististe en entrometerte en mi vida—”

“¡Oye! ¡Entonces te gusta tenerme a tu alrededor!”

Maddie contuvo una carcajada. “Gracias a todo eso, y a que fuiste muy rápido esta mañana, lo has logrado, y no tendré que preocuparme por ello nunca más. Te lo agradezco mucho. Más de lo que puedes imaginar. Si no hubiera estado contigo, él habría aparecido en mi puerta más tarde o más temprano, ¿y quién sabe lo que podría haber pasado?”

“No quiero que tengas que preocuparte por nada ni que tengas miedo.” Mac bajó la mirada hacia sus manos unidas y luego de vuelta a ella. “¿Entonces no te sientes, ya sabes, atraída hacia él?”

Sonriendo ante su preocupación, ella dijo, “En absoluto. Creo que más bien me siento atraída hacia otra persona en estos momentos.” Le encantaba el hecho de que Mac pareciera tan aturdido.

“¿Cómo se llama él?” Preguntó, tratando de fingir un tono severo que falló miserablemente.

“Oh, no lo conoces.”

“¡Oh, vaya!” Él se echó mano al pecho, como si le hubiera apuñalado. “¡Ella te da, ella te quita!”

Al verlo—tan bromista, atractivo, generoso, sólido—Maddie se dio cuenta de que a pesar de sus mejores esfuerzos por resistirse, se había enamorado tanto de él como él parecía haberse enamorado de ella. Ahora tenía que decidir si estaba dispuesta a arriesgar todo para ver a dónde podría llevarla ese sentimiento.

Mac y Maddie salieron del restaurante de la mano. Saciado después de una buena comida, el vino, y la conversación, Mac quería correr a casa para que pudieran estar juntos. Era demasiado pronto. Lo sabía, sin embargo, ahora también sabía que ella le deseaba tanto como él a ella.

A diferencia de cualquier otra mujer que hubiera conocido, Maddie le dejaba sin aliento, ansioso, nervioso, y al límite. No podía esperar a sentirla contra su espalda en la moto, a tenerla envuelta a su alrededor, sus piernas firmemente contra sus caderas y sus pechos contra su espalda. Era bueno que ella no hubiera visto los efectos que la carrera de ida había suscitado en su

cuerpo. Nunca hubiera confiado en él para mantener la moto en pie por la carretera.

“Mira las estrellas,” dijo ella maravillada.

“Eso es algo que echo de menos en Miami. Demasiado exceso de luz.”

Ella siguió mirando hacia arriba. “A veces me encanta estar aquí.”

Dado que no podía esperar ni un segundo más, Mac acarició su cara y le dio un casto beso en sus dulces labios. Ella rodeó su cuello con sus brazos, y su lengua trazó el contorno de su boca. Mac dejó de respirar mientras que ella se abría camino hacia su boca. Él gimió por el esfuerzo que estaba haciendo por controlar su necesidad de devorarla.

“Me estás matando,” susurró él.

“Bien.”

“No, no está bien. No te voy a ser de mucha utilidad si estoy muerto.”

Ella se rio contra sus labios y le mató un poco más mientras acariciaba su boca con su lengua, lo que envió ondulantes corrientes eléctricas por todo su cuerpo.

Mac deslizó una mano por su espalda, se posó en la curva de su trasero, y tiró de ella firmemente contra su palpitante erección.

Ella se quedó sin aliento. “Mac.”

“¿Qué, cariño? Dime.”

“Te deseo.”

“Es demasiado pronto.” Él quería pegarse un tiro por ser tan honorable en momentos como este. “Necesitas tiempo—”

Ella puso sus dedos sobre sus labios. “Te necesito a ti.”

“¿Estás segura?”

Asintiendo con la cabeza, Maddie se frotó contra él, y Mac casi perdió el juicio.

“Maddie,” dijo con la voz entrecortada.

Ella echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

Mac aprovechó la oportunidad para hundir sus dientes en su cuello expuesto.

Ella se estremeció. “¿Podemos irnos a casa?”

“Iba a llevarte a bailar.”

“No quiero bailar.”

“¿Qué quieres hacer?”

“Quiero hacérmelo contigo.”

Su corazón se disparó a toda marcha. “Maddie. . .”

Ella dio un paso atrás. “Dios, acabo de sonar como una guarra. No sé en qué estaba pensando—”

Él la trajo de vuelta. “No, cariño. Ha sonado tan sexy que estoy a punto de perder la razón. Quiero que siempre me digas lo que quieres hacer conmigo. Jamás voy a pensar ninguna cosa salvo que eres una mujer guapa, sexy, divertida y elegante, y que me vuelves más loco que cuando era un adolescente cachondo.”

Ella lo miró con una mirada sin fondo que parecía albergar un gran amor. Dios, Mac esperaba que así fuese. “Llévame a casa, Mac, por favor.”

Con manos temblorosas, la ayudó a ponerse el casco y consiguió sentarla en la parte trasera de la moto. Antes de repetir la acción, él dio vueltas alrededor del vehículo un par de veces.

“¿Qué estás haciendo?”

“Tratando de calmarme para poder conducir.”

Maddie se rio y no apartó los ojos de él mientras que daba otra vuelta alrededor de la moto.

Finalmente, se puso en frente de ella.

“¿Estás mejor?”

“No del todo, pero lo suficiente para que lleguemos bien a casa. Espero.”

Maddie deslizó sus brazos alrededor de él, y acarició su pecho y vientre, antes de dirigirse hacia el sur.

Él detuvo sus errantes manos con una de las suyas. “No más de esto hasta que lleguemos a casa,” dijo con los dientes apretados.

“No eres nada divertido.”

“Yo te mostraré lo que es la diversión. Solo deja que lleguemos a casa sin que nos la peguemos.”

Mientras que antes de la cena, Mac había tomado el camino más largo para que ella tuviera la oportunidad de disfrutar del paseo en moto, de camino a casa, Mac tomó el camino más corto. Tenerla apretada contra él, incluso con más fuerza que antes, era una verdadera tortura. Cuando llegaron a casa de Maddie, Mac se sintió aliviado al ver que las luces de la casa Tiffany estaban apagadas, y que solo había una lámpara brillando intensamente en el apartamento de Maddie. ¿Con qué rapidez, se preguntó, podría deshacerse de su hermana sin parecer grosero?

“No seas demasiado obvio,” susurró Maddie en el camino por las escaleras.

Él se detuvo y le dio otro tórrido beso. “Eso es para que me dure el tiempo

que sea necesario,” dijo cuando rompió el contacto para tomar aire muchos minutos después.

Maddie se pasó una tímida mano por sus labios hinchados y le precedió en el apartamento.

“Hola,” dijo Janey desde el sofá. “Habéis vuelto temprano.”

“Maddie no se sentía bien,” dijo Mac. “Sus heridas han vuelto a la carga.”

“Oh, déjalo estar, Mac.” Janey volteó los ojos hacia arriba. “Quieres estar a solas con ella, y quieres que me largue de aquí. No te preocupes, ya me voy.”

“Eso no es cierto—” dijo Maddie al mismo tiempo que Mac comenzaba a protestar.

“Los dos sois tan graciosos,” dijo Janey riéndose.

“Deja que te lleve a casa,” dijo Mac.

“No es necesario. Me muevo por la ciudad sola todo el tiempo.”

“No quiero que lo hagas esta noche.”

“Qué duro eres.” Ella tomó su bolso y el libro que había traído. Poniéndose de puntillas, le dio un beso a Mac en la mejilla. “Tú no puedes mandarme, hermano mayor.” Ella le acarició la cara. “Cuida de tu dama que yo cuidaré de mí misma.”

“Llámame cuando llegues a casa. Deja que repique una sola vez.”

Janey se echó a reír. “De acuerdo, *mamá*, si insistes.”

“Así es.”

“Muchas gracias, Janey,” dijo Maddie. “Te agradezco mucho que hayas cuidado de Thomas.”

“Puedes contar conmigo siempre que lo necesites—y lo digo de verdad. Es un pequeñín adorable. Me encantaba pasar tiempo con él.”

“Gracias, mocosa,” dijo Mac mientras le sostenía la puerta y la veía bajar las escaleras de la entrada antes de que cerrara la puerta interior y se volviera hacia Maddie.

“Estás loco, ¿lo sabes?” Dijo ella.

“Por ti, y me he deshecho de ella en tres minutos. Eso tiene que ser todo un récord tratándose de Janey.”

“Menos mal que íbamos a intentar no ser obvios.” Maddie se levantó del sofá. “Vuelvo enseguida.” En su camino hacia el baño, Maddie se aseguró de frotarse contra él.

Mac no iba a sobrevivir.

Después de que ella desapareciera por el cuarto de baño, él empezó a sacar

el sofá cama. “Nos mudaremos a un lugar más grande con una cama de verdad,” murmuró. “Inmediatamente.” Dirigiéndose a la pila de paquetes en el suelo, sacó el regalo que había comprado para ella en el centro comercial y lo dejó sobre la cama. Cuando ella saliera unos minutos más tarde, sería su turno para usar el baño, y ella tendría la oportunidad de descubrir qué había dejado en la cama.

Janey se tomó su tiempo mientras caminaba hacia casa. La apacible velada había hecho que la multitud saliera a disfrutar de la noche, y la calle principal estaba llena y ruidosa. Como todavía era temprano, decidió parar en el Beachcomber para tomarse una cerveza antes de llegar a casa. Sin duda se encontraría con alguien conocido en su bar favorito. A diferencia de sus hermanos, ella nunca se había sentido confinada en su vida en la isla y no se podía imaginar viviendo en ningún otro sitio; pero echaba tanto de menos a David que se preguntaba cómo sobreviviría otro año más.

Estaban muy cerca de tener todo con lo que siempre habían soñado. Todos sus planes estaban en marcha para casarse el próximo verano, tras lo cual él se mudaría a Gansett para hacerse cargo del puesto del jubilado doctor Robach. Janey se había graduado de la Universidad de Connecticut con un grado en ciencia animal. Había obtenido las calificaciones que necesitaba para entrar en la Facultad de Veterinaria, pero David la había convencido de que era mejor que solo uno de ellos fuera a la escuela de medicina, o estarían pagando los préstamos estudiantiles durante el resto de sus vidas. Ella sabía que tenía razón. Las prácticas en la isla no generarían el tipo de ingresos que necesitarían para vivir a la vez que solventaban los masivos préstamos. A veces, sin embargo, deseaba que ambos hubieran podido seguir adelante con sus sueños.

Los padres de Janey se habían ofrecido a ayudarla económicamente para que pudiera haber ido a la Facultad de Veterinaria, pero ella y David habían decidido que no querían estar tan profundamente en deuda con ellos. Sus padres habían manifestado su desacuerdo con vehemencia, y no habían dudado nunca en dejar constancia de ello. Pero era su vida—y la de David—y ellos iban a hacer las cosas a su manera. Sus padres habían estado un poco fríos con David desde entonces, y Janey esperaba que pudieran superarlo antes de la boda.

Ella y David habían sido un equipo durante mucho tiempo, desde su segundo año de la escuela secundaria, y Janey no podía imaginar su vida sin

él. Solo le gustaría que pudieran verse más a menudo. Una vez al mes más o menos, ella pasaba un fin de semana con él en Boston, y él venía a la isla cada vez que podía conseguir al menos cuarenta y ocho horas libres. Por desgracia, eso no había ocurrido con demasiada frecuencia durante su residencia. Él siempre estaba trabajando o durmiendo. Muchas veces, cuando estaban juntos, él dormía durante la mayor parte del tiempo. Esa era la razón principal por la que habían decidido que era mejor que ella se quedara en la isla con su familia y amigos, en lugar de trasladarse a Boston a vivir con él. Él trabajaba tanto que ella pasaría más tiempo a solas que lo que haría viviendo en Gansett.

Por estas fechas el año que viene, todo el sacrificio habría valido la pena. De alguna manera, ella solo tendría que aguantar hasta entonces. Ver a Mac y Maddie, tan de repente y estúpidamente enamorados, había hecho que Janey se sintiera melancólica y solitaria. Subiendo las escaleras de Beachcomber de dos en dos, se alegró de haber decidido salir por ahí durante un rato. Antes de entrar en el bar, llamó al teléfono de Mac y dejó que sonara solo una vez tal como le había pedido su hermano para que no saliera de casa en su búsqueda.

En el otro extremo de la barra, Joe Cantrell estaba bebiendo una cerveza mientras coqueteaba con la camarera.

Emocionada al verle, Janey pasó por detrás de él y le tapó los ojos con las manos.

“¿Quién anda ahí?” Dijo él.

“Adivina.”

“Hmmm, yo diría que se trata de la pequeña hermana malcriada de Mac McCarthy.”

“¡Nunca puedo engañarte!” Janey le plantó un beso en la mejilla y sonrió cuando él se sonrojó de vergüenza. Era un hombre entrañable, y una de sus personas favoritas en todo el mundo. “¿A qué huele la hermana pequeña de Mac McCarthy, de todos modos?”

“A sol y flores silvestres,” respondió él, sorprendiéndola.

Janey tragó saliva. “¿De veras?”

Al darse cuenta de que ya no tenía la atención de Joe, la camarera se alejó para tomar otros pedidos sin preguntarle a Janey si quería tomar algo.

“Sí,” dijo Joe. “¿Qué estás haciendo deambulando por las calles a estas horas? ¿No ha pasado ya tu toque de queda?”

Janey volteó los ojos hacia arriba. “He estado haciendo de canguro para la novia de Mac, Maddie, y acabo de salir de allí.”

“Parece que la cosa va en serio. Lo he visto salir con el bebé cada mañana

esta semana.”

“Está loco por los dos.”

Joe se rio entre dientes. “Es difícil creerlo.”

“Y que lo digas, pero parece que es realmente feliz. Me encanta verlo embobado por una mujer. Ya era hora.” Tomando un puñado de pretzels del cuenco sobre la barra, Janey se metió uno en la boca. “¿Y tú qué haces por aquí? Esta no es una de tus noches habituales en la isla.”

Él arqueó una ceja. “¿Es que has memorizado mis horarios?”

Janey tomó un trago de su botella de cerveza. “No es exactamente ciencia espacial: trabajas los viernes y los sábados por la noche desde el Memorial Day hasta el Día de Colón. Dado que hoy es jueves, me parece una pregunta razonable.”

“Si quieres saberlo, entrometida, la esposa de uno de mis hombres se ha puesto de parto, así que me estoy ocupando del primer turno esta mañana.”

“Ah, ya veo.” Janey se dio cuenta de que Joe se estaba fijando en su anillo de compromiso. Casualmente, ella se movió en el taburete y dejó caer su mano izquierda sobre su regazo. Él nunca había hecho ni dicho nada inapropiado. Nunca la había tratado como nada más que la hermana pequeña de su mejor amigo. Pero había algo—algo que Janey no quería examinar más de cerca. A decir verdad, tenía miedo de lo que pudiera encontrar justo debajo de la superficie de su amistad sin complicaciones con el guapo capitán del ferry.

Joe le hizo una señal a la camarera y pidió una cerveza para ella mientras que empujaba un billete de diez sobre la barra.

Janey levantó la botella en un brindis por Joe. “Gracias.”

“Ha sido un placer.”

“Me alegro de verte.”

“Janey, yo *siempre* me alegro de verte.”

Capítulo 11

Maddie salió del baño y de inmediato vio la bolsa que Mac había dejado sobre la cama. Después de que él cerrara la puerta del baño, se acercó a la bolsa de color rosa a rayas como si estuviera llena de explosivos. En el interior, se encontró con el hermoso camisón negro azabache que se había quedado admirando en el escaparate de Victoria Secret. Maddie parpadeó para contener las lágrimas mientras que la seda se deslizaba entre sus dedos. Mac debía haberse dado cuenta de que ella se había quedado mirándolo y lo habría comprado después de que se hubiera ido.

Echando un vistazo a la puerta cerrada del baño, Maddie se dio cuenta que tenía solo unos pocos minutos para cambiarse. Se llevó la bolsa al dormitorio donde dormía Thomas y rápidamente se quitó la ropa y se metió en el camisón. Con solo la luz del pasillo, pudo ver que sus grandes pechos prácticamente rebotaban en la parte superior de la prenda, y nada de lo que pudiera hacer iba a disminuir la obviedad: había demasiado pecho y demasiado poco camisón. Conteniendo sus lágrimas de frustración, Maddie se recordó que él había querido tener un detalle con ella que hiciera que su primera vez juntos fuera muy especial. Si montaba una escena porque la parte superior fuera demasiado pequeña, lo estropearía todo.

Mac se acercó por detrás, la besó en el hombro y deslizó sus brazos alrededor de ella.

Maddie se sobresaltó. Había estado tan consumida por la preocupación, que no había oído la puerta del baño abrirse.

“Deja de preocuparte por cómo se ven,” susurró él, lo que hizo que su caliente aliento acariciara su sensible piel. Él se había quitado la camisa, pero todavía llevaba sus pantalones cortos. “Cada centímetro de tu cuerpo es perfecto para mí.”

“Gracias,” acertó ella a decir, sorprendida una vez más de que él hubiera llegado a conocerla tan bien en un período tan corto de tiempo. “Por el camisón. Nunca he visto nada tan bonito.”

“Yo tampoco.”

Maddie cerró los ojos y se relajó en sus brazos.

“¿Vas a dejarme verlo puesto en ti? He tenido muchas fantasías. . . “

Maddie tomó su mano, le sacó fuera de la habitación y en la sala tenuemente iluminada. Antes de que pudiera echarse atrás, ella se volvió, levantó la barbilla y le miró a los ojos. En ellos vio calor, deseo, y amor. Mucho amor. Gracias a eso, ella no se inmutó cuando él la recorrió lentamente

con sus ojos desde su rostro, pasando por su pecho, hasta mucho más abajo, antes de regresar a su cara.

“Las fantasías no tienen nada que ver con la realidad,” dijo después de un largo momento en el que ninguno de los dos pareció tomar un respiro. La trajo cerca de él y acarició su espalda cubierta de seda arriba y abajo. “Nunca he deseado a nadie ni nada como te deseo a ti, Madeline.” Sus grandes manos se extendieron por su cintura y calentaron su piel a través de la seda.

“No quiero decepcionarte. No he hecho esto muy a menudo.”

“Nena, nunca podrías decepcionarme.” Mac plantó unos suaves besos con la boca abierta en su clavícula, hombro y cuello. “¿Te acuerdas antes cuando me preguntaste qué estaba pensando y te dije que te lo diría después de nuestra cita?”

Atrapada en una avalancha de sensaciones, Maddie no era capaz de formar las palabras. “Mmmm.”

“Quiero decírtelo ahora.”

Mac apartó la cara de su cuello y la miró a los ojos.

Maddie levantó la mano para peinar su cabello con los dedos.

Un temblor le recorrió.

“¿Qué quieres decirme, Mac?”

“Cuando me preguntaste qué estaba pensando. . . mi pensamiento exacto en el segundo en que me lo preguntaste era que te quería tanto que era hasta doloroso.”

Las lágrimas brotaron de los ojos de ella. Temía no ser capaz de dejar de llorar durante toda la noche. “Mac. . . “

“Nunca le he dicho eso a nadie antes. No tenía ni idea de lo que era estar enamorado hasta que te tiré de esa bicicleta y tú me tiraste de mis propios pies.”

Cuando una gruesa lágrima rodó por su mejilla, Maddie tiró de él en un sensual y profundo beso. “Mac, yo—”

Él la detuvo con un beso. “No digas nada. Ahora no. Déjame que te lo enseñe.”

En ese momento, Maddie hubiera ido con él a cualquier lugar donde hubiera querido llevarla. Pertenecía a él, en cuerpo y alma.

Dejándola en la cama suavemente, Mac se bajó los pantalones cortos y se unió a ella. Se miraron, se tocaron, se besaron, y rieron en voz baja cuando sus narices chocaron.

“Me gustaría no estar magullada y llena de costras para esto.”

“Me encantan esas costras. Sin ellas, no nos hubiéramos encontrado el uno al otro.”

Maddie se rio mientras se deleitaba con el embriagador aroma de su colonia. “Ese es un razonamiento muy lógico.”

“Me alegro tanto de haberme bajado de esa acera sin mirar y de haberme chocado contigo. Todavía lamento haberte herido, pero cuando pienso en cómo podrías haber pasado simplemente por mi lado. . . que nunca te habría conocido, o a Thomas. . . que podríamos haber coincidido en algún otro momento de nuestras vidas, pero nunca de esta manera. . .” Su mano acarició su vientre.

Maddie se arqueó hacia él, deseándolo desesperadamente pero sin querer parecer demasiado ansiosa. En el fondo de su mente, siempre, estaban los susurros, las insinuaciones, los rumores. Ella acarició su pecho tentativamente, pasando su mano sobre su pezón erecto antes de bajar por sus firmes abdominales.

Mac se quedó sin aliento y se puso encima de ella. Hundió una mano en su cabello y devoró su boca con profundas pinceladas de su lengua que la dejaron débil y temblorosa. Dejando una ristra de besos, él lamió su lóbulo y recorrió su cuello antes de trasladarse a su pecho. Maddie se tensó. *Aquí viene, la parte en la que querrá tocarme ahí.*

Con las manos apoyadas en sus costillas y utilizando solo la lengua, Mac jugó con sus pezones a través de la húmeda seda pegada a su febril piel. Tiró del pezón izquierdo en su caliente boca, pero aún así, no la tocó más que con su boca y su lengua. Justo cuando Maddie estaba segura de que iba a llenar sus manos con sus pechos, Mac se movió hacia abajo, besó su estómago, los huesos de sus caderas, y luego su centro.

“Mac. . . por favor. . .” Ella arqueó las caderas, con la esperanza de no dejar ninguna duda de que lo deseaba. Ahora mismo.

“Necesito que digas las palabras, ¿recuerdas?”

¿Cómo iba a olvidarlo? “Hazme el amor, Mac. Por favor, hazme el amor.”

Él se trasladó a sus tobillos y acarició sus piernas con sus manos, subiendo el camisón mientras lo hacía. En cualquier momento, ella estaría desnuda y se presentaría ante él. Mac vería lo que ella no quería que nadie viera. Pero él solo levantó la prenda hasta las caderas y se acomodó entre sus piernas. Cuando ella se dio cuenta de lo que pretendía hacer, trató de incorporarse, pero su brazo sobre la cintura la mantuvieron en su lugar.

“Espera, Mac. No lo hagas.”

“Shh,” dijo él mientras que su aliento avivaba el vello que la cubría. “No te preocupes. Deja que te quiera.” Sus anchos hombros obligaron a sus piernas a separarse aún más. “Relájate, cariño. Te prometo que te gustará.”

Maddie no estaba tan segura, pero hizo un esfuerzo por relajar los músculos de los muslos. Sin embargo, cuando sus dedos se deslizaron a través de la humedad entre sus piernas, ella se tensó de nuevo.

“No te preocupes,” dijo. “Te quiero. Deja que te quiera.”

Cuando su lengua encontró el centro de su deseo en el mismo momento en que sus dedos se deslizaron dentro de ella, el corazón de Maddie trepó por su garganta, su piel se estremeció y se calentó, e incluso cuando ella trató de permanecer quieta, no pudo evitar levantar las caderas en respuesta a sus profundas caricias.

“Eso es, nena. Solo déjate ir. Quiero cada resquicio de tu cuerpo. Quiero besarte por todas partes.”

Un sollozo brotó de la garganta de Maddie mientras enterraba una mano en su cabello y levantaba las caderas al ritmo de los movimientos de su lengua y sus dedos. Cuando Mac rodó su palpitante carne entre sus labios y la succionó dentro de su boca, ella se quedó totalmente quieta y llegó al orgasmo con un grito de finalización y deseo desesperado. Él la acompañó con sus caricias a lo largo de todas las olas de placer, y luego comenzó de nuevo a tomarla en sus brazos para poco después dejarla al borde de la cima.

Ella gimió y trató de agarrarle.

“Espera un segundo, cariño.” Mac se sentó en el borde de la cama para ponerse un preservativo. Cuando estuvo listo, se puso sobre ella y la llenó de besos lentos y profundos, como si tuviera toda la paciencia del mundo. La pulsante erección contra su pierna contaba una historia muy diferente. Maddie dejó que sus manos recorrieran su espalda y se apretaran contra su trasero.

Él se sacudió y su rostro se tensó mientras luchaba por no perder el control.

“Ahora, Mac. Ahora mismo.”

“Ha pasado mucho tiempo para ti, cariño. No quiero hacerte daño.”

A pesar de que su miembro era más largo y grande que el de Tom, Maddie sabía que no le dolería como lo había hecho la primera vez. “No lo harás.” Guiándolo con la mano, ella le acarició suavemente.

Él lanzó un silbido y se mordió el labio inferior. “Como sigas haciendo eso, esto va a terminar antes de que ni siquiera haya comenzado.”

Maddie levantó las caderas para guiarlo. Ahora él probablemente querría quitarle el camisón, pero cuando ella empezó a quitárselo, la detuvo.

“Déjate puesto,” dijo con los dientes apretados cuando la penetró con un potente impulso que la dejó sin aliento.

“Oh”, dijo ella. “Oh, *Dios*.”

Él se quedó paralizado. “¿Te duele?”

“No, no. No te detengas. Por favor, no te detengas.”

Mac se rio de su entusiasta respuesta y le dio lo que quería.

Las piernas de Maddie abrazaron sus caderas mientras que sus manos agarraban su parte trasera.

Mac bajó una mano entre sus cuerpos, y cuando encontró el centro de su deseo, la acarició hasta que llegó a otro clímax demoledor. Esta vez, él fue con ella y se vació en su interior una y otra vez hasta que sus brazos se quedaron sin fuerzas. Respirando con dificultad, Mac se dejó caer sobre ella sin aplastarla, incluso mientras continuaba palpitando dentro de ella.

Maddie acarició su pelo mientras dejaba una ristra de calmantes besos en su húmeda frente.

“Eso ha sido increíble,” dijo él finalmente.

“Más que increíble.” Con el camisón haciendo de barrera entre ellos, Maddie finalmente comprendió lo que él había hecho—había dejado sus pechos fuera de la ecuación, lo que permitió que se centrara solo en su placer, solo en él. Ni en sus sueños ni fantasías más salvajes jamás había esperado encontrar un hombre que no solo la amara, sino que también la entendiera de la forma que él hacía.

“Yo también te quiero, Mac,” susurró. “Tanto que me duele.”

Él soltó un largo y profundo suspiro que sonó como un alivio. “Me has hecho muy feliz.”

De alguna manera, Mac se las había arreglado para conquistar cada uno de sus miedos, de sus preocupaciones, de sus dudas. En seis días, había hecho por ella lo que nunca nadie había hecho. La había querido, la había protegido, la había defendido y se había preocupado en todo momento por ella. Ella apretó sus brazos alrededor de él, con la intención de no soltarle jamás.

“Creo que tenemos un pequeño problema.”

“¿De veras? ¿Cuál?”

“Solo tengo cuatro condones. Bueno, tres ahora.”

“¿Por qué no has traído más?”

“¿No habrías encontrado eso un poco presuntuoso?”

No podía negar que tenía razón en eso. “¿Qué vamos a hacer? No podemos ir a comprarlos en esta ciudad. Será la comidilla de toda la isla antes de que

ni siquiera hayamos salido de la tienda.”

“No te preocupes, cariño. Ya se me ocurrirá algo.”

“Si, será mejor.” Ella tiró de su cabello para atraerlo lo suficiente para poder besarle. “Y consigue una caja grande mientras que estás en ello. La caja más grande que tengan. Tal vez dos.”

Mac se echó a reír cuando finalmente salió de ella. “De acuerdo.”

“¿Te encargarás de ello mañana?”

“A primera hora,” respondió él sin dejar de reír.

“Estupendo, porque vamos a necesitar algunos para mañana por la noche.”

“Lo sabía,” dijo él con un profundo suspiro dramático. “De verdad vas a matarme, ¿no es así?”

Ella podía notar que le había asombrado cuando le empujó y se lanzó sobre él. Con sus labios a pocos centímetros de los suyos, ella dijo, “O morirás en el intento.”

Mac abrazó a Maddie con fuerza contra él mientras dormía. Después de lo que habían compartido, debería sentirse exhausto, agotado, drenado. En su lugar, estaba lleno de emoción, y no podía dejar de hacer planes que estaba deseoso de compartir con ella.

Se casarían tan pronto como fuera posible. Adoptaría legalmente a Thomas y le daría su apellido. Thomas McCarthy sonaba bastante bien. A continuación, construiría una casa para los tres—una gran casa con un enorme dormitorio, una cama nueva y vistas al mar. Se quedaría al cargo del negocio de su padre y haría vida aquí en la isla, con su nueva familia. Incluso encontraría la manera de enviar a Maddie a la universidad. Tal vez si ella pasaba dos días a la semana en la parte continental, podría lograr sacarse el graduado en los próximos años. Él quería que ella tuviera todo lo que se había perdido hasta ahora. Después de haberla estado esperando desde siempre, Mac sabía que haría cualquier cosa para asegurarse de que su felicidad no tuviera fin.

Ella se movió, murmuró en su sueño, y apretó sus labios contra su pecho.

Mac pasó una mano por su pelo.

“¿Qué haces despierto?” Murmuró ella.

“Pensar en ti.”

“¿Sobre qué?”

“Sobre la vida que vamos a tener juntos.”

“Cuéntamela.” Ella acarició su pecho, centrándose en su pezón, lo que volvió a despertar otra parte de él. “Quiero saberlo todo al respecto.”

Mac compartió con ella todo su plan, desde el matrimonio hasta la universidad.

Maddie apoyó su barbilla contra su pecho. Permaneció así durante mucho tiempo, estudiándolo con esos ojos color caramelo que le derretían.

“¿Qué? ¿No te gusta el plan?”

“Me encanta el plan.”

“Entonces, ¿qué tiene de malo?”

“Sigo esperando que la burbuja estalle. Nadie puede ser tan perfecto.”

“Quizá soy perfecto para ti. ¿Nunca se te había ocurrido eso?”

“Oh, muchas veces.” Ella se movió para ponerse encima de él, y empezó a plantar suaves besos en su pecho que hicieron que su sangre comenzara a hervir de nuevo. Nadie le había encendido jamás de la manera que ella hacía. Su lengua rodeó el pezón, y él respiró profundamente. “Nena, no te olvides. Nos hemos quedado sin condones.”

“Lo sé.” Ella se movió al otro pezón para darle la misma atención.

Llegados a este punto, Mac estaba duro como una piedra y palpitando contra su vientre.

Maddie le sorprendió cuando se sentó, cogió el dobladillo de su camisón de seda, y lo levantó sobre su cabeza, dejando al descubierto sus pechos por primera vez. Nada de lo que podría haber hecho le habría mostrado más lo que ella había llegado a quererle y a confiar en él.

“Eres preciosa,” dijo él con la voz ronca. “Como una fantasía hecha realidad.”

“Tócame, Mac.”

Él movió las manos de sus costillas a sus pechos. “Sé que los detestas, pero creo que son espectaculares.”

Maddie se rio. “Pensé que eras un hombre de culo y piernas.”

“*Todos* los hombres somos hombres de pechos.”

Ella volteó los ojos hacia arriba. “Dime algo que no sepa.”

Mac tiró de un pezón profundamente dentro de su boca y su lengua se arremolinó hacia atrás y hacia adelante.

“Mmm, eso me encanta.”

Mac contuvo la imperiosa necesidad de apretar, lamer y morder, no quería que ella pensara que estaba obsesionado con la parte del cuerpo que más odiaba. No le importaba de todos modos, porque ella parecía tener otros planes.

Apartándose, Maddie arrastró sus pechos sobre el torso de Mac y besó su

vientre. Quitó las sábanas de encima, y su mano lo encontró, duro y listo, como si no lo hubieran hecho ya cuatro veces antes. “Maddie,” dijo él con la voz entrecortada.

“¿Hmm?” Dijo ella contra la cabeza de su pene. La vibración casi le deshizo.

“Dios,” pronunció él.

Su suave risa fue acompañada por pinceladas de su lengua.

“Cariño, espera. . .”

“Relájate, Mac. Quiero besarte por todas partes.”

“No puedes usar mis propias palabras en mi contra.”

Ella le miró con un brillo travieso en sus ojos. “¿Ah, no? Fíjate bien.”

A Mac le encantaba cuando la veía así—tan segura de sí misma, tan confiada; queriéndole lo suficiente como para exponerse a él, y tomarle en su boca para darle algo especial. Probablemente ella no lo había hecho nunca antes, pero su entusiasmo compensaba con creces su falta de experiencia. No pasó mucho tiempo cuando le llevó hasta un punto de no retorno. Con la mano enterrada entre su pelo, Mac trató de detenerla.

“Maddie,” jadeó, “para. Nena, vamos.” Pero en lugar de parar, ella le acarició más rápido y lo llevó más profundo dentro de su boca. En el momento en que ella exhaló un largo e intenso orgasmo de él, Mac estaba sudando, respirando con dificultad, y a punto de escupir el corazón por la boca. Solo abrir los ojos hizo que la poca energía que le quedaba, le abandonara. Cuando lo hizo, se encontró con ella mirándole con una expresión muy satisfecha en su cara.

“Bienvenido de nuevo. Pensé que te había matado.”

“Has estado muy cerca,” dijo él mientras alargaba sus brazos para llegar a ella.

Maddie se acurrucó en sus brazos. “¿Ha estado bien?” Preguntó con un hilo de voz que tiró de su corazón.

“Mucho mejor que bien, no hay palabras para describirlo.”

“Nunca había hecho eso antes. Siempre me he preguntado cómo sería.”

“¿Y?”

“Me ha gustado mucho, *mucho*.”

“Tal vez he muerto y he ido al cielo después de todo.”

Ella se rio, pero luego recuperó la compostura. “Gracias, Mac.”

“¿Por qué me das las gracias? Después de eso, soy *yo* quien debería dártelas a *ti*.”

Ella inclinó la cabeza para poder verlo. “Por no volverte loco sobre mis chicas como la mayoría de hombres hubieran hecho.”

“Me gustaría que no te desagradaran tanto.” Él esbozó una lasciva sonrisa. “Creo que podría llegar a ser *muy* buen amigo de ellas.”

Sonriendo, ella acarició la barba en su mandíbula. “No me desagradan. Las odio.”

“No quiero que te tomes esto a mal, porque soy completamente sincero cuando digo que eres perfecta para mí en todos los sentidos.”

“¿Pero?”

“Si quieres hacerte una reducción, yo te la pagaría muy gustosamente, pero solo porque te haga feliz a ti.”

“No podía dejar que hicieras algo así. Ya has hecho mucho por mí.”

“No tienes por qué decidirlo ahora. La oferta está sobre la mesa, puedes hacerlo ahora o más tarde, cuando os tenga a ti y a Thomas en mi seguro médico. Cuando sea. Yo no cambiaría ni una sola cosa de ti, pero esto no se trata de mí.”

“Te quiero mucho, muchísimo.” Susurró ella.

“Y yo te quiero mucho, muchísimo a ti. No hay nada que no haría por ti—o Thomas.”

Como si hubiera oído su nombre, el bebé eligió ese momento para hacerles saber que estaba despierto. Mac la besó por última vez y tiró de las mantas sobre ella, odiando tener que poner fin a la que había sido la mejor noche de toda su vida. “Es mi turno de estar con él.”

“Si me lo traes y le doy de mamar, se volverá a dormir un rato—y entonces nosotros podríamos hacer lo mismo.”

“Por mucho que me encanten mis mañanas con él, esa proposición suena demasiado bien como para rechazarla.”

Mac sacó a Thomas de su cuna, le cambió su pañal de cinco kilos, le hizo algunas pedorretas en el estómago que le hicieron reír como loco, y luego se lo llevó a su madre. Por primera vez, se puso a mirar mientras Maddie guiaba al bebé contra su pecho.

“Dios, eso es increíble,” dijo, asombrado por la forma en la boquita del bebé se movía mientras que ella le amamantaba. Nunca he visto nada parecido.

Maddie acarició el suave cabello del bebé y sonrió a Mac. Parecía una reina guerrera, orgullosa y fuerte, y él sintió entonces, que no podría amarla más. “¿Puedo preguntarte algo acerca de esto?”

“Por supuesto.”

“¿Cómo es que, antes, cuando yo, eh, hice eso, no pasó nada?”

Maddie se rio de su poca locuacidad. “Porque la leche no sube—al menos en mi caso—hasta que él quiere. Algunas mujeres echan leche sin parar, pero a mí nunca me ha pasado. Y ahora que solo lo alimento una vez al día, ya no tengo tanta.”

“Ya veo.” Mac se metió de nuevo en la cama y cambió de posición para que pudiera acunarles a los dos. “Thomas necesita una hermana. Tal vez también un hermano. Posiblemente incluso un par de cada uno.”

Maddie se rio en voz baja. “No nos adelantemos tanto.”

“Pero, tú quieres más hijos, ¿no es así?”

“Tengamos uno más, a ver cómo nos va.”

“Creo que podría vivir con eso.” Él pasó la mano sobre su vientre. “Quiero verte redonda y embarazada de mi bebé.”

Ella gimió. “Me puse grande como una casa con Thomas, embarazada de los pies a la cabeza.”

“Estoy deseando ver eso.”

“Me dolió un horror la espalda durante meses.”

“Te daré masajes todos los días.”

Ella puso la cabeza sobre su hombro para poder mirarle a los ojos. “¿Estás realmente seguro de que quieres cargar con todo esto? Una mujer que has conocido hace una semana, un bebé que no es tuyo—”

“Quiero que sea mío. Quiero decir, mírale.” Mac pasó un dedo por el moflete humedecido de leche del bebé. “Es tan perfecto. Quiero verlo caminar y correr y nadar y hablarnos de vuelta. No puedo esperar a que todo eso ocurra.”

“¿Y si resulta ser demasiado para ti? ¿Y si dentro de unos meses empiezas a sentirte confinado o infeliz—”

Colocando dos dedos en sus labios, dijo, “Todo lo que puedo decir es que tengo casi treinta y cinco años, y nunca he sentido nada ni de cerca como cuando estoy contigo. Con los dos.”

Los ojos de Maddie se llenaron de lágrimas. “No sé lo que he hecho para ser tan afortunada.”

“Atropellarme con esa vieja bicicleta tuya.”

“Estoy bastante segura de que hemos determinado que ese ‘accidente’ fue culpa tuya.”

Plantando un suave beso sobre su frente, él continuó mirándola fijamente

mientras ella se cambiaba a Thomas de pecho. “Ese ‘accidente’ puede que sea lo mejor que me ha sucedido jamás.”

“Eso es gracioso,” dijo ella, “porque anoche yo tuve el mismo pensamiento.”

Mac se despertó hora y media más tarde cuando alguien aporreó la puerta. Gimiendo, solo deseó que quien quiera que fuera, se largara y los dejara solos.

Maddie se agitó junto a él, y con intención de dejarla dormir un poco más, Mac se levantó rápidamente, se puso un par de pantalones cortos, y se dirigió a la puerta.

“Mamá,” dijo, sorprendido de verla.

“Mac.”

“¿Qué haces aquí?” Susurró mientras salía al porche y cerraba la puerta tras de él.

Su madre miró su torso desnudo de arriba abajo para detenerse en su barba de dos días. “He venido a por ti.”

Mac se pasó los dedos por el pelo, con la esperanza de poner un poco de orden. “¿Venir a por mí? ¿De qué hablas?”

“Esto es totalmente inapropiado.” Ella hizo un gesto hacia el apartamento. “De lo único que habla toda la ciudad es de que estás durmiendo con ella. No lo voy a permitir.”

Mac se echó a reír, lo que pareció enfurecerla aún más. “¿Ah sí? Eres consciente de que tengo treinta y cinco años, ¿verdad?”

“No me importa la edad que tengas, Malcolm John McCarthy Junior, déjame decirte—”

Esto era realmente preocupante si ella le estaba llamado Malcolm. Ella era la única que le llamaba con ese horrible nombre. “No, mamá, déjame que te diga *yo a ti*. La quiero, me voy a casar con ella y voy a adoptar a su hijo, así que será mejor que subas a bordo o te apartes del medio. Tú decides.”

Los ojos azules de la mujer parecían a punto de salirse de sus órbitas. “¿*Casarte con ella? ¿Vas a casarte con ella? ¿Has perdido la cabeza?*”

“He perdido el corazón—al fin—y tú puedes ser parte de ello o no. Eso también depende de ti.”

“Esa es la cosa más ridícula que he oído en mi vida—”

Mac levantó la mano para detenerla. “Esta conversación ha terminado. Voy a entrar ahora, y tú te marcharás a casa. De hecho, te agradecería si pudieras

encontrar a alguien que cubriera a Maddie este fin de semana en el hotel. Tenemos que pasar algo de tiempo juntos. Tenemos un montón de planes para hacer.”

“No sé lo que te ha poseído—”

“El amor, mamá. Eso es lo que me ha poseído, y es lo mejor que me podía haber pasado. Tal vez pasaremos este fin de semana a veros a ti y a papá. Si lo hacemos, te aconsejo que seas amable con mi futura esposa e hijo. Que tengas un buen día.”

Dejándola con la boca abierta, Mac entró en el apartamento y cerró la puerta. Su corazón se aceleró por el estallido de adrenalina, y se quedó allí por un segundo hasta que oyó cómo el coche se alejaba levantando un montón de gravilla en su estela.

“Qué agradable,” dijo Maddie.

Mac miró por encima para encontrársela sentada con la sábana envuelta firmemente alrededor de ella. Mac se dio cuenta de que una vez más, estaba reculando. Él se deslizó de nuevo en la cama y trató de llegar a ella. Thomas seguía durmiendo al otro lado de ella.

Maddie se resistió a los esfuerzos de Mac para abrazarla.

“No lo hagas. Por favor, no te alejes de mí otra vez por su culpa. No puedo lidiar con eso.”

“No quiero interponerme entre tú y tu madre.”

“Ella entrará en razón. No es nada contra ti—”

Maddie soltó una risita aguda. “Por supuesto que lo es.”

“Ella piensa que yo tendría que acabar con—”

“Ciertamente no la zorra de la ciudad.”

“Maddie, cariño, por favor. No la uses en mi contra.” Él logró estrecharla entre sus brazos y tiró de la sábana hasta llegar a la cálida piel que tanto anhelaba. “Te amo,” susurró mientras la besaba en la frente. “Eso es todo lo que importa.” Capturando un pezón entre sus dientes, finalmente sintió que su resistencia comenzaba a ceder. Mac se sintió aliviado.” ¿Has oído que le he dicho que sería mejor que encontrara a alguien para que te cubriera este fin de semana?”

“Mmmm,” dijo ella mientras entrelazaba las manos en su cabello.

Mac dibujó círculos con su lengua alrededor de su pezón. “¿Sabes lo que eso significa?”

“¿Qué?” Preguntó ella, sin aliento.

“Tres días enteros juntos. Sin trabajo, sin obligaciones.”

“Todavía tenemos que ocuparnos de la guardería esta tarde.”

“Eso no es nada. ¿Qué podríamos hacer durante el resto del día?”

“No se me ocurre nada,” dijo ella con una sugerente sonrisa que le recordó a Mac que tenía que encargarse de otro asunto—de inmediato.

La besó en la mejilla y luego en los labios. “Retén ese pensamiento. Ya mismo vuelvo.”

Con la esperanza de que Maddie pudiera dormir un rato más, Mac salió a llamar a Joe. “Oye, amigo, ¿dónde estás?”

“Acabo de llegar a Point Judith, ¿por qué?”

Mac maldijo entre dientes. “Necesito que me hagas un favor. ¿Vas a venir a la isla hoy?”

“Me temo que no. Va a venir inspección a hacerme una visita la semana que viene y no estoy preparado para ello. Voy a estar en la oficina durante el resto del día, pero volveré mañana por la mañana. ¿Por qué? ¿Qué necesitas?”

“Es un poco vergonzoso, y ahora es aún *más* vergonzoso porque voy a tener que pedirselo a mi hermana.”

“Por favor, dime que no estás hablando de—”

“No lo digas. Por favor, no lo digas.”

Joe aullaba de risa. “¿Qué tienes? ¿Quince años?”

“Es un problema para Maddie, no para mí. No quiere que toda la isla se entere, y ya sabes que lo hará si me encargo yo mismo.”

Eso pareció sofocar un poco la risa de Joe. “Bueno, asegúrate de decirme lo que piensa tu hermana al respecto.”

“Estoy seguro de que lo encontrarás muy divertido.”

“Sin duda.” Joe se aclaró la garganta. “Bueno, eh. . . la vi ayer por la noche.”

“¿Dónde?”

“En el Beachcomber. Después de que hiciera de canguro para vosotros.”

“¡Esa mocosa! Se suponía que tenía que irse directa a casa.”

“Sé que esto son nuevas noticias para ti, Mac, pero ella es una mujer adulta.”

“Es mi hermana pequeña.”

“Quien va a ir a comprarte condones.” Joe estalló de nuevo en carcajadas. “Ya no es un bebé, ¿eh?”

“Cállate,” gruñó Mac. “Espero que te comportaras en condiciones con ella.”

“Creo recordar que la palabra ‘condón’ no surgió en ningún momento. No es que a mí me hubiera importado. . . “

“Qué gracioso eres.”

“Lo que no entiendo. . .” Joe se detuvo.

“¿Qué?”

“Nada. No importa.”

“Dime. Vamos, Joe.”

“¿Por qué crees que alguien que supuestamente está ansioso por casarse con ella no se deja caer nunca por la isla?”

“Porque está terminando su formación médica. Ya sabes lo que puede ser eso.”

“Todo lo que yo sé es que si fuera mía, ni los caballos más salvajes me mantendrían alejado de ella.”

Mac hizo una mueca. “¿Has pensado en decirle eso?”

Joe soltó una risa amarga. “Sí claro. Como si pudiera competir con el Doctor David y toda su historia. Sería una misión suicida.”

“Tal vez si ella lo supiera, las cosas cambiarían.”

“No lo harían, y ella no lo puede saber nunca, ¿me entiendes, Mac? No se te ocurra decirle ni una palabra al respecto. Lo digo en serio.”

“Yo no lo haría jamás, pero tú deberías. ¿Qué tienes que perder?”

“Su amistad, y eso sería verdaderamente insoportable.”

“Siento que sea una situación tan desesperanzadora,” dijo Mac con un suspiro. “Ahora me hago una mejor idea de lo difícil que tiene que ser.”

“Es lo que es. Oye, tengo que dejarte, pero infórmame sobre cómo acaba el asunto de la goma, ¿lo harás?”

“Vete a la mierda.” Mientras que Joe se reía de su propia broma, Mac apagó el teléfono de golpe. Su estómago se contrajo cuando se dio cuenta de que Janey realmente era su única opción. Su padre lo haría por él, pero jamás se lo pediría. Pese a que tenía treinta y cinco años, no podía hacerlo. Tragando saliva, Mac abrió el teléfono y llamó a Janey.

“Ey, mocosa, ¿qué haces?” Mac consideró contarle sobre la visita de su madre esa misma mañana, pero decidió no hacerlo. Quería olvidarse del desafortunado encuentro cuanto antes.

“Voy de camino al trabajo, ¿por qué?”

“Necesito que me hagas otro favor.”

“¿Quieres volver a salir *otra vez* esta noche?”

“No exactamente.”

“Entonces, ¿de qué se trata?”

“Necesito que, um, bueno. . . si pudieras ir a Gold’s” dijo Mac, refiriéndose a la droguería de la isla, “y solo, bueno, ya sabes. . .”

“¿*Qué*, Mac? Dilo de una vez, ¿quieres?”

“Necesito que me compres condones. Todos los que puedas.”

Se hizo un silencio de muerte.

“¿Janey?”

“Tienes que estar bromeando.”

“¡Yo no puedo hacerlo! Solo se hablará de ello en toda la isla en cuestión de minutos, y Maddie no podrá soportarlo.”

“Dile a Joe que te los compre.”

“No vuelve a la isla hasta mañana.”

“¡Pues *absteneros* por una noche!”

“Janey, *por favor*. Estoy desesperado.”

“No me puedes pedir que haga eso por ti. Es demasiado vergonzoso.”

“¿Cómo crees que me siento pidiéndole a mi hermanita que haga esto por mí?” Él dejó escapar lo que sabía era un patético lamento. “*Janey. . .te necesito.*”

“No hagas eso. No juegues al juego de te necesito.”

“*Por favor.*”

Ella soltó una palabrota que dejó a Mac sin palabras. “Está bien,” dijo con los dientes apretados. “Pero estarás en deuda conmigo por los restos, ¿me oyes? No habrá limitaciones respecto a lo que te pida de aquí en adelante.”

“Entiendo.”

“No creo que lo hagas. Durante el resto de tu vida, cada vez que diga, ‘salta,’ tú me dirás, ‘¿Cómo de alto, Janey? ¿Cómo de alto puedo saltar por ti?’ Cada vez que chasquee los dedos, vendrás corriendo. En cualquier momento. ¿Ha quedado claro?”

“Cristalino.”

“Voy a necesitar al menos, cien dólares.”

“¿Para qué demonios?”

“Elementos de amortiguamiento, tonto. No puedo ir allí, comprar todos los condones que encuentre, y salir sin más.”

“¿Así que te voy a suministrar todos los pintauñas y tampones que vas a necesitar en un año?”

“Es lo *menos* que me debes.”

“Está bien. Te los llevaré a la clínica veterinaria.”

“Puedes pagarme después. No puedo mirarte ahora. Reúnete conmigo al mediodía detrás del Beachcomber, y no me mires. Solo coge mi bolsa, dame el dinero, y vete.”

“Te quiero, Janey. ¿Te lo he dicho últimamente?”

“Vete a la mierda.”

Conteniendo una carcajada, Mac añadió, “Compra los extra grandes, ¿de acuerdo?”

“Te odio.”

Mac volvió a Maddie y vio que ella y Thomas seguían durmiendo. Miró su reloj y decidió que este sería un buen momento para hacerse cargo de algo más que había estado posponiendo. Tomando las llaves de la mesa, salió de puntillas de la vivienda. En el camino de entrada, encendió la moto antes de comenzar a patearla. Conduciendo a lo largo de la costa sur, se dio cuenta de una densa niebla—algo esencial en la isla en junio—aferrándose al horizonte mientras que el sol luchaba por abrirse paso. Mac se detuvo en el estacionamiento de South Point Light y apagó el vehículo. Sacó su móvil del bolsillo y llamó a su hermano Evan, que estaba en la marcación rápida junto con Grant, Adam y Janey.

“Ey, tío,” dijo Evan.

“¿Te he despertado? Tienes una voz muy rara.”

“Nah, solo ha sido una larga noche, pero estoy camino del estudio. ¿Qué pasa contigo?”

“Esto y aquello. ¿Cómo estás? ¿Cómo va la grabación?” Después de años de lucha y esfuerzo, un pequeño sello de Nashville se había comprometido finalmente con Evan.

“Es lo más divertido que he hecho en mi vida. “

“Me alegro mucho. Has estado mucho tiempo intentándolo.”

“Ni te lo imaginas. Janey me mandó un correo diciéndome que estabas en la isla. ¿Qué te trae por aquí?”

“¿Te has enterado de que papá quiere vender el puerto deportivo?”

“¿No puede ser!”

“Sip. Voy a hacer algunas reparaciones en el lugar, y tal vez considere quedarme con él para que siga siendo parte de nuestra familia.”

“¿En serio? ¿No vas a volverte loco encerrado en la isla?”

“Ha habido algunos cambios últimamente.”

“¿Qué ha podido cambiar para que veas la isla con otros ojos?”

“He conocido a alguien—alguien a quien tú conoces, de hecho.”

“¿Quién?”

“Maddie Chester.”

“Oh. ¿En serio? Wow.”

“He oído que tuviste una pequeña historia con ella.”

“Mac, espera. Tú no lo entiendes—”

Mac tuvo que reunir toda su fuerza de voluntad para no gritar a su hermano. “¡Y tanto que no lo entiendo!” Logró decir con calma, a pesar de estarse agitando en su interior. Todo esto lo enfermaba.

“Fue Darren. Él empezó y nos dijo que le siguiéramos la corriente, de lo contrario...”

“¿De lo contrario qué?”

“Era como un dios en la escuela secundaria. Nadie quería cabrearle. Cuando nos decía que hiciéramos algo, simplemente lo hacíamos.”

“¿Cómo pudiste ser parte de algo así, Ev? ¿Después de todo lo que papá nos ha martirizado sobre la manera en la que hay que tratar a las mujeres?”

“Créeme, es algo que me ha estado comiendo vivo durante años. Nunca me he sentido bien al respecto.”

“Lo que hiciste arruinó su vida. ¿Te das cuenta? Se la *arruinaste*.”

“Eso fue en secundaria. ¿Cómo ha podido arruinar su vida?”

“¡Porque nunca ha conseguido librarse de las habladurías! ¡Toda la isla piensa que es una fresca, y hasta ayer por la noche, solo había tenido sexo *dos* veces en su vida!”

“Dios,” dijo Evan suavemente. “No tenía ni idea. . . “

“Ahora tienes que arreglarlo.”

“¿Qué quieres decir?”

“Te diré lo que quiero que hagas.”

La siguiente parada de Mac fue el body shop de Darren Tuttle. El lugar parecía muy bien cuidado, y a juzgar por los coches alineados en el frente, estaba lleno de gente. En la recepción, Mac preguntó por Tuttle.

“¿Quién le busca?” Preguntó la desaliñada recepcionista.

“Un viejo amigo.”

Ella se levantó y fue a través de la puerta que daba al área de trabajo, regresando a los pocos minutos con Darren, quien parecía grasiento, sucio, y con treinta kilos de más. Las entradas en su cabeza habían avanzado hasta mostrar una calvicie muy poco atractiva. El “dios” que una vez había sido capaz de intimidar a una legión de chicos hasta el punto de hacer que siguieran sin rechistar todos sus planes, había caído claramente unos cuantos peldaños

durante los doce años transcurridos desde la graduación. Por el gesto que Darren hizo con los labios, Mac supo que lo había reconocido.

“¿Qué quieres?”

“Hablar contigo un momento fuera.” Sin esperar a que Darren respondiera, Mac se volvió y salió por la puerta.

“Escuché que estabas de vuelta en la ciudad,” dijo Darren mientras seguía a Mac al exterior.

Mac se mantuvo de espaldas al otro hombre mientras se planteaba concederle el beneficio de la duda.

Darren se echó a reír. “Tú y Maddie Colchón, ¿eh? ¿Alguna vez has *visto* unos melones como esos?”

A la mierda con el beneficio de la duda. Mac se dio la vuelta y estrelló su puño en la pastosa cara de Darren.

Saliendo despedido contra el suelo, Darren se dejó caer como un pez fuera del agua. La sangre manaba de su nariz. “¿Qué *demonios*?” Farfulló. “¿Cuál es tu *problema*?”

Mac se inclinó con una mano y ayudó a Darren a incorporarse. A escasos centímetros de su cara regordeta y colorada, Mac dijo, “Lo que le hiciste—ese es mi problema.”

Darren intentó zafarse. “No sé de qué estás hablando.”

“Sí lo sabes.” Mac apretó su abrazo. “Sabes exactamente de qué estoy hablando.”

Darren se limpió la sangre de su rostro e hizo una mueca cuando se tocó su ensangrentada nariz. “Haré que te arresten.”

“No, no lo harás.” Mac le soltó bruscamente y Darren se tambaleó hacia atrás. “¿Tienes la más mínima idea de lo que le hiciste? ¿Solo porque ella te rechazara tenías que joderle la vida?”

“Yo la rechacé a *ella*.”

“¿Ahora quieres reescribir la historia?” Mac levantó una ceja. “Ella no quiso salir contigo por lo que le creaste una mala reputación y extendiste los rumores por toda la ciudad.”

“Eso no es lo que pasó.”

“Mi hermano Evan me lo ha confirmado. Ahora mismo está contactando con todo el que estuvo involucrado.” La gota de sudor que apareció en la frente de Tuttle complació a Mac. “¿Estás casado, Darren?”

“Sí,” murmuró mientras enviaba una nerviosa mirada a la oficina donde la recepcionista los miraba con ansiedad a través del escaparate.

“¿Esa es tu mujer?”

“¿Y qué si lo es?”

“¿Qué versión de la historia quieres que escuche? ¿La mía o la tuya?”

“¿Me estás amenazando?”

“¡Por supuesto que lo estoy! Te diré lo que vas a hacer.”

Capítulo 12

Mac regresó a casa de Maddie con un puñado de flores silvestres que había recogido a un lado de la carretera.

Ella estaba jugando en el suelo con Thomas, que estaba batallando con sus brazos y piernas en su gimnasio de bebés. Cuando ella vio las flores, sus ojos se suavizaron por la emoción. “Son preciosas,” dijo mientras se levantaba para buscar un jarrón. “¿Qué celebramos?”

Mac se acercó por detrás de ella, acarició su cuello con los labios y le dio un beso en su cálida piel. “Nada. Solo quería darte las gracias por la mejor noche de toda mi vida.”

“Oh.”

“¿Qué?” Preguntó él. “¿No ha estado bien para ti también?”

“Sabes que sí.”

“¿Entonces?”

Ella se volvió hacia él con una cara inexpresiva. “No puedo dejar de pensar en las cosas que ha dicho tu madre.”

Mac quería gritar de frustración, pero se contuvo. “Olvídalo. Ella no puede tener ningún efecto en nosotros a menos que la dejemos, y yo no tengo planes de dejarla.”

Maddie entrelazó las manos detrás de su cuello y tiró de él para darle un beso. Acariciando sus labios con la lengua, ella lo tuvo ardiendo y listo en dos segundos.

Él gimió. “Eso me gusta más.”

“¿Te has encargado de nuestro problema?”

“Todo listo.”

Presionando su cuerpo contra su erección, ella dijo, “¿Quién lo va a hacer? ¿Joe?”

Mac estaba teniendo problemas para pensar, y mucho más para hablar. “No está en la isla.”

“Entonces, ¿quién?”

“Creo que será mejor que no lo sepas.”

Una expresión de shock cruzó el rostro de Maddie. “Dime que *no* se lo has pedido a tu hermana.”

“Era eso o esperar a que Joe volviera mañana.” Él ahuecó su trasero y tiró aún más de ella contra él. “Y no creo que eso fuera a funcionar para nosotros.”

“Nunca voy a ser capaz de mirarla de nuevo.”

“Claro que sí.” Recordando su encuentro con Janey, Mac miró el reloj.

Maddie se quedó sin aliento. “¿Qué te ha pasado en la mano?” Ella pasó sus dedos suavemente sobre sus hinchados y amoratados nudillos. “¿Has pegado a alguien?”

“Por supuesto que no. Me he dado un golpe.”

Ella alzó una ceja escéptica. “¿Ah sí? ¿Cómo?”

“Subí corriendo las escaleras antes y me di con la barandilla. Fue una estupidez.” Él la besó en la nariz. “No te preocupes por ello.”

Llevándose las manos a las caderas, ella dijo, “Quiero saber a quién has pegado y por qué.”

Desconcertado, Mac la observó. “¿Es este el tipo de esposa que vas a ser?”

“Sí. ¿A quién has pegado? No habrá sido a tu madre, ¿verdad?”

Mac se echó a reír y luego se retorció bajo el calor de su mirada. “Solo ha sido un malentendido.”

“Sobre mí.”

“En absoluto.”

“Estás mintiendo, Mac. No soy ninguna niña que necesite protección.”

“Tal vez soy yo el que quiere protegerte.” Él puso las manos sobre sus hombros y trató de masajear la tensión en ellos. “Por favor, no me obligues a contártelo. Ya ha pasado.”

Maddie le miró durante un largo momento. Luego fue a la nevera, sacó una bolsa de hielo, y la envolvió alrededor de su mano. Ella le miró con esos potentes ojos. “No te guardes las cosas, y *no* me mientas. Nunca.”

“De acuerdo.”

“Esas son condicionantes básicos para mí, Mac. Lo digo en serio.”

Él tragó saliva. “Entiendo.” Acariciando su mejilla, se inclinó para besarla. “Tengo que ir a ver a Janey. ¿Quieres que vayamos un rato a la playa después?”

“Yo no voy nunca a la playa.”

“Vives en una isla. ¿Cómo puedes no ir nunca a la playa?”

Ella le lanzó su ya familiar, fulminante mirada. “No me gusta dar ningún espectáculo barato.”

“Yo voy a estar allí contigo para espantar a los niños.”

“Todos me mirarán embobados.”

“Pues deja que miren. No te pueden tocar si tú no les dejas—y sabes que lo digo totalmente en un sentido figurado.”

“¿Y a ti no te va a importar que me miren?”

“Lo ignoraré.”

“Bueno,” dijo ella, “supongo que no podrás golpear a nadie más hoy con tu mano magullada y maltratada.”

Él mostró su sonrisa más encantadora. “Todavía tengo mi gancho de izquierda.”

Janey le estaba esperando cuando Mac llegó a la escalera de atrás del Beachcomber.

Al acercarse, ella entrecerró los ojos hacia él. *Uh oh.*

Janey cogió impulso con la bolsa y le golpeó en la cabeza.

“¡Oye! ¡Eso duele!”

“La misma señora Gold estaba hoy atendiendo en la droguería. ¿Sabes lo que me ha dicho?” Sin tomar aliento, Janey imitó el acento nasal y neoyorkino de la señora Gold. ““Oh, Dios mío, *Janey*, el Doctor David debe estar a punto de hacerte una *larga* visita este fin de semana.””

Mac sabía que no había sido buena idea, pero no pudo evitar echarse a reír.

Ella le golpeó de nuevo con la bolsa. “¡No es gracioso! ¡Yo tengo que vivir en esta ciudad!”

Él trató de borrar la sonrisa de su rostro y sacó un fajo de billetes de veinte de su bolsillo.

Janey cogió el dinero y metió la bolsa entre sus brazos. “Me va a hacer falta años de terapia para recuperarme de esto.”

“Eres la mejor, Janey.” Mac le dio un beso ruidoso en la mejilla.

Ella le empujó. “Te odio más que a nadie.”

Él le dio un codazo en las costillas. “No es verdad.”

“Voy a ir a hacerme un lavado de cerebro para que pueda borrar este desagradable incidente de mi memoria.”

“Pásate por casa de Maddie este fin de semana. Haremos algo divertido.”

“De ninguna manera voy a acercarme a ninguno de los dos antes de que agotéis el suministro.”

Mac sonrió. “Estaremos dando gracias a Janey McCarthy *cada vez* que lo hagamos.”

Janey se tapó las orejas, gritó y se alejó.

Mac no pudo parar de reír durante todo el camino a casa.

A pesar de que Maddie llevaba un conservador bañador de una sola pieza, no había pasado desapercibida para ninguno de los chicos allí presentes. Mac se dijo a sí mismo que no tenía importancia, pero se estaba mintiendo. Se

preguntó si alguna vez se habría comportado de una forma tan estúpida en torno a una mujer llena de curvas. Probablemente. Un grupo cercano de jóvenes estaba particularmente fascinado, y Mac los fulminó con la mirada.

“Un hombre afortunado,” escuchó decir a uno de ellos con una risita.

Mac necesitó cada gramo del autocontrol que poseía para no ir allí y borrar la estúpida sonrisa del chico de un puñetazo.

“Ya te lo dije,” dijo Maddie.

“¿Qué?”

“Que no iba a gustarte.”

“Son unos idiotas.”

“Los hombres son hombres. No pueden evitarlo.” Maddie tomó su camiseta para cubrirse.

“No lo hagas,” dijo Mac, apoyando la mano en su brazo. “No dejes que te molesten.”

“Es fácil para ti decirlo. No te están mirando a ti.”

El móvil de Mac sonó, y él lo sacó de su mochila. No reconoció el número de Gansett, pero tomó la llamada de todos modos.

“Hola, Mac,” dijo una entrecortada voz femenina. “Espero que no te importe que tu madre me haya dado tu número.”

“Lo siento, pero no sé quién eres,” dijo, aunque tenía una ligera sospecha.

Ella se rio. “Doro. ¿Recuerdas que nos conocimos la otra noche en McCarthy’s? Tu madre me dijo—”

“Sea lo que sea que te haya dicho, no es verdad. Estoy saliendo con alguien.”

“Algo he escuchado. Maddie, ¿verdad? No la conozco, pero claro, nunca nos hemos movido exactamente por los mismos círculos.”

“Por suerte para ella.”

“¿Perdón?”

“Escucha, Doro. No me interesa. Siento si esto hiere tus sentimientos, pero por favor, no vuelvas a llamarme.” Lamentando haber contestado la llamada, Mac cerró el teléfono antes de que ella pudiera responder, y lo escondió en su bolsa.

“No se rinde, ¿verdad?”

“¿Quién? ¿Doro?”

Maddie volteó sus ojos hacia arriba. “Tu madre.”

Mac se encogió de hombros, sabiendo que tenía que actuar con rapidez—otra vez—para minimizar el daño con Maddie. “Ese es su problema, no el

nuestro.” Él tomó a Thomas en brazos y se dirigió hacia ella. “Vamos, vayamos a darnos un baño.”

Ella vaciló solo un segundo antes de tomar la mano que él le estaba ofreciendo.

A la orilla del mar, ella miró las olas con temor. “Nunca le he traído a la playa. No sé si le gustará el agua.”

“Entraremos despacito.” A medida que adentraban en el mar, Mac bajó al bebé al agua fría. Thomas pataleó y dejó escapar un grito feliz que hizo que los dos se echaran a reír. “Es como la bañera, colega, solo que más grande.” Después de media hora de saltar las olas, Mac se tendió en la arena mojada de la orilla, y cavó un pequeño agujero para sentar a Thomas. Las olas llenaron el agujero como si fuera una piscina. Thomas chapoteó y chilló mientras que Mac embadurnaba sus regordetas piernas de arena mojada.

Mac miró a Maddie, que estaba sacándoles fotos. “Creo que es seguro decir que le gusta la playa.”

“Vamos a estarle quitando la arena de los rollizos de sus piernas durante un mes.”

Mac se rio y dejó caer aún más tierra húmeda sobre Thomas. Jugaron hasta que el pequeño comenzó a bostezar y se frotó los ojos con las manos llenas de arena. “Whoa, colega,” dijo Mac, agarrando las manos del bebé. “No hagas eso.”

Thomas dejó escapar un gemido de angustia.

Mac lo llevó de nuevo al agua para enjuagarle tanto como pudo. Quitándole su diminuto bañador, lo limpió y lo llevó de vuelta a Maddie para ponerle un pañal limpio.

“Te has convertido en todo un profesional con él.”

“Él hace que todo sea divertido.”

Maddie le sonrió. “Tú también.”

Mac deslizó una mano alrededor de su cuello y tiró de ella en un tierno beso. “Me gusta mucho que digas eso.” Ella cogió al bebé y lo sentó en una de las sillas de playa.

Maddie le preparó un biberón. “¿Quieres que yo le dé de comer?”

“No, yo lo haré.”

Cuando el pequeño se terminó su leche, Mac lo puso a eructar y lo acurrucó contra su cuerpo. El dulce aliento del bebé le hizo cosquillas en el cuello.

“¿Se ha quedado dormido?”

“Como un tronco. Puedes tumbarle si quieres.”

Habían traído una sombrilla y habían hecho sitio para que Thomas pudiera echarse una siesta.

“No, estoy bien. Me gusta tenerle en brazos.” Él tapó al bebé con una toalla para protegerle del sol.

“¿Qué dirían tus amigos en Florida si pudieran verte ahora mismo?”

“No se lo creerían.”

“¿Qué vas a hacer con el negocio que tienes allí?”

“Ellos me comprarán mi parte, y encontrarán a alguien que me sustituya.”

“¿No se van a enfadar de que no vuelvas?”

“Quizás. Los tres nos hemos matado para construir un negocio próspero.”

“Va a ser un duro golpe para ellos perderte.”

Mac suspiró. Había pensando exactamente lo mismo desde que había decidido quedarse. “Me han estado enviando mensajes de texto con todo tipo de preguntas y problemas. Tenemos mucho que hacer en este momento. Siempre lo hacemos.”

“¿Tenías novia allí?”

Mac la miró, sin saber a dónde se dirigía todo esto. “Más o menos.”

Maddie se rio. “¿Qué significa tener ‘más o menos’ una novia?”

“Salí con mi asistente durante un tiempo—y sí, ya sé que es un terrible cliché—pero no nos veíamos demasiado fuera del trabajo, lo que no le hacía ninguna gracia. Pero la relación acabó antes de que viniera a casa.”

“¿Cómo se llama?”

“Rosanne.”

“¿Es guapa?”

“Tú eres guapa.”

“Buen intento. ¿Qué aspecto tiene?”

“Tiene un puñado de dientes y una verruga en la nariz. Nada en absoluto que destacar.”

Maddie se echó a reír a carcajadas. “No te lo crees ni tú. Probablemente parezca una súper modelo.”

Mac entrelazó sus dedos con los de ella. “Ella no tiene nada que hacer contigo. Al segundo en que te vi, todas las demás mujeres se desvanecieron en el horizonte. Tú eres la única que me importa ahora—la única que me importará durante el resto de mi vida.”

“Mac . . . eres tan dulce.” Ella trajo sus manos unidas a sus labios. “Ahora dime, ¿qué aspecto tiene?”

Él se rio de su persistencia. “Bueno, tiene seis dedos en su pie izquierdo.”

“¡Mac!”

Después de terminar el turno en la guardería, Mac le dijo a Maddie que tenía que salir corriendo a hacer un recado y que volvería en breve. Se sentó en el sofá para atarse las deportivas.

“¿Realmente vas a ir corriendo?” Preguntó Maddie.

“Sí.”

Ella miró la bolsa de Gold's sobre el mostrador. “¿Crees que podrías darte prisa?”

Mac se levantó y la rodeó con sus brazos. “Volveré antes de que ni siquiera te des cuenta de que me he ido.”

Ella pasó la punta de la lengua por su cuello. “Daré de comer a Thomas y le dormiré en lo que estás fuera.”

Mac se estremeció. “Prometo no tardar.”

“Date prisa.”

Mac nunca había corrido a tanta velocidad mientras se dirigía a recoger el todoterreno negro que había visto en venta esa misma mañana. Después de completar la transacción, disfrutó del suave paseo al volante del vehículo. Mac pasó por la tienda de comestibles y compró un pollo asado y una ensalada para la cena, y estuvo de vuelta en cuarenta y cinco minutos. Percibió la música suave y el aroma de las velas nada más entrar. Las persianas estaban echadas, y la cama estaba preparada.

Ella salió del baño llevando su camisón. Cruzando los brazos sobre el pecho, se apoyó contra la pared, y lo miró con ojos hambrientos. “¿Qué te ha llevado tanto tiempo?”

Deteniendo el impulso por babear, Mac escondió las bolsas del supermercado en el refrigerador. “Necesito darme una ducha,” dijo.

Maddie puso la mano en su pecho y le dirigió hacia la cama. “No, no es verdad.”

“Pero estoy todo sudado—” Con las manos en su pelo, ella tiró de él y le besó hasta dejarle sin aliento.

La parte de atrás de las rodillas de él chocaron con la cama y cayó hacia atrás mientras que ella se subía encima.

“¿No te ha parecido un día extremadamente *largo*?” Preguntó ella entre tórridos besos.

“Mmm, el más largo de toda mi vida.” El intentó rodar sus cuerpos para cambiar de posición, pero ella le detuvo.

“¿Podemos hacerlo así?” Preguntó ella con sus mejillas en llamas.

“Nena, podemos hacerlo de la forma que quieras, siempre y cuando lo hagamos muy, muy pronto.”

Ella se mordió el labio inferior y sonrió, lo que hizo que su corazón dejara de latir.

Él alzó la mano para hundir los dedos en su pelo y tiró de ella. “¿Lo has hecho así antes?”

Ella negó con la cabeza.

“Te va a gustar.”

“¿Y a ti?”

Mac se echó a reír. “Por supuesto.” Él pasó las manos por su sedoso vestido y tiró de él a su paso. “¿Podemos deshacernos de esto, o quieres dejártelo puesto?”

“Se puede ir”.

“¿Estás segura?”

“¡Sí! ¡Rápido!”

Moviéndose rápidamente, se quitaron el resto de sus respectivas ropas y rompieron una de las nuevas cajas de condones.

“Déjame a mí,” dijo Maddie, tomando el paquete de aluminio de él.

Mac exhaló un profundo y largo suspiro y contó hacia atrás desde cien mientras que ella usaba los dientes para rasgar el paquete, y luego mantuvo los ojos fijos en él mientras hacía rodar el preservativo sobre su eje.

“Estás muy duro,” susurró ella, trasladando la mirada de sus ojos a su entrepierna. “¿No te duele?”

“No,” dijo él con un gemido. “Pero si no lo haces un poco más rápido, nos vamos a perder la mejor parte.”

Cuando finalmente lo envainó, Maddie se sentó a horcajadas sobre él, y Mac decidió que definitivamente había muerto y había ido al cielo mientras que ella le acogía lentamente en su interior y comenzaba a cabalgar con enorme entusiasmo—como si hubiera estado esperando una eternidad para hacerlo. Sus pesados pechos se balanceaban al compás de los movimientos de sus caderas. Con sus brazos alrededor de ella, Mac la llevó con él cuando se sentó en el respaldo del sofá, de modo que su cara estaba a la altura de sus pechos. Él los amasó con sus manos, y luego con la boca.

Maddie echó la cabeza hacia atrás, perdida en la sensación.

Puesto que él la estaba observando tan de cerca, vio el momento en el que ella llegó a la cima, y luego bajó de nuevo solo para que Mac descubriera que

no había terminado con ella. “Hazlo de nuevo,” susurró él.

“No puedo,” dijo ella, agotada.

“Sí, sí puedes.” Él la apoyó en sus rodillas flexionadas, y la agarró por sus caderas para levantarla arriba y abajo.

Ella jadeó cuando la penetró más profundamente que antes.

“¿Te duele?” Le preguntó.

Al parecer, incapaz de hablar, ella negó con la cabeza.

Mac aprovechó el momento para recorrer sus tonificadas piernas con sus manos y el vientre, lo que hizo que se estremeciera bajo su toque. Mientras que él intensificaba el ritmo de sus caderas, sus dedos se centraron en la palpitante protuberancia llena de nervios entre sus piernas, lo que hizo que ella exhalara un largo y profundo gemido de placer. Una vez más, sus muslos se apretaron alrededor de él, y su cuerpo se puso rígido tras su liberación.

Mac mantuvo un férreo control sobre sus caderas mientras que se dejaba llevar con ella, con el rostro enterrado entre sus pechos.

Mientras que él se vaciaba en su interior, Maddie le echó los brazos al cuello y se agarró con fuerza mientras que él seguía pulsando dentro de ella.

Mac acarició su cabello. “¿Te ha gustado?”

“Oh, sí,” dijo ella sin aliento.

La suave risa de Mac fue interrumpida cuando ella levantó la cabeza para darle un beso.

“¿Cuándo crees que podremos hacerlo de nuevo?”

“Te he convertido en una fanática del sexo regular.”

Ella le mordió el cuello. “¿Cuándo?”

Mac se encogió cuando una chispa de pura lujuria corrió a través de él, y pasó las manos por su espalda hasta que se posaron en las curvas de su trasero. “¿Qué te parece ahora mismo?”

“Perfecto,” contestó ella con un suspiro de satisfacción.

“¿A dónde fuiste antes?” Le preguntó Maddie después de que hubieran compartido una cena de picnic en la cama.

Mac bostezó y se pasó una mano por el pelo. “A comprarle un coche a Thomas.”

Maddie se sentó enseguida. “¿Qué?”

Riendo, él tiró de ella de nuevo hacia abajo. “Necesitábamos una manera de podernos desplazar los tres juntos, así que he comprado una camioneta.”

“No puedo creer que hayas comprado un coche.”

“¿Por qué no? Lo necesitábamos. “Mac levantó la mano para apagar la luz.
“Ha sido un buen día.”

“Ha sido un *gran* día.”

“Tendremos muchos más como este.”

“Estás empezando a hacerme creer que realmente va a suceder.”

Mac se puso de costado y le acarició la cara. “Créetelo. Tú y Thomas me habéis dado tanto—cosas que ni siquiera sabía que no tenía.”

“Y tú nos has dado cosas que yo sabía que no teníamos, pero que nunca pensé, ni en mis mejores sueños, que podría tener.”

“Te quiero,” susurró él. “Quiero tenerlo todo contigo.”

“Si estoy soñando, no me lo digas, ¿vale? No quiero despertar.”

Sonriendo, ella se acurrucó cerca de él. “Duerme y sueña con todo lo bueno que vamos a tener.” Mac le susurró sobre los planes y los sueños y las casas y los niños que iban a tener, hasta que se aseguró de que se había quedado dormida. Solo entonces se permitió cerrar los ojos e irse a la deriva.

Se despertó a la mañana siguiente solo en la cama. “¿Maddie?”

Ella salió del baño vestida con una falda de flores y un top a juego.

Él se incorporó sobre un codo. “¿Qué estás haciendo?”

“Preparándome para ir a la iglesia. Thomas y yo vamos cada domingo a las nueve. Solo que la semana pasada no fuimos porque yo era un caos sangriento.”

“Oh.”

“¿Quieres venir?”

“No soy muy religioso.”

“No te preocupes. Volveremos en una hora. ¿Por qué no duermes un rato más?”

“No puedo dormir sin ti.”

Ella se inclinó para darle un beso. “No pongas mala cara. No te queda bien.”

Él tiró de ella y la besó con más intensidad.

“¡Mac!”

“Estás muy sexy en tu ropa para ir a la iglesia.”

“¡Suéltame! Voy a llegar tarde.”

“¿De verdad vas a dejarme una hora entera?” Le preguntó, soltándola.

“Sobrevivirás.”

“Puede que no.”

“Entonces ven con nosotros.”

“No he estado en veinte años. Arriesgarás mi vida llevándome a una iglesia —las luces esas cegadoras y todo eso.”

Volteando sus ojos hacia arriba, Maddie entró en el dormitorio y regresó con Thomas, que llevaba un pequeño polo de color rojo, unos pantalones cortos color caqui, y sandalias. “No seas ridículo. No hay tanta luz en nuestra iglesia.”

“¿Tú también vas a dejarme, colega?” Le preguntó Mac a Thomas. “Este es nuestro tiempo juntos.”

Thomas pateó sus pies y le echó los brazos a Mac.

“Traidor,” murmuró Maddie mientras le daba el bebé a Mac para que pudiera terminar de arreglarse.

En el momento en que ella salió del cuarto de baño nuevo, Mac estaba vestido. “Dame cinco minutos.”

Maddie lo miró fijamente.

“¿Qué?”

“¿De verdad vas a venir?”

“Dado que es eso o estar sin ti durante una hora, sí, iré con vosotros.”

Ella negó con la cabeza. “Eres demasiado.”

Cuando Mac pasó por su lado, puso su brazo alrededor de ella y tiró de su cuerpo hacia él. “Si alguna vez te preguntas cuánto te quiero, recuerda el día de hoy.”

“Son solo las ocho y media, y ya sé que nunca olvidaré este día.”

Capítulo 13

En el camino a North Harbor la mañana del lunes con Maddie detrás de él en la moto, Mac revivió el mejor fin de semana de toda su vida. Después de la iglesia el domingo, había encontrado un chaleco salvavidas para bebé en el garaje de su padre y había llevado a Thomas y a Maddie a dar un paseo por el Salt Pond en el antiguo Chris Craft de su padre. A Thomas le había encantado estar en el agua.

Se habían reunido con sus padres un rato para tomar una copa en el Tiki Bar después, durante el cual su madre había parecido hacer un intento para ser amable con Maddie, pero le había dado la espalda a Mac. Él pensaba que la mujer entraría en razón a tiempo, y se negaba a seguir preocupándose al respecto. Linda sostuvo incluso a Thomas en brazo durante unos minutos. El pequeño hizo las delicias de Mac Padre con su dulce carácter. En su mayor parte, se había tratado de una exitosa visita y Mac era más optimista acerca de tomar un armonioso paso hacia el matrimonio.

Casarse.

Dios, una semana atrás, esa simple palabra le hubiera dado urticaria. Ahora, tenía a la mujer a la que amaba en la parte trasera de su moto y un bebé por el que estaría dispuesto a hacer cualquier cosa. Era asombroso lo que podía influir en sus convicciones anteriores haber encontrado a la mujer adecuada. Deteniéndose en el hotel, Mac aparcó y apagó el motor. Ayudó a Maddie a bajarse de la moto y a quitarse el casco.

“Quiero que te lo tomes con calma. Ese codo todavía se ve mal. No vayas a golpearte con algo.”

“No lo haré, no te preocupes.”

“Estaré a los pies de la colina.” Señaló hacia el puerto deportivo. “Podrás mirar por la ventana y verme sobre el tejado.”

Ella extendió la mano para acariciar su rostro. “Ten cuidado ahí arriba. Me he vuelto muy aficionada a este cuerpo, y lo quiero todo de una sola pieza.” Su mano se movió de su rostro hacia su pecho y empezó a deslizarse hacia el sur.

Él la detuvo en su vientre. “No empieces,” gruñó. “Detesto ya de por sí tener que dejarte durante seis horas.”

“Estás haciendo un mohín de nuevo.”

“¿Nos vemos a la hora de comer?”

“No sé si podré escaparme.”

Mac le dio un largo beso. “Inténtalo con todas tus fuerzas.”

Ella se aferró a él. “Me tengo que ir,” susurró.

“Está bien.”

Salvo que ninguno de los dos soltaba al otro.

Mac la besó en la frente y luego en los labios. “Ve. Vendré a buscarte a las tres menos cuarto.”

“No sé si habré terminado de trabajar para ese entonces. Puedo hacer que alguien me acerque a casa.”

“Yo voy a estar por aquí, y no te atrevas a dejar que te vea en la parte trasera de la moto de alguien más.”

Maddie se rio. “No te preocupes.” Ella se colgó el bolso sobre su hombro y le dio una mirada sensual. “Tu motor es el único que quiero entre mis piernas.”

Mac gruñó ante el sugerente comentario y se apoyó en la moto para ver bien su extremo posterior enfundado en esos shorts ajustados, mientras que ella caminaba por la colina. Él silbó suavemente.

“Corta el rollo,” dijo ella por encima del hombro, pero Mac la vio sonreír.

“Maddie.”

Ella había llegado a la cima de la colina, pero se volvió, fingiendo estar exasperada. “¿Qué?”

“Se te olvida algo.”

“¿Ah sí?”

Él levantó una ceja.

Su rostro se puso rojo como un tomate. “Te quiero.”

Sonriendo, Mac dijo, “Ahora puedo irme a trabajar.” Pasó su pierna izquierda por encima de la moto, puso el vehículo en marcha, y se volvió hacia el puerto deportivo, sintiendo los ojos de ella sobre él durante todo el camino.

En una mesa de picnic fuera del restaurante de la marina, Mac se encontró a su padre entreteniéndolo a un bebé que había venido en uno de los barcos, mientras que charlaba con Ned y otros varios locales. Cada uno de ellos tenía una gran taza de café y estaban compartiendo un plato de donuts de azúcar.

“¡Hola!” Gritó Mac Padre. “¡Ahí está! El hombre que va a evitar que este lugar se desmorone a mi alrededor.”

“Una formidable tarea,” murmuró Ned.

“Tú lo has dicho,” respondió Mac. “¿Ha venido ya alguno de mis hombres?”

“No que yo los haya visto,” dijo Mac Padre. Le dio un codazo a su viejo amigo Sam Pressley, el retirado Jefe de Policía de Gansett, para que se echara

a un lado y le dejara sitio a Mac.

“Iré a por un poco de café,” dijo Mac. Regresó unos minutos más tarde y se unió a los hombres en la mesa.

Ned cogió otro donut.

“A este paso, te vas a volver diabético,” le dijo Mac Padre a su amigo mientras le daba un beso al bebé y se lo entregaba a su madre.

Ned se chupó el azúcar de sus dedos. “Queda muchísimo camino para llegar allí.” Se limpió la cara con la manga y se volvió hacia Mac. “He oído que estás liado con esa chica del hotel.”

“Jesús,” dijo Mac. “Directo al grano, ¿por qué no?”

“¿Qué pasa?” Dijo Ned.

Mac Padre se echó a reír, pero no le echó ningún cable a su hijo.

Los otros se inclinaron, a la espera de la primicia.

“Veamos: la amo, nos vamos a casar, me voy a quedar aquí, probablemente me voy a hacer cargo de esta basura y veré a ver si puedo salvarla de la quiebra, me he comprado un camioneta nueva, estoy buscando alguna propiedad en la que construir una casa nueva, y, ah sí, voy a adoptar a su hijo. ¿Os parece suficientemente bueno?”

Los otros hombres, incluyendo su padre, se le quedaron mirando, con la boca abierta.

“¿Y todo eso en una semana?” Finalmente dijo Ned.

“Sí.” Mac bebió su café y disfrutó de un donut mientras que los demás procesaban la noticia.

“Si quieres comprar alguna propiedad,” dijo Sam, “has venido al lugar correcto.”

“¿Qué quieres decir?” Preguntó Mac.

“Habla con Ned. Tal vez pueda hacer algún apañío.”

Mac miró a Ned, quien se estaba retorciendo en su asiento.

Mac Padre dejó escapar una saludable risa. “Parece como si alguien te estuviera empujando a salir del armario, viejo amigo.”

Mac no tenía ni idea de qué estaban hablando.

“Ned es dueño de la mitad de la isla, muchacho,” dijo Cliff Sutter. “Si quieres comprar la propiedad a un módico precio, habla con él.”

“Tal vez podríamos llegar a un acuerdo,” dijo Ned con brusquedad.

Mac le miró fijamente. “¿Conduces un taxi y vistes como un vagabundo, y eres propietario de la mitad de esta isla?”

Mac Padre y los otros aullaban de risa.

“¿Qué diablos pasa con mi forma de vestir?” Resopló Ned. “Y que sepáis todos, que conduzco un taxi porque me *gusta*. Poseer una propiedad hace que no esté muy ocupado precisamente, y no voy a quedarme en casa sentado viendo culebrones. Ese no es exactamente mi estilo.”

“Vaya,” dijo Mac. “Te crees que conoces a alguien. . . “

A medida que los trabajadores de la construcción que Mac había contratado fueron llegando, fueron recibidos en el círculo. Mac esperaba que esto se convirtiera en su rutina mientras se asentaba y comenzaba a trabajar en el McCarthy's: despertar con Maddie, salir a caminar con Thomas, y luego tomar café con papá y los otros muchachos antes de empezar el trabajo del día. El hecho de que él pudiera encontrar tanta satisfacción y sentido de pertenencia en una isla que una vez le hizo sentir confinado, le sorprendía gratamente. Ahora solo tenía que encontrar la manera de decirles a sus socios en Miami que no iba a volver.

Maddie fue recibida con abrazos de sus compañeras de trabajo, llenas de preguntas sobre Mac. Ella las informó lo más rápido que pudo antes de que Ethel comenzara a darles órdenes.

“Mac es taaaaan mono,” le susurró Daisy a Maddie.

“No me canso de mirarlo.”

“Y eso de que te cubriera durante el tiempo que estuviste recuperándote. . .” Daisy apoyó una mano en su pecho e hizo como si se desmayara un poco.

“Quiere casarse conmigo y adoptar a Thomas,” susurró Maddie, con ganas de contárselo a alguien que sabía que se alegraría por ella. Tiffany no contaba.

“¡Oh, Dios mío!” chilló Daisy.

“Señoritas, ¿me estáis escuchando?” Dijo Ethel.

“Sí, señora,” dijeron todas juntas al unísono, ahogando sus risitas.

Cuando Ethel volvió a dar órdenes, Maddie le contó a Daisy sobre su oferta de trabajo en el Beachcomber. “Me gustaría llevarte conmigo.”

“¿En serio?”

“Por supuesto.”

“Oh, Maddie, estoy tan feliz por ti. Nadie se merece esto más que tú.”

Maddie apretó el brazo de su amiga. “Gracias.”

Más tarde esa mañana mientras que sus obreros comenzaban a retirar la cubierta existente en el edificio principal, Mac se encontraba estudiando el

alero cuando hizo un interesante descubrimiento. Gran parte de la estructura del edificio había sido sustituida recientemente. “¿Qué diablos?” Murmuró. “¿Por qué no me habrá dicho nada papá al respecto?” Definitivamente, eso hacía que su trabajo fuera mucho más fácil, pero presentaba un desconcertante misterio. ¿Quién iba a tomarse el tiempo y el considerable esfuerzo—por no mencionar el gasto—de arreglar el hundimiento del techo? Ciertamente, no Mac Padre, quien no parecía hacer nada más estos días que ayudar a los barcos a llegar a tierra, jugar con los niños, y pasar el rato con su compañeros. Mac analizó más de cerca la artesanía de calidad, que probablemente había impedido que el edificio se hubiera caído alrededor. “Muy interesante.”

Subiendo por las escaleras del ático, Mac no podía imaginar quién habría hecho el trabajo. Por curiosidad, entró en el despacho de su padre, que estaba en el piso superior del restaurante. Sobre el escritorio había muchas pilas desordenadas de papeles, una chequera abierta, vasos de papel, y caos en general.

Mac gimió.

“Todo está hecho un desastre,” dijo una voz detrás de él.

Mac se volvió. “Luke. No te había oído entrar.”

Luke se concentró en el escritorio. “No puedo recordar la última vez que lo vi aquí.”

“¿De veras?”

“Le encanta estar fuera en los muelles, charlando con la gente, y pensando en nuevas ideas para hacer crecer el negocio. Es esta parte de la que suele olvidarse.”

Mac oyó el cariño hacia su padre en la voz de Luke. “¿Se están pagando las facturas?”

“Lo dudo.”

Entonces Mac cayó en la cuenta. Tenía sentido. Todo el mundo quería a Mac Padre. ¿Por qué no iba a hacerlo el callado joven que había trabajado para él durante más de veinte veranos seguidos? “Has estado haciendo algunas reparaciones por aquí, ¿no es así? Eso es en lo que te has estado gastando el dinero.”

“¿Qué dinero?”

“El que vi que te guardabas.”

“Y, por supuesto, pensarías que estaba robando a tu padre,” dijo Luke con un tono amargo.

“Vi las nuevas vigas y no podía imaginar quién habría hecho los arreglos.

Puesto que mi padre no me ha mencionado nunca nada al respecto, supuse que no lo sabría.”

“El lugar era un auténtico desastre, yo solía decirle a tu padre, ‘Mac, tenemos que hacer algunas reparaciones por aquí.’ Él siempre me decía, ‘Oh, vamos, Luke. Podemos aguantar un año más, ¿no crees?’ Hemos tenido esa misma conversación cada mes de mayo durante cuatro años.”

Mac sonrió. “Me lo puedo imaginar.”

“Dado que lo único que Mac quiere hacer es pasar el rato con sus amigos, empecé a quedarme a trabajar por las noches para apuntalar el techo antes de que se derrumbara y matara a alguien. Me sentí aliviado al oír que por fin iba a dejar que tú lo arreglaras. Una fuerte ventisca más y hubiéramos estado bien jodidos.”

“Has hecho un trabajo realmente bueno.”

“Gracias. Cuenta conmigo si necesitas que te ayude con el resto.”

“Te lo agradezco.” Después de que Luke volviera a su trabajo, Mac se quedó mirando el desorden en el escritorio, preguntándose cómo se las iba a arreglar para reparar el lugar y reorganizar el negocio al mismo tiempo. “Parece que he llegado justo a tiempo.”

Mac trabajó durante muchas horas esa semana, pasando mucho tiempo en el tejado con el caliente sol sobre su cabeza, y clasificando montones de papeles cada noche en la oficina. Rápidamente descubrió que el negocio tenía bastantes impagos con la mayoría de los principales proveedores y habló con su padre acerca de escribir algunos cheques.

“Adelante,” dijo Mac Padre. “Tienes el mismo nombre que yo. Firma todo lo que quieras.”

“¿Hay dinero en la cuenta?”

“Suficiente.”

“¿Hay algún extracto del banco por ahí que pueda confirmar eso?”

Mac Padre hizo un gesto hacia la oficina. “Ahí dentro. En alguna parte.”

“Fantástico.”

Cada mañana, Mac seguía llevándose a Thomas a dar un paseo, y ese martes comenzó a trabajar en un proyecto muy especial. Sentado en el South Harbor Diner, puso al bebé babeando sobre la mesa de frente a él. “Vale, colega,” dijo Mac, “a ver cómo dices Ma-ma. Ma-ma. Vamos, puedes hacerlo.”

“Mmmmm,” dijo Thomas mientras se mordisqueaba los dedos de la mano.

“Cerca, pero no del todo.” Mac apartó los dedos de su boca. “Ma-ma. Ma-ma.”

Más baba. “Mmmmm.”

Mac estaba tan concentrado en el bebé que no vio al hombre que se acercó a su mesa.

“Es una auténtica preciosidad.”

Mac levantó la vista y suprimió un jadeo.

“¿Puedo sentarme con vosotros?” Le preguntó Tom Wilkinson.

Mac levantó a Thomas de la mesa y lo apoyó sobre su hombro, de espaldas a Tom. “Por supuesto.”

Tom se sentó en el reservado en frente de Mac y aceptó una taza de café de la camarera.

“Pensé que no ibas a quedarte por aquí,” dijo Mac.

“No iba a hacerlo, pero algo en esta isla me llama. Me inspiro mucho estando aquí.”

Mac se encontró de nuevo luchando por recuperar el control cuando lo único que quería hacer era decirle a ese tipo lo que realmente pensaba sobre él. “He leído algunos de tus libros,” dijo, tratando de mantenerse en un terreno seguro.

“¿De verdad?”

“Uh huh.” Mac no iba a darle la satisfacción de decirle que le habían gustado.

“¿Puedo ser honesto contigo, Mac?”

“Si no hay más remedio.”

“Solo me hicieron falta treinta minutos en la isla para descubrir que tú y Maddie no estáis realmente casados.”

El corazón de Mac empezó a latir a toda velocidad. “Lo estaremos muy pronto.”

Como si Mac no hubiera dicho absolutamente nada, Tom continuó. “Y descubrir que solo la conoces desde hace una semana, más o menos.”

Mac apretó su agarre sobre Thomas. “¿Qué te importa?”

Tom se recostó en el sofá y estiró un brazo sobre el respaldo. “Los escritores somos muy malos con las matemáticas, pero aún puedo sumar dos más dos para determinar que el bebé que estás sujetando ahora mismo es probablemente mi hijo.”

Mac se tragó una oleada de pánico. “Es el hijo de Maddie.”

“No hay duda sobre eso. Supongo que la única cuestión pendiente es,

¿quién es su papá? Una prueba de ADN nos lo aclararía de inmediato, ¿no te parece?”

Mac se negó a parpadear. “¿Qué es lo que quieres?”

Ahora Tom se inclinó hacia delante, con los brazos descansando sobre la mesa. “Garantías de que no va a venir a por mi dinero.”

“¿Acaso lo ha hecho en algún momento?”

“Eso no quiere decir que no lo vaya a hacer.”

“Ella no tiene ningún interés en ti ni en tu dinero. Puedo garantizártelo.”

“¿Qué hay de él?” Tom asintió hacia el bebé. “¿Cuando tenga la edad suficiente de saber quién es su padre?”

“Ya tendrá un padre, y no querrá nada de ti.”

“¿Estás dispuesto a poner eso por escrito?”

“Si tú estás dispuesto a renunciar a todos tus derechos sobre él.”

“Haré que mi abogado redacte todos los documentos.”

Con un brazo apretado alrededor de Thomas, Mac cogió su cartera y la puso sobre la mesa para retirar una de sus tarjetas de visita. “Envía los documentos a mi oficina de Miami. Haré que me los manden directamente.”

“¿Y no volveré a saber de ninguno de los dos nunca más?”

“Si no hubieras venido aquí en primer lugar, nunca habrías sabido nada de nosotros. No tienes nada que nosotros queramos.”

Después de una larga pausa, Tom dijo, “¿Es un buen niño?”

“El mejor.”

“Supongo que no. . .”

“Ni lo preguntes.”

Tom se encogió de hombros como si no le importara, y al parecer no lo hacía, lo que estaba bien con Mac.

“¿Puedo preguntarte una cosa?” Dijo Mac.

“Por supuesto.”

“¿Qué clase de hombre le dice a una mujer que tiene una vasectomía hecha cuando no es verdad?”

“El tipo que es alérgico al látex, pero que le encanta el sexo.”

Mac le miró, incrédulo. Maddie tenía suerte de que Thomas fuera lo único que había conseguido de ese tipo. “Ya hemos terminado,” dijo Mac, ansioso por librarse de él.

Tom captó la indirecta y se levantó. “Estaré en contacto.”

Mac asintió y le vio alejarse, rezando por que saliera de la isla antes de que Maddie se topara con él de nuevo. Mac besó a Thomas en la frente.

“Esperemos que saques más cosas de tu madre que de esa escoria, colega.”

“Mam.”

Mac miró fijamente, sin aliento. “¿Ma-ma?”

“Mammmmmmm.”

Sonrió al bebé. “Estamos cada vez más cerca.”

“Parece que va a llover,” dijo Mac el jueves por la mañana. “Tomaremos la camioneta. Tú puedes conducir.”

“¡No puedo conducir tu camioneta nueva!”

“Es *nuestra* nueva camioneta, y por supuesto que puedes. Tienes permiso de conducir, ¿no es así?”

Ella asintió con la cabeza. “Pero no he conducido en años, y la camioneta es tan nueva y perfecta.”

Mac se rio de su angustia. “Es tuya para que la utilices siempre que lo necesites. De hecho. . .” Él rebuscó en su mochila y sacó un juego de llaves. “Estas son tus llaves. Te las quería haber dado antes.”

Maddie miró las llaves con temor mientras extendía la mano para tomarlas. “Muy bien,” dijo ella con un suspiro, “pero luego no digas que no te lo advertí.”

“Antes de que nos vayamos, Thomas y yo queremos mostrarte algo.” Mac cogió al bebé de su colchoneta en el suelo. “¿Estás listo, colega?”

“Ayeyayyayay.”

“Lo interpretaré como un sí.” Mac señaló a Maddie. “¿Quién es esa? ¿Cómo se llama?”

Thomas miró del uno al otro.

Mac se acercó al oído del bebé y susurró, “Mamá.” Habían hecho un gran progreso esa misma mañana. Mac esperaba que el bebé lo hiciera de nuevo.

“Mamá,” dijo Thomas, claro como el día.

Maddie se quedó sin aliento. “¡Oh, Dios mío!” Las lágrimas brotaron de sus ojos. “¿Acaba de decir . . .? ¡Oh, Dios mío!”

“Mamá,” dijo Thomas de nuevo.

Maddie se echó a llorar y cogió al bebé, abrazándolo cerca de ella. “¡No puedo creerlo! ¿Cómo ha aprendido a decir eso?”

“Hemos estado practicando,” dijo Mac, abrumado por su reacción.

“No me lo puedo creer.”

Thomas pasó una regordeta mano sobre las lágrimas en su rostro. “Mamá.”

“Sí, cariño.” Ella lo abrazó con fuerza. “Yo soy tu mamá. ¿Y quién es ese

tipo loco de ahí?” Señaló a Mac.

“Papá.”

Mac abrió la boca de par en par. “Te juro que eso no se lo he enseñado.”

Ella se rio entre lágrimas. “Parece que ha llegado a esa conclusión por su cuenta.” Maddie agarró a Mac para tirar de él en un abrazo a tres. “Esta ha sido la mejor sorpresa que me han dado en toda mi vida. Gracias.”

“Lo ha hecho todo Thomas.”

“Con un poco de ayuda de su papá.”

Después de que dejaran a Thomas en casa de Tiffany, Maddie condujo muy lento e hizo una parada total y completa en cada cruce en su camino hacia North Harbor.

“A este paso, llegaremos el próximo martes,” murmuró Mac.

“Cállate. Me estoy concentrando.” Cuando finalmente llegaron, Maddie soltó un largo suspiro de alivio. “Eso ha sido muy estresante.”

“Ya te acostumbrarás.”

“Si tú lo dices.”

Mac la besó y ella se fue hacia el hotel.

Mientras repasaba la lista de las habitaciones que tenía que hacer, Maddie pensó en la oferta de trabajo de la Beachcomber y en cómo iba a hacer que su vida—y la de Thomas—fuera mucho más fácil. Estaba en su último cuarto cuando Daisy se precipitó dentro, con la *Gaceta Gansett* entre sus manos.

“¡Sales en todos los periódicos, Maddie!”

Una oleada de miedo se puso en su vientre. “¿Qué quieres decir?”

“Mira.” Daisy le entregó el periódico.

Maddie le echó un rápido vistazo, jadeando mientras leía una de las cartas al director. “Oh, Dios mío. No. ¡No!”

“¿No lo sabías?” Preguntó Daisy, un poco afligida.

“Me tengo que ir.” Al salir de la habitación sin terminar, Maddie pasó junto a su amiga y se dirigió hacia las escaleras. En el carísimo césped delantero, mientras luchaba por contener las lágrimas, se sentó en una de las sillas Adirondack y comenzó a leer las cartas.

Al Editor:

Escribo esta carta para aclarar un malentendido que se remonta a la escuela secundaria. Maddie Chester no hizo nada para ganarse el apodo que le dimos, y fue un error por nuestra parte decir lo que dijimos de ella.

Darren Tuttle

Gansett Island

“Oh Dios mío,” susurró Maddie mientras las lágrimas corrían por su rostro. “¿Cómo ha podido hacerme esto a mí? ¡Le conté todas esas cosas en confidencia!”

Al Editor:

Es con gran vergüenza que le escribo una carta que debería haber sido escrita muchos años atrás. Como un estudiante de secundaria preocupado por la aprobación de mis compañeros, fui parte de algo que supe que estaba mal desde el principio. La culpa me ha perseguido desde entonces. Maddie Chester fue calificada con un apodo que no se merecía. Ella nunca fue otra cosa que una chica encantadora con una dulce personalidad que no merecía la forma en que la tratamos. El apodo que le dimos en secundaria fue injusto y falso. Lamento el papel que jugué en la perpetuación de los rumores que la han plagado desde entonces. Mis más sinceras disculpas.

Evan McCarthy

Nashville, Tennessee

Maddie leyó las cartas de los otros cuatro hombres que habían participado en la conspiración de Darren. Si bien ninguno era tan elocuente como Evan McCarthy, todos decían prácticamente lo mismo. Para cuando terminó de leerlas todas, sus manos temblaban y sus mejillas estaban empapadas de lágrimas.

Echó un vistazo al puerto deportivo y vio a Mac trabajando en el tejado. ¡Oh, las cosas que le gustaría decirle ahora mismo! Lástima que acabara de tomar la decisión de no volver a dirigirle la palabra nunca más.

Capítulo 14

Ned no tuvo más remedio que darle una mala noticia a Mac—hacía falta una eternidad para construir algo en la isla, sobre todo una casa.

“Somos tres en el negocio de la construcción, y llevamos un retraso de unos dos años,” dijo Ned.

“Maldita sea,” dijo Mac. “Supongo que entonces no debo molestarme en encontrar alguien que me ayude a construir una casa en un corto plazo.” De ninguna manera iban a poder sobrevivir él y Maddie en ese minúsculo apartamento, y ese era por lo menos, el tiempo que le llevaría construir una casa.

“He estado pensando en eso,” dijo Ned. “Tengo un par de propiedades en inventario que podrían gustarte. Tal vez quieras venir a verlas. Son casas bonitas, con buenas vistas, y muchas propiedades.” Ned se encogió de hombros. “Podría ser más rápido que construir una propia.”

“¿Tienes tiempo para mostrarme esos lugares hoy?”

“No tengo otra cosa más que tiempo, muchacho.”

Mac le dijo a sus hombres que iba a ausentarse durante un rato y siguió a Ned hasta el coche. Durante las siguientes dos horas, fueron a ver cinco propiedades diferentes, y mientras conducían alrededor, una nueva idea comenzó a germinar en su mente.

“Deja que te pregunte algo, Ned.”

“Sí.”

“Este grupo para la construcción que habéis creado—¿crees que habría hueco para un cuarto hombre?”

“Claro que sí. No solo hay cosas nuevas. Y con los que somos ahora, no podemos hacer renovaciones que nos lleven menos de un año.”

“Una de las cosas que me ha estado preocupando desde que decidí quedarme aquí a tiempo completo, era qué iba a hacer en las épocas de temporada baja.”

“Ahora ya lo sabes.”

Mac se echó a reír, y tan simple como eso nació Construcciones McCarthy.

La quinta casa que visitaron atrajo la atención de Mac de inmediato. Se trataba de una vivienda angular y contemporánea situada en una zona de seis hectáreas con una pradera cubierta de hierba y el mar al fondo. Estaba lo suficientemente lejos de la costa para estar fuera de peligro durante las temporadas de huracanes, y era casi toda de cristal y madera de barco.

“Fue construida en 1990, pero ha sido completamente renovada,” dijo Ned.

“Nuevos pisos de madera, encimeras de granito, ventanas térmicas. Cocina y baños completamente a estrenar.”

Mac miró el techo de bóveda en el salón, la chimenea de piedra y las impresionantes vistas desde todas las habitaciones, y se pudo ver claramente viviendo allí con Maddie y Thomas. Un sentimiento de emoción le recorrió. Estaba deseando poder enseñársela a Maddie.

“Es perfecta. Justo lo que quería.”

“Y no tendrás que construirla tú mismo.”

“Mucho mejor.” Mac pasó una mano por el granito de color arena en la cocina. “¿Por qué un lugar tan espectacular como este está aún disponible?”

“Hay una gran abundancia de bienes raíces en la isla desde que la economía se fue a pique. Muchas de estas casas son segundas residencias para la gente rica de Connecticut y Nueva York. Cuando el mercado se desplomó, la gente tuvo que vender rápido. Yo hice algunas grandes ofertas, y he estado sentado sobre ellas, esperando a que el mercado se recuperara. Te la dejaría al precio que pagué por ella.” Ned le dio una cantidad que sorprendió a Mac.

“Esta casa valdrá fácilmente el doble.”

“Yo no necesito el dinero, y tú eres de la familia,” dijo Ned bruscamente. “Ya sabes que yo no tengo hijos propios. Tú y los tuyos sois muy importantes para mí, así que no me insultes tratando de regatear.”

Emocionado, Mac estrechó la mano del hombre. “Gracias.”

“Espero que tú y tu pequeña familia seáis muy felices aquí.”

Mac echó otro largo vistazo a su alrededor. “Sé que lo seremos.”

Ned le dejó en la parte superior de la carretera que conducía al puerto deportivo. Lleno de anticipación, Mac fue silbando todo el camino hacia el edificio principal.

Mac Padre se apartó del partido de béisbol que estaba jugando con los niños de los barcos.

Mac se detuvo para esperar a su padre. “Espera a ver la casa que he encontrado. Es fantástica.”

“Hijo, Maddie ha estado aquí. Estaba realmente disgustada.

Mac se detuvo en seco. “¿Qué ha pasado?”

“Ha visto el periódico de hoy.”

Mac se quedó sin aliento. “¿*Ya se ha publicado?*”

“Sí.”

“¡*Mierda!* Pensé que tendría por lo menos una semana más para hablar con ella al respecto.”

La expresión normalmente afable de Mac Padre, se endureció. “¿Estabas pensando en contarme en lo que estaba involucrado mi hijo?”

“Supuse que te lo diría Evan.”

“Alguno de vosotros podría haberme informado al respecto—y a vuestra madre. Está ahora mismo fuera de sí.”

“Todo lo que quería hacer era limpiar la reputación de Maddie.”

Mac Padre le entregó las llaves de la camioneta. “Maddie me pidió que te las entregara porque ya no las va a necesitar más.”

El miedo se deslizó por su espalda mientras que tomaba las llaves de su padre. “¿Dónde está?”

“Se fue hace unos veinte minutos.”

“¿A dónde?”

“No me lo ha dicho.”

Mac se dirigió hacia el vehículo.

Su padre corrió tras él. “Hijo, espera.” Con la mano en el brazo de Mac, Mac Padre le detuvo. “No vayas tan nervioso. Respira un poco.”

“Tengo que encontrarla, papá. Tengo que arreglar esto.”

“Es posible que desees darle un poco de tiempo para que se dé cuenta de que tu intención era buena.”

“Todo va a estar bien. Solo tengo que verla y explicárselo.”

Mac padre le acarició la cara. “¿Me llamarás más tarde para hacerme saber que estás bien?”

Mac asintió, se metió en la camioneta, y salió corriendo hacia la ciudad. Se preguntó si ella se negaría a verle, lo cual hizo que rompiera en un sudor frío. “Tiene que hacerlo. Tenemos que resolver esto.” La alternativa era simplemente inimaginable.

Entró en la calzada de Tiffany y generó una nube de polvo en su camino de regreso a Maddie. Subiendo las escaleras al trote, se detuvo en seco al ver a sus deportivas y su mochila esperándole en el porche. “No puede ser verdad.”

Después de una respiración profunda para frenar su acelerado corazón, llamó suavemente a la puerta. “Maddie. Cariño, abre la puerta. Necesito hablar contigo.” Él intentó abrirla, y se quedó asombrado al encontrarla cerrada. “Nena, vamos. Te lo puedo explicar.”

“No va a hablar contigo—ni ahora ni nunca—así que probablemente deberías coger tus cosas y marcharte,” dijo Tiffany desde la parte inferior de las escaleras.

Mac se dio la vuelta. “Esto no es de tu incumbencia, Tiffany.”

“¿Quién crees que barre los pedazos de su corazón cada vez que un hombre la destroza?”

“Yo no he querido destrozarla.”

Tiffany se encogió de hombros con indiferencia, lo que le enfureció. “Me parece que no la conoces en absoluto, si lo hicieras, sabrías que ser el centro de atención en esta ciudad es la última cosa que hubiera querido.”

“¿Incluso si es para limpiar su reputación?”

“No tienes ni la menor idea. Te crees que puedes venir aquí, agitar tu varita mágica McCarthy, y arreglarlo todo. Odio tener que decirte esto, listillo, pero eso no funciona así para el resto de nosotros.”

“Esto es entre Maddie y yo. Solo quiero hablar con ella al respecto.”

“Ella no está aquí.”

“¿Dónde está?”

“Aunque lo supiera, serías la última persona a la que se lo diría.”

Mac se sentó en el escalón superior. “Entonces, la esperaré. Tendrá que volver a casa en algún momento.”

“Haz lo que quieras, pero no te va a servir de nada. Una vez que Maddie descubre cómo es un chico en realidad, no da segundas oportunidades.”

“Es bueno saber eso.”

Tiffany se volvió, cruzó el patio y desapareció en su casa.

Mac se quedó sentado allí durante un largo rato antes de oír el inconfundible sonido de un bebé llorando en el interior del apartamento. Se levantó y se dirigió a la puerta. “Maddie, sé que estás ahí. Solo quiero hablar contigo. Poder arreglar esto.”

Los gritos de Thomas rompieron el corazón de Mac. Él apoyó la cabeza contra la puerta. “Maddie.”

“Vete, Mac,” dijo a través de la ventana abierta. “No tengo nada que decirte.” Su voz era áspera, como si ella también hubiera estado llorando.

“No voy a ir a ninguna parte hasta que hablemos.”

Después de un largo silencio, la puerta finalmente se abrió. Mac se sorprendió al ver su devastado rostro por las lágrimas y una tristeza le inundó al saber que él era el culpable. Mac alargó la mano hacia la puerta mosquitera.

“Quédate ahí fuera.”

Thomas se animó al ver a Mac y se acercó a él.

A través de la pantalla, Mac puso la mano contra la del bebé. “Hola, colega.”

“El otro día te dije que mentirme y ocultarme cosas eran condicionantes

básicos para mí. Has hecho las dos cosas. ¿Qué tenemos que hablar?”

“Te iba a contar lo de las cartas. No tenía ni idea de que iban a publicarlas hoy, de lo contrario, ya te lo habría dicho.”

“Podrías habérmelo dicho el otro día cuando te pregunté a quién habías golpeado. Fue a Darren, ¿no es así?”

Mac miró hacia fuera.

“¿Aún no estás dispuesto a ser sincero conmigo, Mac?”

“¡Sí, fue a Darren! Hizo un comentario muy grotesco sobre ti, y le di un puñetazo. ¿Me convierte en mala persona no haberte querido decir lo que había dicho?”

“No soy una rosa marchita que no pueda asumir la dura realidad de la vida. Soy una experta en ello a estas alturas.”

“Y eso es exactamente por lo que no te lo dije. No quiero que nadie te haga daño nunca más.”

“Pero tú me lo has hecho. Tomaste algo que te dije en la más estricta confidencialidad y te aseguraste de que todo el pueblo estuviera hablando de mí de nuevo.”

“Maddie, tenían que saber que no eres la persona que piensan que eres. ¿Cómo iba a escuchar algo así—algo en lo que mi propio hermano estuvo involucrado—y no tratar de hacer lo correcto por ti?”

“¿De verdad lo has hecho por mí? ¿O por ti? ¿Para hacer que fuera más fácil casarte con la zorra de la ciudad?”

Como si le hubiera golpeado físicamente, Mac dio un paso atrás, tambaleándose ante tal acusación. “Nena, esto ha sido todo acerca de hacer las cosas mejor para *ti*. Ni una sola vez consideré cómo me afectaría a mí.”

Las lágrimas rodaban por sus mejillas. “*Confiaba* en ti, Mac. Te conté cosas que nunca le he contado a nadie. No puedo creer que hayas hecho algo así sin avisarme.”

“Iba a hacerlo. Lo juro por Dios.”

“Tuviste muchas oportunidades para hacerlo. No puedo estar en este tipo de relación. Lo siento. Te agradezco todo lo que has hecho para ayudarnos durante todo el tiempo que he estado herida, pero se ha acabado.”

Mac nunca había estado más desesperado. “No, no lo está. Te quiero. Tú me quieres. Podemos resolver esto.”

“No tenemos *nada* si no puedo confiar en ti.”

“*Puedes* confiar en mí. No hay nada que no haría por ti. Tienes que saber eso. ¿Qué pasa con todos nuestros planes? ¿Cómo puedes caminar lejos de

todo lo que tenemos? Hoy mismo he encontrado la casa perfecta. Es preciosa, Maddie, y puedo verte en ella. Puedo ver a Thomas en ella. ¿De verdad vas a tirar todo por la borda por esto?”

Con su mano libre, ella se limpió las lágrimas que seguían mojando sus mejillas. “Lo siento, Mac.” Maddie comenzó a cerrar la puerta por dentro, pero él se movió rápidamente para abrir la pantalla.

“Espera. Por favor.” Mac extendió la mano para acariciar su suave cabello. “¿Qué se supone que voy a hacer sin ti? ¿Sin Thomas?”

Un sollozo sacudió todo su cuerpo.

“Te quiero muchísimo. Os quiero mucho a los dos. Siento haberte hecho daño con lo que hice. Solo quería que todo el mundo conociera a la Maddie que yo conozco. La Maddie que es dulce e inocente y tan hermosa que hace que mi corazón sufra por ella. Solo quería que las personas que te hicieron daño asumieran la responsabilidad de lo que te hicieron.”

Maddie se apartó de él. “¿Se te ha ocurrido pensar que hay gente en la isla que no sabía nada? ¿Que nunca había oído los rumores? ¿Al igual que las mujeres con las que trabajo que ahora me van a acribillar a preguntas?”

“No había pensado en eso.”

“No pensaste en absoluto—ese es el problema.”

“No podía dejar que esos chicos siguieran con sus vidas sin ser dueños de lo que te hicieron. Solo estaba pensando en ti.”

“Si tan solo hubieras pensado en discutirlo conmigo en vez de emprender una misión en solitario que tenía más que ver con tu ego que con tu reputación...”

“Eso no es verdad, Maddie. Lo hice porque te quiero, y quería que fueras capaz de vivir aquí en paz y sin rumores que te perturbasen. La mitad de tu vida ha sido tiempo más que suficiente para vivir de esa manera.”

“El otro día cuando te dije que mentirme y ocultarme cosas eran condicionantes básicos para mí, ya habías hecho esto, ¿verdad?”

Mac hizo una mueca. “Sí.”

“¿Y no crees que hubiera sido el momento ideal para decírmelo?”

“Teníamos un fin de semana libre para estar juntos, y yo no quería estropearlo sacando el tema.”

“Y en su lugar, preferiste estropearlo todo. Quiero que te vayas ahora mismo.”

“Maddie. . .”

Con su expresión indescifrable, ella sostuvo la puerta con expectación.

“Me voy a ir, pero esto no ha terminado.”

“Por favor, toma tus cosas y vete.”

“Papá,” dijo Thomas, tratando de llegar a Mac.

Los ojos de Mac se llenaron de lágrimas. “No hagas esto, Maddie,” susurró. “No puedo vivir sin ti.”

Ella apretó su agarre en la puerta y esperó a que se moviera mientras que nuevas lágrimas rodaban por sus mejillas.

En el momento en que salió al porche, la puerta se cerró y la cerradura volvió a hacer clic en su lugar.

Mac se quedó sentado durante mucho tiempo en la parte superior de las escaleras de Maddie escuchándola a ella y a Thomas en el interior pasando por los rituales de la cena, el baño y la hora de acostarse. A pesar de que Maddie le hablaba suavemente al bebé, Mac podía oír las lágrimas en su voz. Y Thomas parecía más inquieto que de costumbre, llorar durante largos períodos mientras que Maddie trataba de calmarlo.

Mac hundió la cabeza entre sus manos. No podía creer que hubiera estropeado la única relación que había tenido que le había importado de verdad.

El sol se empezó a poner y la luz del día se desvaneció en el crepúsculo, y todavía estaba allí sentado.

“Mac.”

Levantó la vista para encontrar a Janey en la parte inferior de las escaleras. “¿Qué haces aquí?”

“Papá me ha llamado. Estaba preocupado al no haber sabido nada de ti.”

“Estoy bien.”

Janey se acercó unos pasos. “¿Por qué estás aquí?”

“Se ha molestado por las cartas que han sido publicadas en el periódico, pero lo arreglaremos.”

“¿Por qué no vienes a casa conmigo esta noche?”

Él negó con la cabeza. “Tengo que estar aquí.”

“Tienes que darle un poco de espacio, Mac. Tal vez pasado un tiempo se dará cuenta de que solo estabas tratando de ayudarla.”

“¡No sé por qué no puede verlo ahora!”

“Porque ha sido pillada de improviso. Todos lo hemos sido.”

“Nunca pretendí que eso sucediera. Pensé que las cartas no saldrían hasta la próxima semana y que aún tendría tiempo para decírselo—y a mamá y

papá.”

“No puedes quedarte aquí sentado toda la noche. Coge tus cosas y ven conmigo.”

Mac estaba preocupado de que si se iba, nunca tendría la oportunidad de volver.

“Vamos.” Janey le cogió del brazo y le ayudó a levantarse. “Te sentirás mejor después de dormir un poco.”

Mac no podía imaginar cómo iba a dormir sin Maddie. En tan solo una semana, se había convertido en alguien esencial para él. La idea de que podría haberla perdido para siempre le llenaba de una angustia que pocas veces había experimentado en su vida.

“No te preocupes,” dijo Janey. “Todo va a estar bien.”

Mac se dejó llevar por las escaleras hasta la entrada. Miró de nuevo hacia la casa de Maddie justo cuando ella apagó la última luz. Imaginársela metiéndose en la cama disgustada y triste era más de lo que podía soportar.

“No puedo perderla, Janey. No puedo.”

Su hermana mantuvo un firme control sobre su mano y cargó con su mochila mientras caminaban hacia su casa, al otro extremo de la ciudad. “Ya pensaremos qué hacer mañana.”

A través de la pantalla, Maddie oyó a Janey venir a buscar a Mac. Pese a que se sentía aliviada de que se hubiera ido finalmente, también se sentía llena de una abrumadora tristeza. Después de lo que habían compartido, perderle le iba a afectar más que cualquier de las demás decepciones que hubiera sufrido.

Puso los dedos sobre el lado de la almohada donde él había dormido y contuvo otro sollozo. Tiró de la almohada más cerca y apoyó la cara en ella, ahogándose en su familiar aroma y mojándola de nuevas lágrimas.

“Sé que pretendías hacer algo bueno,” susurró. “Ya lo sé. Pero, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Cómo me pudiste ocultar un secreto así? ¿Cómo has podido convencerme de que podía confiar en ti solo para que después me hayas traicionado de esta manera?”

Su desgarrador llanto debía haber despertado a Thomas, porque el pequeño dejó escapar un chillido en su cuna.

Secándose la cara, Maddie se levantó para ir a buscarle. “¿Qué te pasa, cariño?” Sintonizando con su angustia, el pequeño había llorado más esa noche que lo que había hecho en meses. Ella se inclinó sobre la cuna para cogerle en brazos.

Thomas se agarró a ella y lloró hasta que estuvo exhausto.

“Lo sé, cielo. Lo sé. Pero vamos a estar bien. Estábamos bien antes de que él llegara y estaremos bien a partir de ahora.” Incluso mientras decía las palabras, le sonaron vacías, y por lo visto, a Thomas también. Lloró hasta que su pequeño cuerpo estuvo agotado y estremeciéndose. “Lo siento mucho, Thomas. Me hubiera gustado que hubiera funcionado tanto como a ti, pero no puedo estar con alguien que piensa que no hay nada de malo en ocultarme las cosas. Simplemente no puedo.”

Al igual que solía hacer cuando era un recién nacido, Maddie paseó al bebé en brazos de un extremo del apartamento al otro, hasta que finalmente cayó en un sueño inquieto. Luego ella rompió una de sus propias reglas al meterle en la cama con ella para que no tuviera que dormir sola.

Mac permaneció despierto toda la noche en el sofá de Janey. Cuando la luz del día comenzó a filtrarse por la habitación, se levantó, se duchó y se vistió para el trabajo. La más simple de las tareas parecía tomar toda su energía, y el vacío en la boca de su estómago parecía hacerse más profundo a cada segundo que pasaba. Mientras que una silenciosa lluvia caía sobre la isla, Mac caminaba por Water Street, pasando frente a varias tiendas de alquiler de bicicletas, antes de encontrar una que estaba abierta.

“Buenos días,” dijo el joven tendero. “¿Puedo ayudarle en algo?”

“Quiero comprar una bicicleta—la más nueva que tenga.”

“Por supuesto.” El hombre sacó varias antes de Mac encontrara uno que parecía estar en condiciones casi perfectas. Pintada en un profundo azul Francia, la bicicleta de montaña tenía múltiples engranajes y frenos de mano. Él había querido comprarle una nueva, pero esto era lo mejor que podía hacer en estos momentos—y era mucho mejor que la que ella tenía.

“Me llevaré algún casco también, si tiene.”

“Claro que sí.”

Diez minutos más tarde, Mac recorrió el camino a casa de Maddie montado en la bicicleta cuando llegó hasta su camioneta que seguía aparcada en su entrada. Mientras que esperaba sentado en las escaleras y esperó a que ella y Thomas salieran de la vivienda, la lluvia se convirtió en un aguacero. Justo a tiempo, la puerta se abrió, y Maddie salió con Thomas en brazos, ambos con impermeables amarillos. El bebé soltó un chillido de felicidad al ver a Mac.

“¿Qué estás haciendo aquí?” Preguntó Maddie, con una expresión de sospecha y desconfianza que le recordó a Mac a sus primeros días juntos.

Después de haber visto su lado abierto y amoroso, tal regresión le dolía mucho.

“Me acordé de que aún no te había comprado una bicicleta nueva.” Hizo un gesto hacia el vehículo estacionado en la parte inferior de las escaleras.

“Oh.”

Él la conocía lo suficiente como para sospechar que estaba tratando de decidir si debía aceptarla o no.

“También te he comprado un casco, en caso de que algún otro chico te tire de ella.”

Ella finalmente le miró, y el impacto de esos ojos caramelo casi le derribó. “Probablemente es una de esas cosas que solo pasan una vez en la vida.”

Mac le sostuvo la mirada. “Sin duda, lo fue para mí.” La lluvia estaba mojando su pelo y su cara, pero, con miedo a romper el hechizo, no se atrevió a moverse.

“Gracias por la bici.”

“De nada.”

En medio de un silencio incómodo, Mac intentó pensar en algo—cualquier cosa—que la mantuviera hablando con él. “Vas a estar empapada para cuando quieras llegar a North Harbor.”

“Estaré bien.”

“Deja que te lleve. Ya sabes que voy al mismo lugar. Podemos llevar la bici en el maletero para que puedas volver luego.”

“Un poco de lluvia no me hará daño.”

“No voy a estar tranquilo sabiendo que estás conduciendo la bicicleta bajo la lluvia. ¿Qué pasa si te caes otra vez?”

“De acuerdo,” dijo ella, exasperada. “Pero solo un paseo.”

“Está bien.”

Ella bajó la escalera.

Thomas le echó los brazos a Mac.

“¿Podría cogerlo? ¿Solo un minuto?”

De mala gana, Maddie dejó al bebé en los expectantes brazos de Mac.

Él abrazó a Thomas cerca de su cuerpo. “Hola, colega,” dijo mientras respiraba su dulce aroma. “Te he echado de menos esta mañana.”

Thomas tomó un puñado de pelo de Mac y tiró. “Papapapapapa.”

Mac hizo una mueca, y no por el tirón, precisamente. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y se sintió aliviado por la lluvia cayendo sobre su rostro. “Que pases un buen día en casa de la tía Tiffany, amigo.” Mac besó la mejilla

rechoncha del bebé y se lo entregó a su madre.

Thomas gimió en protesta mientras que Maddie atravesaba el patio hacia casa de su hermana.

Mac puso la bici en la parte trasera de la camioneta y se metió en el coche a esperarla. Con la ventana bajada, la oyó discutir con Tiffany, quien probablemente no estaba de acuerdo con que su hermana hubiera accedido a dejar que la llevara al trabajo.

Unos minutos más tarde, Maddie se sentó en el asiento del pasajero y cerró la puerta. Su rostro estaba enrojecido y su respiración, entrecortada.

“¿Va todo bien?” Preguntó él.

“Sí.” Fue todo lo que Maddie dijo en el corto trayecto hasta North Harbor.

En el hotel, Mac se bajó para recuperar la bicicleta. Cuando se unió a Mac, este mantuvo un fuerte control sobre el manillar. “Ya sabes dónde estoy si cambias de opinión.”

“Sí,” dijo ella sin mirarle.

“Te quiero. Solo a ti. Siempre lo haré.”

Su breve inclinación de cabeza fue la única indicación que le hizo saber que le había escuchado.

Mac se aferró a la bici, sabiendo que el momento en que la soltara, ella se iría y no volvería a mirar atrás.

“Tengo que irme a trabajar.”

A regañadientes, Mac soltó la bicicleta y la vio pedalear colina arriba mientras que su corazón se rompía. “¡Maddie!” La simple palabra salió de su pecho en un desesperado grito.

Sus hombros se tensaron, pero ella bajó la cabeza y siguió su camino.

Capítulo 15

Maddie había considerado dejar la isla—coger a Thomas y las cosas imprescindiblemente necesarias, e irse. Desafortunadamente, no tenía suficiente dinero ahorrado para hacer que eso sucediera. Así que no había tenido más remedio que afrontar lo que la estuviera esperando fuera de los límites seguros de su apartamento.

Nerviosa por su encuentro con Mac, Maddie por fin dio su largo día en el hotel por acabado. Sus compañeras de trabajo sentían claramente curiosidad por las cartas en el periódico, pero ninguna le había preguntado nada al respecto. Al final del día, cuando todas estaban reunidas en la sala de suministros doblando toallas y sábanas limpias, Maddie decidió que tenía que decir algo.

“Bueno, um, supongo que todas visteis el periódico de ayer.”

Las otras mujeres dejaron de hacer lo que estaban haciendo y se volvieron hacia ella.

El rostro de Maddie se calentó con vergüenza, pero se obligó a decir las palabras. “Tuve algunos problemas con unos chicos de la localidad en la escuela secundaria. Uno de ellos se enfadó porque no quise irme a la cama con él, así que se inventó una historia e hizo que sus amigos le siguieran el juego. Me dieron un apodo horrible que me ha venido atormentando desde entonces.”

Daisy se quedó sin aliento. “Lo siento mucho, Maddie.”

“Estas,” dijo, señalando sus pechos, “al parecer vienen con grandes expectativas, y si no estás a la altura de ellas. . .” Maddie se encogió de hombros.

“¿Cómo ha terminado esa historia en los periódicos, cariño?” Preguntó Sylvia.

“Se la conté a Mac, y se volvió loco, especialmente porque su hermano estaba involucrado.”

“¿Así que él hizo que escribieran esas cartas?” Preguntó Patty.

Ethel irrumpió en la habitación. “¿Qué está pasando aquí?”

“Déjanos en paz, Ethel,” espetó Betty.

Las demás observaban nerviosamente mientras que las dos mujeres se miraban entre sí.

Como si se hubiera dado cuenta de que había interrumpido un intenso momento, Ethel se dio la vuelta y se fue.

Sarah cerró la puerta detrás de ella.

“¿Mac les obligó a escribir esas cartas?” Preguntó Patty de nuevo.

Maddie asintió. “Desafortunadamente, no me dijo nada al respecto, así que hemos terminado.”

“¡No!” Gritó Daisy. “¡Tú le quieres! ¡Vas a casarte con él!”

Maddie contuvo las lágrimas. “No puedo casarme con alguien que me oculta algo así. No puedo, Daisy.”

Las otras mujeres se pusieron a trabajar de nuevo con las sábanas y las toallas.

“¿Acaso las demás no estáis de acuerdo?” Preguntó Maddie.

“No nos lo tomes a mal, Maddie, es solo que él vino a cubrirte mientras que tú estabas recuperándote,” dijo Patty. “Eso fue tan dulce.”

“¿Y os acordáis de lo agradable que fue con nosotras?” Agregó Sylvia. “Nos traía café, y un día llegó con pizza para todas.”

“Sé que es un buen tipo,” dijo Maddie. “No se trata de eso.”

“Cariño, él solo quería arreglar lo que había pasado,” dijo Betty. “Reconozco que no lo hizo bien, pero no puede evitarlo. Es un hombre. Sus intenciones eran buenas.”

“¿Pensáis que estoy loca por haber roto con él por una cosa así?” Había esperado que sus amigas compartieran su indignación.

Nadie contestó. Lo cual decía mucho.

“Le dije que ocultarme las cosas era un condicionante para mí, y aún así, no me contó lo de las cartas ni que había golpeado a Darren, incluso después de haberle preguntado qué le había pasado en la mano.”

“Tienes que defender lo que es importante para ti,” dijo Sylvia.

“Absolutamente,” reafirmó Daisy.

Si eso fuera cierto, ¿por qué Maddie estaba súbitamente tan preocupada de haber podido cometer un gran error?

De camino a casa, Maddie se detuvo en la oficina de correos para comprar sellos.

“Hola, Maddie,” dijo la señora Jergenson con una amistosa sonrisa.

Maddie miró a la mujer detrás del mostrador. Ella había estado allí cientos de veces en los últimos años y la mujer en la oficina de correos local no se había referido nunca a ella por su nombre.

“¿Cómo estás?”

“Bien,” tartamudeó. “Gracias.” Ella compró los sellos y se fue a la droguería. Ya que todavía no tenía una cesta para la nueva bicicleta, la compró, junto con otros elementos esenciales.

“Buenas tardes, Maddie,” dijo la señora Gold. “Es bueno ver el sol después de todo lo que ha llovido esta mañana.”

Una vez más, Maddie se quedó sin habla.

Cuando recibió el mismo trato en el supermercado, Maddie tuvo que reconocer que su vida en la isla parecía haber cambiado durante la noche. Los rumores que la gente había creído durante tantos años se habían disipado. Su reputación había sido restaurada. Y tenía que darle las gracias a Mac por ello.

Durante las próximas dos semanas, Mac estuvo inmerso en el trabajo. Pasaba de doce a catorce horas al día en el McCarthy's, ya fuera haciendo reparaciones o reorganizando las finanzas de la empresa. La empresa tenía un montón de dinero por pagar, y su padre parecía más que feliz de haber dejado todo en manos de Mac.

Lástima que se sintiera miserable. No estaba seguro de que fuese a ser capaz de permanecer en la isla de forma permanente después de lo que había sucedido con Maddie. Vivir sin ella y sin Thomas, especialmente sabiendo que estaban tan cerca, pero fuera de su alcance, era terriblemente doloroso. A excepción de alguna mirada fugaz cuando ella iba y venía del hotel, Mac no la había visto desde el día que la llevó al trabajo. Continuaba esperando que se diera cuenta de que todo lo que había hecho fue pensando en ella, pero no había sabido nada de ella y a estas alturas, había tenido que aceptar que muy probablemente, nunca lo haría. Janey le convenció de que le diera un poco de tiempo y espacio, pero cuanto más tiempo pasaba sin verla, peor se sentía.

Él había estado hablando casi a diario con sus socios en Miami sobre una amplia variedad de proyectos que tenían en curso. Hacía unas semanas, Mac había estado seguro de que iba a quedarse en la isla y había planeado decirle a sus compañeros que no iba a volver. Ahora que no estaba seguro, no les había dicho nada respecto a sus planes a largo plazo. Cuanto más eludía la cuestión, sin embargo, más persistente se ponía Roseanne para que le diera una fecha de regreso.

En vista de ello, Mac no debería haberse sorprendido cuando la chica se presentó un día en su trabajo justo cuando él estaba empezando a trabajar en la azotea de la tienda de regalos del McCarthy's. Observó el coche de Ned entrar en el parking y a Roseanne saliendo de él y mirando alrededor del puerto deportivo.

Mac reprimió un gemido y deseó que hubiera un lugar para esconderse. Pero ella lo vio en el techo y dejó escapar un grito de felicidad.

Contoneándose sobre sus tacones de aguja, salió corriendo hacia él mientras que el resto de los chicos dejaban lo que estaba haciendo para mirarla. Queriendo alcanzarla antes de que llegara al muelle y se rompiera el cuello en esos tacones, Mac descendió rápidamente de la azotea.

Se reunieron en el estacionamiento donde Roseanne se lanzó a sus brazos. Mac no tuvo más remedio que cogerla.

Tomando un mechón de su pelo, ella envolvió sus piernas alrededor de sus caderas y le plantó un enorme beso.

Oyó los silbidos y vítores, pero todo en lo que podía pensar Mac mientras que ella le besaba hasta dejarle sin sentido, era que quería deshacerse de ella tan rápido como fuera posible.

“Maddie,” susurró Daisy. “La señora McCarthy quiere verte en la oficina.”
“¿Ha dicho por qué?”

Con los ojos muy abiertos Daisy negó con la cabeza. “Buena suerte,” dijo su compañera mientras que Maddie subía las escaleras hacia el tercer piso donde se encontraba la oficina de la señora McCarthy.

Al llegar a la puerta, Maddie se armó de valor y llamó enérgicamente.
“¿Quería verme?”

Linda levantó la vista de una hoja de cálculo en el escritorio. “Maddie, hola.” Ella le hizo un gesto para que pasara. “Cierra la puerta.”

Maddie se sentó donde Linda le dijo.

“¿Puedo ofrecerte algo? ¿Un poco de café o té? “

Sorprendida por la cálida recepción, Maddie respondió, “Um, no. Gracias.”

“Escuché un interesante rumor cuando estuve en la ciudad el otro día. “
¡No más rumores! “¿Ah, sí?”

“¿Es cierto que el Beachcomber está tratando de alejarte de nosotros?”

“Libby me hizo una oferta, pero no le he dado ninguna respuesta aún.”

Linda cruzó las manos sobre el escritorio. “Ethel se retirará al final del verano. Me gustaría que la reemplazaras. Sería un puesto de gestión, a tiempo completo, todo el año, con beneficios y vacaciones pagadas durante dos semanas.” Ella le dio un salario que conmocionó a Maddie. Era incluso más que lo que Libby le había ofrecido.

“¿Por qué yo? Hay otras trabajadoras en el personal de limpieza que han estado más tiempo que yo.”

“Sylvia y Betty no quieren asumir esa carga en estos momentos de sus

vidas, y las demás simplemente no están cualificadas. Además, te quiero a ti.”

“¿Por qué?” Preguntó Maddie, sorprendida por este repentino cambio en la actitud de Linda hacia ella.

“Muy sencillo, te debo una disculpa. Estoy horrorizada de saber en lo que participó mi hijo Evan y lo que esos chicos te hicieron. No puedo negar que te he tratado injustamente porque creí lo que decían. Me da vergüenza admitirlo.” Linda hizo una pausa y luego miró a Maddie. “No te pido que me perdones, pero espero que consideres el puesto de trabajo.”

“Pensaré en ello.”

Linda asintió. “Bien.”

Maddie se levantó para irse.

“Maddie.”

Ella se volvió de nuevo.

“Nunca he visto a Mac tan mal. Se está matando a trabajar para no pensar en lo que ha pasado entre vosotros.”

El estómago de Maddie se revolvió. “Pensé que no aprobaba nuestra relación.”

“También me equivoqué en eso. Tiene el corazón roto, y no puedo soportar verle así. Seguramente te enfadaste tanto cuando viste esas cartas como yo, así que puedo entenderte.”

“¿Pero?”

“Mac te quiere—y a tu hijo también. Os quiere con todas sus fuerzas. ¿Hay alguna posibilidad de que encuentres en tu corazón alguna forma de perdonarle?”

El corazón de Maddie se agitó dolorosamente. Durante semanas, había estado agonizando sobre la situación. Aunque seguía sin gustarle que le hubiera ocultado algo tan importante, tenía que reconocer que esas cartas habían cambiado su vida.

“¿Sabe él que me está ofreciendo un nuevo puesto de trabajo?”

Linda negó con la cabeza. “Nadie lo sabe, es algo entre tú y yo.” Ella hizo una pausa antes de añadir, “Pero si quisieras ir a hablar con él, está en el puerto deportivo.”

“¿Cree que le gustaría verme?”

“Estaría encantado.”

Por primera vez desde que se alejó de él, Maddie sintió un atisbo de esperanza. Sin pensar ni un solo segundo más en las posibles consecuencias, salió corriendo de la oficina de la señora McCarthy y por la puerta principal

del hotel. Estaba a medio camino de la colina cuando una mujer con curvas, de cabello oscuro, se lanzó a los brazos de Mac y lo besó apasionadamente.

Congelándose en el lugar, Maddie se quedó mirando el tiempo suficiente para ver cómo Mac le devolvía el beso.

Maddie se dio la vuelta, caminó hasta la colina, y volvió al trabajo.

“¿Qué estás haciendo aquí?” Preguntó Mac mientras se desprendía del abrazo de Roseanne y la bajaba sobre sus peligrosos tacones.

“Te he echado *mucho* de menos. No podía esperar ni un solo día más para verte.” Ella le pasó los dedos por el pelo. “Estás muy guapo. Bonito bronceado.”

“He estado trabajando al aire libre para variar.”

“Este es un lugar. . . muy. . . mono. Muy ecléctico.”

Mac se rio para sí mismo, imaginando su reacción si supiera lo mucho que el mono negocio valía. “Ojalá hubiera sabido que venías. Estoy muy ocupado.”

Su rostro se ensombreció. “¿No te alegras de verme?”

“No es eso.”

“Entonces, ¿qué?”

Mac miró hacia el hotel y luego a Roseanne, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

“Estás con alguien.”

Él suspiró y se pasó la mano por el pelo. “Es complicado.”

“En realidad, es bastante simple—¿estás con alguien o no?”

“Sí.” A pesar de que ya no estaba con Maddie, su corazón le pertenecía a ella, y no podía darle falsas esperanzas a Roseanne.

“¿Ves? Fácil y rápido. ¿Está pensando en decirle a Connor y Tony que no vas a volver?”

“No he decidido lo que voy a hacer todavía. Serán los primeros en saberlo.”

“¿Ibas a decírmelo a mí también?”

“Te dije antes de irme que—”

“Nos estábamos tomando un descanso. Nunca dijiste que hubiéramos terminado.”

“Pensé que habías entendido—”

“¿Va a pedirle a ese viejo que me ha traído que me lleve de nuevo al ferry?”

“Lo haré yo.”

Ella se cruzó de brazos y miró hacia otro lado. “Prefiero ir con él.”

“Roseanne. . .”

“¿Vas a pedirselo o tengo que hacerlo yo?”

¿Cuándo se había vuelto su vida tan condenadamente complicada? Mac se acercó a donde su padre, Ned y Luke estaban apoyados en unos pilotes, viendo el espectáculo. “Ned, Roseanne no puede quedarse. ¿Te importaría llevarla hasta la ciudad?”

“Muchacho, se te da muy bien elegir las,” dijo Ned entre carcajadas.

“¿La llevarás?” Preguntó Mac con los dientes apretados.

“Con mucho gusto.”

“Lo siento,” le dijo Mac a Roseanne cuando la ayudó a subir al coche.

Ella sacó un paquete de cartas de gran tamaño de su bolso y se lo lanzó.

“Ahí tienes tu correspondencia. Que tengas una buena vida.”

Mientras que el coche de Ned abandonaba el aparcamiento, Mac Padre puso una mano sobre el hombro de Mac. “¿Estás bien, hijo?”

“Sí.” Mac odiaba que la chica hubiera tenido que irse tan decepcionada, pero le consolaba saber que había dejado las cosas perfectamente claras entre ellos antes de salir de Miami.

“¿Por qué no vienes a cenar a casa esta noche?”

Como no tenía nada mejor que hacer, Mac accedió.

Mac picoteaba de vez en cuando de su plato de gambas al ajillo, recordando que Maddie no había querido pedirlo en Dominic’s porque tenía mucho ajo. Habían pasado muy poco tiempo juntos, pero habían creado recuerdos que a Mac le durarían toda una vida. Ese pensamiento destruyó lo que quedaba de su apetito.

“¿No tienes hambre, Mac?”

“Lo siento, mamá.” Mac se limpió la boca y dejó el tenedor. “Está muy bueno.”

Estudiándolo, su madre tomó un sorbo de vino. “¿Ha sucedido algo interesante hoy?”

Mac Padre se rio entre dientes. “¿Aparte de que Roseanne ha aparecido y Mac casi se cae del tejado al verla?”

Linda se quedó helada. “¿Ella ha estado aquí? ¿En la isla?”

“Sí,” respondió Mac Padre.

“¿Cuándo?”

“Alrededor de las dos más o menos, ¿verdad, hijo?”

Mac se encogió de hombros. “Supongo.”

“Oh, Dios,” susurró Linda.

“¿Qué, cariño?” Preguntó Mac Padre mientras fruncía el ceño con preocupación.

“Maddie.”

“¿Qué pasa con ella?” Preguntó Mac, de repente en estado de alerta.

“Ella fue al puerto deportivo a verte. Alrededor de esa hora. ¿No has hablado con ella?”

“No la he visto.” Mac gimió al recordar el entusiasta saludo de Roseanne. Él se apartó de la mesa. “¿Por qué quería verme?”

“Creo que podría estar lista para hablar contigo sobre lo que pasó.”

“Oh, no,” dijo Mac Padre, asolado. “Roseanne se mostró bastante *feliz* de verle.”

“Me tengo que ir,” dijo Mac. “Lo siento, mamá. Gracias por la cena.”

Linda se dio unos toquitos en la cara con un dedo para recibir un beso de su hijo. “Ve, cariño. Encuéntrala.”

Mac maldijo su suerte de mierda. ¿Cuáles eran las probabilidades de que Maddie quisiera hablar con él después de haber visto a Roseanne envuelta a su alrededor? Dando un puñetazo en el volante, soltó una sarta de palabrotas.

Entró en la calzada de Tiffany por primera vez en semanas, con el corazón acelerado, con esperanza y miedo. ¿Qué haría si ella no le dejaba explicarse?

Maddie estaba sentada en la parte superior de las escaleras. Sorprendida por su repentina aparición, ella se puso de pie y se apresuró para meterse en casa.

“¡Espera!” Mac saltó de la camioneta y subió corriendo las escaleras.

“¡Escúchame! ¡Ella no significa nada para mí! Nunca lo ha hecho.”

“Yo solo sé lo que vi.”

“La viste saltar sobre mí y besarme. No tenía ni idea de que iba a venir. No quería que estuviera aquí, y ciertamente, no quería darle un beso.” Mac tomó a Maddie por el brazo para evitar que se alejara. “La única persona a la que quiero besar durante el resto de mi vida eres *tú*, y lo *sabes*. Le dije que estaba saliendo con otra persona y la envié de vuelta a Miami en el primer barco.”

Los hermosos ojos de Maddie se abrieron con sorpresa. “¿Le dijiste eso a pesar que habíamos roto?”

“Eso no cambia lo que siento por ti, Maddie. Nada podrá jamás cambiar

eso.” Él rozó su brazo con los dedos, y se gratificó cuando ella se estremeció. “Te echo de menos. Echo de menos todo de ti.”

Maddie cerró los ojos.

Él le acarició la mejilla, disfrutando de la suave piel que tanto había anhelado, y dejó su frente descansar contra la de ella. “Tú eres la única a la que quiero, Maddie,” susurró. “La única a la que siempre querré. Siento haberte hecho daño. Nunca quise que eso sucediera.”

Ella se apoyó en él. “Ahora lo sé.”

“Cásate conmigo, Maddie. No puedo vivir sin ti y Thomas.”

“Mac. . .”

“Solo di que sí.”

Ella le estudió el tiempo suficiente para que Mac se diera cuenta de que el resto de su vida dependía de ella y de este momento.

“Sí.”

Impresionado, él la miró fijamente. “¿En serio?”

“Con condiciones.”

“Lo que quieras.”

“¿No quieres saber cuáles son?”

“Más tarde.” A pesar de que se estaba muriendo por besarla, Mac solo la abrazó, deleitándose con el aroma a flores de verano y la sensación de su sedoso pelo. Abrumado con alivio, se tragó el enorme nudo en su garganta. “Hay algo que quiero enseñarte. Y a Thomas ¿Podéis venir conmigo? ¿Está durmiendo?”

“Todavía no. Está parloteando en su cuna.”

“Entonces, ¿venís?”

“De acuerdo.”

Mac les ayudó a subir a la camioneta y se dirigió al extremo sur de la isla, más allá de Dominic’s y el Hydrangea House Bed & Breakfast, girando a la derecha en Sweet Meadow Farm Road.

Sentado entre ellos en su asiento de seguridad mirando hacia atrás, Thomas enredó su pequeña mano alrededor de los dedos de Mac, y este se preguntó si el pequeño tendría miedo de dejarle ir.

“¿A dónde vamos?” Preguntó Maddie.

“Ya lo verás.” El camino pavimentado cambió a grava a mitad del recorrido. *Tendré que conseguir un arado para la camioneta antes de que nieve*, pensó Mac. Tomó la última curva, y la casa quedó a la vista. “¿Qué te parece?”

“¡Oh, es hermosa! ¿De quién es?”

“Nuestra.”

Ella se quedó sin aliento. “¡No es verdad! ¡No hagas bromas así, Mac!”

“¿Quién está bromeando?” Él se rio mientras aparcaba. “Vayamos a verla.” Antes de salir del vehículo, Mac metió la mano bajo el asiento y sacó un sobre que se escondió en su bolsillo trasero.

Maddie sacó a Thomas de su sillita y se encontró con Mac en la parte delantera de la camioneta.

Cuando él pasó su brazo alrededor de ella, Maddie sintió un temblor que la recorrió.

“¿Qué te parece?”

“No puedes estar hablando en serio. Esto no es una casa. ¡Es una mansión!”

“Tiene todo lo que estaba buscando—un montón de tierra, una buena vista, y mucho espacio para que nuestra familia crezca.” Mac apreciaba el deslumbrante resplandor que la puesta de sol lanzaba sobre la propiedad. “Pero lo único que me importa es si tiene todo lo que *tú* quieres.”

Ella le miró como si hubiera perdido la cabeza.

“¿Qué?”

“¿Me lo estás preguntando en serio? ¿Tiene dos habitaciones?”

“Um, cinco, en realidad.”

“Entonces es la casa de mis sueños.”

“Ni siquiera has visto el interior todavía.”

Las lágrimas rodaban por sus mejillas. “¿De verdad vamos a vivir aquí?”

Mac tiró de ella hacia él y la besó en la frente. “De verdad.”

“Es un palacio,” susurró ella. “Nunca imaginé. . .” Ella le miró. “¿Puedes pagar algo como esto?”

“El amigo de mi padre, Ned, me ha hecho una oferta muy buena.”

“Aún así, tiene que costar una fortuna.”

“Puedo encargarme de ello, cariño. Mi negocio va muy bien en Miami. Van a tener que comprarme mi parte, y tengo un apartamento allí que tengo que vender.”

“No puedo imaginar lo que es tener esa cantidad de dinero.”

“Bueno, ahora sí puedes.”

Ella negó con la cabeza. “Es tuyo.”

“Todo lo que tengo es *nuestro*. Todo.” Él inclinó la barbilla y la besó mientras que Thomas se retorció entre ellos. “¿Entiendes?”

“Me va a llevar un poco de tiempo acostumbrarme a ello.”

“No tenemos nada más que tiempo. ¿Quieres ver el interior?”

Ella asintió con sus ojos brillantes de emoción, y Mac sintió que nunca la había amado más.

Cuando la llevó adentro y le dio un pequeño tour, hubo más lágrimas.

“Estaba pensando,” dijo él mientras se dirigían a la cubierta que daba al mar, “que el patio sería el lugar perfecto para casarnos. ¿Qué dices?”

“¡Oh, sí! Por supuesto.”

“Quiero hacerlo tan pronto como nos sea posible, ¿te parece?”

“Sobre eso. . .” Ella le miró con una cautelosa expresión. “Mi madre estará en casa en un par de semanas. Me gustaría esperarla, si te parece bien.”

“Por supuesto que sí. Lo que tú quieras.”

“¿Vas a ser siempre un marido tan complaciente?”

“Tal vez no *siempre*, pero siempre voy a asegurarme de que seas feliz.”

Maddie se agachó para dejar a Thomas en la alfombra y pasó los brazos alrededor del cuello de Mac. “Me siento como si estuviera soñando,” dijo ella mientras tiraba de él para darle un beso. “Te he echado mucho de menos.”

“Yo también. Pensé que iba a volverme loco sin ti.” Mac quería perderse en su beso, pero se contuvo. “Espera un segundo, ¿quieres?”

Gimiendo de protesta, Maddie lo liberó.

“Bueno, um, hay algo que tengo que decirte, y es posible que te enfades conmigo por no habértelo dicho antes, pero tuve una razón de peso para no—”

“¿Qué has hecho ahora?”

Mac sacó el sobre del bolsillo trasero de su pantalón y se lo entregó.

“¿Qué es esto?”

“Ábrelo.”

Dándole una de esas cautelosas miradas que ella hacía tan bien, Maddie sacó los papeles de la envoltura y los miró.

Mac estaba a punto de explicárselo todo cuando ella se quedó sin aliento, y se llevó la mano a la boca.

“Antes de que te asustes, ¿vas a escucharme?”

Ella no era capaz de hablar, por lo que asintió con la cabeza.

“Un par de días después de habernos topado con él en el ferry, me lo encontré en el restaurante cuando estaba allí con Thomas. Dijo que se había enterado de que no estábamos casados y que nos conocíamos desde hace muy poco. Se había dado cuenta de que Thomas era probablemente suyo.”

“Oh, Dios,” susurró ella. La mirada afligida en su rostro rompió el corazón de Mac y confirmó que había hecho lo correcto al no haberle dicho nada

cuando todo sucedió. “¡Oh, Dios mío!”

Mac dejó descansar sus manos sobre sus hombros. “Todo lo que le importaba era que no fuéramos a ir tras su dinero.”

“¡Yo nunca he querido su dinero!”

“Eso fue exactamente lo que yo le dije, pero él quería garantías. Le dije que le daría un documento legalmente firmado que le liberase de toda obligación financiera si él a cambio renunciaba a todos sus derechos sobre Thomas, para que yo pudiera adoptarlo.”

Ella se liberó del agarre de Mac y comenzó a pasear por la enorme y vacía sala.

Desde el suelo, Thomas los miraba con sus grandes ojos y una expresión solemne.

“¡Esto sucedió hace semanas! ¿Cuándo pensabas decírmelo?”

“Tan pronto como hubiera firmado sus papeles, los que Roseanne me entregó junto con mi correspondencia. Iba a traértelos esta noche.”

“¿Por qué no lo contaste el día que pasó? ¡Ya estás ocultándome las cosas de nuevo!”

Mac se obligó a mantener la calma. “Si te hubiera dicho que sabía lo de Thomas, no habrías sido capaz de respirar, comer ni dormir durante las dos semanas que han tardado en llegarme estos documentos.”

“¿Es así como va a ser siempre?” Ella levantó las manos. “¿Vas a encargarte de todo y me vas a dejar a mí fuera de todos los asuntos?”

“¿En cosas como esta? Por supuesto.”

“Así no es como yo quiero vivir, Mac. Ese no es el tipo de matrimonio que quiero.”

“*Así soy yo, Maddie. Es quién soy.* Si sé que algo va a hacer que te preocupes hasta enfermarte, solo quiero encargarme de hacerlo desaparecer. Te quiero demasiado como para verte sufrir así, y sabes de sobra que habrías sufrido mucho con esto.” Se acercó a ella, pasó un brazo por su cintura y tiró de ella hacia él. “Habrías sufrido.”

Ella exhaló un profundo y estremecedor suspiro cuando toda la ira salió de ella. “Sí, lo hubiera hecho.”

“Ahora no tendrás que hacerlo. He firmado los papeles que le mantendrá alejado de nuestras vidas.” Mac le dio un beso en la frente. “¿Estás enfadada?”

“No,” dijo ella en voz baja. “Estoy triste.”

“¿Por lo que he hecho?”

Ella negó con la cabeza. “Porque su padre se preocupa tan poco por él que ha decidido distanciarse para siempre sin ni siquiera darle una oportunidad para conocerle.”

Mac se apartó de ella, levantó a Thomas del suelo y los abrazó a ambos. “Su padre se preocupa tanto por él que no hay nada que no haría por él. Su padre le querrá, le cuidará, le dará su nombre, y le protegerá todos los días de su vida.”

Maddie le miró con el corazón en sus ojos color caramelo.

Él plantó un suave beso en sus labios. “Su padre les querrá a él y a su madre para siempre.” Él la besó de nuevo. “Ahora sobre esas condiciones que mencionaste previamente...”

“¿Será el padre de Thomas capaz de hacer un gran esfuerzo para no ocultarle las cosas a su madre?”

“Hará todo lo posible, siempre y cuando se le permita darle una sorpresa de vez en cuando.”

Ella levantó una ceja. “¿Serán sorpresas *buenas*?”

“Las mejores sorpresas que se le ocurrirán.”

“En ese caso, amigo mío, acabas de conseguir una familia.”

“Supongo que es oficial, entonces.”

“¿Nuestro compromiso?”

“Eso también.” Mac se inclinó para besarla una vez más. “Tirarte de esa bicicleta ha sido la mejor cosa que he hecho en mi vida.”

Ella sonrió. “No podría estar más de acuerdo.”

¡Gracias por leer *Criado para el Amor*! Espero que te haya gustado. Si es así, por favor, ayuda a otras personas a encontrar este libro:

1. Este libro es prestable, así que envíasele a todos aquellos a los que creas que puede gustarle para que ellos también me conozcan.
2. Ayuda a otras personas a encontrar este libro escribiendo una reseña.
3. Regístrese para recibir nuevos comunicados por e-mail contactando conmigo en marie@marieforce.com, para que puedas empezar a leer los próximos libros tan pronto como estén disponibles.
4. Visita mi página de [Facebook](#).
5. Únete a mi [Grupo de Lectores de los McCarthys de Gansett Island](#).
6. Únete al [Grupo de Lectores de Criado para el Amor](#).

¡Muchas gracias por el apoyo mostrado hacia mis libros! ¡Lo agradezco de

verdad!

Continúa leyendo para conocer el comienzo de *Loco de Amor*, la historia de Joe y Janey.

Loco de Amor
Los McCarthys de Gansett Island: Libro 2
Por: Marie Force

Capítulo 1

La llamada telefónica que Joe Cantrell había estado esperando recibir la mitad de su vida, se produjo alrededor de las nueve de la noche de un martes, por lo demás, normal. El hombre había estado trabajando una jornada de doce horas en los transbordadores, había hecho cuatro viajes alrededor de la isla, y acababa de sentarse a comer cuando sonó su teléfono móvil. Dado que había estado de muy mal humor durante todo el día, torturado por unas imágenes mentales de Janey en Boston con su prometido, casi había ignorado la llamada. Gracias a Dios que había contestado en el último tono antes de que saltara el contestador.

“Joe.”

Una sola palabra hizo que su corazón se disparara. Él conocería esa voz en cualquier lugar. “¿Janey? ¿Por qué me llamas cuando vas a ver a David?” Mantuvo su tono ligero, pero solo decir el nombre del chico le hacía sentir enfermo. No podía soportar la forma en que David pasaba semanas, a veces meses, sin hacerle una sola visita a su prometida. A veces Joe deseaba no tener un asiento de primera fila para saber quiénes salían y entraban de la isla. Algunas cosas era mejor no saberlas.

Joe la había visto antes temprano en la mañana, saltando en el ferry de camino a sorprender a su potencial médico por su aniversario. Trece años juntos. La suerte de los trece, había bromeado ella. Joe no lo había encontrado gracioso.

“Necesito. . .”

¿Estaba *llorando*? “Janey, cariño. ¿Qué necesitas?”

“A ti.”

Joe casi se tragó la lengua. ¿Cuánto tiempo hacía que soñaba con escuchar esas palabras de ella? Desde siempre, o al menos, eso parecía. “¿Qué ha pasado?”

“Mi coche se ha averiado en la 95, al sur de Foxboro.”

¿Por qué estaba al sur de Boston cuando había ido a visitar a David por unos días? “¿Dónde está David?”

“Te estoy llamando a *ti*, Joe. ¿Puedes venir?” Más llanto. “¿Qué estaba pensando? Está demasiado lejos—”

Él ya estaba dejando una nube de polvo detrás de su camioneta roja mientras que salía del camino de entrada. “No digas tonterías. Estaré allí en menos de una hora.” En circunstancias normales, tardaría mucho más que eso en llegar a ella, pero las circunstancias actuales eran cualquier cosa menos normales. Había pasado algo. Algo malo. Si era algo entre Janey y David, entonces, todos los sueños de Joe por fin se habrían hecho realidad. Pero los de ella habrían sido destrozados. Tenía que recordar eso. No importaba lo que esta noche pudiera depararle, Joe no podía olvidar que ella había estado con David durante casi tanto tiempo como él había albergado un secreto, un ardiente amor por la hermana pequeña de su mejor amigo.

En el camino, trató de hacer que Janey no dejara de hablarle y que su corazón dejara de dar brincos en su pecho. “¿Quieres hablar de ello?”

“No.”

“No estarás herida, ¿verdad?”

“No físicamente.”

Oh, Dios. *¿Qué diablos habría pasado?* Joe se moría por saberlo, pero no se lo preguntó de nuevo. Condujo tan rápido como pudo, y media hora más tarde se vio atrapado por el tráfico de Providence.

“¿Todavía estás ahí?” Le preguntó ella en un hilo de voz. Janey McCarthy, *su* Janey, nunca tenía una voz tan frágil.

“Estoy aquí, cariño. Ya voy. Aguanta ahí.”

Más llanto.

Jesucristo. *¿Por qué demonios no se estaba moviendo nada?* Incluso sabiendo que no le iba a servir de nada, Joe tocó la bocina. Solo le sirvió para que el hombre en el coche de delante le hiciera la peineta. Cuando sintió que su desesperación estaba llegando a su límite, Joe quiso llamar a Mac y saber su opinión sobre lo que estaba sucediendo, pero hasta que no supiera más de lo que había pasado, no creía que a Janey le gustara que su hermano supiera que algo iba mal.

Como si hubiera leído su pensamiento, Janey dijo, “No se lo digas a Mac.”

“Jamás se me ocurriría.” El tráfico empezó a avanzar lentamente, y Joe estaba seguro de que a estas alturas, su presión arterial tenía que estar por las nubes.

Veinte minutos más tarde, voló a través de la frontera con Massachusetts. “Allá voy.”

“Bien.”

Cuando por fin llegó a su ubicación, Joe sintió que se quería morir cuando

la vio sentada en el asiento delantero de su viejo Honda Civic azul, inclinada sobre el volante. Janey nunca se hundía. Ella pasaba por la vida con una exuberancia y un optimismo que iluminaba cada habitación en la que entraba.

Joe tuvo que dejarla atrás para llegar a la próxima salida, donde tuvo que soportar los dos semáforos rojos más largos de toda su vida antes de ser capaz de incorporarse en la rampa hacia el sur. En el momento en que se detuvo detrás del coche de Janey, con las manos sudorosas, y su corazón acelerado, se dio cuenta que no tenía absolutamente ninguna idea de qué decirle. Las mujeres en crisis no eran su fuerte. Respiró hondo y se bajó del vehículo.

Ella no pareció darse cuenta de que él estaba allí hasta que abrió la puerta y se puso en cuclillas.

Ver su devastado rostro fue como si le hubieran clavado un cuchillo en el corazón.

Las lágrimas se agrupaban en sus ojos azul claro. “Joe.”

“¿Qué ha pasado, cariño?”

“Él estaba. . . Él. . .”

Joe levantó la mano para acariciar su suave pelo rubio. “Respira profundamente.”

Ella tragó saliva cuando otro sollozo hipó a través de ella. “Estaba con otra mujer. En *nuestra* cama. La cama que yo le ayudé a comprar. La cama que iba a traerse consigo cuando se mudara a la isla para casarse conmigo.”

“Tranquila, cariño,” dijo Joe con los dientes apretados. Si ella no paraba de hablar, él no sería capaz de contener la rabia al rojo vivo que le poseía en estos momentos, y el hombre ya se había convertido en todo un experto ocultando sus sentimientos delante de ella. “No tienes que hablar ahora de eso.”

“Es todo en lo que puedo pensar. Ella estaba encima de él, y él tenía los ojos cerrados. No me vio. Yo no me pude mover. Me quedé allí mirando—”

“Entiendo lo que quieres decir. No te preocupes.”

“Lo siento. Probablemente tenías mejores cosas que hacer esta noche.”

“No, no es verdad.” Rodeado por el aroma de jazmín, el perfume de Janey, Joe deseaba poder abrazarla y nunca dejarla ir. Pero se limitó a depositarla en el asiento delantero de su camioneta y regresó para coger la maleta que ella había empacado para pasar unos días con David. Joe quería coger a ese hijo de puta y darle una lección que no olvidara jamás. Pero pensó que Mac ya se ocuparía de ello cuando se enterara de lo que le había hecho a su hermana. En este momento, la principal prioridad de Joe era Janey.

Antes de que él se uniera a ella en su camioneta, Joe llamó a una grúa para que se encargara del coche. El operador le pidió un número de contacto, y él recitó el suyo. Terminó la llamada y apoyó la mano en el pomo de la puerta, tomándose unos segundos para reunir el valor que necesitaba para pasar por esto—para ayudarles a los dos a pasar por esto.

“Ni siquiera te he preguntado si estabas ocupado,” dijo Janey, limpiándose la humedad en sus mejillas.

“No lo estaba. Me alegro de que me hayas llamado.”

“No sabía a quién más llamar.”

Él se acercó y apoyó la mano sobre la de ella. A pesar de que era verano y hacía cincuenta grados, su mano estaba fría y temblorosa. “Sabes que siempre me puedes llamar. Cada vez que me necesites. Para eso están los amigos.” La cara de Janey, normalmente alegre, estaba pálida y demacrada, con los ojos y la nariz rojos de tanto llorar, y viéndola en esa condición, Joe descubrió que era posible sentir el dolor de otra persona con la misma fuerza como si se tratara del dolor de uno mismo.

Janey se pasó su mano libre por la cara. “Debo tener una pinta horrible. No sabía que fuera posible llorar tanto.”

Metiendo un mechón de su pelo grueso, rubio ceniza por detrás de su oreja, Joe se resistió al impulso de tirar de ella en sus brazos. “Estás tan guapa como siempre. Es un imbécil, Janey. Cualquiera capaz de faltarte al respeto de esa manera no te merece.”

“Trece años,” dijo ella, sacudiendo la cabeza. “He pasado trece años de mi vida esperando algo que ahora nunca va a pasar.” Se quedó sin aliento. “Oh, Dios, la boda. Tengo que cancelarlo todo.” Un escalofrío recorrió su menuda figura, y Joe se preguntó por un momento si tendría ganas de vomitar.

“No tienes que pensar en nada de eso hoy. En este momento, vamos a centrarnos en llevarte a casa.”

Una expresión de pánico cruzó su expresivo rostro. “No puedo volver a la isla. Todo el mundo se enterará. No puedo—”

Joe no podía resistirse más. Tiró de ella en sus brazos y pasó una mano por su sedoso pelo. “No tienes que hacer nada hasta que no estés lista.” Tragando saliva, él empujó las dudas y preocupaciones y la desesperación de su mente. “Puedes quedarte conmigo durante el tiempo que sea necesario.” Las palabras salieron de sus labios antes de que pudiera detenerlas. Su boca, al parecer, estaba funcionando en piloto automático.

“No puedo hacer eso. Es demasiada imposición.”

Dios, si ella supiera. . . “¿Lo harías tú por mí? Si necesitara un lugar en el que esconderme durante un tiempo, ¿dejarías que me quedara contigo?”

“Por supuesto que sí. Lo sabes de sobra.”

“Entonces, ¿por qué no puedo hacer lo mismo por ti?” Incluso mientras decía las palabras, Joe se cuestionó las repercusiones de abrirle las puertas de su casa. Si ella se quedaba unos días hasta recuperarse lo suficiente como para seguir adelante con su vida, su esencia quedaría atrapada en su casa y su corazón para siempre. Bueno, siempre se podría mudar, si llegaba el caso.

Un profundo suspiro, uno de esos que van seguidos de una llantina en toda regla, se hizo eco a través de ella. “¿De verdad no te importa?”

“No, Janey,” dijo él con un profundo suspiro de los suyos. “De verdad que no.”

Janey intentaba poder superarlo a cada minuto. Inhala. Exhala. No pienses. No recuerdes. No vayas allí. Pero a pesar de sus mejores esfuerzos, la visión de su novio retorciéndose en éxtasis debajo de las entusiastas caderas de otra mujer, se había grabado a fuego de manera indeleble en su memoria. Él tenía las manos llenas de sus pechos, que eran mucho más grandes que los de ella. ¿Estarían saliendo? ¿O habría sido una cosa de una sola noche? ¿Habría sido la primera y única vez? ¿O habría habido otras? ¡Oh, Dios, había sido tan estúpida!

Ella nunca había sospechado ni por un segundo que él pudiera serle infiel. Siempre estaba tan ocupado con su internado y su vida como médico. Y ella había aceptado sus muchas excusas porque quería mostrarle su apoyo y no añadir más estrés a su vida, reclamando más tiempo y atención.

Todas las dudas persistentes de los últimos trece años volvieron con fuerza para recordarle que había habido demasiadas señales de advertencia, y ella había optado por ignorar cada una de ellas.

Al igual que cuando él la había disuadido de ir a la Facultad de Veterinaria. Los préstamos nos matarán, le había dicho. Había argumentado que solo uno de ellos debía ir a la escuela de medicina, porque las prácticas de la isla no generarían ingresos suficientes para pagar todos los préstamos que habrían tenido que pedir, y ni mucho menos les sobrarían ahorros para poder cuidar de ellos y de los cuatros hijos que habían planeado tener.

Dado lo estúpida que era, ella había estado de acuerdo con él, conformándose con un trabajo como técnico en la oficina del veterinario de la isla cuando había tenido nota suficiente para entrar en la escuela superior de

veterinaria. Seis años de la limpieza de excrementos de perros y el arreglo personal de caniches matarían su tiempo hasta que fuera la esposa del único médico en la isla, y entonces podría quedarse en casa para criar a sus hijos: David Jr; Anna, Henry y Ella. Eligieron los nombres cuando solo tenían diecisiete años.

Un sollozo brotó de su garganta. Todos sus sueños se habían convertido increíblemente en polvo en una fracción de segundo.

Sintonizando con su miseria, Joe se desabrochó el cinturón de seguridad y tiró de ella para que apoyara la cabeza en su hombro.

Por razones que nunca habían discutido ni reconocido siquiera, probablemente él no era la persona más indicada a la que debería haber llamado. Sin embargo, con su hermano, padres y amigos más cercanos en la isla, y sus otros tres hermanos fuera del estado, no había tenido mucha elección. Apoyando la cabeza en su fuerte y seguro hombro, Janey supo que podía contar con su discreción, incluso si le estaba poniendo en la difícil posición de tener que servirle como su caballero de brillante armadura.

“Estoy seguro de que no lo crees posible en este momento, pero saldrás de esto, Janey. Sé que lo harás.”

“Me gustaría poder estar tan segura como tú.”

“Te mereces a alguien mucho mejor que no te deje sola durante años y luego te engañe.”

Sus palabras dichas suavemente su redujeron a un nuevo mar de lágrimas. Justo cuando ella pensaba que no podría llorar más, lo hizo.

“Lo siento,” dijo él, enfadado consigo mismo. “No debería haber dicho eso.”

“No pasa nada,” contestó ella entre sollozos. “No es nada que no me haya dicho yo ya a mí misma.”

Joe pasó una consoladora mano arriba y abajo por su brazo, y Janey se hundió en la calidez de su abrazo.

“Aguanta. Ya casi estamos en casa.”

¿Qué era casa ahora que David ya no era parte de su vida? ¿Qué iba a hacer? ¿Dónde iba a vivir? ¿En quién se iba a apoyar, y con quién iba a reír y a hacer el amor? Habían hecho tantos planes. . . sus ojos ardían y sentía como si su cabeza fuera a estallar, pero aún así, las lágrimas continuaron cayendo en cascada por sus mejillas.

La mejor parte era que él ni siquiera la había visto. No tenía ni idea de que su vida en común había terminado. ¿Le preocuparía si quiera cuando se

enterara? ¿La querría todavía? Si era así, ¿cómo podía acostarse con otra persona? ¿Cómo podía haberle hecho esto a ella? ¿A *ambos*?

Janey nunca había deseado con tanta fuerza que existiera una especie de interruptor en su interior que le permitiera apagar su cerebro. Cerró los ojos para no sentir más la quemazón, y no trató de luchar contra la oscuridad. De hecho, le dio la bienvenida.

Joe se mordió el labio inferior hasta que el sabor de la sangre lo trajo de vuelta al presente. La tensión trepó por su cuello y espalda mientras que ella se abrazaba a él. Sospechaba que Janey se habría quedado dormida, lo cual le parecía justo lo que necesitaba. Le vendría bien un respiro del dolor, y él esperaba que lo encontrara en su intranquilo sueño.

Veinte minutos más tarde, él se detuvo en su camino de entrada a la vez que la luna se levantaba sobre Shelter Harbor. Se quedó allí sentado durante un largo tiempo pensando en las posibles repercusiones de su decisión. Haberla traído aquí había sido un error. Un error, de hecho, de proporciones épicas. Solo estar cerca de ella ya era una tortura de por sí, y ahora ella estaría bajo su techo por quién sabe cuánto tiempo. Afligida y destrozada, y sin ser consciente de lo que él sentía por ella.

Joe apretó los dientes y aceptó lo inevitable. Él le había ofrecido un lugar para quedarse, y ahora no podía deshacer la invitación. Además, incluso si pudiera, no lo haría. Tal vez era una especie de masoquista, después de todo. Tener a Janey, incluso en su estado actual, era mejor que no tener a Janey. Una pequeña chispa de esperanza brilló justo por debajo de la superficie de su dilema actual, recordándole que era la peor clase de imbécil—un hombre que había pasado una gran parte de su vida enamorado de una mujer que jamás podría tener.

Pero aquí estaba ella ahora—en su camioneta, en sus brazos, y en su casa. Tal vez esto era todo lo que alguna vez obtendría de ella. Cuando la levantó con cuidado de la camioneta y la llevó adentro, decidió que sería más que suficiente.

Loco de Amor, ya disponible!

Otros Romances Contemporáneos disponibles de Marie Force:

La Serie Treading Water

Libro 1: Caminando sobre Agua

Libro 2: Marcando el Tiempo

Libro 3: Empezar de Cero

Libro 4: Regresando a Casa

La Serie de Los McCarthys de Gansett Island

Libro 1: [Criado para el Amor](#)

Libro 2: [Loco de Amor](#)

Libro 3: [Listo para el Amor](#)

Libro 4: [Cayendo en el Amor](#)

Libro 5: [Esperanzada por Amor](#)

Libro 6: Temporada para el Amor

Libro 7: Anhelos de Amor

Libro 8: Esperando un Amor

Libro 9: Tiempo para el Amor

Libro 10: Destinada para el amor

Libro 10.5: Una Oportunidad para el Amor, una Novela de Gansett Island

Libro 11: Gansett Después del Anochecer

Libro 12: Besos Después del Anochecer

La Serie Green Mountain

Libro 1: Todo lo que necesitas es amor

Libro 2: Quiero coger tu mano

Libro 3: La vi allí parada

Libro 4: Y la Quiero

Celebrity

Libro 1: [Escandalo](#)

Libro 2: [Fantasia](#)

Libro 3: [Exstasis](#)

Títulos independientes

Georgia en mi mente

True North

La Derrota
Todo el mundo ama a un héroe
Amor a primera vista
Línea de ataque

Novelas de Suspense Romántico disponibles de Marie Force:

La Serie Fatal

Libro 1: Affair Fatal
Libro 2: Justicia Fatal
Libro 3: Consecuencias Fatales
Libro 3.5: Destino Fatal, la Novela de la Boda
Libro 4: Defecto Fatal
Libro 5: Decepción Fatal
Libro 6: Error Fatal
Libro 7: Riesgo Fatal
Libro 8: Escándalo Fatal

Título Independiente

El Naufragio

Sobre la Autora

Marie Force ha sido proclamada por el *New York Times*, *USA Today* y *Wall Street Journal*, autora best-seller galardonada de romance contemporáneo. Su serie auto-publicada y best-seller por el *New York Times*, Los McCarthys de Gansett Island, ha vendido más de un millón de copias desde que *Criado para el Amor* fue publicado en 2011. Ella también es autora de la serie Fatal de Harlequin's Carina Press, también best-seller por el *New York Times*, así como de la serie Treading Water y numerosos libros independientes.

Todo lo que necesitas es amor, el primer libro en su serie Green Mountain de Berkley Sensation, fue publicado en febrero de 2014. El segundo libro, *Quiero coger tu mano*, estará disponible en junio de 2014, y el tercer libro, *La vi allí parada*, saldrá en noviembre de 2014, con mucho más por venir de las Green Mountains. En 2014, Marie tendrá ocho libros de éxito publicados—los cinco primeros en la serie Fatal de Harlequin, y los tres primeros de la serie Green Mountain de Berkley.

Mientras que su marido estaba en la Marina, Marie vivió en España, Maryland y Florida, para después instalarse en su estado natal de Rhode Island. Es madre de dos adolescentes y dos enérgicos perros, Brandy y Louie. Únete a la lista de correos electrónicos de Marie en marieforce.com para recibir noticias sobre sus nuevos libros y otras posibles apariciones en tu área. ¡Únete a uno de los muchos grupos de lectores de Marie! Contacta con Marie en marie@marieforce.com.